



Nelson Himiob

LA CARRETERA. GIROS DE MI HÉLICE

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

200
BATALLA DE
CARABOBO

Nelson Himiob Escritor, abogado, periodista y diplomático. Nació en La Guaira en 1908. Formó parte de la Generación del 28. Inició su actividad literaria colaborando con *Fantoches* y *Cari-caturas*. Fue preso y exiliado durante el gobierno de Juan Vicente Gómez, por lo que terminó sus estudios de Derecho en España. En 1936, regresó a Venezuela y fundó el diario *Ahora*. Posteriormente, ocupó cargos diplomáticos en Perú y Ecuador. Falleció en Caracas en 1963. Algunas de sus obras: *El hibridismo venezolano como elemento de la construcción social y política de Venezuela* (1934), *Todas las luces conducían a la sombra* (1947) y *La gata, el espejo y yo* (1952).

« Presos construyen carretera
trasandina Chiguará, Mérida
s/f



169

**La carretera.
Giros de mi hélice**

NELSON HIMIOB

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

Nicolás Maduro Moros
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz Almeida

Jorge Rodríguez Gómez

Freddy Nájuez Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla

La carretera. Giros de mi hélice

NELSON HIMIOB



Contenido

11	NOTA EDITORIAL
13	LA CARRETERA
17	Las colonias
31	El viaje
63	El primer día
83	El segundo día
105	Los días pasan
177	Vida interior

- 201 **GIROS DE MI HÉLICE**
- 203 Horizonte
- 207 Alarma
- 219 Retazos de comedia
- 225 Se aburre mucho el farero
- 231 Momento opaco
- 239 Astilla
- 245 El círculo
- 251 Hombre y mar
- 261 Dararí
- 267 Yaguazo

Nota editorial

Es sabido el preámbulo heroico por el cual un grupo de estudiantes, por medio del humor, utilizaron como excusa un concurso de belleza para protestar enérgicamente contra la dictadura de Juan Vicente Gómez. Tal como había sucedido en el pasado reciente con *La Delpiniada* (1885), donde se realizaba una crítica contra las pretensiones literarias de Antonio Guzmán Blanco o aquella famosa “apoteosis del general Sacre” (1901) en la que se ridiculizaban los excesos napoleónicos de Cipriano Castro, estas humoradas —como era de esperarse— tuvieron un final previsible: la cárcel.

Los acontecimientos que se sucedieron en la Semana del Estudiante, donde un grupo de hombres y mujeres coronaron a la reina de belleza, “Beatriz I”, tenían como objetivo burlar la fuerte censura impuesta por “el Benemérito”. En pleno acto de coronación, Pío Tamayo le dedica un poema a la reina (un poema que podría considerarse un manifiesto contra la dictadura) en el que resalta los valores que deben estar por encima de la belleza, el poder y la majestuosidad, destacando especialmente uno de ellos: la libertad. El poema y el poeta fueron considerados subversivos y parte de los involucrados en la Semana del Estudiante fueron a parar a los campos de concentración, a la construcción de carreteras; así es que nace la Generación del 28.

Aparte de Pío Tamayo están también Miguel Otero Silva, Antonio Arráiz, Nelson Himiob, entre otros. Las experiencias que sufrieron, la cotidianidad en el presidio, los abusos por parte de los carceleros, la “alineación” a los que

se sometieron al poder de turno a través de las torturas son narradas entre el testimonio y la ficción. Por ejemplo, Antonio Arráiz con *Puros hombres* (1938); Miguel Otero Silva con *Fiebre* (1939), y estos dos libros de Nelson Himiob, que aparecen por primera vez en un solo volumen, *Giros de mi hélice* (1930) y *La carretera* (1938), no son la excepción. Todos estos relatos ofrecen el retrato de una época en la que se llegó a decir que “Unión, Paz y Trabajo” era el lema del gobierno; lo que fue interpretado por los perseguidos y prisioneros políticos como: Unión en la cárcel, Paz en los cementerios y Trabajo en las carreteras.

Giros de mi hélice se compone de narraciones cortas, relatos que están signados por la impronta vanguardista y que podrían recordar en sus adjetivaciones a Filippo Tommaso Marinetti. Himiob conjuga las sensaciones de la naturaleza y los sentimientos con metáforas que remiten a una materialidad mucho más tangible y menos poética, sin que esto signifique un quiebre en el significado. Son diez relatos que, más allá de experimentales, son el resultado de una escritura muy particular e impregnada por los vientos de cambio que tanto pregonaba la estética del momento.

La carretera es una novela corta y testimonial. El propio autor, en la primera edición, llegó a decir que esta obra la comenzó a fines de 1929 y la terminó en el exilio, en 1932. Es un testimonio que recrea o denuncia las condiciones de vida del personaje principal, llamado Nelson, pero también ofrece su punto de vista sobre la vida de los otros compañeros, sus camaradas de universidad, los cabos de prisión y, principalmente, la degradación moral y espiritual como medio y fin de la dictadura.

Tanto *Giros de mi hélice* como *La carretera* fueron publicados por Juan de Guruceaga en su revista *Élite*, ediciones que hemos utilizado como base. Se han corregido las erratas advertidas y actualizado los textos a las normas vigentes de la RAE.

La carretera

(Relato)

A los lectores extranjeros

El autor pretende en las siguientes páginas dar a conocer un episodio de la vida estudiantil venezolana durante la Dictadura de Juan Vicente Gómez. Como es sabido, varias veces alzaron su protesta los estudiantes de la Universidad de Caracas contra los desmanes del Dictador, y otras tantas fueron reducidos a prisión muchos de ellos, sin formación de causa. Pero los movimientos que más trascendencia lograron –por haber desencadenado una serie de revoluciones– se verificaron en el año de 1928.

En el último de ellos fueron privados de libertad unos doscientos estudiantes, y trasladados a Las colonias, lugar habilitado para cárcel, no muy lejano de Caracas. Apenas un mes llevaban allí, cuando el Dictador ordenó que se destacaran a los que él suponía líderes de la comunidad estudiantil, para someterlos a trabajos forzados en el presidio de La China, enclavado en el hato de Palenque. Y así separaron de sus compañeros a dieciséis estudiantes, mientras el resto, al rebelarse contra esa separación, era sometido, primero, a un régimen severísimo, y enviado luego al Castillo Libertador, de Puerto Cabello. Ambos grupos permanecieron en presidio alrededor de catorce meses.

Las colonias

Inquietud¹

Desde temprano corre el rumor con insistencia. En todos los rostros hay contracciones de inquietud y en algunos se abren grandes ojos lentos bajo los pliegues tenues de las frentes amarillosas. A cada momento se forman grupos que conversan en voz baja, acompañando las palabras con ademanes rápidos.

Alguien dijo que una parte de los ciento ochenta y siete estudiantes que nos encontramos detenidos en Las Colonias, sería destacada con rumbo incierto. El dicho se prendió en la totalidad, usurpando el sosiego de los cerebros. Saltando de boca en boca sufre transformaciones, a veces ventajosas, colmadas de esperanza, y otras alarmantes, matizadas de terror.

La minoría opina que se trata de la libertad de los estudiantes de bachillerato, declarados, por Gómez, irresponsables. Los más optimistas creen que se irán unos cinco o seis compañeros en representación de los detenidos, para conferenciar con el Tirano en su ciudadela de Maracay. Y la mayoría no cesa de repetir que serán separados, para confinarlos

[1]_ Las primeras cuartillas de este libro fueron escritas a fines de 1929, en Caracas, y las últimas, a mediados de 1932, en Barcelona, España.

en La Rotunda, los estudiantes más peligrosos, según el pensar de la Dictadura.

Tumbado en mi cama de campaña, con la cabeza apoyada en el hueco de las manos entreteljadas sobre la almohada, y mirando fijamente el techo rústico, trabajo con la imaginación.

Hace dos meses me prendieron. Fui introducido junto con nueve compañeros en uno de los calabozos que están en el piso alto del cuartel de policía. Allí permanecimos unas treinta horas, al cabo de las cuales nos hicieron bajar al patio, donde encontramos al resto de los universitarios detenidos. Pasaron la lista reglamentaria y luego nos hicieron salir a la calle, uno a uno. Cuando me tocó mi turno y ya pisando el umbral del recinto, observé que cada compañero se hallaba entre dos soldados, y que la tropa se extendía en una sola fila a lo largo de la calle. Yo entré a formar en la mitad de la hilera. Tanto la esquina de San Francisco como la esquina de Las Monjas se encontraban plenas de gentes que miraban la escena con ojos de espectador interesado. Sin duda que ninguna compañía de dramas o comedias les hubiese ofrecido un espectáculo más atrayente. La decoración era magnífica: árboles, automóviles solitarios y edificios majestuosos. Los personajes despedían singular interés: un batallón en traje de campaña, numerosos policías y un grupo de estudiantes presos. Y todo auténtico. Por eso las miradas se aguzaban para burlar la distancia y atrapar los menores movimientos del conjunto escénico. Cuando la totalidad de los compañeros se encontraba en la calle, no sé por qué imaginé que hacía falta algo para completar la intensidad del cuadro, y ese algo era la salva de aplausos con que las gentes debían premiar el maravilloso trabajo de los actores.

Yo quedé entre dos soldados paliduchos que me escudriñaban detenidamente. Procuré disimular mi nerviosidad encendiendo un cigarrillo. Y mientras lanzaba algunas volutas de humo con aparente calma, observaba el aumento de los espectadores en las esquinas.

Una fuerte voz me hizo caer el cigarrillo:

—¡Atención! ¡Carguen! Los soldados, automáticamente, evolucionaron en los máuseres.

—¡Al hombro... arrrr..! ¡De frente... marrrr!

Partimos, dirigiéndonos hacia el Sur. De la muchedumbre estacionada en la esquina de San Francisco brotó un hombre que, deteniéndose a la orilla de la acera, se quitó el sombrero respetuosamente. Era el conserje de la Universidad.

Al llegar a la esquina de Pajaritos, el compañero que iba delante de mí, dijo:

—Vía La Rotunda.

Yo aprobé en silencio. Pero llegamos a La Palma y torcimos a la izquierda. ¿Se habían equivocado, quizás? ¿O tal vez, obedeciendo órdenes superiores, nos pasarían por la capital, antes de llevarnos a la cárcel, para demostrarles a los venezolanos que la Dictadura era capaz de violar impunemente, a la vista de todos, las más elementales garantías ciudadanas? Era posible. Mas no estaba dentro del habitual proceder de Gómez.

¿Hacia dónde iríamos, pues? Y el recuerdo del traqueteo de los máuseres a la voz de “¡carguen!”, inició un leve erizamiento en mi piel.

Era probable que nos condujesen a una plaza y allí agujereasen nuestros pechos con una descarga cerrada. Tal pensamiento terrible fue tomando cuerpo en mi imaginación encendida. Sí, era casi seguro que nos llevaban a la muerte. Y no quedaba otro recurso que esperarla con serenidad. Experimenté cierto desprendimiento de la vida, causado por una profunda resignación. Y dije al soldado que iba delante de mí, y que constantemente movía el máuser, amenazando estropearme el rostro con la punta del cañón:

—Oiga. Aprenda a cargar el máuser. No sea bestia.

El soldado volvió la cabeza y por sus ojos pequeños cruzó una lucecilla de cólera. Después apresuró el paso, colocándose a una distancia suficiente para no tropezarme con el arma.

Desde las aceras, una multitud de hombres y muchachos nos veía pasar, y en las caras de unos la palidez se hundía, y en los gestos de los otros se estampaba un asombro contenido.

El compañero que me precedía en la fila me dijo, en tono bastante elevado, para que lo oyeran todos:

—Caray, mi vale; este paseo cívico-militar ha debido ser anunciado en la prensa con un letrero que dijera más o menos: Exhibición gratis de osos jóvenes y circunspectos cazados en la selva de la Universidad. No acercarse a los animalitos, que son peligrosos. “¡Cuidado con las uñas!”.

Algunos rieron el chiste. Otros miraron a su creador con ojos estupefactos. Luego seguimos en silencio. Mientras tanto, la idea del posible fusilamiento se me adentraba cada vez más, enfriándose la espalda con un hilillo de temblor que me corría de la nuca a los pies.

Al fin cruzamos Los Caobos, tomando la carretera del Este. El pensamiento lúgubre huyó por completo, y cierto sosiego hizo presa de mi mente, haciéndome urdir concepciones optimistas. Así, imaginé que en uno de los pueblecitos cercanos, Chacao, probablemente, subiríamos a un tren que nos conduciría a cualquier puerto, de donde saldríamos rumbo al destierro. Semejante idea no tardó en ser desechada al ver que no nos deteníamos en ninguna parte.

Al llegar la noche entramos a Petare. Dormimos en el cuartel de policía, mojados por el aguacero que nos asaltó en el camino. Muy de mañana continuamos la marcha, que no paró hasta Guarenas, donde nos detuvimos extenuados por la larga distancia recorrida y por el sol intenso que, durante ocho horas, se cernió sobre nuestros cuerpos sudorosos. A los dos días no completos de descanso, partimos de nuevo, con una noche negra y una llovizna helada.

Después de mucho andar, trepando cerros babosos, cruzando arroyuelos, saltando peñascos, y tropezándonos a cada momento, entramos a esta vieja

casona cuando de la luna solo quedaba una sola puntita que luchaba contra la claridad creciente.

Los recuerdos, al llegar aquí, son desalojados por la inquietud que, laborando en lo inconsciente, otra vez ha impregnado mi espíritu. Y obsesionado por el rumor, cuyo zumbido percibo en la atmósfera, transitan por mi mente los rasgos resaltantes de muchos compañeros –que serán los destacados, según mi parecer– y experimento cierto gozo en idos acomodando en una fila rígida, que gira a la derecha o a la izquierda, obedeciendo socarronamente las órdenes de algún oficialillo pálido. Y la fila se va agrandando, agrandando, y nuevos rostros cansados se alinean y dejan caer sonrisas despreciativas que se hunden en la serenidad espesa del mediodía.

Y esa imagen, honda y ténebre, se va apagando, disolviendo con lentitud, para ceder el puesto a otra, hermosa y fresca, de un árbol robusto, gigantesco, con el tronco hinchado y las hojas muy verdes. Y también el árbol comienza a desvanecerse.

El sopor me invade, me agobia. Y cuando en mi cerebro todo es bruma, pienso de pronto que tal vez me hagan abandonar este sitio. Entonces, así, con los ojos cerrados, voy construyendo el local que tenemos por cárcel. La sala, donde estamos treinta y es conocida con el nombre de “Los Capacheros”, por desarrollarse allí continuas reyertas interestudiantiles, dado el carácter un poco agresivo y jacarandoso de casi todos sus ocupantes. El aposento vecino, más pequeño pero más fresco, designado por sus mismos habitantes con un nombre procaz que expresa humildad y tontería, calificativo puesto ex-profeso para molestar a los de la sala. Los cuartos que están al otro lado de la puerta de entrada, donde moran, principalmente, los futuros bachilleres, quienes tienen que soportar con estoicismo los furores religiosos de un compañero místico, rezador de rosarios interminables. Y afuera, en el solar, “La Tienda Roja”, llena hasta desbordar y desordenada como ninguna; “La Bomboniere”,

con dos largas hileras de camas pulcras que incitan al sueño; “Man Bijou”, de lonas muy blancas y de habitantes en extremo cuidadosos de sus ropas y de sus comodidades, que con las encomiendas que reciben de sus casas forman ágapes exquisitos y silenciosos; y “El Comando”, o sea la cocina de la casa, el sitio más estrecho e inhospitalario que pueda concebirse, donde duermen apretujados cinco o seis. Ahora me sumerjo en los menudos hechos sucedidos los días anteriores, y, al revivir los pormenores de algunas escenas, se aleja un poco la somnolencia que me arrastra. Y permanezco lúcido, despierto totalmente, por varios minutos. Hasta que torno a sentir cierta laxitud, mucha pereza para iniciar movimientos. Las imágenes, que brotaban claras al principio, se insertan unas en otras, produciéndome una confusión de recuerdos que poco a poco va cediendo, hundiéndose bajo el peso del sueño fuerte, ancho.

Isaac

Me incorporo al sentir una palmada en el pecho. Frente a mí aparece una cara flaca, de matiz ictérico; con un bigotillo escaso, caído; una barba negra, ancha, de ascendencia judía; y unos lentes muy finos que filtran miradas opacas, desfallecidas.

Es Isaac Pardo. Su aspecto me inquieta, me oprime.

Con voz apagada, moviendo la cabeza lentamente a uno y otro lado, habla:

—Nelson, hasta aquí llegué yo. Tú sabes cómo estoy de salud. Esta enfermedad del hígado me está matando. Tal vez si permaneciera aquí, donde puedo mantener cierto régimen y tomar las medicinas que necesito, tal vez me curase. Pero, ya ves, el destino no lo quiere así. Porque es indudable que seré uno de los que se irán. El capitán Ramos pretende haberme

visto la noche del siete de abril, cuando la cuartelada, y en el momento en que las fuerzas del Gobierno repelían el ataque. Me dijo que me había visto, y que desde entonces siempre recordaba mis facciones demudadas. Y naturalmente; a los estudiantes a quienes se llevarán, serán aquellos de quienes tiene Gómez la seguridad de que estuvieron en la cuartelada. El capitán Ramos ya le habrá participado que yo también estuve allí. Imagínate. Ahora, probablemente hoy mismo, rumbo a La Rotunda, con un par de grillos, incomunicado, y comiendo, si acaso, ese rancho infernal. Es terrible, compañero. Yo no duro quince días en La Rotunda.

Y vuelve hacia mí su expresión exangüe. Permanezco unos minutos mirándolo fijamente. Y adivino que tiene razón. Ese cuerpo exprimido por los sufrimientos físicos y las preocupaciones espirituales, no soportaría la inclemencia de una prisión estricta. Pero es necesario amenguar la pena, despojar su cerebro, aunque sea por algunos momentos, de las escenas lúgubres; serenar su imaginación exaltada, creadora de espectáculos exasperantes. Y digo cubriendo mi rostro de indiferencia:

—Verdaderamente, es probable que tú seas uno de los destacados. Mas no porque hayas estado la noche de la cuartelada. Muchos de los que estuvieron allí, y el Gobierno lo sabe, se encuentran libres. Esto me consta. Tu hipótesis es de las menos verídicas. Si te llevan es porque has ocupado puestos sobresalientes en la Directiva de la Federación. Pero no debes preocuparte mucho. Ya sabes que el Bagre es el hombre de las sorpresas. Probablemente se trata del destierro de unos cuantos. Como ves, yo estoy bastante tranquilo. Y me encuentro tan enfermo como tú. Tengo el hígado hipertrofiado, una bronquitis crónica y una anemia galopante. Total: de bruces hacia la tuberculosis.

Isaac alza la cabeza y un pequeño sacudimiento de risa lo invade:

—Chico, lo tuyo es neurastenia. Como estudiante de medicina te lo aseguro. Yo sí estoy mal. *Morituri me salutam.*

Y con un pedazo de sonrisa colgado de la boca, se yergue en un movimiento de pereza, poniendo los brazos horizontales. Luego se aleja, con la cabeza hundida en el pecho flaco.

Me quedo inmóvil y acuden reminiscencias.

En el tránsito de Caracas a Las Colonias estuvo Isaac algo taciturno. Su constitución física no podía resistir una marcha tan forzada. Hubo que ayudarlo en varias ocasiones, pues sus piernas desfallecían y las plantas de sus pies se hallaban desolladas. Mas al llegar aquí experimentó un favorable cambio. Corría y saltaba lanzando cortezas de naranjas a los compañeros. Creaba un chiste de cualquier hecho trivial, y fomentaba siempre en las conversaciones un desorden suave, sutil, que estampaba en los temas tratados una aureola de socarronería. Hasta construyó unas coplas, ágiles, picantes, a las que adaptó un airecillo criollo, y que tuvieron gran éxito en la comunidad estudiantil, pues encerraban graciosas sátiras. Por mucho tiempo fue el alma del presidio. Yo, particularmente, me admiraba de que siendo un individuo de intrínseco carácter serio, magnífico estudiante y muy cuidadoso de sus actos, asumiese una actitud abiertamente jacarandosa en medio de circunstancias nada propicias.

Una rebelión hepática vino a perturbar su vivir comunicativo y alegre. Desde ese momento comenzó a huir de las charlas en común, hasta que la neurosis lo apresó, invadiéndole el gesto, la palabra, el espíritu.

¡La neurosis! Yo también la siento que se acerca con paso blando, lento, inquietante; que me extiende sus manos impalpables, y me toca con sus dedos fríos las fibras resentidas, magulladas, de mi intimidad; que me va cubriendo de hilillos muy finos y muy tenues, de hilillos grises, elásticos, terribles.

—Nelson, ¿cuántos crees tú que se irán? —me pregunta López, mientras mete una cobija bajo la almohada de su cama, vecina de la mía.

Sacado tan violentamente de mi abstracción, no acierto a responder con prontitud, sino que me le quedo mirando con los ojos agrandados.

López me grita:

—¡Ayayay..! ¿Tú como que también estás enguayabado con lo del viajecito?

Y se va, riéndose a todo lo ancho de su boca enorme. Me quedo perplejo. Cierta inquietud comienza a oprimirme. Y la imagen de Isaac invade por completo el recinto del recuerdo. Yo también, como él, estoy enfermo, y, como él, no soportaría un mes en La Rotunda. Porque el rancho que nos darían solo podría digerirlo una bestia de esas que tienen catorce metros de intestino. Y los grillos que nos pondrían serían enormes, agobiadores, quizás de noventa libras. Y nuestros ojos no verían más luz que la de alguna rendija, si acaso. Y las ropas se nos podrían sobre los cuerpos enflaquecidos, asquerosos.

Me meto en el temor vertiginosamente.

Mis piernas se han aflojado, dándome la impresión de que no tienen huesos. Se han apresurado los latidos de mi corazón. En mi rostro ha florecido un rocío helado. Mi respiración es más rápida y más corta.

Siento ganas de gritar, de gritar fuerte, que me dejen ir a mi casa, al calor del hogar, junto a mis padres, junto a mis hermanos.

La desesperación es tal que comienzo a morderme las uñas, a mesarme los cabellos, a arañarme el pecho.

Y en mi garganta lucha por desprenderse un alarido animal, cuando oigo que un compañero dice a otro, muy cerca de mí:

—Te aseguro que los que se vayan sabrán mantener el honor de la Universidad, y que preferirán la muerte a la claudicación

Y el otro contesta:

—Eso no se puede asegurar. Es difícil soportar las torturas de Gómez. Tal vez alguno se acobarde y...

No es posible oír más. Una corriente de reacción estremece mi cuerpo. Y empiezo a apostrofarme, con saña, con placer suicida: “gallina, gallina; no pasas de ser eso, un gallina; tú serás el primero que chille y pida perdón al Tirano; tú serás ese que se acobardará, y llorará, y se arrastrará como un gusanito baboso...”.

Experimento un odio profundo contra mí mismo, un desprecio inmenso por este cuerpo, el cual encierra un espíritu vulgar, tan vulgar como para encogerse y desmigajarse ante el sufrimiento físico, ante la muerte. Quisiera abofetearme, arrancarme la piel en jirones, meterme la mano dentro del pecho y sacarme el corazón —ese corazón tan blanducho y tan chiquito— y estrujarlo, deshilacharlo entre las contracciones de mis dedos rudos.

La mirada se me ha tornado rígida y dura como un alambre. Un sudor caliente, meloso, me baña la espalda. De un salto me pongo en pie. Con los brazos cruzados comienzo a andar por el callejoncito que hay entre las dos hileras de camas. Mi paso es rápido, nervioso. Y no veo nada. No oigo nada. Solo siento el hervor de mi sangre, la sequedad de mis labios y la humedad de mi frente.

¡ZIGALA IBALAJA! Alguien me sacude por el hombro, gritándome:
—¡Te han llamado! ¡Te han llamado!

Me vuelvo como un autómatas, y miro a un compañero que me lanza a la cara ademanes violentos, mientras vocifera:

—¡Andate ligero! ¡Te han llamado! ¡Te han llamado!

No comprendo. No puedo comprender. Solo observo su faz empalidecida y sus ojos chispeantes.

—Toma. Coge estos veinte bolívares. Llévate esta bufanda, porque el frío puede hacerte daño.

Ahora sí lo comprendo todo. Me han llamado. Soy de los que se van.

Siento llenarme de una tranquilidad plácida, de un sosiego inesperado, de una magnífica reciedumbre espiritual. Las ideas se me aclaran. La mirada se me torna suave, tal vez un poco tierna. Y pregunto con dulzura:

—¿Hay que salir ya?

—Sí; los que se van están arreglando sus corotos. El coronel dice que se apresuren porque hay que salir inmediatamente.

—¿Dónde están leyendo la lista?

—En el Comando.

—¿Y cuántos nos vamos?

—Dieciséis.

—¿No se sabe a dónde?

—Dicen que a hablar con el Bagre, en Maracay. Pero yo no lo creo, porque en ese caso no se llevarían a tantos. Con tres o cinco bastaría. ¡Y ándate ligero! Recoge tus cosas. Guárdate los veinte bolívares.

Y termina sus palabras hundiéndome en el bolsillo un billete nuevo y colgándome la bufanda, mientras me pone la mano en la espalda y me empuja suavemente hacia mi puesto.

Del solar y del calabozo vecino viene un enorme griterío.

Ya frente a mi cama tomo dos cobijas, me anudo a la cabeza un pañuelo de Madrás, cojo mi linterna eléctrica y parto a reunirme con los compañeros de viaje, en medio de una algarabía ensordecedora y de los inútiles consejos de algunos íntimos que, en tono paternal, me repiten incansablemente:

—Mucha prudencia. Nada de violentarse. Ahora no queda otro remedio que aguantar. Después vendrá la nuestra.

—Hazte de confianza con el jefe de la custodia que los lleva y las cosas no andarán tan mal.

—Cuídate. Cuídate lo más posible en el sitio a donde vayas, porque estás muy amarillo.

Con dificultad logro salir a la calle, donde ya se encuentran en formación los soldados que nos aguardan para conducirnos. Observo que soy el primero en abandonar el presidio. Intento revolverme, pero me detienen. Entonces me acerco a la ventana abierta de mi calabozo y converso con algunos compañeros, dándoles instrucciones respecto a los objetos personales que dejo. Luego iniciamos algunas trivialidades y hasta alguien crea un chiste pésimo.

—¡A la fila! ¡A la fila! —me grita un oficial.

Desde el centro de la calle, dando la espalda a la custodia, espero.

El que me sigue, abandonando nuestra casona, es Antonio Sánchez Pacheco. Sus bigotes lacios, negríssimos, partiéndole la tez bronceada, y su amplio sombrero, danle un aspecto de bandido mejicano. Se lo digo, al acercármeme, y él me contesta:

—Y tú pareces una martiniqueña. Un soldado se ríe. Yo le miro fieramente. Después llega Clemente Parpacén con su cobija terciada; Rafael Chirinos Lares, muy apresurado, mostrando una actitud llena de amargura; Enrique García Maldonado, mirando a uno y a otro lado; Guillermo López Gallegos, sacando la pierna derecha como un remo; Antonio Anzola, bajo un sombrero que lo agobia, oprimidas las piernas con unas bandas de resistencia; Luis Felipe Vargas, limpiando los cristales de sus anteojos de carey; Hernán Stelling (Paquito), más rubio que nunca, con una inmensa mochila sobre los hombros, y rezongando; José Antonio Marturet, con la cabeza totalmente rapada y varios envoltorios pendientes de los brazos; Juan Gualberto Yanes, balanceando su cuerpo gordo; Inocente Palacios, colgándose un saco a la espalda y mirando a la custodia con sus vivaces ojillos azules; Eduardo Celis Saune, renegando y soltando frases crudas; Ricardo Razetti, pleno de una expresión dulce y taciturna; Pedro Juliac, con zapatos de lona y boina; y Luis Villalba (Lucho), pequeño, colorado y erguido como un gallito portorriqueño.

Nos mandan que nos coloquemos en dos filas. Obedecemos, mirando de reojo al jefe de la custodia, quien vestido de dril y golpeándose la pierna derecha con una fusta, nos observa detenidamente, mientras se tuerce las puntas de su bigote largo, que se yerguen, retadoras, bajo el ala de su sombrero.

—Ese es el coronel Varela —me dice con voz tenue Paquito—. Estuvo preso con Víctor Brito y con otros compañeros en La Rotunda. No hace ni tres días que lo pusieron en libertad. No comprendo cómo le han dado esta comisión.

—Seguramente lo tenían de espía en La Rotunda —apunta Juliac.

—No hombre, que va —interviene Chirinos—, es uno de tantos individuos que están con el que mejor les pague.

—Parece hijo del Bagre —musita Celis.

—Hijo del Bagre o no, es de los espías gomeros —insiste Juliac.

—Y espía de los grandotes; un palo de pianola; un pianolón.

—Un piano con alma —insinúa Anzola.

—Eso es, un piano con alma: Ampico —remata Juliac.

Comprendemos que el bautizo ha tenido lugar. Y en todos los rostros aparecen unos cuantos pliegues de regocijo.

—¡Qué vitolón el de Ampico! —grita riendo Marturet.

Los compañeros que permanecen en el presidio manifiestan su protesta contra nuestra partida profiriendo insultos a Gómez y a su satélites. Claramente se percibe que el desconcierto los invade. Agitados por una ira intensa se agarran a los balaustres de las ventanas, se agolpan a las puertas y trepan a las cercas de caña amarga gritando, rugiendo sin descanso:

—¡Muera el Bagre!

—¡A bajo la tiranía! —¡Maldita sea Gómez y toda su generación!

—¡Muera el Bagre!

—¡Vivan los estudiantes!

—¡Abajo la Dictadura!

Y de repente, sobreponiéndose al tumulto de voces, un grito afilado, penetrante, musical:

—¡Zigala Ibalaja!

Es nuestro grito de guerra. Al golpearnos los oídos, todos los rostros se encienden, todas las pupilas brillan, todos los cuerpos se estremecen de emoción, y todas las bocas contestan al unísono:

—¡Zacalapatallá! Y por tres veces consecutivas nuestro grito de guerra llena de vibraciones el espacio enneblinado. Ampico comprende que es peligroso prolongar nuestra permanencia en un ambiente tan caldeado, tan propicio a romper los lazos del presidio con una rebelión general, con un asalto a la custodia del que tal vez saldríamos victoriosos, dadas las energías que en este momento encierran nuestros músculos y nuestras intenciones. Y ordena:

—¡En marcha!

Partimos rodeados de números de tropa que nos miran con desconfianza. La noche ha llegado.

Las exclamaciones de los compañeros que se quedan, fustigan el aire. A medida que nos alejamos se van desvaneciendo, desvaneciendo, agonizando, hasta que mueren cuando alcanzamos el paso del río.

El viaje

¿A dónde nos llevan?

Todos nos hemos traídos nuestras linternas eléctricas, y con ellas alumbramos el camino. De pronto Ampico manda a la tropa:

—¡Quítenles las linternas y cójanlas ustedes!

Nos despojan. Un compañero murmura:

—Dieciséis linternas. Primer botín.

—Para que te vayas enterando —apunta otro, poniéndose la cobija a manera de bufanda. Y Anzola concluye:

—Si así es el debut, ¡cómo será el beneficio!

Ya hemos andado dos o tres kilómetros de camino plano. Ahora comenzamos a encorvarnos subiendo la vereda que ciñe al cerro.

En el centro del cielo parpadean las primeras estrellas. Un aire ligero y tenue enfría nuestras frentes sudadas. La hierba, humedecida por una llovizna reciente, despidе un fuerte olor a savia nueva.

Nuestros pies resbalan en la empinada tierra dura. A veces da alguno un paso en falso, y cae, echando por el suelo el cargamento. El ruido sordo de la caída nos hace detener.

Luego continúa la marcha, silenciosa, ardua. La cúspide del cerro más alto está empenachada con un pedacito de luna. Ruidos vagos de animalillos que cambian de sitio corren por encima de la serenidad nocturna.

Delante de mí Clemente pisando fuerte. Detrás de mí viene Marturet, haciendo esfuerzos por mantener equilibrado su profuso equipaje.

Llegamos a un sitio desde donde se dominan el camino recorrido y las colinas circundantes.

—La noche está bonita —digo en voz baja. No sé por qué las palabras me han brotado tan espontáneamente, cuando solo quise hablar por dentro de mí para erigir un comentario sutil sobre mis ideas ténebres. Un compañero me ha oído. Apresura el paso y se me acerca.

—Sí, está bonita —repite.

Y sigue a mi lado andando en silencio.

Yo aspiro con fruición un ráfaga de aire liviano que se acuesta en la cumbre. Y afirmo, mirando fijamente una hondonada:

—Sí, linda...

El compañero me toma por el brazo y me dice, pausadamente:

—Linda... Todo está muy lindo... Las estrellas parece que están más chiquitas y más brillantes. Y que son más estrellas... Y ese filito de luna clavado allá, ¡qué lindo es..!

—A esta noche provoca estársela contemplando mucho tiempo, tirado en la hierba, cara al cielo...

—Con la muchacha al lado.. .

Y al mencionar a la novia sus palabras se tornan roncas, impregnadas de una tristeza honda. Yo le miro y no digo nada. Él prosigue:

—Es estúpido pero es así... Lo que más siento de la prisión es tener que estar separado de ella... No oírla... No mirarla... No besarla... Es estúpido... Mejor... Es cursi... Pero es humano...

—Humano... —repito yo.

Y me pongo a pensar. A pensar. Y un conjunto de suaves recuerdos me llena la imaginación.

Continuamos andando en silencio. Al fin agotamos las veredas y entramos a la carretera.

Cerca, hacia el valle, brota una agrupación de luces. Ricardo Razetti, que venía rezagado, nos alcanza y nos dice:

—Esa es Guatire. Allí deben estar esperándonos los autobuses para continuar el viaje. Esta gente que traemos de custodia no aguanta una caminata hasta Caracas. Fíjense cómo vienen.

Contemplamos con atención a los soldados. Casi todos traen la cachucha dislocada. Llevan desabotonada la chaqueta, mostrando franelas sucias que cubren tórax flacos, jadeantes. A duras penas logran sostener el máuser. En sus facciones terrosas aparecen unos ojos

pequeñitos, de un brillo conmovedor.

—Pobre gente.

—Yo te aseguro que nosotros, dieciséis, así como estamos, atacamos a esa gente y la desarmamos.

—Mira; déjate de tentaciones. Es una locura, porque... Bueno, porque indiscutiblemente que la parada es tirable... Bueno, pero es una locura...

—Sí, es una locura porque, ¿y los compañeros que se quedan en Las Colonias?

—Los sacaríamos luego, jugando el todo por el todo.

—Prudencia, prudencia. Muchos tienen ganas de arriesgarse. Algunos de atrás traen más o menos la misma conversación. Pero es necesario esperar, porque tal vez nos lleven a Maracay a hablar con el Bagre, y tal vez todos quedemos en libertad.

—¡Maldito sea el Bagre! —ruge de pronto Celis, adelantándose con paso rápido. Alguien ríe de la exclamación inesperada. Los demás callamos. Descendemos una loma escarpada y atravesamos el puentecillo colgado sobre el río Guatire.

Entramos al pueblo por una calle empedrada y oscura.

Ampico manda a colocarnos en filas de a cuatro. Al romper la marcha un compañero grita:

—¡Zigala Ibalaja!

La respuesta, estruendosa, enorme, no se hace esperar:

—¡Zacalapatalajá!

—¡Silencio, señores! —grita Ampico— ¡Es necesario que entremos al pueblo en orden!

Enmudecemos. En la calle solitaria se escucha únicamente el “trastrás” de nuestra marcha.

Al cruzar una esquina aparece, en una de las aceras, una señora, de bata, con el cabello enmarañado y el rostro pálido. Se nos queda mirando fijamente y luego nos interroga, con una voz muy débil que ha querido ser un grito:

—¿Va con ustedes mi hijo?

—¿Quién es su hijo, señora? —pregunta García Maldonado.

Y el nombre de uno de los compañeros que se quedó en Las Colonias florece en los labios de la madre.

—No, no va.

—Lo dejaron, señora.

—Y está muy bien.

—Y muy gordo.

—No se preocupe por él. Cada uno ha sentido la obligación de tranquilizar a la madre diciéndole una frase consoladora. Y la madre se nos muestra en toda su plenitud al suspirar:

—¿No va? ¡Gracias a Dios! ¡Qué alegría! Nos miramos un tanto alarmados. Si la no presencia del hijo entre nosotros le produce alegría a la madre, quiere decir que nuestro destino es bastante sombrío.

—Qué señora tan imprudente —dice Anzola.

E Inocente Palacios añade:

—Para La Rotunda de cabeza. A comer frijoles podridos y a movernos en tres metros a la redonda con zapaticos de noventa libras.

De los botiquines y de las pulperías ha comenzado a salir alguna gente que nos mira extrañada, empalidecida, sin atreverse siquiera a abandonar las puertas en que se guarecen.

Nos detenemos frente a la iglesia. Allí nos hacen subir a un inmenso autobús, que a duras penas logra contenernos a todos, pues, además de nosotros, entran veinte números de tropa y un capitán de rompe y rasga, cuyos movimientos denotan a las claras que sus charreteras han sido ganadas a machetazos.

Ampico corre al telégrafo, seguramente para avisar al Gobernador de Caracas nuestra salida. Y entre tanto, la gente, que ha ido perdiendo el temor, se nos va acercando. Luego rodea el autobús y comienza a obsequiarnos comestibles de todas clases.

La policía local, por mandato del capitán, hace alejar al pueblo, que se agrupa a cierta distancia murmurando por lo bajo atropelladamente.

En la acera más cercana veo a un antiguo amigo. Le grito que avise a mi casa lo del traslado.

Él me hace con la cabeza signos afirmativos, y mis compañeros, que los perciben, gritan a su vez con el mismo fin. El capitán ordena silencio, mas pocos le oyen. De pronto siento que alguien, de la calle, me llama por mi nombre. Me vuelvo y me encuentro con el cura y el médico del pueblo, asiduos visitantes de Las Colonias, donde les conocimos y les tomamos afecto por los muchos servicios que nos prestaron. El cura me dice:

—Vete con Dios, hijo.

Y luego, tendiéndome la mano, susurra muy lento:

—Toma esta medallita para que te protejas de Gómez, de ese Anticristo de la Mulera.

Yo inicio una sonrisa vaga, y guardando la imagen, digo fuerte:

—Gracias, padre.

Él me ve con tristeza y se acerca a otros compañeros.

El médico, que me mira fijamente, me aconseja:

—Mijito, estás muy pálido. Eso es consecuencia de la bronquitis. Toma jarabe Famel.

Tengo ganas de responderle: “consecuencia de la bronquitis no doctor; consecuencia de cierto miedito que me rasguña por dentro”. Pero me reprimo y le digo, arrugando la cara:

—Yo llevo aquí unas cápsulas de gomenol.

—Eso también sirve.

Y después de estrecharme la mano, se aleja con la pajilla debajo del brazo y rascándose la cabeza.

Ampico llega y se coloca en el primer asiento del autobús, dándonos la espalda, mientras el capitán se para atrás, a discreción, con el sable muy agarrado.

El autobús intenta ponerse en marcha, pero el enorme peso que lleva se lo impide. Ampico se manotea los bigotes, da órdenes, vocifera, se sacude, y el autobús no parte. Es traído un camión, donde suben ocho de los nuestros con sus respectivas custodias. Por fin salimos, en medio del escándalo que produce la gente al despedirnos. Abandonamos a Guatire.

El desconocimiento que tenemos del definitivo punto de llegada, acelera el golpear de nuestro pulso. Los nervios, exasperados, llevan pequeños movimientos bruscos a nuestros rostros exangües. Ampico fuma

plácidamente. Intentamos sondearlo para extraerle algunas palabras que nos aclaren la situación.

—¿De dónde es Ud., coronel? —pregunta Yanes.

—Yo soy cojedeño, ¿por qué?

—Por nada. Es que usted tiene cara de barquisimetano.

—¿Para dónde es que vamos, coronel? —interrogo yo bruscamente, mirándole al rostro. Ampico me contempla, extrañado de la pregunta intempestiva.

—Yo no sé todavía con seguridad. Ustedes saben cómo son estas cosas.

—Pero más o menos, coronel.

—Yo tengo que recibir órdenes de Caracas. Por ahora vamos hacia La Rotunda. Allí nos apeamos, y al comunicarme para dónde debo llevarlos, partimos inmediatamente. Tal vez reciba las órdenes esta misma noche, al llegar a Caracas, o por la mañana. Yo creo que a ustedes los manda a buscar el general Gómez para conferenciar con él en Maracay.

—¿Y usted sabe eso de fuente cierta? —pregunta Yanes.

—Ustedes saben cómo son las cosas... Hay cosas que salen verdad y otras que salen mentira... Ustedes saben cómo son las cosas...

Calla y se arrellana en el asiento.

El tono huidizo y dubitativo de Ampico me aumenta la inquietud. Sin embargo, impelido por el deseo de darle un giro optimista a la situación, empiezo a creer que vamos hacia Maracay, donde Gómez nos dirá unas cuantas palabras compuestas al efecto por el cura Borges, luego ordenará la libertad de la masa estudiantil. Mi concepción me agrada tanto que, en el acto, traslado las palabras de Ampico al compañero más cercano, para que las pase a los demás. De pronto surgen al frente, llenando la carretera de luz, muchos automóviles. Ampico ordena al chofer que se detenga, y un grupo de personas se acerca y nos mira con atención, en busca del rostro familiar.

Poco a poco va acudiendo la gente, y con ella un cúmulo de voces altas, llenas de interrogaciones, llenas de exclamaciones.

Una muchacha, mojada en lágrimas, salta velozmente a una de las ventanillas y rodea con sus brazos trigueños el cuello de un compañero, mientras lo besa múltiples veces y le susurra un montón de palabras tiernas, llorosas, femeninas.

Una señora muy ajada, de mejillas hundidas, oprime la mano de otro, diciendo sin descanso:

—¡Mi hijo, mi amor! ¡Mi hijo, mi hijo, mi amor!

Allá, otra madre vestida de negro, agotadas las fuentes de los ojos, remite varias palabras roncadas que comunican la muerte de un ser querido.

Lleno de serenidad, un hombre alto, rígido, de aspecto cansado, dice con frases fuertes, aunque un poco quebrantadas, algunos consejos que, desde la ventanilla, oye el hijo, inmóvil, contraído. Acá, la hermana mayor mira al hermano tristemente y le participa muchas cosas malas que han pasado en el hogar durante su ausencia. Un amigo, alarmado quizás, y ansioso de transmitir noticias halagüeñas, habla en voz baja de un comité revolucionario y de unas bombas oportunas.

Y algunos de mis compañeros reciben un abrazo, un beso, un apretón de manos, un saludo, algo que les acentúa el quemante resplandor de la angustia.

¿Y yo? Yo permanezco sentado, mirando a los demás. No tengo para qué moverme. Ni mis padres ni mis hermanos aparecen en el montón. Al principio los busqué con ojos ávidos y luego me di cuenta de que no estaban allí. No habrán sabido, seguramente, la noticia de mi traslado, y reposarán en relativa calma imaginándome todavía en Las Colonias. Si acaso existiera una mujer que hubiese abandonado la tranquilidad de su lecho para ofrecerme unas cuantas palabras de amor; si acaso existiera, tal vez sonreiría. Pero no. Todo es yermo en derredor. Apenas vislumbro

entre el revoloteo de la gente, alguna cabeza amiga; amiga nada más. ¿Y qué es un amigo cuando se está corriendo un destino adverso con quince compañeros? Porque a un amigo se quiere y un compañero es parte de uno mismo.

Al contemplar el espectáculo de las expansiones de cariño, me siento desgraciado y solo. Terriblemente solo. Tan solo, que me dan ganas de saltar al cuello de alguien y decirle: “papá”, “mamá” o “mi amor”.

Me he convertido en espectador de mí mismo. Y esto me desagrada. Trato de proyectarme hacia los demás, con el fin de analizar sus gestos, sus ademanes, sus frases. Entonces una sonrisa me va floreciendo. Una sonrisa débil que apenas se asoma a mis labios y que después se agranda desnudándose una parte de los dientes.

Es verdaderamente ridículo ver a aquel hombre tan serio con medio cuerpo salido del autobús y besuqueado a cada momento por esa muchacha. ¡Ridículo! ¡La cara que pone! ¡Las inflexiones de voz con que dice una porción de tonterías!

¿Y aquello que está más allá? Aquello me desnuda todos los dientes, porque ella no lo quiere soltar, se prende a él con desesperación, y él contrae la boca, y tiene las pupilas un poquito más brillantes... En fin, él llora, llora como una niña. Él llora ...¿Y yo..? Yo río... No me importa que me ardan los ojos.

¡Qué estupidez! Tener ya veintiún años, haber pasado por muchos trances difíciles y no saber soportar un cuadro semejante, es no ser todavía un hombre completo. Porque los hombres deben ser inmutables, impertérritos.

Cuando de nuevo el autobús se pone en marcha, saco la cabeza por la ventanilla más cercana y expongo el rostro a la frescura de la noche. Mis compañeros, colocados en sus anteriores sitios, van en silencio. Nadie lanza una palabra. Todos venimos con nuestro cargamento de recuerdos próximos.

Veo que de un automóvil lujoso desciende el Prefecto de Caracas, arrebujado en su capa militar con forros de seda blanca, resplandeciente en la noche oscura. El nuevo personaje llama a Ampico, y, después de alejarse con él unos cuantos metros, le comunica algo con gran recelo.

Al momento Ampico manda que bajen algunos soldados y que se trasladen a nuestro autobús los compañeros que vienen atrás en el camión.

La operación se realiza rápidamente. Experimentamos cierta complacencia en vernos juntos de nuevo. Hay preguntas sueltas que obtienen respuestas torpes, y hay una pequeña lluvia de frases banales, sobre la incomodidad del viaje, sobre la hermosura de la capa del Prefecto. Pasamos por Petare. Mucha gente nos saluda desde las aceras. Algunos hombres se echan a la calle, esperando que el autobús se detenga; mas al verse defraudados en sus esperanzas y casi atropellados, se apartan con prisa soltando exclamaciones de furia.

El chofer oprime más el acelerador, devorando glotonamente la carretera limpia. Parece que ha recibido órdenes de no pararse por ningún motivo.

Es indudable que la situación ha cambiado desde que apareció el Prefecto. Ampico no despega los labios ni para fumarse un cigarrillo y ha desechado por completo sus movimientos perezosos. Además, la velocidad que llevamos es inquietante. Presagia un viaje muy largo o que se nos espera en un punto fijo a una hora determinada.

Entramos a Caracas.

Las calles por que atravesamos están solas. Tal vez algún comisionado se ha encargado de acondicionarlas para la libre carrera de nuestro vertiginoso vehículo, que tomando las curvas con probabilidades de volcarse, se mete por la avenida del Paraíso.

Hemos pasado a una cuadra de mi hogar. Una mirada fugaz me permitió verle los balcones. Vi los balcones solamente; pero vi más todavía. Vi a mi madre sentada en su mecedora bordando mis iniciales en unos pañuelos

que había de mandarme a Las Colonias; y sus ojos estaban tristes; existía algo de ternura en el modo con que reglamentaba el ir y venir de la aguja. Vi también mi cuarto sobrio, con su cama de mantas siempre renovadas, su máquina de escribir descubierta, y su jarra de agua clara. Y de la cama intacta salía una evaporación de sueños, sueños truncos, sueños vivos aún; y la máquina de escribir aprisionaba una cuartilla con el comienzo de un poema nunca realizado; y en la jarra vi algunos rostros reflejados, los mismos rostros que veía cuando en las tardes tibias pensaba un poco y miraba el agua.

Vi todo eso y solo vi los balcones de mi hogar.

Penetramos en la carretera de Antímáno. La extensa fila de automóviles que nos seguía, se ha visto obligada a detenerse. Una cadena y varios guardias cortaron el paso detrás de nosotros.

Anzola, que desde hacía rato callaba, pregunta:

—¿Qué opinan del rumbo?

—Maracay —contesta Yanes.

—Sí, Maracay —repite Celis.

—¿Maracay? ¡Comonié! —rompe Paquito.

De nuevo hay silencio. El cansancio de la caminata y el estropeo del viaje incómodo nos inducen a buscar el sueño. Unos apoyan la cabeza en el hombro del compañero y cierran los ojos. Otros hacen almohadas de las cobijas, y las ponen sobre los costados del autobús y reclinan en ellas el tronco. Los más guardan el rostro en el hueco del brazo en ángulo afianzado en el borde de las ventanillas.

Yo bajo los párpados. Simplemente.

¡Qué felicidad si pudiera tenderme en la cama ancha y tibia que me aguarda en mi hogar! Probablemente a esta hora me hallaría dentro de mi habitación metiéndome en el pijama y mirando el espejo de vez en vez

para cazar en mis propios ojos el recuerdo más agradable del día o para investigar si los desvelos recientes me habían producido estragos notables en las facciones. Después me asomaría al balcón, contemplaría el continuo agitarse de las ramas de un chaguaramo próximo, y, haciendo saltar más allá mi atención, hundiría la mirada en los cerros cercanos. Y respirando los aires pasajeros, llenos de frescura y aroma de hierba, ampliaría mi tórax. Luego encendería un cigarrillo, reclinaría la almohada contra el copete de la cama, me extendería a todo lo largo, perezosamente, y pondría a desfilarse por la pantalla de la pared algunas imágenes familiares, de amigos, de amigas, de gentes apenas conocidas que por cualquier azar del momento intervinieron en mi vida con alguna frase grata o con alguna palabra punzante. Y todas estas figuras apareciendo y desapareciendo, viviendo algunos minutos la más cordial y huyendo a prisa la más repulsiva. Al fin, cansado de gustar recuerdos, tomaría un libro. ¡Qué felicidad si pudiera tenderme en mi cama ancha y tibia. Si al menos estuviera en Las Colonias. Allí, con aquella colchoneta aquella gruesa cobija y aquel ambiente socarrón, dormiría divinamente. No me importaría que alguien turbase la paz lanzando a los aires un zapato. No, no protestaría como entonces. Tampoco me indignaría ni arrojaría desafíos si me despertasen a medianoche colocándome una piedra sobre el vientre. Todo eso...

—¡Párese!

El grito me vuelve al presente. Procede de Ampico. Es una orden al chofer.

—Devuélvase un poco y coja a la izquierda.

Abandonamos la carretera y nos metemos por un desecho.

Semejante operación me intriga. Algunos abren los ojos, y, mirando con desconfianza, interrogan:

—¿Qué pasa? Cruzamos miradas de inquietud. Anzola dice:

—Es que están componiendo la carretera. Más adelante la encontraremos de nuevo.

—Sí, por aquí pasé yo el otro día para Valencia.

—Es posible, pero a mí me parece que esta es la vía del llano.

—Sí, este es el camino del llano.

—¡Qué camino del llano va a ser este! —ruge Celis—. ¡Si yo constantemente vengo a Valencia y siempre paso por aquí!

—No te calientes, mi vale. Es posible que haya una carretera para el llano que pase por Valencia —insinúa Luis Felipe con ironía.

—¡Pero no seas zoquete, Luis Felipe. ¿A dónde vamos a ir sino a Maracay?

—A La China —responde Inocente con voz ronca, saliendo de su mutismo.

—¡Qué China de mis culpas! ¡A Maracay es a donde vamos! —grita Anzola.

Miro a Anzola con simpatía por su optimismo. Del presidio de La China son muy pocos los que salen vivos. Las versiones que se dan del régimen bajo el cual viven los presos son espeluznantes. Si a Gómez se le hubiere ocurrido mandarnos allí, sería algo espantoso.

La disputa sobre si vamos hacia el llano o hacia Maracay continúa durante largo tiempo. Mas llega la primera luz del día y las dudas se desvanecen. Los Morros de San Juan humillan el aire pálido con su azul oscuro intenso, levantándose contra el cielo en una verticalidad solemne.

Sabemos ya que no vamos a Maracay a parlamentar con Gómez; sabemos ya que nos conducen más lejos, tal vez al temible presidio de La China. Y, sin embargo, nadie demuestra mayor inquietud, nadie hace comentarios sobre la suerte que nos espera. Todo es admitido sin una lamentación. Esta actitud fría ante la adversidad, al principio me extraña, y me esfuerzo en comprenderla, pero luego, al analizar el estado psicológico en que nos han dejado las fuertes impresiones recibidas bruscamente, la noche pasada en vela y la incomodidad del viaje, me doy cuenta de que nuestras actitudes

no se prestan a ser comprendidas, de que son resultados arbitrarios de situaciones demasiado complejas.

Con la vista muy desplegada abarcamos el paisaje que se nos viene encima. Discutimos cuál de los morros es más alto. En tanto, la perspectiva nos hace juegos malabares, empeñándose en que nadie acierte. Algunos notan la presencia de una nubecilla terrosa, que semeja una cicatriz en el morro más ancho, y otros hablan de exploradores que, desafiando las escabrosas alturas, violaron la virginidad de esos bloques magníficos.

Ampico interviene en las conversaciones exponiendo sus particulares conocimientos y refiriéndonos algunos hechos que en su época tuvieron inmensa notoriedad, mas la mayor parte de ellos tienen abiertas tantas ventanas al absurdo que huye toda nuestra buena voluntad por creerle.

Ya en pleno amanecer nos detenemos en La Puerta, el histórico sitio siempre ingrato a los patriotas de 1810. A insinuaciones de Ampico bajamos del autobús. Mientras unos miran el serpear del Guárico y lanzan piedras aquí y allá, otros contemplamos el arco conmemorativo y leemos atentamente sus inscripciones. Alguien hace observaciones denigrantes para Gómez, y Ampico, que las ha oído, arruga el entrecejo, desenvuelve una mirada cáustica ayudada por el ojo tuerto, y ordena partir.

El llano

La mala noche pasada me entorpece las ideas, tendiéndome una redcilla tupida y molesta sobre los ojos. El cansancio me produce cierta flojedad en los músculos, magullados por las posiciones que me creo obligado a mantener. Tengo la lengua llena de un amargor desagradable y la piel de mi rostro está melosa, como engrasada.

Lentamente me sumerjo en una modorra profunda.

Luego, apretando los párpados y abriendo ampliamente los labios en un enorme bostezo, me desperezo a todo lo largo y a todo lo ancho del sitio que puedo abarcar. Arreglo un pañuelo pintarrajeado que envuelve mi cabeza, procurando que las puntas pendientes de los nudos me caigan sobre la nuca. Aflojo los cordones de los zapatos, que se me están hundiendo en los pies un poco hinchados, e incorporándome del asiento, digo a Sánchez Pacheco, recordando súbitamente, sin poder explicármelo, sus palabras de cuando abandonamos Las Colonias:

—Pacheco, ya no podrás decir aquello de la martiniqueña. Fíjate bien en este aspecto. Y asústate. Yo soy un perfecto pirata.

Y acompaño mis palabras con una sonrisa extraviada, hueca, que se me extiende por el rostro y allí permanece varios minutos, como si se hubiese quedado parálitica. Sánchez Pacheco se queda extrañado, sin atinar el sentido de mi sonrisa, o tal vez sin recordar aquellas palabras suyas a que yo me refería. Chirinos me clava las pupilas y me hace un gesto de interrogación que no me preocupo en contestar. E Inocente me vuelve su barba jesuita para inquirir con dulzura:

—¿Qué te pasa, Nelson?

Torno a sentarme sin responder. Intento dormir, mas los saltos que da el autobús me lo impiden. Decido entonces llenar los minutos contemplando los contornos campesinos, pues las excursiones por el recuerdo me mortifican. Ya el llano comienza a mostrarnos sus planicies impávidas. De pronto el autobús se atasca en un caño delgado y gredoso.

Descendemos. Ampico vocifera imprecaciones contra el chofer, y después de manotearse los bigotes y golpearse la pierna con la fusta, da orden al rígido capitán, que como una estatua va en la trasera del vehículo, de mandar en busca de hombres con herramientas apropiadas a cualquier rancho o plantío cercano:

Nosotros, en tanto, forcejamos por sacar el autobús, deseosos de continuar la marcha.

Noto que el estado de debilidad en que me encuentro no me permite desarrollar muchas fuerzas, y me siento en una piedra recostándome en el talud. Lo mismo hacen varios compañeros. Y nadie habla. Todos miramos con insistencia el fango profundo del caño.

Los soldados de la custodia palanquean con los máuseres y colocan piedras bajo las ruedas. Ricardo Razetti, deseoso de lograr una posición más cómoda, voltea una piedra ancha, y una culebra de anillos rojos que abajo reposaba, gira sobre sí misma, se enrosca y alza la puntiaguda cabeza en actitud desafiadora.

Ricardo se alarma:

—¡Fíjense, fíjense! —nos grita, dando un salto hacia atrás en el preciso momento en que la culebra lo atacaba.

Retirados a prudente distancia, descargamos una lluvia de guijarros sobre el animal, que con la piel en jirones y la cabeza destrozada, intentaba evadirse inútilmente.

—De buena me salvé —concluye Ricardo pleno de satisfacción.

Al fin se logra desatascar el autobús, que aparece ahora bañado de fango hasta el radiador y con un pedazo de carrocería menos.

El sol se hace cada vez más intenso. La brisa nos llega en bocanadas candentes.

Entramos a un pueblo. Las calles están solitarias. Apenas un perro flaco y sarnoso pasa de una a otra de las aceras, desenlajadas a trechos. Las casas, de construcción rústica, con paredes de bahareque y rejas de madera, muestran deterioros en todas sus partes. Claramente se ve el tiempo que tienen sin recibir la menor reparación. Es particular que algunas aparezcan sin tejas. Preguntamos a Ampico.

—Es que cogen las tejas para venderlas, porque las tejas valen más que las casas. Figúrense que la municipalidad tuvo que dictar un decreto prohibiendo esa vaina, porque, como iba el asunto, el pueblo ya se estaba quedando sin casas habitables.

Preguntamos luego el nombre del pueblo.

—Ortiz —nos contesta.

“¡Ortiz, Ortiz”, repito para mí. Y recuerdo que la Historia Patria me presentaba a Ortiz como a una de las ciudades más importantes del llano guariqueño.

Hago esta observación y Ampico me responde:

—Sí. Antes había aquí mucha gente y mucha plata. Pero el paludismo y la disentería acabaron con esto.

Interesado por el triste destino del pueblo, continúo mirando.

En la sala sin techo y sin paredes de una casa grande pasta una vaca. Varios burros se pasean, rebuznan y dan volteretas en la tierra floja de la plaza. De una esquina brota un enjambre de perros asquerosos, que corren aullando tras una gallina espantada. Dos caras amarillas, desencajadas, salen del hueco de una puerta, y nos miran fijamente.

Y aquí y allá el mismo cuadro: casas que se derrumban; caballos, con el esqueleto brotado, mordisqueando la hierba seca que asoma en todos los sitios; algunos hombres apoyados en el mostrador de pulperías sin más clientes que las moscas; algunos muchachos semidesnudos, de vientres inflados sostenidos por piernas delgadísimas; algunas mujeres harapientas, cuyos ojos, cuyos senos, cuyas caderas, gritan incansablemente:

“¡paludismo, paludismo, paludismo!”.

Cierro los ojos. Mejor es no ver. Estoy acostumbrado a contemplar otros hombres, de rostros sanos y sonrisas serenas; otros muchachos, colorados, oprimiendo el balón de football entre las manos gordezuelas; otras mujeres,

de labios pintados, que ríen y despiertan deseos con sus caderas nutridas y sus senos turgentes.

Y estos son venezolanos, y aquellos son también venezolanos...

Sigue el autobús devorando la carretera. Y siempre idéntico paisaje: hierba seca y sol, sol y hierba seca.

Otro pueblo aparece. Es Parapara, nos dicen.

Nos detenemos frente a una pulpería. Ampico nos manda descender para almorzar. Vamos saltando al suelo torpemente. Una vez dentro del local, decimos algunas frases estúpidas, incoherentes, y nos sentamos en las lozas de ladrillo, afirmados a la pared, mientras nos preparan la comida.

Y algo inesperado. Hay allí un fonógrafo, de esos muy viejos, con una bocina ancha y grande. Varios nos ponemos de pie, haciendo un esfuerzo, y examinamos el aparato. Existen dos discos, sucios, rayados. Se adivina que el dueño no es muy aficionado a la música. Los títulos no podemos leerlos. Están desvaídos, apenas se ve una que otra letra. Ponemos uno, cualquiera. Y por la bocina comienzan a brotar con dificultad, roncamente, los acordes del Himno Nacional. Como autómatas, los que estamos de pies nos ponemos firmes, un poco sorprendidos y los que permanecen sentados nos miran con ojos interrogantes y luego se yerguen, se cuadran, y continúan mirándonos, ahora con disgusto, con reproche, como diciéndonos: “cada cosa a su tiempo; estamos demasiado extenuados para permanecer firmes; quiten eso”. De igual manera habíamos pensado nosotros, pero no nos atrevíamos a manifestarla. Retiramos el disco y colocamos el otro. Salen los acordes de unas coplas populares, muy en boga cuando la guerra europea, y que nos retrotraen a la niñez: “Y siga la guerra y sí, y siga la guerra y no, y sigan los alemanes con el cañón cuarenta y dos”.

No podemos menos de reírnos. ¡Cuántos recuerdos, ya un poco borrosos, nos traen esas coplas! Alguien comenta:

—Estaba yo bastante muchacho todavía, acabado de ponerme los pantalones largos, y tenía una noviecita. Yo hablaba con ella por la ventana. Pues bien, cuando venía la madre hacia la sala, la hermanita, que me hacía el durazno, cantaba esas coplas en voz alta desde adentro. Yo entonces huía.

En tanto prosigue el fonógrafo: “¡...y siga la guerra y sí, y siga la guerra y no...”.

—Ella era muy bonita. Tenía los ojos claros.

—No hables de eso ahora, mi vale, que nos enguayabas más de lo que estamos.

Al fin llega el almuerzo. No bien hemos concluido cuando Ampico ordena continuar el viaje. Nos aprovisionamos con la quinina existente en la pulpería y marchamos.

—Ya tenemos un par de potes de quinina. Con esto nos podremos defender por algún tiempo de ese maldito paludismo.

—Lo malo es que solo hemos conseguido bisulfato, y hay que tomar mucho. Si fuera muriato, con una pequeña dosis habría para prevenirnos.

-Y por aquí pega “La Perniciosa”, que con tanto tino llama la gente de estos lugares “La Económica”, porque no deja gastar mucho en medicinas. Acaba con uno en dos días.

La atmósfera vibra. La amarillez de nuestros rostros se ve invadida por una aureola morada. El calor es tan sofocante que a veces sentimos comienzos de asfixia. El bochorno nos llena de silencio. Unos dormitan recostados de los compañeros cercanos, y otros, con los párpados medios caídos, miran cómo nos metemos por la sabana interminable.

Es majestuosa esta sabana larga y ancha. Ancha. Da una extraña sensación de infinito contemplar sus límites perdido en el aire denso. Todo plano, plano, plano; con hierba seca y el sol, sol de infierno; con grietas producidas por el sol, con rigideces producidas por el sol.

Y de trecho en trecho una escueta palmera enarenada, cimbrada por los vientos, chamuscada por el sol, sol, sol. Una palmera muerta de hambre y sed, flamante, terriblemente triste.

Y pienso en Caracas; en el Ávila, azul al atardecer; en los arbustos verdes y frescos del Paraíso; en las brisas tenues, acariciantes, que apagan el sofoco de los mediodías.

Sorpresa

Sin darnos cuenta casi, llegamos a El Sombrero. Nos detenemos en la plaza principal, que se halla solitaria. El autobús se aprovisiona de gasolina.

De pronto me quedo mirando a una cara conocida que se acerca. ¡Sí, es él, no hay duda! ¡Ricardo Montilla, sí, Ricardo! Viene intensamente pálido y con un rictus raro en la boca. Ricardo Montilla, condiscípulo en la Universidad, compañero de muchas broncas cuando la Semana del Estudiante y compañero de presidio en el Castillo de Puerto Cabello. Ricardo, que vive en El Sombrero y había dejado los estudios en espera de mejores tiempos, luego de la funesta cuartelada del siete de abril. Y así, súbitamente, Ricardo ante nosotros. No dice nada. Tampoco nosotros decimos nada.

Hay momentos en que solo puede hablarse sin despegar los labios. Y así nos hablamos durante muchos segundos.

Repuesto de la impresión, echo manos a un pedacito de lápiz que con cuidado ocultaba, y furtivamente escribo unas líneas para mi padre. La misiva se la hago llegar a Ricardo al darme la mano.

—Venimos de Las Colonias —decimos al fin.

—¿De Las Colonias? ¡Ahí! Ya sabía que estaban allí —responde con voz ronca.

—Y vamos a La China. ¿Están seguros?

—Lo suponemos.

—A La China...

Callamos. Las palabras han salido trabajosamente, después de un gran esfuerzo. No es posible hablar más.

—Procuraré enviarles algo —balbuceó, cuando partimos. Y su rostro adquiere un matiz verdoso.

—Adiós.

—Adiós.

Una esperanza transeúnte

De nuevo estamos frente al río Guárico. Algunas lluvias han comenzado a acrecentar su volumen. Las aguas amarillosas, salpicadas de ramas, se deslizan con lentitud. Un tenue vientecillo le riza la superficie.

Al otro lado pasamos en balsa. Un hombre flaco, palúdico, se ocupa en arrimarla a la orilla, mientras nosotros descansamos en la arena.

De El Sombrero llega un soldado con un telegrama. Es para Ampico. En tanto lo lee, desde lejos le miramos a la cara buscando arrebatarse una impresión que nos diga de nuestro destino. Pero Ampico permanece imperturbable. Ni siquiera mueve las guías de su bigotazo.

Al cabo de unos momentos llama al capitán Tovar y le dice en voz alta que le mandan a no devolver el autobús para Caracas hasta que no reciba órdenes expresas de Maracay.

¿A qué obedecerá esto? ¿Será que Gómez no está aún plenamente decidido a confinarnos en La China? La esperanza despliega sus alas hermosas y las sacude con prisa dentro de nuestros pechos. Y algunos ojos se iluminan,

se llenan de vida, y mirando fijamente la tranquila corriente del río, miran más allá, mucho más allá, hacia las calles bullangueras de Caracas, hacia el hogar acogedor, hacia la madre que piensa y suspira...

La esperanza ha seguido creciendo en algunos. Les ha paralizado la lengua y les ha aumentado el número de respiraciones. Pero así, tan rápidamente como vino, empieza a irse. Alguien dijo que si habían dado órdenes de que no se devolviese el autobús, era con el fin de aprovecharlo para traerse de La China a varios presos comunes a quienes darían la libertad. Tal vez era esto lo cierto. Mas cuando estamos desesperados y nos aguarda un terrible porvenir, la esperanza que por algunos momentos nos visitó, deja siempre un sedimento, una punta brillante a la cual nos agarramos sin pensar siquiera en que su existencia puede ser producto de nuestra imaginación excitada; sencillamente, que puede ser un absurdo. Y así, aquella esperanza fugaz fortaleció nuestras ánimos y nos dejó el pensamiento de que todavía podíamos regresar.

Subimos a la balsa. El balseiro apoya la palanca en la orilla y empuja con vigor. Al cabo de un momento estamos en el centro del río, y luego, sin dificultad, en el otro lado. Vuelve la balsa a su punto de partida y sube en ella el autobús. Por unos segundos creo que aquella frágil embarcación no podrá soportar tan enorme peso. Después me convenzo de lo infundado de mis temores, pues la balsa apenas se hunde unos palmos más que cuando nos pasó a nosotros. Y al poco tiempo llega el autobús a tierra.

Nos habían engañado

He observado que desde nuestro paso por Ortiz han disminuido las conversaciones. Hay una tendencia a huir de los comentarios y a encerrarse en un mutismo colmado de tristeza. Al principio lo atribuí al cansancio y al

sueño. Ahora me doy cuenta de que estaba errado. Creo más bien que son los efectos del medio ambiente, los efectos que nos ha producido el llano con la espantosa miseria que de todas partes brota, como una acusación contra los hombres de la ciudad que no saben de paludismo ni de disentería, y que si se mueren es porque tienen que morir, y no de mengua como estos llaneros pobres, sin médico que los asista, sin hospital en que extinguir sus últimos momentos de vida.

Del llano teníamos una idea muy distinta. La Historia nos hablaba de “los fuertes lanceros de Páez”, de “los infatigables caballos”, de que “la vida saludable y libre de la sabana y la alimentación intensamente nutritiva a base de carne, leche y huevos, hacían del llanero un ser privilegiado, atlético, capaz de domeñar un potro salvaje sin más instrumento que un cabestro y de batirse con un tigre sin más arma que un cuchillo”. La literatura también nos hablaba de salud, de vigor, de alegría en el llano. ¿Y qué hemos visto hasta aquí? En los pueblos: hombres palúdicos, mujeres palúdicas, niños palúdicos, que apenas poseen fuerza para andar. En la sabana: hombres flacos, amarillos, palúdicos también, cabalgando sobre caballos flacos, pequeños, sucios, que miran con ojos de horrible desconsuelo.

Palenque

El autobús se para al lado de un automóvil amarillo, en cuyo fondo, arrellanados, sonrientes, están dos hombres. Uno se halla trajeado de militar, y a juzgar por las estrellas que brillan en sus charreteras, se trata de un coronel. El otro viste de paisano. Es moreno, de rostro flaco, y en su boca semiabierta refulgen dos dientes de oro.

Ampico desciende y habla con el militar. Nosotros observamos. No queremos perder el menor detalle. Ampico se nos junta de nuevo y nos dice

que el militar es el coronel Torres, jefe del presidio a donde nos dirigimos, y el otro su secretario.

El automóvil amarillo arranca, y los saludos cordiales, ayudados por cariñosas sonrisas, nos hacen volver el rostro y responder con leves inclinaciones de cabeza.

Nos detenemos ante el río Orituco.

En la ribera hay varios hombres casi desnudos; solo llevan un taparrabo amarrado a la cintura con un cordón. Cada uno de ellos muestra un pie aprisionado por una barra de hierro en forma de U, cuyos extremos tiene sendos huecos para dar paso a otra barra, recta, que termina por una punta en una argolla, de donde sale una gruesa y larga cadena, y por la otra, más aguda, en una ranura, donde se enrosca, remachada, una chaveta, que impide la salida de la barra. Para mejor andar, los hombres llevan la cadena al nivel de la cintura, sosteniéndola con el mismo cordón que usan para el taparrabo. Pero la cadena es tan larga que el extremo colgante tiene que ser recogido, doblado una o varias veces, y prendido también al cordón. Son hombres flacos, de facciones hundidas. Van descalzos. Presentan un color indefinido. El sol les ha igualado la piel. Apenas si se pueden distinguir a los negros natos, por las narices chatas y anchas y por los labios prominentes.

Algunos se nos acercan. Los miramos fijamente, conteniendo un gesto de repulsión.

Ampico, que pasa junto a nosotros para organizar el traslado a la otra orilla, nos dice:

—Este es Palenque. Ustedes van para La China, que está unos quince kilómetros más allá. En La China se encuentra el campamento, porque la carretera está construida hasta por ahí. Y como ustedes van a trabajar en la carretera junto con los demás presos... Porque los que están aquí son los que ayudan al coronel X en los trabajos del hato.

El caudillo murmura:

—Quiere decir que nos llevan no solamente a La China, sino a someternos a un régimen de trabajos forzados... Es más de lo que esperaba.

Varios emitimos un “ujuh” prolongado, que en este denota resignado asentimiento, en aquél cólera, y amargura en el de más allá.

Los restantes callan, pesarosos.

El sonsonete metálico que esparcen estos hombres mientras andan, nos saca del abismamiento. Y preguntamos:

—¿Cómo se llama eso que llevan en la pierna?

—Grilletes —nos contesta uno.

“Grilletes” repito para mí. ¡Qué extraña me suena esta palabra y cuántas cosas horribles encierra! “Grilletes”, ha dicho el preso con una naturalidad pasmosa, como si hubiese dicho: “alpargatas”. Se ve que no les produce inquietud el sentirse cargados de cadenas, que el pesado hierro que le cae sobre el pie no le hace sufrir, que ya se halla acostumbrado a no poder moverse con libertad. ¿También nosotros tendremos que soportar este odioso objeto del despotismo? ¿Y alguna vez nos habituaremos a él?

Otro nos interroga:

—¿Por qué los han traído a ustedes?.

Marturet responde, haciendo un gesto de desconuelo en que flota una sonrisa amarga:

—¡Ay, mi vale, porque nos comimos un queso!

El preso se echa a reír desaforadamente, y grita:

—¡Así sería ese queso!

Y Marturet concluye, con rudeza:

—¡Sí; un queso mayúsculo, un quesote de Flandes!

Pasamos el Orituco en varios grupos, utilizando una piragua. El autobús,

libre de nuestro peso, retrocede un poco y luego se lanza al río, levantando borbotones de agua y haciendo un ruido ensordecedor. Después de muchos esfuerzos, logra alcanzar la ribera.

La china

Son, aproximadamente las seis de la tarde. La sabana se viste de un ligero tono dorado. Una brisa leve doblaba las puntas de la hierba. Múltiples palmeras se elevan aquí y allá, y en sus sombras pequeñas se echan reses que miran el cielo limpio. Sobre la línea confusa del horizonte, reposan racimos de brumas rojas, de brumas violadas, de brumas azulosas.

Al frente, la cinta blanca, interminable, de la carretera, se nos mete por los ojos.

De pronto un grito del chofer nos hizo poner de pie.

—¡Ahí, ahí! ¡Miren! ¡Una culebra! ¡Enorme!

Atravesando la carretera en ondulaciones vertiginosas, una culebra larga, gorda, nos avizora con pupilas encendidas.

—¡Caray! —grita Chirinos.

Y el capitán Tovar, que desde nuestra salida de Guatire permanecía firme en su puesto, sale al fin de su inmutable actitud, y desnudando el sable violentamente, oprime la cachucha contra su cabezota, mientras da un paso adelante, como si esperase al enemigo para ensartarlo por el vientre. Pero ya no existe el enemigo. Se ha perdido, hundiéndose entre la hierba. Entonces el capitán. Tovar envaina el sable, da un paso atrás, se golpea la cachucha para que no le apriete tanto la cabezota, y vuelve a su antigua posición, con su mismo gesto indefinido, inescrutable.

El autobús no puede soportar por más tiempo las irregularidades del camino. Y se accidenta. Afortunadamente falta poco para llegar al campamento, pues ya estamos en terrenos de La China. Seguimos a pie.

De un grupo de ranchos comienzan a salir presos, llevando la misma indumentaria que los de Palenque: taparrabo y grillete. Vienen a empujar el autobús para llevarlo al campamento.

Ya nos hallamos a pocos pasos de los ranchos, que se abren en semicírculo.

—Dígame —comenta Marturet—, tener que meterse en esos ranchos llenos de piojos, chinches y ratas. Hasta culebras debe de haber allí.

—Supongo que nos darán dos o tres. En uno solo no cabemos todos. Nos asfixiaríamos.

—Por supuesto, chico; un rancho de esos no cuesta nada hacerlo. Y seguramente nos fabricarán alguno especialmente para nosotros.

—Yo también lo creo. Es claro. Nos tienen que guardar alguna consideración.

—Por supuesto.

Ampico se ha quedado ordenando el empuje del autobús. El capitán Tovar es quien nos conduce.

De repente un “¡hola!” estentóreo, ronco, imponente, vibra en el aire, haciéndonos volver la cabeza para mirar su punto de partida: la boca de un oficial gigantesco, mulato, que anda balanceándose.

Dos nuevos “¡holas!” salen despedidos con fuerza, y el oficialote abraza efusivamente al capitán Tovar, mientras le dice:

—¡Mi vale! ¡Cuánto gusto, caray! ¡Desde que no te veía!

Sus palabras son anchas, gordas, mofletudas, y en tanto abandonan los labios, se estiran, se estiran hasta empalmarse con las siguientes.

El oficialote se lleva al capitán aparte y continúa conversando con él en voz baja.

Nosotros esperamos firmes, alertas.

El semicírculo de ranchos abarca una planicie de arenilla compacta. En el centro, no muy lejos de donde estamos nosotros, hay un rectángulo formado por troncos de palmera clavados en el suelo y varios hilos de alambre de púas. Unas cuantas planchas de zinc le sirven de techo. Aquella, aparentemente, es un corral para reses. Sin embargo los animales que se mueven allí dentro son hombres. Desde nuestro sitio, aunque los vemos con dificultad, podemos observar algunos detalles. Se hacinan hacia el frente, mirándonos con detenimiento. Al hacer cualquier movimiento brusco, despiden un estrépito de cadena. Muchas de sus palabras nos llegan a los oídos. Son palabras de extrañeza causada por nuestra presencia. Lo que singularmente parece llamarles la atención, es el color claro de nuestros rostros.

Llega Ampico. El oficialote se le acerca, lo saluda y recibe de sus manos una hoja de papel que mira una y otra vez. Luego la dobla y finalmente se la guarda, haciendo un gesto para demostrar que no sabe leer. Sin duda le da vergüenza manifestarlo con palabras.

Ampico comprende y musita:

—Son los estudiantes.

El oficialote utiliza la boca para asombrarse y después se va tornando serio, hasta consolidar una expresión feroz.

En seguida nos manda colocarnos en una sola fila. Su voz retumbante y áspera me recuerda la descripción que de la voz del “coco” me hacía mi madre cuando era niño. Tan pueril remembranza me hace sonreír. El oficialote lo observa y se queda mirándome con extrañeza, mientras refunfuña:

—Estos son unos pájaros raros.

Yo estoy a la cabeza de la fila. El oficialote me ordena:

—Saque para afuera todo lo que tenga.

Inmediatamente comienzo a vaciarme los bolsillos, y caen al suelo fósforos, cigarrillos, pedazos de papelón, residuos de queso, migajas de pan...

El oficialote murmura:

—Caray; así se lleva colmada la capotera. Pero no saque más.

—Los remedios y la comida pueden guardárselos.

Eso sí, eche para afuera lápices, papel, y armas, si carga.

Respondo que no. Sin embargo, he tenido buen cuidado en ocultar un pedacito de lápiz y una navaja diminuta.

El que me sucede en la fila comienza, a su vez, a deshincharse los bolsillos. Y el otro, y el otro, y el otro. El oficialote recoge un pequeño botín, y, después de conferenciar con Ampico, nos dice que le sigamos, no sin antes participamos que depositará el dinero que nos ha quitado en manos del jefe del presidio.

Se detiene frente al corral-calabozo de los presos. A su llegada, la “guardia de prevención”, compuesta por unos veinte soldados, se pone firme. Nos abren la puerta, formada también con troncos de madera y alambre de púas.

Mil pensamientos fugaces cruzan por mi cerebro. ¿Quiere decir que no nos van a meter en los ranchos? ¿Es posible que la maldad de esta gente llegue hasta el extremo de hundirnos en semejante pocilga de ladrones y criminales? Porque seguramente estos hombres semidesnudos que cargan grilletes serán la escoria del país. Y otra cosa, ¿Cómo vamos a caber nosotros aquí, si el hacinamiento es tal que para abrirnos paso han tenido que valerse de formidables empujones?

Pero ya estamos dentro. La puerta se ha cerrado, y nosotros, en grupos, permanecemos recostados a ella, sin saber qué hacer.

Por encima del conjunto de impresiones múltiples que nos asaltan, resbala un hedor ácido, picante, que impregna nuestro olfato hasta el punto de hacernos respirar con dificultad. Es como si hubiesen tomado todos los focos fétidos existentes y los hubiesen aglomerado en el centro del recinto.

De aquí que, maquinalmente, expelamos el aire con fuerza, en cortos intervalos, contrayendo las narices.

De pronto, un hombre delgado, de bigotillo negro, con pantalón rayado de preso, descubierto el tronco, y un vergajo en la diestra, se destaca del montón, y mostrándonos una sonrisa cordial, pregunta:

—¿Ustedes son los estudiantes?

—Sí.

—Pues yo soy el “cabo de presos”. Ya les voy a estar haciendo un ladito. Enarbola el vergajo y comienza a golpear a los presos, mientras les grita :

—¡Vamos, coletones, a darle campo a la gente decente! ¡Vamos ligero, antes que les rompa la crisma a vergajazos!

A fuerza de golpes logra dejarnos libre uno de los ángulos cercanos a la puerta: cuatro metros cuadrados a lo sumo.

Depositamos en el suelo nuestro reducido bagaje y nos sentamos en él, no sin antes dar las gracias por la atención...

—No hay de qué —responde—. Aquí la gente decente tenemos que ayudarnos unos a otros.

La fetidez, las palabras, los ruidos, me llegan a los oídos y apenas los atrapo. Sufro de un aturdimiento casi absoluto. Siento como si estuviese metido en un recipiente cerrado de cristal. Y solo veo, por entre las sombras del anochecer que ya empieza a invadir el recinto, hombres sucios, asquerosos, que se insultan; grilletes que tintinean; ojos desorbitados...

Sánchez Pacheco se atusa incansablemente los bigotes y mira a diferentes parles con desconfianza, como dispuesto a repeler cualquier agresión. Clemente Parpacén presenta unas facciones duras, rígidas. Chirinos contempla con gesto resignado, donde flota una brizna de lástima, las figuras borrosas que transitan. Marturet cruza expresiones

asombradas con Antonio Anzola, quien de vez en cuando se muerde los labios. Lucho Villalba se halla acurrucado, vuelto un ovillo.

Experimento una sed terrible. Pero estoy tan cansado, tan agotado, que me resisto a iniciar el esfuerzo necesario tendiente a obtener un poco de agua. Al fin no puedo soportar más e insinúo mi petición al cabo de presos, quien desde el ángulo cercano nos mira con detenimiento.

—Cómo no, bachiller, aquí hay; tome con mi totuma.

Hunde el brazo en un pipote que se encuentra junto a la puerta, saca el envase lleno y me lo ofrece. Antes de llevármelo a la boca, lo miro. Aquello no es agua; es fango diluido y hediondo. Recuerdo que cuando veníamos por la carretera me negué a lavarme las manos en un líquido semejante. Pero no queda otro recurso que tomarlo. Y conteniendo la respiración, me lo trago precipitadamente. Vuelvo a mi sitio, musitando apenas un: “gracias”. La obscuridad es ahora más intensa. El cabo de presos ordena que se enciendan las luces y aparecen dos lámparas de acetileno que proyectan una luz mortecina. Mis compañeros también beben agua. Beben y no dicen nada. Se ve que la resignación nos domina.

Pasadas estas primeras impresiones violentas que por algún tiempo mantienen firmes nuestras energías, el cansancio y el sueño vienen de nuevo a agobiarnos.

Desplegamos en el suelo las cobijas y nos tendemos en dos filas, muy cerca los unos de los otros y con las piernas entrecruzadas porque el espacio es demasiado reducido. Tenemos los ojos cerrados.

Me despierto sobresaltado. Un brusco ruido de tambor llena el ambiente. Mis compañeros también alzan la cabeza y algunos hasta se yerguen. Habrá que ponerse, en el acto, de pie, pues quizás sea el toque de diana, y si permanecemos acostados son capaces de levantarnos a vergajazos.

Ya todos comenzamos a enderezarnos, cuando el cabo de presos nos dice:

—No se preocupen. Sigan durmiendo. Este toque es de “lista y parte”. Son las nueve menos cuarto.

¿Las nueve menos cuarto? ¿Entonces apenas hemos dormido dos horas? ¡Y yo creía haber dormido veinte..!

Torno a despertarme. Ahora es la corneta, emitiendo un sonido largo, quejumbroso, que parece extinguirse, para luego resurgir con la misma fuerza, y volverse a apagar, hasta que muere.

Lo conozco. Es el toque de “silencio”. Son, pues, las nueve.

El primer día

Otra vez el estruendoso tambor me hace dar un salto. El cabo ordena que me quede acostado. Nadie debe levantarse todavía.

—¡Maldito tambor! —Gruñe Ricardo Razetti— ¡Ni dormir puede uno en este inhumano lugar!

Me informo en voz baja. Faltan quince minutos para las cinco de la mañana. Es, de nuevo, “lista y parte 2. Podríamos dormir hasta las cinco pero ya estamos satisfechos. Con diez horas es bastante. El sueño ha huido, y, aunque sentimos el cuerpo estropeado, nos invade un gran alivio.

Permanecemos tendidos, en silencio, mirando hacia el techo.

Rasga el aire el toque de diana. Se levantan todos los presos y se colocan en dos filas a lo largo del calabozo. Nosotros los imitamos.

Hambre

El sargento, jefe de la guardia de prevención, grita desde la puerta:

—¡Numerarse! La respuesta es rápida:

—Un.

—Dos.

—Tres.

La voz salta, salta, recorre ambas filas y termina en sonoro y prolongado:

—¡Ciento setenta y cuatro!

El sargento consulta la lista.

—Pueden retirarse —dice. Y se aleja, rascándose la nuca.

Igual que los otros presos, volvemos a tumbarnos en el suelo.

El cabo viene hacia nosotros. Asomando los dientes muy blancos que resaltan bajo el bigotillo negro, habla, mientras se peina la cabellera ondulada:

—Hoy, afortunadamente, no se saldrá a trabajar. Digo “afortunadamente” por los demás presos, porque yo, como ustedes comprenderán, no salgo nunca. Por supuesto, yo creo que a ustedes tampoco los sacarán.

Y haciendo un mohín de disgusto, concluye:

—La gente decente no se ha hecho para esta clase de trabajos.

Abren la puerta y entran dos soldados conduciendo una olla inmensa sostenida por las asas con un largo palo. Los presos, al verla, se arremolinan y producen un gran alboroto, mientras sacan envases de diversos tamaños y formas. Ninguno quiere quedarse atrás. La primera fila los atrae violentamente. De aquí que haya insultos y bofetadas. El cabo interviene, apaciguando los ánimos a vergazos. A uno le ha roto la nariz y sangra en abundancia. A otro, excesivamente flaco y amarillo, del golpe lo ha tumbado al suelo, y allí permanece, con los brazos en cruz, los ojos desorbitados y respirando con dificultad, mientras de la boca le sale una espumilla blanca.

Al fin se obtiene el orden. Los presos entregan sus envases y los toman de nuevo medio llenos de frijoles. Luego reciben una hallaquita. Es todo el rancho.

Al ver que se llevan la olla, interrogamos al cabo. Tenemos hambre.

—Ustedes no pueden comer eso— responde—. No aguantarían ni un mes. Seguramente vendrá el capitán a arreglar con ustedes lo de la comida. Si tienen plata podrán pagar comida de oficial. Yo de esa es la que como. La gente decente no puede tragarse ese rancho.

Ya este hombre me tiene molesto con lo de “gente decente”. Quiere aparecer ante nosotros como persona culta y hace cuanto puede por agradarnos. Que es un canalla se ve en el modo con que trata a los presos, y que es un sinvergüenza se nota en el servilismo con que recibe las órdenes del sargento. Por fortuna, el hecho de desear congraciarse con nosotros nos proporciona grandes ventajas, pues su categoría de cabo de presos le permite amenguarnos las incomodidades que sufrimos. También trata con suma cordialidad a otro detenido, de cuerpo muy blanco y modales nada bruscos, que se balancea en un chinchorro colocado en el cercano ángulo fronterizo.

Pregunto a un francés que tengo al lado —seguramente “cayenero”, por los tatuajes que muestra en el pecho y en los brazos— y me responde:

—El blanco es el teniente Perilo, mandado aquí por el coronel Torres. Es hombre envergao. El cabo de presos se llama Camacho. Y aquel otro, indio, jovencito, es el segundo cabo; Briceño, se llama. Ellos tres duermen en este rincón.

Vuelvo la cabeza al sentir que mis compañeros se ponen de pies. Un militar de traje estropeado, con anteojos de cristales negros, habla con ellos desde el otro lado de las alambradas.

Es el capitán. Viene a tratar el asunto de la comida. Convenimos en que se nos dará comida de oficial dos veces al día. Pagaremos con el dinero que hemos traído de Las Colonias, recogido por el oficialote que nos recibió y ya en manos del coronel Torres.

—Es lo mejor —nos dice Camacho, luego que se ha marchado el capitán.

—El rancho, se los repito, no lo aguantarían. Al mes se habrían muerto.

Reanudo mi conversación con el francés. Me dice que trabajaba en Caracas con los boxeadores. Era entrenador de Gódin cuando lo prendieron.

—Yo era muy fuerte. Tenía unos músculos así.

Y coloca una mano en forma cóncava a unos cuantos centímetros por encima de uno de los bíceps.

—Ganaba bastante plata. Un día me cogieron, preguntándome que si estaba complicado en el robo de un tal Santana. Yo le dije que no; pero no me hicieron caso. Me tuvieron muchos días en la policía. Después me mandaron para acá.

Mira hacia todos lados con gesto misterioso y después me dice, en voz muy baja:

—Esto es peor que Cayena. Ya lo verá. Yo apenas tengo dos meses aquí y mire a lo que he quedado reducido.

Con los dedos en figura de pinzas, se hala la piel de la cara, de los brazos, de las piernas. Hace luego una mueca de profundo desaliento, y calla. Introducen unas vianderas. Es nuestra comida: Caraotas, arroz y carne. Solo han traído cuatro platos y siete tenedores. Tenemos que comer por turnos. El sonido seco de unos vergajazos, nos alarma. El cabo contiene la avalancha de los presos que con ojos famélicos miran las vianderas. Al verse repelidos, no cesan de gritar:

—¡Bachiller, bachiller, un pedacito! ¡Un pedacito, bachiller! ¡Dios se lo pagará! ¡Es que tengo un hambre horrible! ¡Siquiera unas caraoticas, bachiller!

Y al suplicar, la tristeza se les hunde más en los rostros. Les giran los ojos vertiginosamente, despidiendo haces de luz mortecina. Las narices se les hinchan, y los labios, caídos, les tiemblan.

Nos quedamos perplejos, con las vianderas y 106 platos en las manos. Nos parece un crimen comer, viendo a tantos hombres, tan cerca, muriéndose de hambre.

Un preso joven, casi un niño, llega hasta mí, arrastrándose, para que el cabo no lo vea. Con voz apagada y expresión de cruel dolor, dice:

—Bachiller, por su madre, yo solo quiero “una poquita de arroz”. Es que el rancho no lo puedo comer; me da unos dolores de barriga muy fuertes, y después, cuando voy al pollino, solo echo sangre. ¡Por su madre, bachiller, “una poquita de arroz”, con un puñito me basta! Estoy aturdido. Las ideas se me atropellan al pensar mil cosas a la vez. No puedo hacer el menor movimiento. Consumo el tiempo tragando saliva, como si con la saliva me tragase estas cosas tan atroces cuya existencia nunca había imaginado. Y la voz apagada, siempre suplicante, continúa a mi lado: ¡Bachiller, por su madre, una poquita de arroz! La lástima me produce una honda depresión. Los ojos se me enrojecen. El corazón me late con fuerza. Siento como si me clavasen millares de astillas de hielo. Muy bien podría satisfacer los deseos del muchacho, dándole mi ración de arroz. Pero sé que si le doy a este, los otros vendrán también a pedirme. Y les tendré que dar mi ración de carne. Y de caraotas. Y me quedará sin comer. ¡Y no! ¡Yo también tengo derecho a vivir! Además, el hambre que experimento es tal, que brota por encima de la angustia y por encima de la lástima. De pronto me da rabia que este preso venga a impedirme comer con tranquilidad. Y ya, odiándole, voy a apartarlo de un puntapié, cuando la voz, siempre suplicante: “¡Por su madre, bachiller, una poquita de arroz!””, me pone las carnes flojas, extrañas a mí mismo, como si por momentos se me desprendieran los huesos. No puedo soportar más y le vacío en las manos mi ración de arroz. El muchacho, al verse en posesión del manjar tan codiciado, quiere huir a comérselo al fondo del calabozo; pero quiere huir tan presto, que abandona las precauciones y se pone en pie para marchar. Esto lo pierde. El cabo lo descubre, se le va encima y le da varios vergajazos. El muchacho grita y corre, y el arroz se desparrama. Los otros presos se precipitan y comienzan a arañar el suelo.

El espectáculo de horror me hace revivir las energías. La indignación me colma el pecho. ¡Qué canalla es el cabo! Con la mirada fría, endurecida, hago esfuerzos por levantarme. ¡Es necesario insultar a ese asesino! Algo me lo impide. Siento las manos adheridas al suelo. Es Sánchez Pacheco quien me las retiene. Lleno de grave serenidad, me ve a la cara fijamente y me dice: “no, no, no”, con leves inclinaciones de cabeza.

Luego musita:

—Nos perjudicarías a todos. Acuérdate: estamos presos.

¡Estamos presos! Esto implica que tenemos que soportar impávidos todas las canalladas y todas las asquerosidades de la prisión; que jamás nuestra voz y nuestros brazos podrán alzarse en son de protesta; que hemos de sepultar en lo más profundo de nuestro ser los sentimientos de repulsión que nos inspiren las escenas de asesinatos lentos; que nuestros rostros, aunque erguidos, tendrán que permanecer impasibles ante las bravatas del cabo o del sargento. Porque hay que ser “buenos presos”. No rogar a nadie, no lamentarse de nada, pero tampoco levantarse contra ninguna vileza.

Apresuradamente me trago la comida.

Gómez

Observo a un preso que sale del fondo del calabozo arrastrando con pena la cadena del grillete. Cuando lo veo de cerca, me produce una impresión tan horrible que me dan ganas de cubrirme los ojos. Nunca creí que un hombre pudiera llegar con vida a semejante estado de flacura.

Lleva el esqueleto íntegro a la vista: el mismo grosor tienen las piernas en los tobillos que en los muslos; las nalgas no existen; el abdomen,

brotado, es la única parte carnosa que se le percibe; el tórax se dibuja claramente bajo la piel delgadísima; los anillos de la tráquea podrían contarse desde lejos; el rostro es una calavera con ojos brillantes. Viene desnudo y asqueroso. Anda muy despacio, atento a donde va a poner los pies, los brazos horizontales y las manos extendidas, portando en una de ellas una totuma. Me parece que si da un paso en falso toda su armazón se desarticulará, los huesos caerán unos sobre otros, y la calavera con ojos brillantes saldrá rodando hasta chocar con alguien... Anhelante, sigo sus pisadas. “Que no se caiga, Dios mío” –pienso– “que no se caiga”. Ya está junto al pipote. Mete la totuma en él y la saca llena de agua. Bebe con indiferencia, con una indiferencia terrible, ¡con una indiferencia que no había contemplado jamás! Luego se devuelve, siempre con lentitud. Pasa ahora más cerca de mí, y un olor penetrante, a podrido, me hace detener la respiración. Sigue andando, casi a tientas, arrastrando la cadena larga. Y se pierde definitivamente en el confín del calabozo.

Siento los ojos más grandes y la lengua muy seca. El corazón me da golpetazos.

Me vuelvo hacia mis compañeros. Ellos también han sufrido una fuerte impresión. Están pálidos y sin hablar. Se miran y tornan a mirarse.

Al fin se rompe el silencio.

—Es el límite de la ruina fisiológica.

—Es un cadáver que anda.

—¡Qué cadáver va a ser! ¡Es sólo un esqueleto!

—Eso es hambre.

—Y disentería.

—Y paludismo.

—Y tuberculosis.

—En síntesis: Gómez.

Todavía somos...

Me voy hacia el rincón de enfrente a charlar con el llamado Perilo por el francés. Mientras da balanceos lentos a su chinchorro, me cuenta el motivo de su detención.

Era oficial de la guarnición de Palenque. Tenía por compañera a una llanerita bastante guapa que al parecer despertó los deseos del coronel Torres. Este le hizo proposiciones de concubinato. Perilo lo supo, y, en conversación privada con algunos amigos, dijo que mataría al coronel, el cual, temiendo que se realizasen tales propósitos, lo hizo preso.

Yo oigo y callo. No quiero comentar. O mejor: tengo miedo de hacer un comentario que quede fuera de lugar.

Mis compañeros no se han movido de sus sitios. Algunos conversan en voz baja de los cuadros presenciados. Otros miran con insistencia a través de las alambradas, como esperando algo que hubiere de amenguar la rudeza de la situación. Anzola y Sánchez Pacheco mueven las piezas de un ajedrez portátil que no se quien tuvo el buen tino de traer.

—Jaque al rey —dice alto Sánchez Pacheco.

Anzola agudiza la mirada y se pone a inspeccionar con extremo cuidado el tablero diminuto. La jugada le ha desconcertado.

En tanto, un sordo y ancho ruido de cadenas nos hace volver hacia la puerta. Tres soldados se acercan cargados con sendos racimos de grilletes.

—Seguramente son para nosotros —balbuce Chirinos.

Y Sánchez Pacheco repite:

—Jaque al rey.

Anzola, que solo ha oído a Chirinos, responde:

—No puede ser. Sánchez Pacheco, que ha observado mejor su jugada, dice entusiasmado:

—¿Cómo que no puede ser? ¡Es jaque y mate! Y Chirinos:

—¿Qué no puede ser? Fíjate: son dieciséis grilletes. Anzola sigue repitiendo:

—No puede ser, no puede ser. Sánchez Pacheco ríe, desconociendo todavía la presencia de los grilletes:

—¡Sí puede ser, Anzola! Alguno tenía que ganar. Es jaque y mate.

Pero su risa se corta al percibir el ruido de las cadenas, que caen en tierra al caer cerca de nosotros.

—Estos son para ustedes —dice el sargento—. Camacho, ponga esos grilletes a los estudiantes y que queden bien remachados.

—Y yo, que creía que nos habíamos salvado de cargar el aparato ese —interviene Luis Felipe Vegas, mordaz.

Camacho y el segundo cabo, Briceño, se acercan trayendo un martillo y unas barritas de plomo.

—¿Por quién empezamos, bachiller?

—Por mí —dice García Maldonado.

Y coloca el pie junto al bloque de hierro donde ha de ser remachada la chaveta.

—Pido segundo —dice Paquito.

—Yo tercero.

—Yo cuarto...

Y así, algunos buscan puesto entre los primeros, como si se tratase de algo agradable. Es, quizás, cierto resabio de infantilismo por sentir antes que los otros el peso del grillete.

Por turnos nos van añadiendo el molesto artefacto. Yo soy el último en recibirlo. Quería permanecer el mayor tiempo posible con las extremidades libres. Pero esto me ha perjudicado. Mi cadena es más larga que la de los demás, solo comparable a la de Luis Felipe.

Una vez terminada la operación, el cabo se nos acerca:

—Si tienen ustedes una cobija vieja, dénmela, para que Briceño les haga unas vendas, porque así, sin ponerse nada, se les llagarán las piernas.

Briceño recorta la cobija en anchas tiras y comienza a vendarnos.

Los primeros días les estorbarán mucho. Pero después se acostumbrarán. Con las piernas vendadas se sienten mucho menos.

Yo me he quedado observando mi cadena, extendida en el suelo. Su longitud y su aspecto en general me hacen recordar mis épocas de niño, cuando volaba papagayos. Y digo:

—¡Qué hermoso rabo de mono!

Anzola me replica, enfadado:

—¡Déjate de metáforas vanguardistas en estos momentos!

Luis Felipe, acurrucado en un rincón, se da a la tarea de limpiar su cadena que, como todas, se halla mohosa y llena de mugre.

Marturet, de pies, mira fijamente cada una de las partes del grillete, mientras su boca se contrae en rictus de disgusto o se abre para dejar huir un “qué perros”, silbado, lento.

Guillermo López, impenetrable, fuma sin descanso. Ricardo Razetti intenta meter la punta de la cadena por el cinturón, imitando a los otros presos.

Yo me pongo a contar los eslabones de mi cadena. Después de repararla dos veces de punta a punta, digo:

—Noventa y dos.

Paquito ha hecho también su cuenta:

—Yo tengo solo setenta. Pero mis eslabones son más gruesos. Fíjate.

Clemente Parpacén nos mira con cierta complacencia, y luego dice:

—En comparación con la de ustedes, la mía es una leontina.

Uno a uno nos vamos poniendo de pie e intentamos caminar. Lo hacemos

con dificultad, arrastrando penosamente la pierna derecha. Los otros presos nos contemplan y sonríen. Ahora, cuando uno de ellos se levanta y anda con soltura, lo envidiamos. El hace gala de su habilidad —o de su costumbre— y anda mas de prisa, siempre sonriendo.

Gastón, el francés, me llama para regalarme un gancho que he de colgar en el cinturón con el objeto de sostener la cadena. Así se está menos incómodo.

El capitán transita cerca del calabozo, mirando nuestros ensayos con un desagrado que no acierto a explicarme.

Al desaparecer las primeras impresiones causadas por los grilletes, cada uno torna a su sitio en silencio. Y este, con un palillo, hace figuras en la tierra; aquel silba, en tono débil, un aire conocido; el otro se limpia las uñas con un papel en forma de cartucho; el de más allá chupa el cigarrillo y luego abre la boca para que el humo se escape solo. Y en todos se adivina que el pensamiento está lejos, en Caracas, en Valencia, en Los Andes, en Margarita, girando alrededor de rostros queridos, o tal vez volando al ras del futuro.

—Cuando nosotros éramos, cuando yo era... —musito para mí, pensando que de aquí no saldremos nunca, que habremos de perecer en este inmundo lugar; que ya hemos desaparecido para nuestra familia, para nuestra novia, para nuestros amigos, para el mundo; que ya pertenecemos al pasado, pues nuestra existencia se ha detenido bruscamente, y mientras todo sigue moviéndose y avanzando dentro de la actualidad, nosotros estamos estancados, inmóviles; que ya nos hemos salido del círculo de la vida, y si aún respiramos es porque nos hallamos colocados sobre una tangente, resbalando hacia la nada; que ya no tenemos derecho a decir: “nosotros somos, yo soy...”.

Y concluyo en voz alta, iniciando una sonrisa amarga:

—Cuando nosotros éramos, cuando yo era...

Clemente me ha oído:

—¿Qué dices, Nelson?

—Poca cosa. Que hablo como debemos hablar de ahora en adelante: en pasado. Cuando nosotros éramos, cuando yo era... Porque ya no somos.

—¿Que no somos? Te equivocas, Nelson. Todavía *somos*. Nuestros miembros están jóvenes, nuestros órganos están jóvenes y nuestra entereza está joven también. Podemos resistir mucho. No debemos hablar en pasado porque no estamos muertos aún. Vivimos. Fíjate. Vivimos todavía. ¿Y no ves en todos un gran deseo de continuar viviendo? Hablar en pasado es suponer que ya nos extinguimos... La exaltación con que comenzó a replicar exaltación de optimismo— se va apagando, y muere con la última frase.

Ahorabalbuce, una, dos, tres veces:

—Es suponer que ya nos extinguimos. Mas sus anteriores palabras me han sacado del sopor de abandono en que me hallaba, han sacudido mi instinto de conservación que por momentos se iba adormitando. Y digo con voz firme:

—Tienes razón. Es suponer que ya nos extinguimos, cuando es ahora que comenzamos a vivir. Tienes razón. Olvida lo que te he dicho. Aún podemos decir con orgullo: nosotros somos, yo soy...

Me hundo en la meditación. Mis compañeros tampoco mueven los labios.

¡Así piensa el pueblo venezolano!

El sol choca contra el zinc que guarece el calabozo y deja caer un vaho cálido que nos enciende las mejillas.

Briceño, el segundo cabo, se tiende cerca de nosotros y habla. En su rostro amarillo giran unos ojos negros, cansados.

—Yo vivía en Maracay, con mi hermana, que es la mujer del General Willete, el jefe civil. Cuidaba los caballos del general. Un día dijeron que yo y que le había robado unos cien bolívares. Mentira. Yo no le había robado nada. No me hacía falta. Comía con lo que me daba mi hermana, cogiendo lo que me daba el general para parrandearlo. Pero le dijeron eso. El lo creyó y me mandó preso. Entonces el campamento estaba en Guamita. Allí la cosa sí era seria. El calabozo no tenía techo. Cuando llovía nos mojábamos todos. Se formaba un pantanero en que nos hundíamos hasta las rodillas. Teníamos que dormir parados. Allí la cosa sí era seria. Estaba de jefe del presidio el coronel Campero. ¡Hombre malo ese, cará! Al que le pedía algo o se quejaba le mandaba a dar una ración de vergajazos, hasta que se muriera. ¡Y la calentura rozando! Ahí fue que me dio a mi por primera vez. Al principio me pegaba muy fuerte, con muchos escalofríos y dolores de barriga. Pero ya me he acostumbrado. Ahora, cuando me da, me enrolló en mi cobija y me quedo acostado, hasta que pase. Me dura tres o cuatro días. Después se me quita y al poco tiempo estoy otra vez como un rolo.

—¿Y se te quita sola? —interroga Antonio Anzola.

—Sí, se me quita solita, como vino.

—¿Quiere decir que nunca has tomado quinina?

—Nunca, bachiller.

—¿Y cuánto tiempo hace que te dio por primera vez?

—Guá, a los pocos días de estar en Guamita. Y yo llevo preso unos cuatro años.

Anzola se vuelve hacia Yanes, y, con gesto lleno de extrañeza, le dice en tono apagado :

—Cuatro años con paludismo. No ha tomado nunca ni un gramo de quinina... y todavía con vida.

Luego se vuelve hacia Briceño y continúa:

—¿Hay muchos así como tú que soportan tanto tiempo sin tomar ningún remedio?

—Pero es que, bachiller, los presos no podemos tomar ningún remedio. ¿Quién nos lo va a regalar? El que aguanta es porque aguanta y nada más. Ahora, los que aguantan son muy poquitos. Casi todos se mueren. El que no se acostumbra se muere. Eso es así.

Ha dicho esto con ingenuidad, sin un rictus de amargura, sin que se le trasluzca una expresión de protesta. Claramente se percibe que todo lo encuentra dentro de los linderos de lo natural; que por su cerebro inculto jamás ha pasado el pensamiento de que tales cosas no deben existir. Acepta los hechos como son y no culpa a nadie de ellos. No medita siquiera en la posibilidad de cambiarlos. La vida los presenta así y no se puede ir contra la vida. Que el general Villete lo remita preso por tiempo indefinido, sin juicio previo, porque se robó cien bolívares, no lo encuentra arbitrario. El general Villete era jefe y el jefe manda, sencillamente. Que en vez de meterlo en una cárcel lo envíen a trabajos forzados y viva en un calabozo sin techo sometido a los rigores de la atmósfera, tampoco es arbitrario. El coronel Campero era el jefe y el jefe manda, sencillamente. Que lo agobia el paludismo y no le dan medicinas para combatirlo, no debe quejarse. Preso es preso, sencillamente. ¡Así piensa el pueblo venezolano!

Un deseo que no se cumple

—Bachilleres, estos bichos son para ustedes

—dice Camacho, acercándose con varios paquetes de alpargatas y de trajes rayados de azul que ha recibido en la puerta de manos del sargento.

—Contémoslos.

—Dieciséis.

—¿Todos son iguales?

—Claro, todos son rayados.

—No me mames el gallo, mi vale. Te pregunto si todos tienen la misma medida.

—Me parece que sí.

—Pues que Yanes proteste y pida que le manden hacer uno especial para él. Esa barriga no puede caber en un pantalón corriente.

Nos ponemos los trajes rayados y las alpargatas.

La barriga de Yanes sí cabe dentro del pantalón. Por eso nos mira sonriente, en ademán victorioso, como diciéndonos: “Mi barriga se arropa hasta donde le alcanza la cobija”.

Es pintoresco el aspecto que ofrecemos. Nuestra barba sin afeitar, brillante sobre la suciedad del rostro; el traje rayado que a ninguno le ha caído bien, pues las chaquetas y los pantalones son muy cortos y demasiado

anchos; el grillete adherido al tobillo, prolongándose hacia arriba en la cadena que cuelga en manojos del cinturón; y por último las alpargatas, negras, verdes, rojas, Todo esto nos causa una impresión extraña. A mí, al principio, me parece que me encuentro disfrazado. Y me muevo de aquí para allá, observando el tintineo de mi cadena al andar y medio encandilado por las líneas azules de mi traje.

El ambiente se hace cada vez menos cálido.

Por entre las alambradas del calabozo, y más allá de los ranchos de los oficiales, a lo lejos, sobre el horizonte impasible, se mira el disco encendido del sol que llena de colores fuertes y múltiples un pedazo de cielo. La brisa viene dulcemente, en ráfagas tibias.

Un preso francés nos trae la comida:

—Bon soar compañí —dice al entrar. Y nos mira curiosamente con sus ojillos claros, saltarines.

Ahora se repite el mismo espectáculo de por la mañana. Al oír el ruido de las vianderas, los otros presos, arremolinándose, intentan acercarse, y el cabo los detiene a vergajazos. Se oyen gritos, imprecaciones, quejidos, y las súplicas monótonas, siempre terribles:

—¡Por su, madre, bachiller, ya esta hambre no la puedo aguantar más! ¡Regáleme una arepa, bachiller, por su madre!

—¡Bachiller, una poquita de arroz! ¡Una poquita nada más, bachiller! ¡O aunque sean unas caraoticas! Quisiera taponarme los oídos para no oír estas cosas. Es horrible comer viendo a los demás morir de hambre. Pero no queda otro camino que alimentarse. Hay que comer porque hay que vivir. Y lo hacemos apresuradamente, como si estuviésemos cometiendo un delito.

Después, sentados en el suelo, con las piernas estiradas, y apoyando la espalda en los alambres, consumimos algunos cigarrillos mientras charlamos sobre asuntos banales, extraños a nuestra situación actual, extraños a nosotros mismos, como si con ello pretendiésemos engañar a la mente torturada. Es particular este afán de hacer chistes, de mariposear sobre situaciones frívolas, cuando todo a nuestro lado nos llena de amargura, de sufrimiento, quizás de miedo. Es como un inconsciente deseo de olvidar, como un insospechable anhelo de fugarnos de la realidad que nos oprime. Un deseo que no se cumple; un anhelo que no se satisface. Porque los chistes que forjamos salen desnudos, insípidos; apenas si pueden llamarse chistes; hay que acompañarlos con un poco de risa para que los demás se den cuenta de que han sido hechos con el objeto de producir regocijo. Pero los demás no se toman el trabajo de comprenderlos, de buscarles la gracia.

Se ríen al ver que quien los hace se ríe también, pues apenas han llegado a sus oídos unas pocas palabras incoherentes. Por eso todos los chistes que hacemos son graciosos. Y al comentar situaciones frívolas, hechos pueriles, nadie llega a hilvanar más de dos o tres frases. La atención, alejada de esas

situaciones, de esos hechos, hundida en lo presente, no se presta para más. Y la conversación es entrecortada, nerviosa. Todos sabemos que las causas que la motivan no nos interesan, pero todos tenemos miedo de que se extinga, porque eso implicaría dejar en absoluta libertad el pensamiento.

La obscuridad ha ido llegando. Encienden las lámparas.

Pájaro Perdido

El teniente Perito se sienta en su chinchorro, de frente hacia nosotros, y dice al cabo:

—Lláname a Pájaro Perdido. Camacho grita:

—¡Vamos, Pájaro Perdido, rey del cochocho, a menearse!

De lo profundo del calabozo sale una voz, blanducha, pastosa:

—¡Ya voy, cará, ya voy!

Y se acerca un preso de unos dieciocho años, mulato, con el traje lleno de mugre hecho jirones, el rostro grasiento y una serena expresión de idiota.

—¿Qué le pasa, mi teniente?

A todos nos produce una impresión desagradable.

No solo es la suciedad que muestra su cuerpo y el olorcillo a podrido que despide cada vez que alza un brazo. Es algo más. Su aspecto íntegro proyecta repulsión. Nos parece encontrarnos frente a un bestezuela que tanto puede mordernos como lamernos los pies.

—Pájaro Perdido, si cantas te regalo un cigarrillo —le dice Perilo.

—Como no, mi teniente. Cantaré “Fume, compadre”.

—Canta, pues.

Se sienta en el suelo con las piernas cruzadas, a dos pasos de Perilo. Nos

mira con sus ojos inexpresivos. Escupe dos, tres veces. Se rasca el pecho lampiño, fuerte, con las uñas negras. Y comienza a cantar:

—“Fume compadre, fume y recuerde, que yo también recordaré...”.

Su voz apenas atrapa el aire del tango. Prolonga cada una de las palabras dándoles una cadencia monótona, extraña al giro de los acordes. De repente corta con brusquedad, mira fijamente a cualquier sitio y se pone a arañar la tierra. Luego reanuda:

“...y ahora compadre, arrepentido, quiero olvidarla y no la olvido...”.

Sus párpados caen y suben, y un poco de saliva le moja el belfo, como si permaneciese extasiado ante la melodía de su canto.

—Ya está, mi teniente —dice al instante de concluir.

—Deme el cigarrito.

—Bueno te lo doy si lo recoges del suelo con la boca. Asiente con la cabeza, apoya las manos en el suelo, y sin cuidarse de que sus labios se llenen de tierra, aprisiona entre sus dientes blanquísimos el cigarrillo lanzado allí mismo.

—Una candelita, pues.

Lo enciende, chupa, y se aleja en silencio, expulsando anchas bocanadas de humo.

Paquito interroga:

—¿Por qué lo llaman Pájaro Perdido?

—Porque no duraba ni tres días en la policía. Se escapaba no se sabe cómo. Al poco tiempo lo volvían a coger, por ratero. Y vuelta a escaparse. Hasta que lo mandaron para acá.

—Y de aquí que se escape si quiere —finaliza Camacho, despidiendo una carcajada cínica.

Mejor es dormir

El tambor anuncia “lista y parte”.

Desplegamos las cobijas y nos acostamos. Anoche, aunque apretados, pudimos dormir medianamente bien. Hoy será más laborioso. Los grilletes nos molestan demasiado. No encontramos una posición que nos brinde la comodidad necesaria para atrapar el sueño. Si nos ponemos de lado, la barra de hierro se clava en la tierra, inmovilizándonos por completo. Si nos tendemos de espalda, nos estorbamos mutuamente, por la estrechez del espacio de que disponemos. Si estiramos la pierna, nuestra cadena choca con la del vecino y hasta se enreda en ella, cuando no le golpea un muslo o una rodilla. Así que todo es moverse, cambiar de lugar, volver la cabeza, adherirse la cadena a la pierna con pañuelos... Siendo acompañado el ruido que producimos por las imprecaciones sordas, mal contenidas, que se nos escurren por los labios resecos.

A medianoche me despiertan unos quejidos largos, penetrantes, que se derraman por el silencio del calabozo. Me parecen clavos de punta muy afilada que se hunden en los oídos. Son los quejidos más lastimeros que he escuchado hasta el presente. Resuman un dolor profundo, una desesperación sin límites. En ocasiones cesan, para después reanudarse con la misma intensidad, con la misma nerviosa tristeza. Es lo único que se oye en la noche tranquila.

Dos o tres compañeros también se han despertado. En la obscuridad percibimos nuestras pupilas interrogantes: “¿qué será?, ¿quién será?”.

El cabo tampoco puede seguir durmiendo. Con voz enronquecida por el sueño, grita:

—¡Silencio! ¡A callarse ese hombre que no deja dormir a los demás!

Pero los quejidos continúan, siempre estirados, siempre saturados de amargura, siempre iguales. Así transcurren quince, veinte minutos.

De pronto se apagan, y solo se oye una respiración gruesa, apresurada, que se debilita por momentos, hasta extinguirse.

Todo es silencio en derredor.

El cabo ha permanecido atento, atrapando las modalidades de los quejidos, porque al quedar el ambiente en calma, musita:

—Ese, se murió. Vamos a ver qué me deja. Y, poniéndose en pie, avanza hacia lo profundo del calabozo. Se escucha un ruido de envases que chocan, de ropas que se enrollan.

Pasados algunos momentos vuelve a su sitio con una cobija tirada sobre los hombros y contando en la palma de la mano un poco de dinero en monedas de níquel.

Con desagrado, balbuce:

—Poca cosa tenía el desgraciado ese.

Después sacude por un brazo a Briceño, que duerme junto a él, y le dice:

—Borra de la lista a Pablo. El silencio, de nuevo, se hace uniforme. Ha muerto un preso. ¿Y qué? Mejor es dormir.

El segundo día

Más allá de la realidad

Unos fuertes dolores de vientre me han tenido despierto desde muy temprano. Así es que he podido seguir con atención el ruido de las respiraciones: profundas unas, sonoras; cortas y tenues las otras, como de pulmones heridos que no pueden recoger mucho aire. Algunos lamentos apagados, que concluyen brotando por las narices en forma de soplidos bruscos, también se oyen aquí y allá palabras rápidas, mal articuladas, pero que se adivinan con facilidad —“mamá”, “mamaíta”, “Dios mío”— vuelven a veces, resbalando por la quietud del ambiente.

El sueño de mis compañeros es tranquilo. La madrugada es tibia. En ocasiones llega una leve brisa enarenada. Con lentitud, Camacho se pone en pie, y volviéndose hacia Briceño, que ya está erguido, le dice:

—Coge la lista y vente.

Ambos comienzan a andar, saltando casi por sobre los presos tendidos a lo largo del calabozo.

—Vamos ha ver quién se ha muerto por aquí —va diciendo, mientras camina.

—Aquí está uno —le responden.

—¿Quién es?

—Pica-pica.

—Briceño. Bórralo de la lista. Sáquenlo de aquí y llévenlo para el fondo.
¡Vamos! ¡Ligero, pues!

—Aquí está otro —se oye más allá.

—¿Quién?

—La Lechuza.

—¡Ah cará! ¡Al fin se murió La Lechuza! Yo creí que no se iba a morir nunca. ¡Bicho pa durá ese condena! Que lo lleve uno solo para adentro. Ese es livianito.

Concluye en una carcajada:

—¡Y después dicen que las lechuzas no se mueren de noche!

Sigue avanzando trabajosamente con Briceño a su lado, quien maneja el lápiz mientras camina.

Los cadáveres van siendo trasladados.

—¿Más nadie se ha muerto?

—Yo creo que más nadie, mi cabo.

—¡Sí, cómo no, Pablo, el francés, que está aquí!

—¡Ah cará! ¡Se me olvidaba Pablo! Ese está borrado desde anoche. Como fue el primero que se murió, le toca hacer el primer viajecito en la urna. ¡Que lo lleven para dentro y lo metan en la urna! ¿Nadie más se ha muerto?

—Yo creo que más nadie, mi cabo.

Pensando en si este diálogo macabro se verificó también ayer, antes de que nosotros nos despertáramos, y si se verificará todos los amaneceres, y curvado completamente por el dolor que no cede, me voy hacia el fondo del calabozo, donde se halla la letrina común de los presos, que es un barril sin tapa denominado “pollino”.

Bajo la indecisa luz del alba, percibo los rostros enflaquecidos, carrañosos, de Pica-pica y la Lechuza, cuyos cuerpos, tirados en el suelo a como cayeran, ya empiezan a ser un poco esqueletos. Me extraña no ver el cadáver del francés. ¿Qué habrán hecho de él? Mas, en un giro involuntario de la cabeza, alcanzo a mirarlo. Se encuentra tendido, rígido, en una urna de zinc descubierta, colocada a un lado del “pollino”. Sus ojos están cerrados y en su barba rubia hay prendidos algunos hilillos de saliva.

Camacho se acerca, seguido de Briceño y cuatro presos.

—Para el Guamacho con este hombre —ordena, señalando al francés—. Ya está acomodadito en la urna. No hay sino echárselo a cuestras, caminar un poquito, abrir media vara de hueco y tirarlo. Los zamuros se encargarán de lo demás. Pero hay que ir ligero, porque todavía quedan dos. ¡Y cuidadito con traer la urna arrastrando! Vamos pues, ¡raspa!

Los presos intentan colocarse la urna sobre los hombros. Pero no bien la han levantado, cuando la vuelven a poner en tierra. Luego miran al cabo, y uno de ellos dice con recelo, exteriorizando el pensamiento de todos:

—Este muerto como que se menea.

—¿Que se menea? ¡No sean imbéciles! ¡Déjense de pendejadas y raspen!

Nuevamente los presos alzan la urna, y se escapa de ella un quejido débil. Inmóviles, atónitos, se quedan al principio, con la urna en los brazos. Y luego exclaman, casi a una sola voz:

—Este hombre no está muerto. Camacho los mira con gesto agresivo y oprime el vergajo fuertemente. Tiene ganas de pegarles. Después, al parecer arrepentido, ordena:

—Bájenlo para ver.

Al colocar la urna en el suelo, el francés alza la cabeza y abre sus serenos ojillos azules. La saliva, muy blanca, continúa mojándole la barba enmarañada.

—¡No estoy muerto, no estoy muerto! —dice con desesperación—. ¡No llevarme al Guamacho!

Y haciendo un esfuerzo en que se le contraen los músculos visibles del rostro y se le marcan los tendones de la garganta, se pone en pie.

Camacho se le queda mirando, enojado, sin pestañear, y los otros presos, atentos, contemplan el incidente.

—Si no estoy muerto no poder llevarme al Guamacho —repite el francés, en un tono que parece un sollozo. Y agotadas las energías nacidas de su situación angustiosa, se desploma.

Camacho calla y su expresión va acumulando ira. Al fin revienta:

—¡Con que no estás muerto, ¿eh? Y ya te habían borrado de la lista. Y ahora pierdo la lista porque a ti te ha dado la gana de resucitar. ¡Pues, bien, esa vaina no la aguanto yo! ¡Si me has hecho perder la lista soporta las consecuencias.

Y apretando el vergajo con la mano derecha, le da varias vueltas en el aire y se va sobre el francés, golpeándole la cara, el pecho, el vientre.

—Vamos a ver si se muere ahora —dice, alejándose. Luego grita, aún colérico:

—Cojan a los otros muertos, de una sola vez; uno en la urna y el otro colgando. ¡Y raspen con ellos para el Guamacho! No se puede perder tiempo.

Mientras se llevan los cadáveres, dos presos toman al francés y lo colocan a un lado. Uno de ellos trae una totuma llena de agua y le echa chispas frías en el rostro.

He observado la escena con una serenidad inesperada. En sus comienzos me impresionó tan violentamente que el dolor físico que me agobiaba desapareció. Después seguí viéndola con pasmosa naturalidad, como si mis sentimientos no existiesen o se encontrasen ya tan endurecidos que

lo sucedido fuera incapaz de producirles siquiera una pequeña rasgadura. Mas no tardé en darme cuenta de que si mi corazón no palpité con mayor rapidez que antes fue porque no alcancé a comprender los hechos en toda su plenitud. Los miré como algo extraño a la realidad, como se mira una proyección cinematográfica.

Arrastrando la cadena con descuido, cruzo el calabozo y torno a mi sitio. Refiero a mis compañeros, que ya están despiertos, los cuadros presenciarlos. En la generalidad de los rostros se asoma una expresión de disgusto. Pero nada más. ¿Y por qué? ¿Acaso no han sido actos horribles? ¿No es para mesarse los cabellos de cólera o hundirse en una tristeza profunda por la impotencia en que nos hallamos para impedir que vuelvan a tener lugar? Sí, tal vez sea así, mas... si yo mismo, viéndolo todo con mis propios ojos, no alcancé a comprenderlos, ni los comprendo bien todavía, ¿cómo los otros han de penetrar en su esencia por un mero relato? ¿Cómo han de sentirlos, cómo han de ser sentidos, si yo mismo no los sentí completamente?

A un mismo nivel

Camacho nos dice:

—El coronel los manda salir. Tienen que ir a la carretera. Acomódense. Y después grita, volviéndose hacia los demás: “¡Embajadores!”.

Se oye un ruido de objetos que chocan. Abandonan el calabozo unos doce presos. Interrogo: —¿Qué quiere decir eso de *embajadores*?

—Así llaman a los presos a quienes tratan con consideración. No van a la carretera. Se quedan en el campamento para trabajarles a los oficiales. Unos les hacen el pan; otros les cuidan los caballos; otros barren...

Sigo con la vista a los embajadores. Al estar fuera, se separan, y toma cada uno hacia un rancho distinto. Voy a pedir más explicaciones, pero mi interlocutor parte junto con los presos restantes, quienes, habiendo recibido la orden de marchar al trabajo, dejan el calabozo y se detienen en la planicie arenosa de enfrente. Al cabo de un rato nos les reunimos, formamos con ellos dos filas y esperamos firmes.

El capitán nos cuenta con la vista. Luego dice:

—A coger los instrumentos, de dos en dos. Y vuelvan a formar, pero en una sola fila.

Obedecemos como se nos ha mandado, y henos aquí a los dieciséis con un pico y una pala recostados al hombro, formando un solo bloque con los demás presos, que no cesan de mirarnos, unos con simpatía, otros .con envidia, los menos con desprecio. Es extraño verse des- preciado por parte de esta gente; pero es lógico. Nos consideran incapaces de resistir los rigores del trabajo. Y si antes se veían ellos en situación de inferioridad por poder nosotros alimentarnos con comida de oficial, ahora se sienten superiores porque ya son veteranos en arrancar y nivelar pedazos de tierra. En cambio... ¡nosotros! No es necesario mirarnos mucho para observar que nuestras manos no han oprimido más instrumentos de trabajo que la pluma, y que nuestros músculos, de pocos relieves, armónicamente pronunciados bajo una piel suave, son producto del deporte.

Estamos confundidos con los presos. El hecho de integrar la misma fila y de llevar todos picos y palas semejantes, nos coloca a un mismo nivel. No hay trato particular para nosotros. Llevamos traje rayado, grillete al pie e instrumentos de trabajo. Somos presos, como los demás, únicamente presos. Las órdenes dadas al grupo son también para nosotros; luego, somos iguales todos. Dentro del calabozo, nosotros, en compañía de los dos cabos y del teniente Perilo, formamos la aristocracia. Y la aristocracia tiene ciertas

prerrogativas, como la de alimentarse con comida de oficial, la de no recibir vergajazos... Pero ya hemos salido del calabozo. Ahora estamos en idénticas condiciones que los otros presos. Somos sus iguales.

El capitán ordena:

—¡En marcha!

Partimos. La fila se alarga cada vez más al irse tomando la distancia necesaria entra uno y otro para no tropezar con las palas y los picos recostados a los hombros.

Dejamos atrás la prisión y penetramos en la sabana impávida. Cerca, se mira el jagüey que suministra agua al campamento. Tres o cuatro árboles frondosos, algunas palmeras y otros tantos bejucales, integran el follaje que le da sombra. Lejos, sobre el horizonte rígido, asciende el sol.

Y mientras andamos esforzándonos porque la pierna derecha, que sostiene el grillete, sea tan rápida como la izquierda, vamos contemplando el cielo, el horizonte, la sabana. La sabana tiernamente rosada.

¿Cuánto hemos andado? Uno, dos kilómetros. Ya apenas se mira la mancha negra del campamento y del jagüey.

—¿Cuánto nos falla? —pregunto a un preso que va delante de mí, casi desnudo.

—Como media hora, bachiller. Ahorita llegamos. La carretera está ahí mismito.

—¿Y cuánto tiempo hay que trabajar todos los días en la carretera?

—No es por tiempo, bachiller, es por tarea. Seis metros diarios hay que sacar. Mientras no lo saquen todos, no se puede ir nadie.

Yo procuro trabajar fuerte al principio, para sacarlos ligero, de manera que, cuando el sol esté calentando duro, ya esté libre. Es mucho mejor. Pero hay algunos que no pueden. Trabajan muy despacio y a veces el sol los coge cuando todavía van por la mitad. Esos de casualidad la sacan.

Somos unos ciento sesenta presos. Llevamos de custodia, alrededor de unos treinta soldados, un sargento y un oficial. El sargento marcha a la cabeza de la fila; los soldados, a un costado; y el oficial, a caballo, atrás.

Mis compañeros y yo, pocos acostumbrados al grillete, no podemos seguir caminando con la rapidez de los otros presos. En un principio sí, pero ya nuestra pierna derecha está cansada. Así es que, lentamente, nos vamos quedando rezagados. Y llega un momento en que entre la fila y nosotros hay una distancia de más de cien metros. Procuramos suprimirla y apresuramos el paso, esforzándonos en dominar la cadena.

El oficial nota nuestra operación y dice, conciliador:

—No tienen por qué apurarse, bachilleres. Tenemos tiempo.

Y tocando los ijares de su caballo, se coloca junto a nosotros.

—En el trabajo haré lo posible para que los traten con consideración.

Miro a este hombre, que seguramente nos tiene lástima, a juzgar por sus palabras. Es de pequeña estatura, delgado, con el rostro huesudo donde se posa un bigotillo sin puntas. Lleva la chaqueta desabrochada y en un dedo le brilla una sortija de oro.

—Buena vaina les han echado a ustedes enviándolos para acá.

Ha dicho esto esperando que de nuestros labios salga algún comentario, alguna frase con que anudar una conversación, alguna exclamación que le permita adentrarse en nuestro pensamiento. Pero nosotros solo respondemos con una sonrisa amarga, y le miramos, escudriñando sus intenciones. Al ver que callamos, dice, como para amenguar nuestra desconfianza, que han descubierta sus ojitos de rata:

—Yo soy el teniente Arbuja. Llevo tres años en el campamento. No me ha quedado otro recurso que permanecer aquí. Pero el día que pueda paro la cola. ¡Algún día conseguiré algo mejor! ¡Ya estoy fastidiado de esta vaina!

Contestamos repitiendo la sonrisa. No nos podrá sacar nada. Hay que estar prevenidos contra todo y contra todos.

Arbujas comprende que pierde el tiempo y se dedica a silbar una tonada popular.

Al fin llegamos.

Los presos se hallan detenidos en grupo frente a varios hombres trajeados de paisano que marcan las líneas por donde ha de ser continuada la carretera. Son los caporales. Fijan una estaca cada seis metros y el espacio señalado se lo asignan a un preso, que inmediatamente se pone a trabajar con ardor. Así, poco a poco, les va llegando el turno a todos.

A nosotros también se nos asigna nuestro pedazo. Nos despojamos de la chaqueta, y espaldas al ciclo azul, comenzamos a hundir el pico en la tierra dura, mientras los caporales nos van indicando la manera de realizar la labor. Uno de ellos, mulato, con las narices achatadas y las piernas en arco, me da completas instrucciones respecto al modo de agarrar el pico y la pala y respecto a su manejo:

—Usted se lleva el pico a la espalda, bien atrás. Después, de un solo golpe, lo saca hacia adelante, ligero, de manera de aprovechar el peso propio del instrumento. Hundido el pico en la tierra, palanquea con él hasta desprender un terrón. De su habilidad palanqueando depende que el terrón sea más o menos grande. Cuando tenga sacado un montón de terrones, agarra la pala como le dije, y ayudándola con el empuje de su cuerpo, la mete de abajo hacia arriba.

Voy poniendo en práctica las instrucciones recibidas. El caporal me observa un rato largo, y luego, satisfecho de mi aprovechamiento, se aleja a repetirle a otro lo mismo que a mí me ha dicho.

Después de echar a un lado los primeros terrones, atisbo a mis compañeros. Ricardo Razetti, a quien ha tocado un lote vecino al mío, trabaja con afán. Chirinos, también sin descaso, va hundiendo el pico una y otra vez.

Celis, por cada terrón que arranca, masculla un recuerdo a la madre de Gómez. El único que no se mueve es Marturet. Con los brazos en cruz apoyados sobre la culata del pico, mira fijamente la tierra. Extrañado de su actitud, le interrogo, y me contesta con profundo disgusto:

—Es que yo no nací para esto, Nelson.

Anzola, que lo ha oído, vuelve el rostro enarenado y exclama irónico, sacudiendo la cadena:

—¡Yo sí..! ¿verdad?... ¡yo sí!

Y ya van a engolfarse en una disputa, cuando unos gritos lastimeros llegan hasta nosotros.

Un preso se niega a continuar trabajando. Ha tirado la pala y el pico y se ha sentado en el suelo. Un soldado intenta levantarlo a vergajazos, pero el preso se resiste, respondiendo solo con quejidos largos, de bestia herida.

El soldado insiste y grita, entre vergajazo y vergajazo:

—¡Vamos, desgraciao, a pegarse! El preso se cubre la cara con los brazos, y, vuelto un ovillo, deja escapar estridentes quejidos, salpicados de lamentaciones:

—¡Aaaaaayyyyyy... mi madre... mi mamaíta...! ¡Dios mío! ¡No me pegue más, por Dios! ¡Es que no puedo seguir trabajando! ¡No tengo fuerzas! ¡Si me estoy muriendo!

Pero el soldado es inmovible:

—¡Vamos, desgraciao, a pegarse! Al fin, el preso, vencido por los vergajazos que le han ensangrentado la espalda, toma de nuevo los instrumentos y vuelve a la tarea. Claramente se nota que a duras penas puede hundir el pico en la tierra. Sus movimientos son lentos, cansados, acompañados de los quejidos que le arranca el esfuerzo. El soldado, a su diestra, lo mira, sonríe y dice:

—¿No ve que sí puedes seguir? Pujandito y pujandito, pero arrancan terrones.

Ricardo se me acerca. Está rojo de indignación. Sus manos se crispan sobre el pico y sus ojos despiden destellos de cólera.

—¡Qué miserables! —musita. Y se queda mirando al soldado, como deseando asestarle el pico por la cabeza.

—Cállate, Ricardo —digo yo—. Acuérdate: somos presos. Es necesario callar.

Clemente me apoya:

—¿Qué puedes hacer, Ricardo? Si le das un picazo a ese hombre, le matarán a ti y los demás las pasaremos negras.

Ricardo no responde. En silencio vuelve a su sitio y continúa arrancando terrones.

Con lentitud avanzamos en la tarea. Solo se escucha el golpe del pico contra la tierra: seco, corto; y el de la pala cogiendo terrones: amplio, arenoso. El sudor se nos desprende de la frente y de la nuca y cae al suelo en anchas gotas; a veces se nos escurre hasta los ojos, que se nos ponen ardorosos, y tenemos que secárnoslo con el reverso del brazo desnudo, manchándonos la cara de fango. Para obtener mayor libertad en los movimientos, hemos soltado de nuestro cinturón las cadenas, que ahora se extienden aquí y allá. En ocasiones no las observamos y las golpeamos con el pico, sintiendo entonces un dolor sordo en las palmas de las manos, ya resentidas por el ir y venir de las herramientas. Cada picazo es acompañado de un soplido ronco, que sale por las narices.

El sol cada vez calienta más, enrojeciéndonos la espalda. Por momentos este o aquel tira las herramientas, y levantando los brazos como un pájaro levanta las alas para emprender el vuelo, respira ruidosamente, metiendo en los pulmones todo el aire que puedan contener.

Por mucho rato solo se sigue escuchando el ruido de la pala y el pico, y alguna que otra palabra cruzada entre los soldados.

Mas de pronto surge el quejido largo, hiriente, de otro preso, a quien asestan vergajazo tras vergajazo porque se niega a continuar trabajando.

Y las mismas palabras inclementes se pierden en la mañana reverberante:

—¡Vamos, desgraciao, a terminar la tarea!

Y las mismas lamentaciones salen, suben, planean:

—¡Por su madre, no me pegue! ¡Es que no puedo más! ¡Dios mío, compasión! ¡Aaaaayyyyy!

Y después, con rayas sanguinolentas en la espalda, vuelve a tomar de nuevo el pico y a hundirlo en la tierra dura.

Ya algunos han terminado la tarea y se sientan en los bordes de las cunetas. Protegen los ojos del sol metiendo el rostro en el hueco de los brazos entrecruzados sobre las rodillas. Otros hacen viajes hacia un par de barriles y extraen agua tibia que ávidamente trasladan al estómago.

Muchos soldados se hallan sentados en el suelo con la cobija echada sobre la cabeza, a manera de toldo. Los más pasean con pereza, llevando el fusil descuidadamente cogido con la mano izquierda.

El oficial, tendido en el sitio donde hay más hierba, intenta dormir, cubriéndose el rostro con el sombrero de anchas alas.

Zumba el viento enarenado.

Varios de mis compañeros han terminado sus respectivas tareas y ayudan a los más atrasados. Ricardo y yo perfeccionamos los bordes de las cunetas que acabamos de hacer.

Chirinos, con el pico al hombro, se nos acerca:

—¿Terminaron?

—Casi, casi. ¿No quieren, entonces, que les eche una manito?

—No hay necesidad. Ve a echárselo a Anzola.

—No. Ya ese está listo.

—¿Y Celis?

—Con él está Sánchez Pacheco. Ricardo echa a un lado la pala y el pico, y mirando el pedazo de carretera que acaba de construir, dice:

—Ya está. Yo no niveló más. Lo que interesa es que puedan pasar los automóviles y que, cuando llueva, el agua corra hacia las cunetas. Esta carretera no se va a presentar en ningún concurso de belleza. Así es que con lo hecho basta. Un caporal se nos acerca. Ricardo lo interroga:

—¿Qué le parece mi trabajo?

—Por ser el primer día no está mal.

Yo, a mi vez, pregunto, terminado de arrancar una piedra con la pala:

—¿Y el mío?

—No tan bien como el otro. Pero, vaya. Por ahora no se les puede exigir más.

Ya 106 presos han concluido sus tareas. A una orden del sargento, forman una fila, a la cual, después de un momento, nos añadimos nosotros.

El oficial, a caballo de nuevo, y una vez pasada la lista para comprobar que ninguno ha huido, ordena la marcha, que se inicia de la misma manera que cuando vinimos.

Algunos de nosotros llevamos la chaqueta en la mano y el sol nos enciende la espalda.

Son, más o menos, las dos de la tarde.

El aire reverbera. El calor es bochornoso. La atmósfera se siente pesada, como de plomo. El sudor nos baja por las mejillas, se nos escurre por las comisuras de los labios y nos lleva a la boca un gusto salobre. Es tal la iluminación de la sabana que nos vemos obligados a entornar los ojos. Vamos en silencio. Nadie experimenta deseos de soltar una frase. Quizás

todos añoramos. Y así continúa la marcha, en una sola fila irregular. De lejos debe parecer un gusano de rayas horizontales azules y blancas, que reptaba incansablemente. El tintineo de las cadenas se esparce por la llanura imperturbable.

No sé por qué se me ocurre que este tintineo, monótono, triste, cansino, es el quejido del hierro que no quiere ser grillete.

Camacho

Llegamos. En orden penetramos al calabozo. Nos echamos en el suelo silenciosamente, agobiados por el cansancio. A ratos nos levantamos y bebemos agua, para luego volver a tumbarnos, con el estómago repleto. Algunos duermen.

Me traslado al rincón de enfrente y me pongo a hablar con Perilo, que, con el pecho blanco y velludo al descubierto, se balancea rítmicamente en su chinchorro.

Charlamos sobre cosas de la prisión, y sin darnos cuenta nos desviamos hacia los peligros de la cacería. Me dice que cuando estaba de oficial en Palenque salía cada dos o tres noches a cazar venados. Conocía un veladero magnífico. Al relatar varios de sus lances, los ojos se le avivan, acciona con mayor rapidez, se hinchan las alas de su nariz. Se adivina que el entusiasmo lo invade. Después hablamos de la vida de algunos presos. Le pregunto si sabe algo sobre Camacho. Mira en derredor para asegurarse de que el cabo no está cerca, y me hace un signo afirmativo con la cabeza. Luego añade que se halla enterado por otros presos, quienes lo conocieron antes de que cometiera el delito que le valió la reclusión. Volviendo el busto una y otra vez, comienza a narrar en voz baja. Le oigo sentado en el suelo, en su diestra.

—Camacho es de Barquisimeto. Pertenece, según ha dicho, a una de esas viejas familias venidas a menos. Llegó a Caracas no sé cómo, quizás buscando campo más propicio para desarrollar sus habilidades. Vivía en los barrios de la ciudad. Se la pasaba, sobre todo, en El Silencio, entre prostitutas y afeminados. Se hizo un ratero muy competente. A esos muchachos ricos que a altas horas de la noche van, medio borrachos, a los tugurios en busca de aventuras, les ofrecía sus conocimientos del sitio, y embaucándolos con esa palabrería que tiene, se iba con ellos hasta que terminaba emborrachándolos; luego, de acuerdo con alguna prostituta, les quitaba la cartera. Cuando las cosas estaban malas, se dedicaba a colear paradas en las “ruletas de animalitos” que hay por ahí. Así vivió por mucho tiempo, hasta que se le ocurrió que en el centro de la ciudad podía hacer mejores negocios. Entonces se ponía a la salida de los teatros, y al ver a cualquier señor solo, con presencia de adinerado, se le acercaba y le decía muy bajito que conocía a una muchacha preciosa acabadita de entregar a la mala vida, que no pedía mucho por otorgar favores. Si el señor se interesaba, lo conducía a uno de esos burdeles reservados, cuya patrona le daba un tanto por cada individuo que llevara. Con eso, y con la propina que le daba el visitante, tenía para vivir mucho mejor que antes.

“Los negocios prosperaban. Comenzó a vestir mejor, a afeitarse todos los días, a acicalarse. Parece que le iba cogiendo cariño a la vida elegante. Pero ya el dinero que percibía en su trabajo de alcahuete no le alcanzaba para sus gastos. Entonces se metió a carterista. Iba siempre a los lugares más concurridos, y cuando la gente se apretujaba, dejaba él deslizar la mano, que luego volvía a su bolsillo con una cartera o con un reloj. Terminó siendo un ladrón habilísimo y un excelente falsificador de cheques. Vestía como un patiquín y sus chistes se celebraban en los billares que visitaba. Dotado de una peculiar inteligencia y de una desvergüenza a toda prueba, no tardó en hacerse numerosos amigos entre los caraqueños que se divierten. Muchos llegaron hasta decir que sin Camacho no había fiesta alegre. Hubo hasta

algún muchacho ingenuo que lo llevó a su casa y lo presentó a sus hermanas. Sin duda que seguía prosperando. Los obstáculos que se oponen a todo el que pretende surgir de la nada, los apartaba él con su desenvoltura o con su dinero. Porque gastaba todo lo que robaba.

“Hubiera llegado mucho más arriba, pero le sucedió lo inevitable. A la salida de un teatro, un señor lo sorprendió substrayéndole la cartera. Lo llevaron a la policía, donde se comprobó que él era el autor de otros hechos parecidos. Y de la policía salió en un lote para acá. Pues bien, aquí solo trabajaría, cuando más, una semana. Arrastrándose siempre ante los oficiales y diciéndoles chistes y zalamerías, logró que lo pusieran de ‘embajador’. A los quince días ya era cabo. Y de cabo ha dado muestras de una crueldad sin límites. Ya usted habrá visto”.

Perilo termina su detallada narración sonriendo, y añade:

—Ese es Camacho. ese es el hombre.

—¡Qué hombre..! —afirmo yo, sonriendo también al pensar en el estribillo con que salpica sus conversaciones: “nosotros, la gente decente...”.

¿Aún esperanzas?

Sánchez Pacheco y Anzola meditan sobre el diminuto tablero de ajedrez. Paquito frota su larga cadena, que ya no desprende moho. Felipe, tal vez recordando algún problema de ingeniería, traza líneas y signos en la tierra con un palillo. Marturet limpia sus anteojos de carey. Guillermo López y García Maldonado charlan con un preso andaluz. Chirinos peina su hermosa barba negra con un pedazo de peine que ha encontrado no sé dónde. Clemente lee en un fragmento de periódico las cotizaciones del café, del papelón y del maíz, y un artículo sobre avicultura. Creo que es la primera vez que a Clemente le interesa la avicultura... Ricardo Razetti tose,

y a cada golpe de tos suelta una maldición sorda, inescuchable. Los demás conversan en voz baja. A ellos me acerco. Juliac tiene la palabra:

—Sí, eso creo yo. El Bagre nos ha mandado aquí solo por unos cuantos días, para que veamos lo que nos espera si seguimos combatiéndolo. En fin, para amedrentarnos.

Yanes lo apoya:

—También yo creo que esto no puede ser definitivo. Diez o quince días, a lo más, pasaremos aquí. Después nos mandarán a Las Colonias, a reunirnos con los otros muchachos. Y para año nuevo ya estaremos libres. Lucho Villalba interviene, con tono de orador:

—Todo eso tiene que ser. Sería algo inicuo que esa bestia nos dejara sepultados aquí. El pueblo venezolano, en masa, protestaría. ¿Cuándo se ha visto que a unos estudiantes se les envíe a trabajos forzados por el hermoso gesto de defender la libertad?

Una risa delgada, saltarina, histérica, subraya la oración de Lucho. Es Inocente quien la emite, para luego, arreglándose con una mano el grillete y con la otra alisándose el cabello, decir amargamente:

—No seas ingenuo, Lucho. Gómez nos tendrá aquí todo el tiempo que le dé la gana. Él sabe muy bien que las protestas del pueblo no pasarán de los mostradores de los botiquines o de alguna flaca intentona revolucionaria encabezada por algún caudillo sin escrúpulos con miras a la explotación del país en su provecho personal. No creas por esto que culpo a nuestro pueblo. No. En las condiciones en que se encuentra no puede hacer otra cosa. Sin cultura y sin dinero es imposible ir contra Gómez. Así es que no lo culpo; lo miro desnudamente, sin romanticismos. Por lo tanto, no le exijo gestos que no podría dar. Y me conformo.

Sus últimas palabras han salido emocionadas, rápidas, penetrantes. En su rostro se posa un gesto vivaz. Sus ojillos azules brillan. Al terminar de hablar nos mira, nos mira detenidamente, y después baja la cabeza.

Lucho no se da por vencido:

—¿Entonces, crees tú que permaneceremos aquí hasta que lo quiera Gómez?

—Hasta que lo quiera Gómez o hasta que se muera Gómez. Es clarísimo —interrumpe Clemente con brusquedad.

—Esos son pesimismos —arguye Juliac—. Fíjense: el autobús que nos trajo, aún no se ha marchado. Eso quiere decir que no es seguro si nos quedaremos definitivamente.

Yanes insiste:

—Yo mientras no se vaya el autobús, espero al comisionado del Bagre, que traerá la orden de llevarnos de nuevo a Las Colonias o de ponernos en libertad.

—Por supuesto —añade Juliac—. Todavía tenemos esperanzas.

La orden de alinearnos para el pase de lista, corta la conversación.

Angustia

De nuevo me hallo tumbado en el suelo, recostado a las alambradas. Hemos terminado de comer, y aunque los aullidos y los ruegos de los presos hambrientos nos perturbaron un poco, pudimos hacerlo con más tranquilidad que anteriormente. Sin duda que nos vamos acostumbrando. Por primera vez desde que me encuentro en este sitio, experimento la sensación de bienestar que produce una digestión serena. Antes, el recuerdo de los que pedían algo para amenguar el hambre, me excitaba los nervios e impedía a mi estómago trabajar con regularidad. De ahí la columna ácida que me quemaba el esófago y ese desagradable sabor que me colmaba la

boca. Ahora es distinto; ahora cierto calorcillo arrobador me invade el cuerpo. Y puedo consumir un cigarrillo con placer, absorbiendo anchas bocanadas de humo y mirando luego fijamente, sosegadamente, como las volutas se disuelven en el aire.

Durante algún tiempo disfruto de este bienestar, olvidado de la actualidad. Mas, de pronto, al pasear la vista por mis alrededores, una gota de inquietud me cae en el cerebro. Al principio intento anular su acción cerrando los ojos, volviéndolos hacia acontecimientos gratos del pasado Pero no logro nada. Al revés, empeoro mi estado, porque lo que inunda la pantalla de mi imaginación, son los recuerdos tristes, de las primeras

desilusiones sufridas, de los primeros desengaños que me hicieron ver la vida con menos optimismo. Corto el paso a los recuerdos y me pongo a forzar fantasías para el porvenir, a crear hechos brillantes que han de aparecer en la plataforma del futuro. Mas tampoco puedo. La gota de inquietud ha crecido, y después de empaparme el cerebro, me ha bajado a lo largo de la columna vertebral, saturándome de angustia. ¡Sí, es angustia esto que me oprime el pecho, y acelera los latidos de mi corazón, y enciende mi rostro, y enfría mis manos! Es una angustia por algo que no sé lo que es; ¡una terrible angustia! ¿Acaso me la producirá el espectáculo de estos hombres que se van consumiendo y extinguiendo sin que nadie los llore ni los eche de menos?; ¿o será miedo a morir, a morir de mengua como ellos?

Analicemos.

Sin duda la escena de que yo mismo formo parte, es algo dantesco, espantoso, capaz de llevar el desasosiego al espíritu más endurecido. Pero ya me he habituado a ella; la siento como perteneciente a mi persona; me estorba y me produce un poco de asco; tal vez muchísima lástima; pero

nada más. No es ella, pues, la generadora de esta situación de angustia. En cuanto al miedo a morir tan apartado de todo lenitivo, no lo debo tomar en cuenta; la resignación me protege de él. Ya estoy resignado a morir, hoy, mañana, cualquier día; de paludismo, disentería, tuberculosis, hambre; lo mismo da. Se teme a la muerte cuando hay esperanzas de esquivarla; pero a mí esas esperanzas me han abandonado, a pesar de que ayer mismo pensé que no debía hablar en pasado, porque todavía no me había extinguido definitivamente... Además, no sé qué será preferible, continuar viviendo aquí o hundirme en la nada. No es, por consiguiente, el miedo a la muerte el culpable. ¿Qué será entonces?

Recuerdo que en Caracas, de vez en vez, me asaltaba una angustia semejante. En ocasiones venía con el atardecer, pero la apartaba con relativa facilidad dándome a caminar por las calles próximas a la plaza Bolívar, llenas de gente. El espectáculo de ir y venir de los demás, me volvía a mi estado normal. La cosa era más grave cuando hacía su aparición de noche. Entonces más bien lo que me provocaba era huir de la humanidad.

Y solo, con la cabeza descubierta, recorría largos trechos. El cansancio originado por el paseo, me daba sueño, y podía dormir con bastante tranquilidad. A veces ni con eso lograba espantar al terrible fantasma. Entonces me refugiaba en el alcohol. Vaciaba cuatro, cinco, seis copas de brandy... Mas siempre, en todos los casos, encontraba algún motivo que justificase mi angustia. ¿Creía yo en tal motivo? ¿Acaso, cuando no existía, no lo forjaba yo mismo uniendo hechos sin importancia real?

¿No imaginaba ese motivo para huir del calificativo de “lunático” —que yo mismo tendría que darme?

Y ahora idéntica angustia, idéntica amargura oprimiéndome el espíritu.

Ya no cabe duda —y hay que conformarse—; hallándome en Caracas, rodeado de los míos; aquí, en La China, rodeado de cadáveres vivientes; en el cielo o en el infierno, siempre esta angustia terrible, agobiadora, se pasará

en todas y en cada una de las células de mi organismo. Pero... ¿Seré yo solo quien la siente? ¿No la sentirán también mis compañeros? ¿No será esta angustia mía una manifestación de la gran angustia que debe experimentar nuestra juventud consciente ante el sombrío porvenir de la Patria?

Ha sonado el toque de “silencio” y no sé por qué lo he hallado más lento, más conmovedor. Tal vez sea porque el corneta está más triste. ¿Y cómo no ha de estarlo en una noche tan linda?

Los días pasan

Un asilo de huérfanos ejemplar

Han transcurrido varios días y ya el ambiente nos es familiar. Nos hemos compenetrado con él de tal manera que nuestra vida ha tomado un extraño aspecto de normalidad. Ni las súplicas ni los quejidos de los presos que agonizan, nos producen lástima. No sentimos odio por Camacho cuando se deleita asestando vergajazos; lo miramos como se mira a una persona de instintos crueles a quien le han asignado un oficio cruel; y solo repulsión nos despierta. La aprensión que experimentábamos cuando un tuberculoso nos tosía encima, desapareció igualmente; el ver morir a muchos hombres en un espacio de tiempo tan reducido, nos ha mitigado la idea del contagio. Nos hemos habituado al grillete más rápidamente de lo que esperábamos; ahora solo nos molesta cuando andamos de prisa. Vamos al trabajo como si fuésemos a la Universidad; sacadas nuestras respectivas tareas, volvemos silbando una marcha para hacer menos penoso el camino.

Los pocos que entre nosotros que tenían alguna esperanza de libertad, la han perdido con la partida del autobús que nos trajo. El comisionado en que se cifraba más de una ilusión, no ha enseñado el rostro todavía. y

nadie espera que lo enseñe, pues los que creían en él se han convencido de que fue pura creación de sus mentes acaloradas, ávidas de asirse a cualquier probabilidad de liberación.

Los presos que nos miraban con rencor, han abandonado su actitud. La otra noche presencié el siguiente cuadro en el fondo del calabozo:

Varios de estos infelices, sentados en el suelo, en círculo, alrededor de una pequeña hoguera en que se asaba un pedazo de carne, hablaban de nosotros. Uno inquirió:

—¿Por qué los traerían ?

—Me dijo Garrapata que porque asaltaron un cuartel —respondió otro.

Y un tercero intervino:

—No señor, porque son políticos.

—¿Qué políticos van a ser, hombre! ¿No ves que son muy buenos?

—Pues a mí me dijeron que eran políticos.

—Te engañaron. Los políticos son gente mala y los bachilleres son buenos. Y además, ¿cuándo has visto tú que hayan traído a un político para acá? Tú sabes que aquí no traen sino a los que no tienen quien los reclame, para que se mueran de una vez. ¡Eso es ser desagradecido, llamarlos políticos cuando nos han hecho tantos favores!

Intenté oír más, pero al observarme enmudecieron.

Día por día nos hemos ido rodeando de las únicas comodidades asequibles en el presidio. Ya no bebemos el agua fangosa y fétida que al principio tanta repugnancia nos produjo. Con arena, carbón molido y un par de latas, fabricamos un filtro que nos brinda agua cristalina. Tampoco dormimos todos en el suelo. Hemos comprado dieciséis chinchorros, y aunque el espacio de que disponemos es demasiado estrecho, pudimos colgar varios, unos sobre otros. Acostumbrados algunos a dormir en el suelo, prefirieron renunciar al chinchorro.

Los demás nos tendemos como sea posible en las blandas mallas de moriche. A veces, para subir a ellas, hay que hacer verdaderos actos de acrobacia. En un comienzo nos costaba trabajo dormir; el nuevo lecho era extraño a nuestras posturas habituales para tomar el sueño. De aquí que las primeras noches todo era volverse, encoger una pierna, estirar la otra, ponerse los brazos de almohada, agarrarse a las cabuyeras, respirar grueso, hasta que el cansancio nos amodorraba. Pero al cabo tales molestias desaparecieron.

Yo he colocado mi chinchorro muy cerca de la puerta. y, en consecuencia, soy el primero que me veo obligado a abandonarlo, pues el soldado que toca la diana lo hace a mi lado, a dos pasos de mis oídos. Y todas las mañanas me despierto con un salto. Los sonidos estridentes chocan contra mis orejas, se me hunden y me producen un gran desconcierto, haciéndome abrir los ojos precipitadamente, desmesuradamente, y sacudir los brazos como si estuviera loco. Todo esto en la inconsciencia, segundos antes de darme cuenta de que se trata de la diana. Por otra parte, tengo que ponerme de pies en el acto, para descolgar mi chinchorro, que obstruye el paso hacia la puerta. Mis compañeros, por este respecto, son más felices que yo. Pueden rodear el momento del despertar con estirones del cuerpo y con grandes bostezos; pueden utilizar varios minutos en volver a la completa realidad, antes de echarse a tierra.

Contrariamente que yo, Lucho parece disfrutar con la algarabía musical de la diana. Al rasgar el aire los sonidos del pito, abandona la molicie del sueño, y mientras dobla su cobija comienza a bailar, siguiendo el ritmo vertiginoso del tambor. El primer día que lo vi en tal proceder, no pude reprimir la risa. Es grotesco el aspecto que ofrece, vestido de rayado, con su barba en punta y su espesa melena ensortijada, dando saltitos en dos metros a la redonda.

Hay un preso muy singular, un negro a quien llaman Mi Jefe, alto y fornido, con una musculatura de luchador y una cabeza pequeñita. Lleva dos

grilletes, uno en cada pie, con las cadenas unidas, de manera que no pueda dar los pasos muy largos, encontrándose, por consiguiente, imposibilitado para correr. Tal precaución ha sido tomada por haberse escapado dos veces, después de matar al soldado que lo custodiaba. Nos interesó este hombre porque en una ocasión, yendo hacia el trabajo, derribó de una pedrada a un conejo que pasaba corriendo a unos diez metros de la fila. Semejante puntería era un caso excepcional. Además, la piedra empleada tenía un gran volumen. Hizo suyo el conejo, y, a la vuelta de la carretera, le sacó la piel, le vació el vientre y puso el resto a las llamas de un diminuto fogón, formado por dos piedras y unos palos secos. Mal chamuscada la carne, se la tragó en pocos minutos, sin decir una palabra, como obedeciendo a un apetito desmesurado. Días después, investigando la causa de un nuevo hedor que nos alcanzaba por las noches, cuando soplaba el viento de Norte a Sur, observamos que salía de los pellejos que se comía Mi Jefe, residuos de la res que se mataba diariamente para aprovisionar al campamento. El rancharo, en vez de tirarlos, se los daba. De aquí que apellidásemos a dicho hedor “carne de Mi Jefe”, nombre que le aplicamos luego a toda indefinida emanación pestilente.

Me ha llamado la atención que los reclusos cuyos delitos tienen poca importancia, hacen lo posible para que los demás no los sepan. Y si alguien se los menciona, los niegan reiteradamente, asegurando que fue una equivocación de la víctima o del policía. Así, por ejemplo, sí a uno que se ha robado un reloj se le pregunta por qué lo prendieron, responde: “porque a un señor se le perdió un reloj, y en ese momento pasaba yo por ahí, y como estaba mal vestido dijeron que era yo”. Mas siempre aparece alguno que interrumpa su explicación diciendo burlona mente: “No hombre, que va, no lo crea; está preso por un *miriñaque*”, palabra que en la jerga del presidio significa robo en menor escala, ratería. En cambio, si el delito era de grandes proporciones y el delincuente es interrogado, no lo oculta, mas alegando siempre motivos para justificarlo: antipatía hacia la víctima,

venganza, cólera, etc. Y dicen: “Me robé ese automóvil porque Fulano se lo había robado a mi tío”; “robé en el almacén para pagarle con la misma moneda al amo, porque el amo robaba a los clientes”; “le di una puñalada a ese hombre porque me mentó la madre, ¡y a mí nadie me mienta la madre!”; “maté a mi mujer porque me engañaba”.

Al llegar a este presidio pensé que los reclusos serían seres incorregibles en quienes se aplicaba el atrasado sistema penal consistente en apartar para siempre de la sociedad a los elementos perniciosos, sistema que se manifiesta en otros países con el mantenimiento de la horca, la guillotina o la silla eléctrica. Y como en Venezuela la Constitución proscribió la pena de muerte y, en consecuencia, no podían matarlos públicamente y de una sola vez, llenaban la fórmula constitucional –aunque violasen otras leyes– confinándolos aquí, donde podían matarlos a escondidas y lentamente. Y si me pareció una injusticia lo que con ellos se hacía, fue porque me hallaba enterado de que no habían sido juzgados, porque el régimen carcelario era de una crueldad insólita y sobre todo por no estar de acuerdo con dicho sistema que elimina a individuos que podrían ser corregidos y ser útiles a sus semejantes.

Pero ahora, en que he penetrado en el pasado de muchos de estos infelices, comprendo que la injusticia es aún mayor, infinitamente mayor. No solamente ladrones y asesinos se hallan entre las alambradas del calabozo. Hay seres cuyo único delito es su pobreza y no tener a nadie que se interese por ellos, y que han ido a dar a la policía, y luego a este infierno, por cualquiera de esos incidentes tan comunes en la vida de un hombre: una riña a puñetazos, unas copas mal asimiladas, o, ¡lo que es más doloroso!, por haber presentado una actitud digna oponiéndose a que un acólito de la Dictadura diese satisfacción a sus apetitos carnales en su hermana o en su esposa. ¡Pero todavía hay más! No solamente hombres viven en este corral para bestias.

Varios niños, que no llegan a los catorce años, se deslizan como pequeños espectros, consumiéndose y llenándose de execrables vicios. ¿Por qué los

han traído? ¿Cuál es su delito? El país no tenía una institución que se encargase de recogerlos, de cuidarlos, de educarlos y de enseñarlos a trabajar. Vagaban por las calles, desorientados, harapientos, sirviendo a prostitutas o pidiendo limosnas para obtener algo con qué comer. Pero una vez ese algo les faltó y el hambre los enloquecía. Entonces cogieron donde encontraron —que a esto me da vergüenza llamarlo robo— una moneda, un pan, una fruta. Los llevaron a la policía. Pasó el tiempo y nadie los reclamó. ¿Qué harían con ellos? Si los dejaban en libertad, el hambre volvería a obligarlos a cogerse una moneda, un pan, una fruta. No quedaba otro camino que hacerlos desaparecer. Y los mandaron a este sitio inclemente, que en un régimen como el actual, también sirve para asilo de los desheredados niños venezolanos sin padres y sin hogar.

Morirán estos hombres, morirán estos niños; traerán otros hombres y otros niños; morirán también. Y llegará un día en que podrá vanagloriarse la Dictadura de haber exterminado en Venezuela el asesinato y el robo, la vagancia y la mendicidad infantil. Mas siempre habrá pobres que estorben y habrá carreteras por construir. ¡Y Gómez sabe aplicar el sistema eliminatorio!

Rayado

Sentados en nuestros chinchorros, charlamos de cosas caraqueñas, a la parpadeante luz de la lámpara de acetileno.

Súbito, un preso se nos acerca:

—Bachilleres, Rayado dice que vayan a verlo porque se está muriendo.

Rayado es un muchacho de unos dieciocho años, mestizo, que desde hace tiempo sufre de una disentería. El estado en que lo tiene la enfermedad es tal, que lleva a la vista todas las costillas: de aquí el apodo. Celis y Ricardo lo protegen, dándole, cuando pueden, algo de comer, por ver si logran

prolongarle la vida. Pero ellos saben que sus deseos son utópicos, porque Rayado es casi un cadáver. Esta tarde, yendo hacia el fondo del calabozo, lo miré tendido en el suelo, con el cuerpo ladeado y los pantalones caídos, víctima de las violentas contracciones intestinales. La falta de fuerzas le impedía agacharse. Un hilillo de sangre le salía del recto.

Con las manos cruzadas sobre el vientre, hacia contorsiones lentas, y en sus facciones hundidas y en sus ojos desmesurados se adivinaba un dolor intenso, desgarrador.

El preso repite, observando nuestro silencio:

—Rayado dice que vayan a verlo porque se está muriendo.

Y se aleja.

—Nosotros vamos —dicen Celis y Ricardo—. Yo les sigo. Rayado conserva la misma posición de esta tarde, y el mismo hilillo de sangre le brota pausadamente, pero ahora su mentón se halla mojado por una baba espumosa.

Lo rodeamos.

—Bachilleres, me estoy muriendo —dice con una voz apagada, que más bien parece un soplo.

—Nosotros nos vemos las caras fijamente y luego chocamos miradas de impotencia, de incapacidad para impedir lo inevitable.

—Me estoy muriendo y tengo un hambre horrible. Denme una pastilla de chocolate y moriré tranquilo.

Estamos perplejos. Lo contemplamos sin saber qué hacer, qué responder. Es la primera vez que nos hallamos ante un caso semejante.

—Una sola pastillita, bachilleres, una sola. No les volveré a pedir, porque ya no aguanto más. Es que quiero morir sin hambre.

Y la baba espumosa tomó mayor volumen y se le desliza hacia la garganta.

Celis se dirige a nuestro rincón y vuelve con el chocolate. Rayado lo

coge entre sus manos esqueléticas y se lo lleva a la boca con una calma impresionante. Masca despacio, muy despacio, como si no tuviera fuerzas para unir y desunir las mandíbulas. En sus ojos hay un mínimo destello de complacencia. De pronto se queda inmóvil, con la boca abierta y la lengua al aire llena de chocolate ensalivado; se lleva las manos al vientre, se curva y emite un quejido leve. Luego vuelve a masticar con el mismo ritmo de exasperante lentitud. Al fin concluye.

—¿Quieres más? —le pregunta Ricardo.

—No, basta, bachiller, ya no tengo hambre. Y con una voz delgadísima, apenas perceptible, añade, volviendo hacia nosotros sus ojos agrandados:

—Gracias.

Mira después la luz de la lámpara de acetileno y pone de nuevo la cabeza en tierra. Sus ojos permanecen inmensos, inmóviles. Hasta que los roan los gusanos, no reflejarán sino la llamita amarillosa de la lámpara de acetileno.

El recuerdo de las madrinas

Quizás sea porque me encuentre enfermo o porque mi organismo se halle extenuado, no acostumbrado a jornadas tan recias y tan continuas, pero desde que vine de la carretera me tumbé a descansar y no he tenido ánimos ni para levantarme a buscar un poco de agua con qué lavarme la cara, sucia de tierra y sudor. Y aquí permanezco, inmóvil, silencioso, con la cabeza reclinada en un rollo de cobija, mirando por entre los ranchos próximos los matices rojos y violados que va dejando el sol mientras se oculta.

De mi contemplación me saca el sargento de guardia, que desde las alambradas me tiende un paquete, diciendo:

—Para usted, bachiller.

Hago esfuerzos por enderezarme y tomar lo que se me ofrece, pero ya el paquete me ha llegado a las manos. Los compañeros más cercanos a la puerta, curiosos de su contenido, me lo han pasado rápidamente, y ahora me rodean mientras desgarro la envoltura.

Aparece una pequeña caja de bombones. No bien he comenzado a abrirla, cuando se alza el coro de voces con que saludamos la llegada de cualquier cosa que nos manda la familia: “¡Voy pegado, voy pegado!”, indicadora de que aquel que así se manifiesta desea ser tomado en cuenta de manera principal en la repartición. Distribuidos los bombones en porciones iguales, me quedo comiéndome mi parte y examinando la caja a ver si descubro quién ha podido mandármela, pues dudo que haya sido mi familia, que procura enviarme solo las cosas más útiles de acuerdo con la situación por que atravesamos. Y unos bombones desentonan demasiado con el ambiente imperante. Son algo muy fino para tomarlos como postre de la comida tan burda que nos sirven.

Al levantar una punta del papel que cubre el fondo de la caja, vislumbro un destello áureo. Lo levanto todo y aparece una medallita, que muestra al relieve, la imagen de una virgen. Cunde mi extrañeza. ¿A qué mujer se le habrá ocurrido enviarme una cosa semejante? Porque ha de ser mujer, y mi madre estoy seguro de que no es. ¿Una amiga, quizá? Una amiga es poco para ocuparse de mí de esta manera y para tener un rasgo de tal delicadeza. Miro entonces con detenimiento cada uno de los lados de la caja, y percibo, escrito con tinta, un diminuto letrero: “Envío de su madrina”. “¡Mi madrina! —exclamo para mí—, ¡mi madrina de guerra!”. Y lleno de una alegría singular, acude a mi mente el recuerdo de la actitud de las mujeres venezolanas en el transcurso de nuestra campaña antidictatorial.

Cuando por primera vez los estudiantes llevamos a la práctica el pensamiento de combatir en público el Gobierno de Gómez, y luego, espontáneamente, por solidaridad ideológica, nos hicimos presos para

hacer compañía a los que ya lo estaban, fueron muchas las hermanas y las novias que, conteniendo las lágrimas, empujaron a la acción rebelde al hermano o al novio timorato o indeciso; muchas las que, después, cuando sufrimos las inclemencias del Castillo de Puerto Cabello, echaron a un lado los prejuicios sociales y se pusieron en contacto directo con el pueblo, incitándolo a la huelga general; muchas las que recibieron injurias y hasta golpes por encabezar manifestaciones populares; muchas las que dieron sus joyas para ser vendidas en beneficio de una revolución que se preparaba en el extranjero. Fueron esas mismas mujeres y otras nuevas en quienes la actitud de aquellas había despertado el verdadero sentido de la Patria, las que tuvieron la idea, cuando últimamente nos hallábamos encarcelados en Las Colonias, de formar el grupo de “madrinas de guerra”, que habrían de remitir a los estudiantes ahijados, asignados por sorteo, cuantas cosas útiles pudieran, a fin de hacerles menos penosa la prisión. Al enterarme del asunto por una carta de la madrina que me había tocado, que como todas, venía sin firma, tuve unas palabras ásperas para condenarlo, calificándolo de “ridículo” y “cursi”. Y me opuse particularmente a su continuación negándome a responder la carta.

Entonces no tomaba en cuenta que había muchos compañeros sin familia, o cuyas familias vivían en sitios muy lejanos, que necesitaban de alguien en libertad que les diese de cuando en cuando el consuelo de una frase cariñosa o les enviase lo que a todos los demás le enviaban sus familias; y ese alguien se ofrecía voluntariamente: una madrina de guerra, una mujer venezolana. Entonces no imaginé cuánto de hermoso tenía que una señorita “bien” dejase, por un momento siquiera, sus anhelos de baile, de *tenis* o de *flirt*, para ocuparse en aminorar nuestra amargura. Entonces, por hallarme rodeado de ciertas comodidades y por estar pasando una intensa crisis materialista, no pude comprender el refuerzo espiritual que da una mujer ignorada –quizás linda, inteligente, culta, soñadora– interesándose por nuestra vida. Mas ahora, en que no

existen esas comodidades de Las Colonias, en que el espectáculo de horror que me rodea, por incomprensible reacción, me ha extraído del intransigente materialismo, en que fulgura ante mis ojos esta medallita que viniendo de unas manos desconocidas, pero seguramente bellas, me ha metido muy adentro un extraño aletear de ternura, despierta en mí un nuevo sentimiento, un sentimiento de gratitud por esas mujeres que en el momento oportuno supieron abandonar las frivolidades, por esas mujeres que supieron ser venezolanas.

Hechas estas reflexiones, saco la mirada del calabozo, y la acuesto más allá de los ranchos, en la sabana sonrosada; y la fijo más allá de la sabana, en el horizonte donde se va extinguiendo el crepúsculo. Luego me prendo en el pecho la medallita, que se queda brillando sobre mi traje mugriento.

Juliac me observa, y musita, acompañándose de una sonrisa irónica:

—¿Como que te has vuelto católico?

—No... Romántico... —respondo—. Y contemplando las nubes de arena que levanta el galopar de la brisa, me lleno de dulces evocaciones.

Uno de los correctivos del “gendarme necesario”

Ayer trajeron un soldado que días antes había desertado. Venía con traje de campesino y sombrero de cogollo de palma. Amarradas las muñecas detrás de la espalda. Después de introducirlo en el calabozo, lo tumbaron en el suelo de un empellón. No se ocuparon ni en librarle las manos, operación que hubo de realizar Camacho.

De rostro quemado por el sol y curtido por la intemperie, de estatura pequeña y cortos brazos musculosos, el hombre estuvo el resto del día

recostado de las alambradas, con los ojos hacia abajo, opacos, inmóviles. Sabía lo que le esperaba.

Anoche tal vez no pudo dormir, porque ahora, al pasar frente a nosotros rumbo a la planicie de enfrente donde ha de ser castigado, lleva las facciones manchadas de sombras.

Fuera del calabozo lo aguarda la compañía en formación mandada por el teniente Ramos. El pito y el tambor, a un lado, permanecen a discreción.

Al llegar frente a la compañía, dos cabos se le acercan, lo echan en la arena, le hacen meter las manos por detrás de las rodillas, le juntan fuertemente las muñecas con un cordel, y luego le bajan los pantalones.

Con su voz ancha y aguardentosa, el teniente ordena:

—¡Atención... firrrrrrr! Se escucha el choque de los máuseres contra los hombros y la compañía se torna rígida. El teniente recorre la fila de punta a punta, observando los rostros amarillosos, atentos. Luego vuelve a su sitio anterior y grita:

—¡A este hombre se le darán trescientos vergajazos por haber cometido la “deserción de desertarse”! ¡Para que sirva de ejemplo a la tropa!

A pesar de lo trágico del momento, no podemos reprimir una sonrisa, que siempre nos aparece cuando oímos construir frases a este gigantesco teniente Ramos.

—¡Vamos..! ¡A tocar “La cucaracha”!

Llenan el ambiente mañanero los sonidos jacarandosos del pito y del tambor, y comienza el vergajo a ir y venir golpeando incesantemente las nalgas del desertor, mientras un sargento cuenta:

—Un, dos, tres, cuatro...

La compañía, firme, mira con ojos indiferentes. Los ruidosos acordes de “la cucaracha” no bastan para apagar los chasquidos del vergajo

contra la carne. Es un chasquido seco que penetra en la música, la traspasa y se extiende por todo el campamento, hiriéndonos los oídos y enardeciéndonos los cuerpos, que arracimados junto a la puerta, con las manos prendidas a las alambradas, perciben el espectáculo en su horrenda plenitud. El vergajo va y viene. La víctima calla. Ni un quejido se escapa de sus labios, mordidos por sus propios dientes. El sargento cuenta ya:

—Cincuenta...

El cabo que golpeaba dejó caer las manos, sudoroso, abandonando la tarea momentáneamente, y lo sustituye el segundo cabo, que hace dar una vuelta al cuerpo encogido del desertor, de manera de poder arremeter contra la otra nalga.

Y continúa “La cucaracha” y el chasquido del vergajo contra la carne.

Pero ya la víctima no puede soportar la tortura en silencio. De su organismo han huido las energías que mantenían erecto su orgullo. Y los quejidos parten, al principio sordos, mal contenidos, mugientes; luego en estallidos violentos, imponiéndose al chasquido del vergajo, imponiéndose a la música, elevándose, hirientes y lastimeros.

Así persisten durante mucho tiempo... Y después, paulatinamente, se hacen más cortos, más lentos, más apagados, hasta que desaparecen. El infeliz no ha podido resistir el dolor y se ha desmayado. Inerte, pálido y desfigurado, recibe los golpes lacerantes. Ahora el vergajo se halla veteado de sangre. Pero no descansa.

La compañía mira, siempre indiferente. El teniente Ramos hace rayas en la arena con el sable.

Cuando el sargento grita: “¡Trescientos!, los cabos-verdugos desamarran las manos del desertor e intentan ponerlo de pies. Mas en vano pretenden que se mueva por sí solo un hombre que casi está muerto. Viendo la inutilidad de sus esfuerzos, lo traen a rastras hasta el calabozo, y lo arrojan hacia el fondo, cara al suelo.

Nos acercamos a mirarle. Sus nalgas, ensangrentadas, se encuentran deshechas. Tiene los ojos cerrados y un sudor copioso le baña la nuca y la espalda.

Al principio creemos que es ya cadáver. Pero no. Su pulso late, muy tenuemente, pero late todavía.

—¿Seguirá viviendo este hombre después de esta pela? —interroga Clemente, a sí mismo y a nosotros.

Nadie le responde. En silencio nos alejamos a nuestro rincón.

¿Hombres o bestias?

En el poco tiempo que llevamos aquí, hemos podido observar que algunos presos cultivan relaciones homosexuales, a pesar del fuerte castigo que se les aplica a quienes sorprendan en hechos de tal naturaleza. Semejantes relaciones nos produjeron al principio una intensa impresión de asco, y muchos ratos pasarnos haciendo comentarios sobre el asunto. Mas pronto el asco se transformó en lástima al penetrar más profundamente en el estado físico y psicológico de estos pobres hombres, educados la mayoría en ambientes de prostitución, y ahora lanzados a este medio que solo despide influencias malsanas, capaces de anular cualesquiera principios de moral que no se hallen lo bastante afianzados. Es muy explicable que estos hombres se entreguen a la homosexualidad. Las circunstancias que los rodean los han convertido a muchos de ellos en animales, y, como animales que son, no persiguen más fin que dar satisfacción a sus instintos. El hambre y la sed, mal que bien, las pueden aplacar.

Mas el sexo también tiene sus imperativos. Es necesario satisfacerlos. Y si no les es posible hacerlo con ayuntamientos normales, lo hacen

con ayuntamientos extraordinarios. Estos hombres, reducidos a la categoría de bestias, han sufrido, con tal reducción, un retroceso en su libido, que aparece ahora poco diferenciada, habiendo perdido muchos de sus caracteres heterosexuales. De ahí que se busquen unos a otros y se unan sexualmente con la mayor naturalidad. Mas ha de advertirse que solo algunos muestran semejantes tendencias, y que cuando es sabido por el resto del calabozo que se ha realizado un hecho de ese cariz, los actores son vistos con desprecio y tomados como blanco de insultos y chistes obscenos.

Siéndonos bastante conocida esta anormal situación, la admitíamos como algo inevitable y ya ni siquiera le dedicábamos la menor frase de análisis. Pero lo acontecido anoche nos llenó de cólera.

Desde hace varios días notábamos que uno de los presos, mulato, fornido, empleaba todos los medios por serle agradable a otro, adolescente aún, rubio, que parecía no darse cuenta de la libidinosa intención del primero. Y anoche, a poco de habernos acostado, pudimos percibir que el mulato se deslizaba hacia el adolescente y le preguntaba:

—¿Tienes hambre?

—Sí —respondió el muchacho.

—Si yo te diera un cambur, ¿qué me darías tú en cambio?

—Mi cobija, aunque pasara mucho frío todas las madrugadas.

—Es poco.

—¿Quieres más?

—Sí... O mejor... no. Quiero otra cosa. ¿Tienes mucha hambre?

—Sí.

—¡Estarás dispuesto a darme cualquier cosa!

—Sí.

—No es mucho lo que te pediré. E inclinándose, hizo la petición al oído del adolescente, quien, al escucharla, se apartó con brusquedad y respondió con voz plena de indignación:

—¡No, eso no, eso no!

El mulato se le quedó mirando, y luego dijo, sonriendo irónicamente:

—Yo creía que tenías más hambre. Adiós. Si quieres el cambur ya sabes las condiciones.

E hizo ademán de retirarse.

Pero el muchacho, obsesionado por la idea de satisfacer el hambre, no quiso que se marchara:

—Oye, no te vayas. Pídeme cualquier otra cosa y te la daré.

—No.

—Entonces... Oye... Ven.

El mulato se acercó más.

—Bueno. Acepto. Se perdieron ambos bajo la cobija mugrienta.

Al cabo de un rato comíase el adolescente la fruta y cerraba luego los ojos en busca del sueño. Esa noche, al menos, el hambre no le impediría dormir.

Medina

Por haberse descubierto que del calabozo salió una carta escrita por el teniente Perilo, ha sido destituido Camacho y nombrado cabo un preso que ejercía esas funciones en Palenque. Se llama Medina y es un hombre alto, musculado, de facciones finas y de una blancura que ha resistido los fognazos del sol y la invasión amarilla de las fiebres palúdicas. Cuando lo vimos llegar supusimos que la situación interna del calabozo variaría en un

sentido más humanitario. Pero cuando observamos la impresión que su presencia produjo en algunos presos antiguos, la duda nos asaltó. Aquellos seres acostumbrados desde hace largo tiempo a los más rudos tratos, manifestaron una expresión de miedo.

Al tomar Medina el vergajo de mando, nuestra duda se desvaneció. Comprendimos que los presos tenían razón en asustarse. Sus primeros actos de autoridad fueron impedir que se bebiese agua después de las seis de la tarde y dar unos cuantos vergajazos en el rostro a un buen muchacho que se atrevió a pedirle permiso para mandar a comprar, en la pulpería del campamento, un centavo de papelón.

En los días subsiguientes vimos que hizo indescriptibles actos de crueldad, sin abandonar nunca una sonrisa cáustica que solo se posaba en la mitad de sus labios estirados hacia una de las mejillas.

Es particular el afán que lo domina de hacer gala de sus habilidades como cabo de presos. Pero, sobre todo, se ufana de saber asestar un vergajazo en los costados, dando el golpe de abajo hacia arriba, que ocasiona la muerte por ruptura del hígado, no cesando de amenazar con él a los que no se apresuraran a obedecer sus órdenes.

Medina es, sin duda, un caso patológico. El placer con que se entrega a la maldad lo hace clasificar entre los criminales natos, o al menos entre los que han sufrido accidentalmente una perturbación en el desarrollo de su cerebro. El relato de uno de los presos que lo conoce desde que el presidio se encontraba en Guamita, viene a confirmar nuestro concepto. Medina, en una ocasión, se fugó. Enviaron la correspondiente comisión en su busca. Quizás se había escondido en algún jagüey, donde se alimentaba con raíces. Por mucho tiempo no dieron con su paradero. Mas al fin lograron localizarlo. Cuando se vio cercado, *sin* probabilidades de huir, se embadurnó la cara y el cuerpo con sus propios excrementos y se puso a dar gritos haciéndose el loco. De vuelta al campamento, unos fuertes vergajazos

le hicieron confesar su ardid. Entonces se puso a llorar y a gemir, diciendo que no le pegaran porque él tenía más de mujer que de hombre.

Una nueva organización política: Zangania

Por haberse corrido rumores de que pretendíamos sublevarnos en compañía de los otros presos, nos han mudado de calabozo. Nuestro nuevo alojamiento, situado a pocos pasos del anterior, es un rectángulo de nueve metros de largo por cuatro de ancho, formado por troncos de palmera verticales, rodeados de alambre de púas. El techo es de paja.

El cambio de habitación nos ha producido una enorme alegría, pues nos aleja de Medina, en cuyo gesto creí percibir muchas veces el deseo de someternos a sus ruines procedimientos, nos saca de un foco de infección que ponía en peligro nuestra salud, y, sobre todo, nos aparta de aquel ambiente contaminado cuyas impuras emanaciones se nos estaban infiltrando en el espíritu, produciéndonos un notable descenso en la moralidad. Porque no era solamente nuestro cuerpo, que se había acostumbrado a las incomodidades; ni nuestro olfato, al que ya no hería la fetidez; ni nuestros ojos, habituados a verlo todo sucio y grasiento. Eran nuestros sentimientos que ya no reaccionaban, como al principio, ante las vilezas y las crueldades; era nuestra razón que llegó hasta considerar justificables los vergajazos con que el cabo impedía, cuando íbamos a comer, que se nos acercaran los otros presos.

Entramos al nuevo calabozo en medio de un regocijo general, con gran extrañeza de los oficiales, quienes habían creído íntegramente lo de la sublevación.

Lo primero que hacemos es estudiar el sitio para ver las posibilidades de colgar los dieciséis chinchorros. Después de varias tentativas

infructuosas, logramos la colocación de todos. Pero como hay unos puestos mejores que otros, procedernos a sortearlos. El que me toca a mí no es de los peores, mas tampoco me favorece mucho. Nadie protesta de los resultados. Sin embargo, se hacen cambios por mutuo consentimiento, y al cabo de un rato cada quien se mece, sonriente, hundido en su malla de moriche.

Poseedores de un calabozo para nosotros solos, se impone la creación de ciertos oficios que permiten mantenerlo limpio y en condiciones habitables. Es necesario un barrendero, para que todas las mañanas expulse la tierra y otras suciedades que caigan en el suelo de arenilla compacta; un lamparero, para que asee y encienda la lámpara de acetileno que ha de alumbrarnos por las noches; un pollinero, para que diariamente desinfecte el pollino; dos cocineros, cuya finalidad será la de hacer apetitosa la comida que nos venden; un repartidor, que disponga cuidadosamente de los platos y de las porciones de alimento que correspondan a cada quien; un boticario, que procure almacenar el mayor número posible de medicinas y que las defienda contra las requisas inesperadas; y otros tantos cargos como los vayan exigiendo las circunstancias.

De acuerdo “la comunidad” –nombre que hemos dado al conjunto de los dieciséis– en la creación de los oficios, se presenta la discusión respecto a quiénes han de encargarse de ellos. Todos pretenden para si los más suaves, como el de lamparero, rechazando los más laboriosos o desagradables, como barrendero y pollinero.

Reunidos en asamblea, nos dedicamos a forjar una *organización política* que dé poder a alguien para la asignación de cargos irrenunciables. Se proponen diversos proyectos, que no son aceptados. Y al fin hallarnos la solución. Todos los meses se nombrará a uno con plenos poderes por un día, en el transcurso del cual distribuirá los oficios según su personal criterio.

Reducirá su labor en el resto del mes a cuidar de que los trabajos se realicen cabalmente. Llevará el nombre de Zángano. Nadie podrá rechazar el cargo asignado. El que haya salido una vez Zángano, quedará excluido para el nombramiento del siguiente mes.

Recurrimos al método ultrademocrático de la rifa para elegir al primero que ha de encargarse de la Zanganía. Toca la suerte a Paquito, quien inmediatamente procede a la repartición de los oficios. Soy nombrado barrendero, y el disgusto con que recibo el nombramiento, se amengua al mirarle la cara a Antonio Anzola, quien ha sido nombrado pollinero...

Una mujer

En fila irregular, llevando diferentes distancias entre uno y otro, marchamos al trabajo. Nuestros ojos se echan sobre el horizonte empurpurado por el sol naciente. De pronto, un ruido de automóvil que se acerca, nos hace apartar del camino. Y del automóvil que pasa, casi rozándonos, surgen un rostro blanco, bañado por una cabellera castaña, y un brazo delgado, ágil, que nos lanza un puñado de monedas de níquel.

Mientras los demás presos se precipitan a cogerlas, algunos de nosotros nos quedamos perplejos, persiguiendo con la mirada al vehículo que se aleja, pues aquel rostro apenas asomado nos parece familiar.

Súbito, Marturet grita, con asombro:

—Sí... es ella... ¡Herminia Rodríguez!

—¡Herminia! —repetimos sorprendidos. Y velozmente nos arrojamamos al suelo, a disputarle a los otros presos las monedas lanzadas, que para nosotros tienen un valor que tal vez no comprendan estos desventurados: el valor del recuerdo.

Yo he cogido un centavo...

—¡Herminia! —dice Anzola, en tono evocador.

—¡Herminia, mi pareja de baile en muchas ocasiones!

—Nunca podrá imaginar Herminia —añade Guillermo López—, que entre estos hombres barbudos, asquerosos y cargados de cadenas, haya amigos suyos, amigos que bailaron con ella en los salones caraqueños...

—Sí, no nos podía conocer —insiste Lucho, contrariado.

Y en tanto que el automóvil, perdiéndose en la lejanía, pone un borrón en el paisaje, Marturet, sonriente, musita:

—Afortunadamente pude agarrar una locha...

Pero su sonrisa muere cuando ve que todos nos hemos quedado tristes. Quizás porque todos pensamos en Caracas, en los bailes, en las muchachas lindas...

El doctor Tovar

Juliac ha caído enfermo. Una fiebre violenta consume sus carnes desde hace varios días. Vanos han sido los esfuerzos de Yanes y de Anzola por extinguirla. Sus conocimientos de medicina se han estrellado contra la insuficiencia de medios para dar un diagnóstico seguro. Al principio creyeron que se trataba de paludismo y aplicaron parte de la quinina que tan cuidadosamente guardamos. No hubo mejoría y entonces opinaron que nos encontrábamos frente a un caso de tifoidea. Por intermedio del coronel Torres se trajeron de El Sombrero algunos medicamentos apropiados. Pero nada. La fiebre no cedía. Apenas se logró un pequeño descenso de temperatura envolviendo al enfermo en una sábana húmeda. Sin posibilidades para hacer un examen de sangre; sin hielo para baños

fríos; sin suero; sin ninguno de los recursos que ofrece la farmacia, era imposible detener el fatal desenlace de la enfermedad.

Y hoy, a las tres de la tarde, Anzola y Yanes nos han dicho que ya no hay esperanzas.

Tendido en una cama de campaña que nos ha facilitado el teniente Perilo, Juliac apenas respira. En su rostro amarillo, esquelético, aparecen dos huecos profundos animados de vez en vez por un leve movimiento de las pestañas alargadas, brillantes. Sus labios, delgadísimos, chamuscados por la fiebre, se hallan entreabiertos. Su nariz, agudizada, lineal, parece la de un cadáver. La piel de su frente permite ver la estructura del cráneo... Sí, es indudable; apenas una o dos horas lo separan de la muerte.

La desolación es general. Todos tenemos las caras alargadas, metidas en una expresión de desconsuelo, y nuestros ojos, ardorosos, brillan como nunca.

Es hondo el silencio. Se llega a percibir hasta el ruido de nuestras respiraciones irregulares.

Alguno se pone de pie y anda, las manos cogidas detrás de la espalda, la cabeza gacha, el busto curvado. Otro hace rayas en la tierra con un palillo escapado de la escoba. Aquel se muerde los labios. El de más allá está inmóvil, absolutamente inmóvil.

Marturet, rebelde aún a la realidad, se acerca a Anzola y le pregunta en voz muy baja:

—¿Ninguna esperanza?

—Ninguna. ¿Para qué habrá preguntado esto? Ya todos sabemos que no hay remedio, que la muerte es inevitable. Si nos lo hubieran ocultado, lo habríamos adivinado al mirar el aspecto de Juliac.

Marturet, paseándose, musita:

—No puede ser, no puede ser... Y de entre nosotros parten tenues susurros:

—Morir así, casi abandonado, como un perro. Nunca lo pensaría Juliac.

—Será el primero de nosotros que se extinga...

¿Quién lo seguirá?

Y el silencio renace de nuevo, apenas interrumpido por el tintineo de los grilletos de los presos, que en el otro calabozo andan —esqueletos de pies— en busca de un poco de agua o de una migaja de pan.

Así pasan, lentos, inacabables, terribles, algunos minutos.

De pronto, Clemente se incorpora. Sus ojos están encendidos; en su frente se insinúan varias arrugas profundas; sus mandíbulas resbalan, la una sobre la otra, produciendo un ruido peculiar; las ventanas de su nariz se ensanchan y aletean. Caminando con paso torpe, se acerca a Juliac. Levanta y agita los puños apretados, inclinando el busto sobre el rostro escuálido del enfermo, mientras grita con ronca entonación:

—¡Y o te vengaré, Juliac! ¡En Gómez o en alguno de su familia me cobraré tu muerte! ¡Yo te vengaré! Asesinaré, pero yo te vengaré! ¡Yo te vengaré!

Tan brusco proceder nos sorprende, dejándonos clavados en nuestros sitios. Todos le miramos deseando que calle, porque sus voces nos martirizan. Pero nadie se mueve.

Fugazmente comprendo que en él ya sucedió lo que tarde o temprano nos sucederá a todos: la tristeza dejando el paso franco a la cólera.

Al fin algunos de nosotros se enderezan y apartan a Clemente del enfermo. Chirinos lo rodea con sus brazos fornidos y le aconseja:

—Calma, calma... Pero ya la furia está desencadenada. Ricardo ruge, dirigiéndose a la totalidad del campamento, al espacio:

—¡Canallas! ¡Perros! ¡Acaben de matarnos a todos! ¡Concluyan de una vez, canallas! Luego todos gritamos, como enloquecidos, mientras nos manoteamos algunas lágrimas inesperadas:

—¡Maldito sea el Bagre!

—¡Perros!

—¡Desgraciados!

—¡Asesinos!

—¡Es una cobardía matar a los hombres así! ¡Que nos saquen a todos y nos fusilen! ¡Es más noble, canallas!

No lejos de nosotros, varios soldados y dos oficiales miran el espectáculo sin atreverse a intervenir. Saben que muchas de nuestras frases van dirigidas a ellos. Sin embargo, callan. Tal vez en otra ocasión hubieran respondido a golpes de sable o nos hubieran acribillado a balazos, pero es la escena tan conmovedora que no les queda otro recurso que permanecer impasibles.

Desahogados nuestros pechos, enmudecemos, cabizbajos, respirando grueso, las mejillas coloradas, un poco húmedas.

Y torna el silencio a envolvernos.

Pasa cerca de nosotros el teniente Arbutas. Con los ojos enrojecidos, lanza una mirada a Juliac, mientras murmura:

—¡Maldita sea!

¿Es posible? Este hombre, acostumbrado, desde hace no sé cuánto tiempo, a ver morir a los presos de mengua o a vergajazos, ¿sufre en realidad porque se aproxima una muerte más? Porque está bien que nosotros manifestemos nuestro dolor de cualquier manera, por escandalosa que sea. Es un compañero el que se nos va. Y un compañero en el presidio es más que un hermano, es parte de uno mismo. Pero a él, ¿qué le importa? No, no es la muerte lo que le ha conmovido; no es la extinción de Juliac lo que le acongoja. Es el haber comprendido, repentinamente, que él es un verdugo más; y es también el vernos a nosotros llorando, a nosotros que habíamos soportado hasta la fecha

todos los padecimientos con serenidad, a nosotros que nunca nos quejábamos y siempre teníamos un chiste para alejar la amargura de cualquier situación. Este hombre solo ha dicho: “¡Maldita sea!”, y en esa frase encierra su sentimiento. Porque sufre. Ha sentido lo que nunca imaginara sentir: la rebeldía de la porción de su alma no contaminada. Y ha visto lo que nunca imaginara ver: a un hombre llorando porque muere otro hombre.

De súbito, aparece el coronel Torres, seguido de un anciano de anchos hombros y vigoroso empaque, trajeado correctamente, de ojillos vivaces y ademanes lentos.

—Estando en El Sombrero supe que el compañero se les estaba muriendo —nos dice el coronel— y traje al médico del pueblo, al doctor Tovar, a ver si puede hacer algo.

Anzola se adelanta:

—Doctor, yo soy uno de los estudiantes de medicina que he asistido al enfermo; y ya esto no tiene remedio. Mi compañero —señala a Yanes— y yo diagnosticamos paludismo. Aplicamos quinina y nada. Luego diagnosticamos tifoidea, pero como aquí no existen medios para tratar ese mal, mire el estado en que se halla el enfermo. No puede durar mucho. Yo creo que se muere.

—Lo examinaremos, lo examinaremos —dice el doctor, mientras se acerca a Juliac y lo observa.

A insinuaciones de Yanes y Anzola nos apartamos todos. El coronel se marcha. Se quedan solos médico y paciente. Recostados a la puerta, ensartamos comentarios.

—Sin duda que hay que agradecerle al coronel que haya traído a un médico —apunta Yanes— Pero todo es inútil. Dará nuestro diagnóstico: tifoidea. Y cuando se vaya y nos remita de El Sombrero las medicinas apropiadas, ya Juliac estará muerto.

—Además—interviene Anzola— ¿cómo vamos a someternos nosotros, estudiantes de quinto año de la Universidad de Caracas, a la opinión de un médico de pueblo? Este buen señor curará con raíces...

El doctor llama a Anzola y a Yanes a la cabecera del enfermo para ponerse al corriente de las fases de la enfermedad.

Nosotros apenas conversamos. La llegada del médico nos ha encendido una lucecita de esperanza, y tenemos miedo de crear algún concepto que pueda apagarla. Por eso, cuando despegamos los labios, lo hacemos para emitir frases cortas, insubstanciales, vanas, que no tengan mucha ligazón con la situación angustiosa por que atravesamos.

Transcurrido un largo rato, se nos acerca el médico. No pudiendo reprimir nuestra impaciencia, lo interrogarnos, casi a una sola voz:

—¿Qué?

—¿Qué?

—¿Qué? El doctor nos mira detenidamente, se acaricia el mentón con su gruesa mano morena, y responde:

—Es paludismo. Un paludismo que no ha sido tratado.

—¿Entonces...?

—¿Entonces? Ya les dije a sus compañeros lo que había que hacer: quinina, quinina y quinina; mucha quinina...

—¿Hay, pues, esperanzas?

—¿Esperanzas? Claro. Si hacen lo que dije, mañana el enfermo habrá recobrado el conocimiento y dentro de una semana la fiebre habrá desaparecido. Comprendo que esos muchachos se hayan equivocado. No un estudiante, sino cualquier médico puede confundir un paludismo de esa clase con una tifoidea. Sobre todo no habiendo medios para hacer un análisis de sangre. Los síntomas son muy parecidos. Ahora, que me equivoque yo es muy difícil. Tengo ochenta y dos años, de los

cuales cincuenta y cinco de médico en el Llano, tratando casi únicamente paludismo y disentería. Eso es lo que da por aquí. La tifoidea es rarísima, pero rarísima. Yo, un paludismo lo desencamo por más síntomas que tenga para despistar. Y sonriéndose con una ancha sonrisa de bondad, concluye:

—Despreocúpense. El compañero no se les morirá.

Y dentro de un mes tendrá más vida que ustedes, porque el coronel me ha dicho que le dejará pasar todo. Y yo le enviaré cositas, cositas. Lo alimentaremos...

Cuando se marcha, el corazón nos late a prisa, pleno de entusiasmo. La lucecita de esperanza es ahora una llama que nos colma el pecho. Nuestros ojos abandonan la expresión de cansancio, de somnolencia, y se avivan, girando juguetonamente.

Pero si estamos esperanzados, no tenemos —como el médico— la seguridad de que Julián se salvará. Y corremos a la cabecera de este e interrogamos en voz muy baja a Yanes y a Anzola. Ambos, de acuerdo, nos responden en parecidos términos:

—Creemos que el doctor se equivoca. Esto es una tifoidea en toda tierra. Y no es nada; lo más serio es que nos ha ordenado, entre otras cosas, que le demos un purgante. Si fuera paludismo, magnífico. Pero tratándose de una tifoidea, es un asesinato. Verdad es que si es tifoidea de todas maneras se va a morir.

Renacen las ideas trágicas, causándonos opresión. Y preguntamos, haciendo gestos nerviosos:

—¿Si es paludismo se salvará?

—Según el doctor, sí.

—¿Y cuándo se tendrá la seguridad de si es paludismo o tifoidea?

—Mañana. Si no ha muerto al amanecer, tiene razón el doctor. Pero, aléjense. Déjennos solos para poder trabajar con soltura.

Después de una noche llena de pensamientos tenebrosos, en que nadie osó lanzar una frase de más de tres palabras, y en que el sueño vino a envolvernos solo atraído por la extenuación en que nos hallábamos, la primera claridad del alba nos puso en pie.

Yanes y Anzola, por turnos, velaron al enfermo.

Yanes ahora duerme.

Anzola llena una inyectora cuando golpea sus oídos la esperada pregunta:

—¡Anzola! ¿Paludismo?

—¡Sí, paludismo! El doctor tenía razón: paludismo. Ha bajado la fiebre. Pronto recobrará el conocimiento.

Y estirando su boca grande en una sonrisa colmada de alegría, que destella sobre la barba negra y tupida, añade, mientras nos hace guiños con la inyectora en la diestra:

—¡Nos equivocamos, nos equivocarnos! El viejo es una fiera. Ha dicho paludismo y paludismo es. ¡Y después dicen que estos médicos de pueblo no saben nada! Le ha dado el gran baño a dos estudiantes de medicina de la Universidad de Caracas, ¡y de los mejores! Nos equivocamos, ¡qué bien!

Nuestros pechos se desahogan en un suspiro prolongado.

Juliac ha entrado en franca convalecencia. La fiebre desapareció y su cuerpo exprimido comienza a llenarse. Su inesperado resurgimiento ha tenido la virtud de hacer que las fúnebres ideas, que nos martirizaban desde nuestra llegada al presidio, vayan esfumándose, y que los chistes, frescos, sanos, ingeniosos, retocen de nuevo en nuestras bocas, como en Las Colonias, abriendo un ancho campo al optimismo.

¡Pase el sistema!

Hace rato sonó el toque de silencio y ya duermen casi todos mis compañeros. Yo, al principio, cerré los ojos, intentando atrapar el sueño, pero no fue posible. Los hechos presenciados esta mañana en la carretera acuden a mi mente con desesperante insistencia. Quisiera apartarlos, relegarlos al olvido, no darles importancia; mas todo es inútil. Siempre asoman la faz rígida, induciéndome a analizarlos. Y balancéandome dulcemente en el chinchorro, mientras consumo un cigarrillo, voy reconstruyendo. Fuertemente hundía el pico en la tierra dura, una y otra vez, cuando los quejidos de un preso a quien golpeaban me hicieron abandonar la tarea. El vergajo, manchado de sangre, no cesaba de caer sobre la espalda enrojecida, rajada, del hombre, que se protegía el rostro con los brazos. El soldado-verdugo aullaba, insultante, y la víctima despedía quejidos agudos como flechas y lamentos estirados. Ya esta escena me era familiar y me disponía a tomar de nuevo los instrumentos de trabajo, cuando un grito cortó el espacio:

—¡Esto no se puede soportar, canallas!

Partió de otro de los presos, que sin chaqueta, con los pantalones rasgados y sucios, había lanzado el pico y la pala, y miraba con ojos fulgurantes al soldado-verdugo.

El preso golpeado volvió a su trabajo, mientras el otro, afianzado en las piernas rígidas y muy abiertas, como buscando apoyo al peso enorme de su pecho colmado de ira, volvía a gritar:

—¡Esto no se puede aguantar, canallas!

En su rostro sobresalían las pequeñas protuberancias de las mandíbulas apretadas; su nariz se inflaba y desinflaba al paso de una respiración presurosa; las cejas, contraídas, enarcaban unos hirientes ojos de brillo metálico; el cabello abundante le caía sobre la frente sudorosa, cruzada por

arrugas; los tendones de su garganta, dibujados, tensos, eran como delgadas columnas para sostener el peso enorme de su cabeza colmada de ira.

Y de pronto, agrietó su férrea expresión con una carcajada nerviosa, saltarina, histérica. Y después mirando impávido a uno de los cabos que marchaba hacia él con manifiesta intención de agredirle, tornó a gritar:

—¡Pase el sistema, mi cabo, que me voy! ¡Pase el sistema!

Volvió la espalda y se dio a correr.

El cabo obedeció la orden. Maniobró en la palanquera del máuser —¡pasó el sistema!—; se afirmó la culata en el hombro, cuidadosamente; tiró la línea de los ojos a la mira, y disparó.

El preso, que había corrido unos treinta metros, se desplomó, cara al suelo, con la espalda agujereada.

Un oficial se aproximó y mandó a dos soldados:

—Que lo entierren donde cayó. Luego dijo, dirigiéndose a todos:

—Al que pida que le pasen el sistema, que se lo pasen, sin contemplaciones. La escena se me quedó grabada de tal modo que no pude hablar ni una palabra cuando volvíamos del trabajo. Y ahora, en que el silencio es casi absoluto —oyéndose solo el chirriar seco de las cabuyeras de mi chinchorro al balancearse—; en que la brisa nocturna, fresca, viene impregnada de un hálito campestre; y en que todo, en fin, incita a la meditación, se me ocurre que hay mucha semejanza en la actitud del preso de esta mañana y la actitud del estudiante venezolano ante la Dictadura.

Ambos, esclavizados por procedimientos ilegales, impotentes para enfrentarse con éxito a los detentadores de la fuerza bruta, y no pudiendo soportar más las bestiales maneras de los amos, se abandonaron a la desesperación, y poniendo de lado el primordial instinto de conservar la vida, se rebelaron, erguidos, altaneros, e intentaron llevar a cabo una huida hacia la libertad, huida que sabían imposible de ser lograda,

pero necesaria para extinguir la ignominia que les atenazaba el cuerpo y el espíritu. Y ambos percibieron cómo se les detenía en el camino, cómo se les interceptaba el rumbo hacia la libertad –meta única–, cómo reaccionaba la fuerza bruta al verse desafiada: al preso destrozándole la espalda para quitarle la vida, al estudiante hundiéndolo en las cárceles para quitarle la conciencia. Y entre la situación de ambos solo una diferencia existe: que el uno quedó tendido, cara al suelo, y el otro todavía se yergue, cara al sol.

También el sol es un castigo

Hoy no he ido al trabajo, pues la fiebre, de nuevo, invade mi organismo.

Acurrucado en el chinchorro, temeroso de cambiar de posición, pues a cada movimiento que inicio se me despliega muy adentro un calofrío que me sube a flor de piel y me recorre todo el cuerpo, me paso a menudo la lengua por los labios resecos, partidos, y procuro amenguar el dolor de cabeza poniéndome un pañuelo húmedo sobre la frente.

Mas, al fin, no puedo soportar la inmovilidad, y, desafiando los calofríos, medio incorporado, miro nuestro calabozo lleno de silencio, con sus chinchorros vacíos, y la extraña sensación de soledad que percibo en cada uno de sus lados, en cada uno de sus ángulos, me lo hace aparecer más largo, más ancho. Por un momento me imagino que pudiera quedarme solo aquí, porque a mis compañeros les diesen la libertad o porque hubiesen muerto, y un desasosiego torturante me apresura los latidos del corazón. Sería como si me suprimiesen los puntos de contacto con lo pasado, pleno de gratas remembranzas, como si me derribasen el puente por donde he de pasar a un porvenir menos amargo, como si me hundiesen para siempre en este lugar. Porque cada uno de mis compañeros

representa un pedacito de mi pasado: recuerdos de algún sitio que transitamos juntos, de alguna situación que de acuerdo creamos, de algún hecho en que tomamos parte, nos liga a un tiempo más feliz. Porque en cada uno de mis compañeros veo una prolongación de lo presente, una persona con quien he de penetrar y vivir en lo futuro. ¿Y por qué he de pensar en quedarme solo? Juntos estamos corriendo los azares del presidio y juntos hemos de abandonarlo o perecer en él. En todo caso, no sería yo el último que moriría, no sería yo el que me quedaría solo, pues mi organismo está debilitado por la enfermedad y hay compañeros todavía sanos. Sin duda que sería digno de compasión aquel que sobreviviera a los demás. Pero pensar estas cosas es desesperante. Mejor es mirar el calabozo de los otros presos.

Allí también el silencio impera. Miento. Habría silencio si no fuese por el zumbido de las moscas. Y... si lo único que se oye es el zumbido de las moscas, ¿no podría decirse que ese zumbido hace el silencio mucho mayor? Medina, sentado en el suelo, se come lentamente un cambur, y de cuando en cuando contempla con distracción los enfermos tendidos aquí y allá, enfundados en las cobijas. En las alambradas se ven colgados peroles, trapos sucios. El zinc del techo se hace más blanco con el sol candente y me da la impresión de que pronto se va a poner al rojo.

Otra vez descanso el busto y contraigo las extremidades. Y así, encorrujado, sin mover siquiera un dedo, cierro los ojos y me abandono a la modorra de la fiebre.

De repente, un ruido de algo que choca contra el suelo, y unas voces altas, me hacen volver el rostro. Y veo a dos soldados que forcejeaban por levantar a un preso caído en medio de la planicie arenosa. Con mucha dificultad logran enderezarlo, y, sosteniéndolo cada quien por un brazo, lo enrumban hacia el calabozo. Al observar sus pasos desiguales, desorientados, el loco vaivén de su cabeza, donde giran unos ojos extraviados, y los sacudimientos bruscos que a cada momento

lo asaltan, comprendo su estado. Como a otros muchos, el sol le ha incendiado el cerebro, en la carretera, y han tenido que traerlo a empellones desde tan larga distancia para impedir que con sus alaridos produjese perturbaciones en el trabajo de los otros. La insolación tan temida ha hecho una nueva víctima. Ahora lo arrojarán sobre la tierra dura del calabozo, y allí lo dejarán que se agite, que eche espumas por la boca, que delire con gritos que parten el alma. Si acaso, alguno de los enfermos se pondrá de pie, y como un espectro, pausadamente, se dirigirá al pipote de agua y llenará su totuma, que derramará luego sobre el rostro del desventurado. Pero no podrá apagar ese fuego que crepita dentro del cráneo y que en pocas horas conduce a la muerte.

De pronto, no obstante la fiebre que me vetea de calofríos me siento feliz, porque inconscientemente me he comparado con el otro: ambos estarnos enfermos; yo sufro algo, él sufre mucho; yo tengo esperanzas de sanar, él morirá.

¿A qué se debe esta comparación que de modo tan inesperado ha venido a mi mente? ¿Y por qué he de sentirme feliz al resultar favorecido en ella? Aunque no acierto a explicarme esa felicidad, por unos minutos me colmo de reproches considerándola mezquina. Pero después me tranquilizo, al pensar que toda mezquindad tiene una raíz humana. Es el consuelo de los que nos sentimos pecadores ante nosotros mismos.

La conspiración

La continuidad de aquella vida inalterable comenzaba a triturarnos la paciencia. Era desesperante la igualdad de los días: al trabajo por la mañana, de regreso a descansar y a formar frases huecas; y en la noche a dormir. Ningún incidente se interponía, ningún hecho nuevo venía

a matizar de placer o de sufrimiento las horas idénticas. Y mientras pasaba el tiempo, monótono, árido, imperturbable, nuestras ansias de libertad aumentaban y se hacía el aburrimiento cada vez mayor.

Por eso algunos —Celis, Anzola, Sánchez Pacheco y yo— nos decidimos a conspirar ¿A quien se le ocurrió manifestar la idea? No sé. Brotó repentinamente y todos la acogimos como propia. Quizás fue uno solo quien la comunicó a los demás, quizás fuimos todos quienes la expresamos en un mismo momento, quizás no fue ninguno, sino que estaba en la atmósfera, se respiraba, se metía por los poros, su presencia se sentía de tal manera que cuando hablamos de ella por primera vez lo hicimos como si ya anteriormente hubiésemos estado de acuerdo en llevarla a la práctica. Perseguíamos la libertad. Era, pues, necesario prescindir de cuantos prejuicios pudiesen obstaculizar nuestra ruta. La magnitud del fin lo exigía.

Para llegar a la organización de un plan resolvimos que Anzola y Celis tratasen con los elementos de la tropa que nos habían dado muestras de simpatía; que Sánchez Pacheco se entendiese con ciertos caporales, algunos de cuyas palabras, lanzadas al azar en la carretera, nos hacían considerarles como enemigos de la Dictadura; y que yo escribiese a El Sombrero para participarle a Ricardo Montilla nuestro propósito.

Al comunicar el asunto al resto de los dieciséis, obtuvimos respuestas contradictorias. Varios nos dijeron:

—Eso no es posible. Sería una canallada nuestra huida cuando aún los compañeros que dejamos en Las Colonias están presos. Mientras ellos permanezcan en presidio, tenemos que permanecer nosotros también. Es una falta de compañerismo lo que ustedes pretenden. —Pero tengan en cuenta —les repliqué— que estando nosotros en libertad, podríamos trabajar por la libertad de ellos.

—Lo de trabajar por la libertad de ellos es muy dudoso, si tomamos en consideración el estado de anonadamiento en que se encuentra el

país. Además, al fugarnos nosotros, las consecuencias las pagarían ellos. Los apretarían más.

Otros nos contestaron:

—La idea es aceptable, pero debemos esperar hasta mayo, pues el 19 de abril se reúne el Congreso, y de aquí a esa fecha solo falta un mes. Si para entonces no nos dan la libertad, nos lanzaremos a buscarla sin reparar en los medios.

Yo comprendí que estos últimos tenían razón; pero, sin embargo, consideré que debíamos dar comienzo a la realización de lo que habíamos convenido de manera de tenerlo todo preparado para actuar sin demora llegado el momento de que el Congreso defraudase las esperanzas en él puestas. Y al día siguiente escribí una carta a Ricardo Montilla, la que, por intermedio de Celis, dejé en manos de Pedro García, un cabo que nos había ofrecido su colaboración, y quien simuló encontrarse enfermo y necesitar de la consulta de un médico, para poder trasladarse a El Sombrero.

De regreso el cabo, me trajo la respuesta, en la cual Ricardo me decía que contaba con treinta hombres armados y que esperaba órdenes nuestras para movilizarlos.

Por otra parte, Sánchez Pacheco se puso de acuerdo con algunos caporales, Celis y Anzola se entendieron con elementos de la tropa. Estas conversaciones produjeron un cambio radical en el proyecto.

Ya no se trataba simplemente de una fuga parcial, se fraguaba una sublevación del presidio en masa. Muchos soldados y otros tantos presos hallábanse dispuestos a prestarnos su apoyo para verificarla. Se pretendía que el día fijado, al amanecer, fuesen ultimados los oficiales en sus propios lechos, empezando por el coronel. Inmediatamente se abrirían las puertas de nuestro calabozo y del calabozo común, y tomarían los presos los fusiles de los soldados que se resistiesen a obedecer las órdenes. Ricardo, que estaría cerca, escondido en la sabana, acudiría con su gente

a la señal convenida. Nuestro el campamento, formaríamos un batallón y combatiríamos a la guarnición de Palenque, que es exigua; nos llevaríamos a los presos que trabajan allí, dirigiéndonos hacia Calabozo. Y después... Después seguiríamos peleando hasta salvar la frontera de Colombia.

Esto era lo concertado; mas mi mente excitada iba mucho más allá. Imaginaba que si la suerte nos era propicia y se nos pasaban algunas guarniciones; podíamos darle un nuevo giro al movimiento y formar un ejército poderoso con el cual volvernos en actitud revolucionaria hacia Maracay.

Semejantes reflexiones me mordían el cerebro, impidiéndome atisbar los múltiples inconvenientes que se nos interpondrían. No pensaba siquiera en que no me hallaba enterado de quiénes de nosotros estaban absolutamente de acuerdo con el proyecto; ni si yo mismo lo estaba en lo profundo de mi ser consciente. Verdad es que hubiera sido difícil averiguarlo, porque algunos —al ser requeridos— respondían que llegado mayo emitirían su opinión; otros callaban agobiados por la lucha que en su interior libraban dos fuerzas casi iguales y de signo contrario, constituida la una por los violentos deseos de libertad, y la otra por el pensar en lo arriesgado de la tentativa, en la cantidad de sangre que había que verterse para hacerla triunfar. Lo que sí se observaba con claridad era el intenso trabajo mental de Chirinos, denunciado por los pequeños rasgos cavilosos que a menudo llenaban su rostro bronceado. Sin embargo, no quería expresar su parecer hasta que se aproximasen los acontecimientos. Además, se había despertado cierto pudor en hacer comentarios sobre el asunto. Volaban sobre él frases aisladas, que desaparecían con la misma prontitud con que aparecieron. Y a veces daba la impresión de que todos nos hallábamos de acuerdo en llevarlo a cabo, y otras de que nadie lo admitía. Pero ni en una ni en otra ocasión brotaban razonamientos para probarlo o rechazarlo. Nos encontrábamos en una situación ambigua, martirizante.

Una noche cayeron dentro del calabozo dos pliegos lanzados por Pedro García, en los cuales se nos hablaba del rumbo de la organización, de los soldados con que se contaba, de los presos dispuestos a obedecernos, y de las personas que habrían de ser eliminadas para que no nos interceptaran el camino. Ambos pasaron de mano en mano y fueron leídos en silencio. Chirinos les echó una mirada de enojo. Con gusto los hubiera roto antes de que nosotros nos enterásemos del contenido. Por su expresión adiviné que condenaba el complot. ¿Cuántos participarían de tal opinión y no querían hacerla pública? ¿Y por qué ese empeño en no comunicarnos nuestras impresiones? ¿Por qué callar precisamente en los momentos en que debíamos hablar más para estudiar la conveniencia o impertinencia de lo que nos proponíamos? ¿No hubiera sido mejor abrir de par en par nuestros cerebros y nuestros corazones para decidirnos en pro o en contra definitivamente? ¿Qué sería lo que inmovilizaba nuestras lenguas? ¿El miedo a ser llamados extremistas o el miedo a ser llamados timoratos? En circunstancias como aquellas era necesario que todos manifestasen su parecer, porque nos estábamos jugando la vida. Sin embargo, los labios no se abrían sino para despedir frases aisladas, que aleteaban un poco sobre los oídos y luego se marchaban sin dejar huella. Hasta entonces, en todo nos habíamos manifestado una franqueza absoluta. Ahora, al caer una palabra sobre el complot, las bocas enmudecían, la mayor reserva se adueñaba de los ánimos. De lo único que se hablaba sin recelo era de la necesidad de esperar hasta mayo.

Desde hacía algún tiempo no íbamos a la carretera. Había entrado la época lluviosa y ya los fangales hacían la marcha casi imposible, pues el sitio donde trabajábamos se encontraba a unos seis kilómetros del campamento.

Además, hubiera sido inútil construir cunetas en terreno pantanoso. Así que, pasábamos las horas en la holganza. Una mañana, a eso de las nueve, llegó hasta nosotros el sonido de un disparo lejano. ¿Qué sería?

La pregunta, prendida en las pupilas de cada uno, buscó la respuesta en los labios de los demás.

—Un soldado que habrá dejado escapar un tiro —dijo alguien.

—Lo más probable —afirmó otro. Pero había en su rostro una expresión de incredulidad.

Callamos y aguardamos atentamente a que se oyese un nuevo disparo. Quizás en otra oportunidad hubiésemos permanecido impasibles. No era la primera vez que un soldado dejaba escapar un tiro. Pero entonces, absorbidos como estábamos por el giro que tomaba la conspiración, cualquier hecho extraordinario nos sorprendía. La expectación era grande. Pliegues cavilosos se insinuaban en nuestra frente. Nuestras miradas abarcaban los ranchos de los oficiales, en espera de un signo que nos permitiese adivinar algo anormal. Hasta los chinchorros dejaron de mecerse y un silencio profundo nos rodeaba. De pronto salió el capitán de su rancho, en franela, abrochándose aún los pantalones, y con un revólver en la diestra. Primero anduvo apresuradamente, dirigiéndose hacia la masa de arbustos que limita al campamento por el Oeste; luego se dio a correr. Lo seguimos con la vista hasta que se perdió en los primeros bejucales.

La nerviosidad nos invadía. Con los sentidos tensos y los cuerpos inmóviles, paseábamos los ojos de los ranchos de los oficiales a la masa de arbustos.

Ampico, también con el revólver en la diestra, abandonó su rancho.

La expectación aumentaba.

Aparecieron varios soldados fusil en mano. Uno de ellos pasó casi rozando las alambradas de nuestro calabozo, y en voz muy baja, inquieta, dejó caer algunas palabras:

El complot se ha descubierto. Hirieron a Pedro García.

Nos quedamos perplejos, sin poder articular la menor frase. Presagiaba tantos males la inesperada situación, que mil imágenes aflictivas

acudieron, deteniendo el curso de los pensamientos, paralizando los músculos.

Así, inertes, hubiésemos estado quizás mucho tiempo, si un sargento no hubiese entrado precipitadamente en nuestro calabozo, sometiéndonos a una minuciosa requisa. Esperaba encontrarnos armas. En medio del desconcierto que nos producían los hechos que venían desarrollándose, comprendimos que el asunto se presentaba más grave de lo que habíamos imaginado. Y nos afirmamos en esta opinión cuando vimos que se llevaban a Celis y a Anzola, cuyo trato con la tropa había sido denunciado, para sujetarlos a la tortura de un cepo de campaña, con el fin de que declarasen la verdad del complot y la participación que tenían en él. Cursaron órdenes también de que a los restantes no se les diese de comer, y reforzaron la custodia del calabozo.

Las sensaciones bruscas e intensas que en tan corto intervalo habían foeteado nuestros nervios, dejándonos llenos de una honda estupefacción, aún vivían en nuestros rostros idiotizados y en nuestras incoherencias, cuando trajeron a Anzola y a Celis, hacia el atardecer. Llegaron extenuados, con unas ojeras impresionantes y un fuerte dolor en la columna vertebral. Nos dijeron que se habían negado a responder al interrogatorio, participándonos, al mismo tiempo, que dentro de un rato vendrían a interrogarnos a los demás.

En efecto, entrada la noche apareció Ampico y nos instó a declarar. Respondimos que no sabíamos nada de lo que se preparaba y que no insistiera en las preguntas porque no contestaríamos.

—Bien, hasta que no declaren no se les pasará comida. Piénsenlo con cuidado.

Nos alejamos, sombríos, silenciosos, a nuestros chinchorros.

Dos soldados, fusil al hombro, se paseaban cerca de las alambradas. En sus expresiones adivinábamos que dispararían si hacíamos cualquier movimiento sospechoso.

La brisa venía impregnada de lluvia y nos mojaba la cara. Aquella caricia fría nos agradó tanto, que nos abrimos la chaqueta para que también nos mojase el pecho, como si pretendiésemos apagar el fuego que ardía en nuestro interior.

Pasamos la noche casi sin dormir, martirizados por horribles pensamientos.

Y llegó el día. Nadie se acercaba al calabozo. A veces, a lo lejos, transitaba el capitán o uno de los oficiales, y nos dirigía miradas. Las pisadas fuertes, desiguales, de los soldados que, sin descanso, iban y venían alrededor de las alambradas, las sentíamos como golpes que nos dieran en la cabeza.

Y vino el otro día y todo continuó igual. Solo que de rato en rato volaba una frase, siempre la misma: “tengo hambre”, y que los soldados nos veían con interés, quizás preguntándose cuánto tiempo soportaríamos sin comer.

Y llegó el tercero, hoy, en nuestros labios, si se movían, era para formar rictus de amargura. Ya ni siquiera decíamos: “tengo hambre”. Los ánimos se sumergían en el silencio exterior para que sonasen con mayor fuerza y más claramente las voces de la meditación. Todos los ojos estaban vueltos hacia adentro revisando por centésima vez los hechos acontecidos. Llevábamos tres días sin alimentarnos y en nuestros rostros amarillosos comenzaban a dibujarse los huesos.

Las sombras de la noche ya borraban el crepúsculo, cuando apareció el capitán y llamó a Chirinos.

—El coronel Torres ordena que vaya a verlo. Tiene que hablar con usted —dijo. Y sus ojillos astutos recorrieron cuidadosamente nuestros rostros, que se habían vuelto hacia él para adivinar lo que pretendía.

Chirinos se dirigió hacia la puerta. y, mientras andaba, nos iba susurrando, de modo que no se enterase el capitán:

—Compañeros; probablemente me van a torturar para que cante. Yo les prometo que haré todo lo posible por no decir nada. Sufriré hasta lo último, pero no delataré a nadie.

Su faz estaba pálida. En sus ojos, agrandados, brillaban luces de resignación.

—Y aquí, ¡silencio! —dijo el capitán autoritariamente, alejándose, seguido de Chiringueta.

Pero nosotros ya no necesitábamos producir sonidos para entendernos. Con miradas, con gestos, con ademanes, nos íbamos diciendo:

—Tal vez no vuelva...

—¿Crees tú que resistirá la tortura sin cantar?

—El cuerpo tiene su límite de sufrimiento. Pasado ese límite, la materia se impone al espíritu, a la voluntad. Si lo torturan mucho lo dirá todo inconscientemente.

Transcurrieron así treinta minutos, una hora quizás, al término de la cual apareció Chirinos, siempre acompañado del capitán. Al verlo, nuestra zozobra huyó. Pudimos respirar con libertad. Ibamos a interrogarle, cuando el capitán ordenó, enérgico:

—Nadie se mueva. Todo el mundo callado. Chirinos volvió silenciosamente a su sitio. Tenía una expresión sombría. La inquietud por saber lo que había pasado, superó en Inocente Palacios al temor de desobedecer al capitán, y, procurando hacer poco ruido, se deslizó de su chinchorro, para llegar luego, reptando, hasta Chirinos. Conversaron en voz tan baja que no se oyó ni siquiera un murmullo.

Cuando regresó, le interrogué con una mirada. Y me sopló a prisa:

—Pretendieron que lo dijera todo y no dijo nada. Le participó el coronel que si mañana no declarábamos, nos sacaría el agua que nos quedaba, para someternos por la sed, ya que el hambre la resistíamos.

Pero que si aun así no declarábamos, se nos torturaría... Y añadió que de todas maneras no respondía de lo que podía sucedernos esta noche.

Al acomodarme en el chinchorro para buscar el sueño, el corazón me dio violentos saltos. E hice una invocación absurda, de hombre que lo ve todo perdido y que no tiene esa fe, que no tiene esa creencia feliz a la cual se recurre en el último límite de la desesperanza:

—¡Estrellita, sálvanos!

Dije estas dos palabras en un susurro emocionado, como si formasen la petición final del rezo de un creyente. Algunos compañeros me oyeron y no dijeron nada. Tal vez en otra ocasión hubieran murmurado:

—Nelson como que se ha vuelto loco. Pero entonces, quizás, lo que pensaron fue:

—Siquiera Nelson tiene una estrellita a quien encomendarse.

Me hundí en un sueño espeso, anormal, del cual me sacaron unos fuertes tirones que daban a las cabuyeras de mi chinchorro. Era Paquito, quien acercándose su faz demudada, musitaba levemente y repelidas veces:

—¡Oye, oye! ¡Ya comienzan a torturar! —y señalaba con el índice horizontal la negra masa de arbustos. En efecto, de allí brotaban quejidos y exclamaciones de dolor, apagadas por la distancia.

—Seguramente será a los soldados comprometidos con nosotros a quienes torturan. Pretenderán sacarles a ellos lo que no nos han podido sacar a nosotros.

—Los estarán colgando por los testículos.

—Quizás.

Callamos y continuamos oyendo. En ocasiones se producía un silencio que duraba varios minutos. Luego se reanudaban los quejidos.

—Acuérdate de lo que dijo el coronel, que no respondía de lo que nos pudiera suceder esta noche —insinuó Paquito, mordisqueándose las uñas.

—¿Entonces crees tú que nos pueden sacar a nosotros también para colgarnos? —interrogué yo, haciendo esfuerzos para no darle veracidad a la respuesta si era afirmativa.

—Yo creo que sí. Los soldados saben muy poco y dirán que nosotros lo sabemos todo.

—Bueno. No nos martiricemos antes de tiempo. Déjame tranquilo.

Paquito tornó a su lecho y yo procuré nuevamente atrapar el sueño. Sentía la lengua dura, como de madera, y no cesaba de tragar saliva.

Calculé que no había dormido ni una hora, cuando Paquito volvió a despertarme. Con voz quebrantada, dijo:

—Fíjate, fíjate. Ya se extinguieron los quejidos. Todo está en calma. Ya les sacaron a esos hombres lo poco que tenían que decir. Ahora nos toca a nosotros. He visto pasar al capitán dos veces cerca de] calabozo. Ahora vienen a sacarnos.

Me produjo cierta indignación que me despertasen para clavarme suposiciones tan siniestras. Era posible que Paquito tuviera razón y que dentro de un momento saliésemos para que nos colgaran. Pero era horrendo estarse despierto esperando la hora de la tortura, cuando entre tanto podíamos dormir y olvidarlo todo.

—Déjame en paz, Paquito —dije rudamente—. Y duerme tú también. Con estar despiertos no ganamos nada.

Pero no me fue posible lograr que el sueño viniese a apartarme de la actualidad. Un irresistible anhelo de análisis me indujo a reconstruir en orden lógico los acontecimientos, desde que se iniciaron hasta el presente.

Ahora todavía continuó analizando, mas sin atender a la cronología ni al andamiaje de los hechos; proyectándome hacia los relieves de los recuerdos, que se me siguen presentando, pero sin ilación, en torbellino. Y en especial me fijo en la imagen del rostro del capitán, lleno de una extraordinaria indiferencia durante el curso de los sucesos; de una indiferencia

singularísima, fría, cruel, siempre idéntica; de esa misma indiferencia con que ordenaba dar vergajazos o con que veía agonizar a un preso. Tampoco puedo olvidar la expresión de espanto, de terror inconmensurable, que tenía uno de los soldados comprometidos en el complot cuando lo llevaban a declarar. Y por entre el conjunto de aspectos interesantes o repulsivos que aparecen grabados en mi mente, se abre paso la figura apacible de Galán, el perro de los reclusos, el cual penetró ayer en nuestro calabozo y se echó en el suelo, contemplándonos durante mucho tiempo con sus grandes ojos melancólicos, tal vez extrañado de nuestra quietud y de nuestro silencio.

En ocasiones me pongo en pie y hundo la cabeza en el pipote de agua para refrescar mis sienas ardorosas, que asaltadas por isócronos latidos, parecen prontas a estallar. Y vuelvo a mi chinchorro, pero no me acuesto. Sentado, con las piernas colgantes, miro a mis compañeros, y por entre las sombras débiles que les cubren el rostro, adivino que algunos no duermen, aunque sus ojos están cerrados. Las cejas contraídas, los labios mordidos o una mano que penetra en el cabello, denuncian el trabajo del cerebro, pleno de angustia.

Al llegar la media noche, relevan la custodia. Los soldados recién venidos charlan unos minutos en voz baja y después continúan su monótono paseo.

Durante largo rato espero que se reanuden los quejidos o que se presente el capitán a sacarnos del calabozo para conducirnos al suplicio. Mas, nada perturba la paz del ambiente.

Cuando ya las sombras van esfumándose, infiltradas de la luz del alba, y a lo lejos se escucha el relincho de algún caballo madrugador, me acuesto de nuevo, un poco tranquilizado, y el sueño despliega su telón negro frente a mis ojos.

Corto intervalo ha transcurrido desde que sonó el toque de diana, cuando formamos los dieciséis una asamblea para resolver definitivamente lo que

ha de hacerse. Ya el hambre no la podemos soportar. El dolor de cabeza ha adquirido mayores proporciones, y experimentamos una sensación extraña en el vientre, de vacío, de rasgaduras profundas, como si los intestinos, ávidos de alimento, intentasen devorarse unos a otros. Además, hoy nos dejarán sin agua, y la sed es más difícil de resistir. Por otra parte, el coronel no ceda en su propósito de que declaramos, y sería absurdo aguardar más tiempo. Si en cualquiera ocasión nos veremos obligados a declarar, hagámoslo ahora, en que todavía tenemos el cerebro lo suficientemente despejado para encontrar una solución que aminore nuestra culpabilidad en lo acontecido. Después de algunas discusiones, nos ponemos de acuerdo, y forjamos un proyecto en que cada quien salvará su responsabilidad como a bien tenga, siempre que no comprometa a los demás. Así quedarán satisfechos el derecho a defender la persona y el deber de no perjudicar a la comunidad. Será la primera vez desde que estamos presos en que cada uno laborará únicamente para sí. Y no puede ser de otra manera. Si antes de descubrirse el complot nos hubiésemos comunicado nuestras impresiones, razonando sobre la conveniencia, forma y modo en que habría de realizarse, el asunto no se hubiese presentado tan complejo.

A las diez de la mañana, poco más o menos, mandamos avisar que nos hallarnos dispuestos a declarar, e inmediatamente aparece el capitán y se lleva a Chirinos.

Atraviesan la planicie arenosa y se introducen en un rancho, donde radica la oficina del campamento.

Al cabo de una media hora sale Chirinos acompañado de dos soldados, quienes lo meten en otro rancho, y de nuevo aparece el capitán frente a nosotros en busca del segundo que ha de declarar.

Así va sucediendo con varios.

En tanto, una inquietud enorme nos agobia. Andamos de uno a otro lugar diciendo frases triviales, y un frío peculiar se nos hunde en la

vejiga. Del resultado de las declaraciones pende nuestra vida. Llega la nerviosidad hasta el extremo de que en cierto momento consideramos el fusilamiento como una solución feliz.

Al fin soy llamado. Me alejo precediendo al capitán y recorremos todo el trecho en silencio.

Al entrar al rancho veo a Ampico, con los codos apoyados en una mesa rústica y desnuda. A su izquierda está un preso que le sirve de secretario, escribiendo sobre una mesa semejante, pero más pequeña.

—Siéntese ahí—me dice Ampico. Y señala un taburete situado frente a él. Me mira fijamente, mientras el párpado le sube y le baja sobre el ojo nublado. Luego se coloca el portaplumas sobre una oreja.

Decido callar hasta que me pregunte.

Al observar que permanezco mudo, comienza a decir, haciendo continuas muecas, a veces burlonas, a veces de disgusto:

—¿Con qué querían ustedes matarnos a todos como a unos conejitos..! Ni nuestras mujeres se hubieran salvado, ¿verdad? Pero les salió mal la cosa. Perdieron, y el que pierde tiene que sufrir las consecuencias.

Yo callo y prosigue él, cambiando la inflexión de voz. ahora enérgica, como de juez:

—Lo que tenemos que aclarar es el comienzo del complot. Hay que saber quiénes lo iniciaron y quiénes lo dirigían. Así es que... ¡vamos al grano!

Medita unos segundos y continúa:

—Usted, hará unos quince días, escribió una carta para El Sombrero, ¿verdad?

—Sí—respondo con sequedad.

—Por intermedio de Pedro García.

—Sí.

—¿Y qué decía esa carta? Responda ciñéndose a la verdad, pues la cartica se la quitaron a Ricardo Montilla al ponerlo preso (sabrás que Ricardo ya está preso), y la tiene el coronel Campero, jefe civil de El Sombrero.

Una sacudida brusca desequilibra las bases de mi preconcebida declaración. Si la carta se halla en poder de Campero, estoy perdido. Mas conozco mucho a Ricardo y sé que primero lo matarían antes que dejarse quitar un mensaje de tal naturaleza. ¿Y si se hubiese descuidado? De todas maneras he de arriesgarme, respondiéndolo escuetamente, pero con energía, para darle mayor fuerza a mi versión.

Pocos segundos tardo en mis reflexiones. Sin embargo, la astucia de Ampico descubre que vacilo.

—¿Por qué no contesta? —pregunta, dando nerviosamente con el portaplumas sobre la mesa.

Me le quedo mirando. Cruzo las piernas. Enciendo un cigarrillo y soplo la brasita roja con el humo expedido. Necesito acumular serenidad para no dar un paso en falso y quiero tomar tiempo para ordenar las ideas.

Al cabo respondo, en tono intrigado:

—Estoy pensando en la relación que pueda tener mi carta con el complot... y no la encuentro por ninguna parte, a no ser por la utilización de Pedro García como mensajero...

—¿Nada más?

—Nada más. En mi carta preguntaba a Ricardo si había esperanzas de que nos diesen la libertad, si había tenido noticias de mi familia y si estaba en calma la República, y terminaba exigiéndole que me mandase unas medicinas que me hacían falta. Eso era todo. Por eso no veo qué tiene que hacer la carta con el complot.

—Insisto en que diga la verdad —me interrumpe Ampico, duramente. Si miente ahora, nos veremos obligados a recurrir a la tortura para aclarar el asunto.

Y, con franqueza, me desagradaría ver colgado a un hombre tan joven. Diga lo que realmente escribió usted y no le irá tan mal.

Con serenidad contesto:

¡Pero si en sus manos está el saber si lo que digo es verdad! ¿No dice usted que mi carta la tiene Campero? Pues envíe usted por ella y cotéjela con mi declaración. Si miento, podrá hacer usted conmigo lo que le dé la gana. Creo que con mayor sinceridad no le puedo hablar. Otra cosa sería si ustedes no tuviesen la carta; en ese caso podría mentir. Pero teniéndola, ¿cómo voy a decir una mentira que inmediatamente sería descubierta?

Al cambiar el tono de voz para finalizar mi oración interrogando, observo con detención los rasgos de Ampico, procurando adivinar su más recóndito pensamiento. La labor no me es tan difícil. La totalidad de mi atención se halla proyectada hacia el momento actual. Mis sentidos, en feliz armonía, atrapan las sensaciones y las enrumban por una misma vía. Ningún recuerdo extemporáneo entorpece el trabajo de mi cerebro; ninguna idea sobre el futuro enniebla mi lucidez. Parece que mis manos hubiesen adquirido la facultad de servir de antenas a las ondas intelectuales, porque a cada movimiento que hago con ellas, por leve que sea, creo interrumpir mi adivinación de lo que sucede dentro del cráneo de Ampico. Así es que me resigno a mantenerlas inertes. Siento también como si mis ojos despidiesen efluvios hipnóticos, tal es la tensión nerviosa en que se encuentra mi organismo.

Ampico calla. Percibo que el desconcierto lo invade. Ya su gesto no es dominante. ¡Estoy salvado! Si la carta estuviese en poder de Campero, no dudaría, la mandarí a buscar inmediatamente para desmentirme y hacerme pagar las consecuencias de mi falsedad.

Alegremente emocionado, respiro a prisa, enciendo otro cigarrillo y ratifico:

—No tiene sino que enviar por la carta. Y usted mismo podrá convencerse de si digo la verdad.

—Entonces Pedro García ha mentido —responde Ampico, dando un puñetazo sobre la mesa y brillándole siniestramente el ojo nublado. Ha dicho que en la carta usted hablaba del complot y le pedía ayuda a Ricardo...

Lo interrumpo, argumentando con rudeza:

—Pero usted no tiene por qué atenerse a lo que diga Pedro García. Ese hombre está herido en una rodilla, precisamente donde se fijan los centros nerviosos —digo esto con una naturalidad que a mí mismo me asombra—; seguramente delira. Si hay un documento al cual referirnos para saber la verdad (en nuestro caso la carta), busquémoslo. Es lo más seguro, lo más jurídico.

—Le voy a decir la verdad —dice Ampico, enojado. La carta no la han cogido. Yo lo he interrogado a usted de acuerdo con lo que me dijo Pedro García.

—¡Ah..! —y retengo un suspiro profundo. Ampico escudriña en mi gesto y luego interroga:

—¿Qué fue lo que le contestó Ricardo? Dominando por completo la situación, respondo con

facilidad:

—Que mi familia estaba bien, que había esperanzas de libertad, que el país estaba en calma y que próximamente me enviaría las medicinas.

—Pues dijo Pedro García que Ricardo había contestado que se comprometía a tomar parte en el complot, ofreciendo al mismo tiempo treinta hombres armados.

—Delirios, coronel, delirios....

—Pagaré caro esos delirios.

No queriendo perder el ascendiente adquirido, continuó explicando:
—Con respecto a lo demás, poco tengo que decir. Usted sabe que los acontecimientos a veces lo arrollan a uno, aunque uno no quiera intervenir en ellos...

Pero Ampico ya no se interesa por mi declaración, y me dice, malhumorado:

—Lo demás es otra cosa. Yo lo que quiero saber es quién inició el complot.

Y dirigiéndose al preso que le sirve de secretario, le va dictando mi declaración.

Yo, en tanto, recorro las desnudas paredes con la vista y observo un pequeño espejo rayado. Me acerco y miro mis facciones. Al principio no me conozco y retrocedo un paso, como asustado. Luego torno a mirarme, con calma. Mi cabello se halla tan crecido que me cubre las orejas y casi me llega a los hombros. Mi barba es escasa, pero larga, en los costados, y aguda, profusa, en el mentón. Mi bigote es ancho, extenso, y se me escurre, como a los chinos, por las comisuras de los labios. En medio de tanto pelo, brota una nariz enflaquecida, bajo un par de ojos un brillo febril. La frente se oculta tras los mechones de cabello enmarañado. Y toda la piel que llevo a la vista es amarilla, con un ligero matiz verdoso. “Es- te no soy yo” —pienso con amargura— “este es un viejo”. Luego rectifico: “este sí soy yo; el otro, el de veintiún años, murió de sufrir él, de ver sufrir a los demás, y de aburrimiento”. En el acto me doy cuenta de que estoy haciendo filosofía barata, y sonrío. “Hasta cursi me he vuelto”, medito; y continuó sonriendo, tristemente.

Ya Ampico ha terminado de dictar la declaración. Con voz grave, que disimula la cólera contenida, me dice:

—Puede irse.

Y volviéndose hacia dos soldados que esperan en la puerta, ordena:

—Acompáñenlo hasta el rancho donde están los que ya declararon.

Mientras camino, pienso con satisfacción en que, al salvarme yo, salvé también a Ricardo, y si agravé la culpabilidad de Pedro García, no tengo por qué arrepentirme, pues traicionó la confianza que en él habíamos puesto.

Al entrar en el rancho me asaltan Chirinos y los otros compañeros que habían declarado. Pudiendo a duras penas reprimir sus gestos y sus palabras emocionadas, llenas de angustia, me interrogan:

—¿Qué dijiste? ¿Qué dijiste?

Voy a responder detalladamente, cuando un olorcillo a verduras hervidas se me mete por las narices.

—¿Han traído algo de comer? —pregunto, ansioso.

—Sí. Un sancocho.

—¡Haberlo dicho antes, hombre!

Y me lanzo con una velocidad arrolladora hacia donde sale el olorcillo. Sin hacer pausas, atropelladamente, voy llenándome el estómago, mientras la barba y el bigote se me manchan de grasa....

Al concluir, satisfecha mi hambre de cuatro días, apenas logro moverme de lo repleto que estoy. Y quedo sentado en el suelo, con las piernas cruzadas, bañándome en una sonrisa cordial, alegre, tranquila. La declaración me ha salido mejor de lo que pude imaginar. Tengo el estómago colmado. ¿Por qué he de estar pesimista? Que ahora venga lo que sea...

Estiro las piernas, me llevo un cigarrillo a los labios, y comienzo a hablar:

—Pues dije...

—Nuevamente nos encontramos en nuestro calabozo. Resultaron infructuosas las investigaciones que se hicieron para descubrir quiénes

iniciaron el complot y quiénes eran sus principales dirigentes. De nosotros, Anzola y Celis burlaron con suma habilidad los repetidos lazos que les tendió Ampico, y los demás se limitaron a decir que solo tenían conocimiento del asunto por unos papeles lanzados al calabozo desde afuera, mientras dormíamos, y que, por consiguiente, desconocían a sus autores. Por otra parte, las declaraciones tornadas anteriormente a los presos y soldados, en su mayoría contradictorias e incoherentes, al ser cotejadas con las nuestras aumentaron la confusión.

Desmoralización

Desde hace algunos días me siento avergonzado. Y este sentimiento creo también percibirlo en los otros compañeros, al menos en aquellos que con sus palabras optimistas dieron margen al desarrollo del complot.

A nosotros, después de las declaraciones, nos han dejado tranquilos. En cambio, a los soldados y a los presos que con nosotros se comprometieron, los tienen sometidos a un régimen bárbaro que solo conduce a la muerte.

Al sonar la diana, los sacan del calabozo y los llevan a un pequeño arbolado, no muy lejano, a sacar madera. Pasadas tres o cuatro horas, vuelven al campamento, trayendo sobre los hombros largos troncos, cuyo peso les hace caminar con las piernas un poco dobladas. Los echan a un lado de la planicie arenosa y tornan al arbolado, de donde vuelven nuevamente cargados. Y así todo el día, sin otro momento de descanso que aquel en que toman agua y en que se comen la taza de frijoles y la hallaquita.

Ya pocos realizan la tarea con normalidad. Los más, extenuados, caen de bruces a cada trecho recorrido, y son levantados a vergajazos; los restantes, de constitución más vigorosa, a duras penas las soportan,

pues el esfuerzo es superior a la potencia de sus músculos, y la exigua y pésima alimentación no basta a compensar las energías que gastan. No hay clemencia para estos hombres. La orden es terminante: levantar a vergajazos a los que se tumben en el suelo y a vergajazos obligarlos a caminar con el tronco a cuestas; matar al que se rebele.

El ruido de las cadenas que se arrastran, el chasquido del vergajo contra la carne, las blasfemias e injurias del sargento, jefe de la custodia, los ayes, los gemidos, se escuchan desde que a lo lejos aparece el grupo de víctimas. Entonces nosotros, pegados a las alambradas, con los ojos muy abiertos los miramos avanzar. Y así, inmóviles, mudos esperamos a que se acerquen, para luego, cuando pasan frente a nuestro calabozo, contemplar, exteriormente impasibles, a uno que sin más vestido que un pedazo de trapo amarrado a las caderas, cae al suelo bañado en sudor, mientras el tronco que llevaba a cuestas, al desprenderse, le golpea la cabeza; a otro que a cada paso despide un gemido hondo y que lleva la espalda ensangrentada por los vergajazos recibidos; a un tercero que se muerde los labios para no quejarse y que parece imposible que pueda andar con un tronco tan grande gravitando sobre sus hombros.

Cuando abandonan el campamento y de nuevo se dirigen al arbolado, nosotros, en silencio, volvemos a los chinchorros, y las manos de alguno muestran pequeñas manchas de sangre, pues se agarró con tal fuerza a un hilo de las alambradas, que se clavó una púa...

Esta mañana, Ochoa, uno de los presos comprometidos, a quien conocimos cuando vivíamos en el calabozo común y a quien teníamos cierto aprecio por su circunspección y serenidad para conllevar los sufrimientos, no pudo soportar más y se rebeló contra la custodia, siendo ultimado allí mismo de un balazo que le partió la cabeza.

De veintitrés que formaban este bloque de víctimas, ya han desaparecido unos cuantos. Y si no les disminuyen el trabajo y les

aumentan la alimentación, pronto desaparecerán todos. No hay cuerpo humano que resista un régimen semejante.

En tanto nosotros –al menos los que intervinimos directamente en el complot– que tenemos tanta o más culpa que ellos, comemos lo mismo que antes de iniciarse los sucesos, y podemos estarnos tendidos en los chinchorros sin que troncos de árboles nos magullen los hombros y sin que el vergajo nos raje la espalda. Tal vez sea porque somos estudiantes, estudiantes revolucionarios, y los jefes del presidio nos concedan gran importancia política, y no quieran castigarnos con especial crueldad por miedo a que nos cobremos, cuando caiga Gómez, los males que nos hubiesen hecho. O quizás también porque siendo nosotros *de buena familia*, no se nos deba imponer un trato semejante al de los pobres hombres del pueblo, que no tienen ninguna persona influyente que los reclame, ni ningún pariente adinerado que se interese por ellos. Y nosotros no somos capaces de protestar contra esta absurda diferenciación. ¿Por qué? No es que nuestros sentimientos permanezcan dormidos ante los espectáculos de horror. El caso de aquel compañero que, sin sentirla, se clavó una púa de las alambradas, demuestra lo contrario. ¿Es quizás miedo a que nos incorporen al trágico grupo? Vista la situación por encima, habría que responder afirmativamente. No de otra manera se explica nuestro silencio actual, sobre todo si recordamos épocas anteriores, en que nuestra voz se alzó contra acciones menos injustas, menos crueles.

Mas, profundizando, haciendo un detenido análisis, encontramos una razón nada compleja: el ambiente contaminado del presidio ha ejercido su influencia sobre nosotros, nos ha relajado la moralidad; el hecho de hallarnos sometidos desde hace tanto tiempo al despotismo de los jefes, nos ha infiltrado egoísmo, nos ha ido habituando a la pasividad frente a la injusticia, y lo que es más doloroso, ha ido despojando de rebeldía a nuestro espíritu, antes tan erguido, tan valiente. Algo semejante ocurre con el pueblo venezolano. El constante amordazamiento que sufre desde

comienzos de siglo, el perenne atropellamiento de sus primordiales derechos realizado dentro de la mayor impunidad, el pernicioso egoísmo y la desvergonzada indiferencia por la legalidad que dan ejemplo los políticos que rodean al Dictador, lo han ido desmoralizando paulatinamente, convirtiéndolo en un pueblo esclavo. En diferente escala, son una misma cosa el ambiente del presidio y el de la Dictadura.

Margarita

El sol cae vertical sobre el campamento.

Los restantes del trágico grupo, han vuelto de su segundo viaje al arbolado, y después de abandonar el campamento, se han introducido en el calabozo a beber agua y a comerse el rancho. Ahora están echados en el suelo, y el tórax, curtido de tierra y sol, sudoroso, se les hincha y se les deshinch a apresuradamente, asaltado por una respiración fatigosa. De sus labios, entreabiertos, parten quejidos prolongados.

Desde nuestro calabozo nosotros miramos y oímos, y comprendiendo que no tenemos derecho a comentar, nos refugiamos en un silencio áspero.

Así pasan diez o quince minutos, a lo más. Hasta que aparece el capitán ordenando que se reanude la labor.

Las víctimas van dejando el calabozo con paso lento, de cansancio, y se colocan en fila, en medio de la planicie arenosa, bajo el sol implacable. El capitán contempla detenidamente los cuerpos exangües, mugrientos, curvados; los ojos en que fulgura la fiebre. Hace un gesto indesciftable, y, cuando ya va a ordenar la marcha, Margarita, una de las víctimas, que había sido de los mejores soldados de la guarnición por su físico vigoroso y su probada valentía, se arrodilla. Luego, poniendo los brazos en alto, grita con desesperación:

—¡Capitán! ¡Mándeme fusilar, capitán! ¡Mande que me peguen un tiro, pero no me haga continuar en este trabajo! ¡Esto es horrible! ¡Así no se mata a los hombres!

El capitán lo mira, impasible, sin moverse siquiera, y después manda, con ronca entonación:

—¡Párese, párese, que le puede ir peor!

Los ojos de Margarita se nublan de lágrimas. Y siempre arrodillado no cesa de gritar:

—¡Esto es una cobardía! ¡Así no se mata a los hombres!

Pero la clemencia no tiene cabida en el capitán:

—¡Sargento, cumpla con su obligación! El vergajo gira en el extremo del brazo estirado del

sargento y cae sobre Margarita una y otra vez.

—¡No! ¡Nooo..! ¡Ay, mi madre!

—¡Párate, desgraciao, párate!

Como siempre, el inmundo vergajo triunfa, y allí va Margarita en medio de la fila de víctimas, ensangrentado, con el mentón hundido en el pecho jadeante, entorpecidos los pasos por el agotamiento y por los dos grilletes que le muerden los pies. Allí va Margarita, hacia la tortura y hacia la muerte.

No comprendemos

Mediada la mañana, se aproxima el capitán a las alambradas de nuestro calabozo, y después de hacernos una señal para que nos acerquemos, nos dice, entre el chisporroteo alegre de sus ojillos astutos:

—¿Saben? Les traigo noticias. Seguramente les interesarán mucho.

Observa nuestras expresiones intrigadas, nuestra atenta inmovilidad, y añade, de manera rápida y escueta, como si leyese un telegrama:

—El 19 de abril declinó el general Gómez los poderes en el Congreso. A los pocos días el Congreso lo volvió a elegir Presidente de la República, y el general no aceptó. Entonces el Congreso en masa fue a Maracay, a exigirle que aceptara, y el general contestó que no podía, que quería descansar. Nos abarca con una mirada que denuncia el goce experimentado ante la sorpresa que sus palabras nos han producido.

—Y vean esto. Se los traje especialmente.

Nos entrega un periódico, y sin esperar a que le demos la menor ojeada, ni a que rompamos el silencio que hemos mantenido desde su llegada, se marcha, sonriendo irónicamente.

Tan repentina fue su presentación; tan repentinas fueron sus palabras, y tan repentina su despedida, que por un instante permanecemos desconcertados.

Luego, empujándonos unos a otros, atropellándonos casi, formamos un compacto grupo alrededor de Clemente Parpacén, quien, calmadamente, va doblando y acomodando el periódico hasta destacar un amplio artículo encabezado por grandes letras.

Se trata de una carta dirigida a Gómez por la mayoría de los comerciantes de Caracas pidiéndole que acepte el Poder que le ofrece el Congreso.

Clemente, con voz grave, va leyendo las firmas: Blohm, Boulton, Santana...

Nos quedamos perplejos. Alguno dice:

—Seguramente los obligaron a firmar eso.

Otro le responde con cierto dejo de amargura:

—Ni a un Blohm ni a un Boulton se le puede obligar a firmar nada... Si firmaron es porque quisieron.

—Tal vez insinuó el Gobernador de Caracas la conveniencia de una carta así, y ellos, por cobardía, la hicieron y la firmaron.

—No comprendo —interviene Lucho Villalba.

—Si luchamos contra Gómez y nos sacrificamos en esta lucha, es porque creemos que Gómez es un mal para los venezolanos. Y sin embargo, un gran sector de los venezolanos pide a Gómez que continúe en el Poder, y el sector restante calla, como si aprobase.

Las palabras inflamadas de Lucho, quizás injustas en parte, no logran despertar réplicas, ni siquiera levantar los ánimos. El efecto deprimente de la carta es manifiesto.

El grupo se disuelve poco a poco y cada quien torna a su chinchorro en silencio.

Rápidamente nos hemos dado cuenta de que los comentarios que podríamos hacer serían ingenuos o estúpidos, porque no nos explicamos el motivo de esa carta, porque no comprendemos.

No comprendemos y estamos tristes. Numerosos sentimientos nuevos, lacerantes, nos laten muy adentro, estrujándonos el corazón. Siempre creímos que nuestra actitud de protesta contra la Dictadura reflejaba el pensamiento nacional, y que todos los venezolanos extraños al mecanismo político y administrativo del Gobierno profesaban nuestras ideas de libertad. Y muchas veces, cuando el sufrimiento agotaba nuestras energías y las escenas de horror comenzaban a llenarnos de desesperación, el pensamiento de que nos encontrábamos presos por haber servido de voz a la mayoría de los venezolanos, nos infundía ánimos. Sentíamos ese raro goce que sienten los mártires de una causa justa. Esperábamos que en el momento oportuno se alzase el país para exponer de una u otra manera lo que ya nosotros habíamos expuesto, con ingenuidad, pero con

altivez. No imaginamos jamás que aquella porción nacional a quien en una ocasión pensamos pedir ayuda para derribar al régimen, nos volviese la espalda, y se solidarizase, al dirigir a Gómez esa carta vil, con el castigo bárbaro a que se nos tiene sometidos. Estábamos convencidos de que habíamos hecho algo en pro de la Patria. Pero ahora ese convencimiento ha sufrido un fuerte golpe en su base, ha sido roto en mil pedazos que nuestra mente angustiada, herida, trata de juntar, no queriendo que desaparezca el asidero que nos impedía caer en nuestro andar por esta ruta de suplicios. Mas el trabajo de la mente parece inútil, porque los pedazos se alejan cada vez más unos de otros. Y si al principio pensamos que solo una parte del país se ponía al lado de Gómez, luego el pesimismo que nos colma, la amargura creciente, nos ha venido acentuando la imagen de que es todo el país quien le brinda su apoyo. Y nos invade una insólita tristeza al percibir que nos hemos sacrificado por nada y por nadie. Y abatidos, humillados, nos sumergimos en un profundo silencio.

La entrada de aguas

Las lluvias, al principio intermitentes, caen ahora con monótona insistencia. Son chispas apenas perceptibles que la brisa se lleva, esparce y deshace; o son hilos verticales que forman cortinajes de nítida blancura; o son goterones que aporrean la tierra y unen el cielo a la sabana. Ya no se mira el ambular de los soldados, ni el ir y venir del capitán dando órdenes, ni los corrillos de los caporales refiriéndose historias llaneras, ni el correteo juguetón de los perros de la tropa. Parece que todos los hombres y todos los animales se hubiesen confinado en sus alojamientos a contemplar cómo se derraman las nubes sobre el campamento. Y la soledad del ambiente se hace más firme con el gris que tapia el horizonte. Los ranchos, con sus puertas

que no se abren sino para dar paso a quien trae la comida o al oficial que ha de encargarse de la guardia, soportan, empapados, chorreantes, el embale de los chubascos que intentan derruirlos. Algunas planchas de zinc, de las que cubren el calabozo general, se han desprendido con gran estrépito. La planicie arenosa se ha cansado de sorber agua y se va llenando de charcos. A veces, el ululato de la brisa en el bosquecillo próximo es acompañado por el trote de algún caballo fugaz, cuyo jinete, encapotado, se echa el sombrero sobre la cara para protegerse de los foetazos de la lluvia. Llueve, llueve, siempre llueve. Es como si el cielo se hubiese arrepentido de haber prodigado tanto sol, de haberse chupado la frescura de los árboles, de haber secado los caños, chamuscado los hombres, agrietado la tierra, y quisiese devolver de una sola vez lo que ha quitado en el transcurso del año.

Agua en el espacio grumoso y sombrío; agua en la sabana cubierta de ciénagas, futuros tremedales.

Al calabozo general le entran ráfagas lluviosas por las alambradas o por el techo trozado, cayendo sobre los presos que las reciben enfundados en las cobijas, de pie, inmóviles, o andando con melancólica lentitud en una indagación perenne de los rincones menos húmedos. No tienen a quién dirigirse para que los proteja, para que les amengüe tan angustiosa situación tendiendo lienzos sobre las alambradas y reparando el lecho, y se ven forzados a soportar los rigores de la naturaleza. ¡Cuánto debe ser el sufrimiento que experimentan, viéndose mojados día y noche y sin tener más refugio que el sueño, tan difícil de lograr, para alejarse de la horrible realidad! El sueño o la muerte. Porque todas las mañanas, al amanecer, la urna de zinc da cuatro o cinco viajes al cementerio de los presos. Solo miran la lluvia con ojos de agradecimiento, los infelices comprometidos en el complot, restantes del grupo trágico, cuyos hombros ¡al fin!, han dejado de doblegarse bajo el peso de los enormes troncos de árboles.

Nosotros con las cobijas sobrantes, hemos construido cortinas que colocamos sobre las alambradas a manera de paredes. No descendemos

de los chinchorros sino en contadas ocasiones, principalmente para abrir canales inclinados con el objeto de expulsar el agua que nos anega el piso. Y andamos descalzos, los pantalones arremangados. De noche, a menudo, nos despertamos sorprendidos, asaltados por los latigazos blanquísimos de los relámpagos y por el cañoneo interminable de los truenos.

Y es el francés que nos trae la comida, o el oficial que pasa cerca de nuestro calabozo para encargarse de la guardia, o el “recorrida” que lleva o trae una orden, quien dice, amargamente:

—¡Llegó la maldita entrada de aguas!

Porque lo más angustioso no está en el llover constante, comienzo del invierno llanero, que, inundando la sabana, aísla el campamento y dificulta las comunicaciones con los pueblos cercanos, sin contar el martirio que trae a los presos y las innumerables incomodidades que proporciona a los oficiales. Lo que más infunde temores es el recrudecimiento de las fiebres palúdicas, inevitable consecuencia de los charcos y lagunetas donde nacen primero los “puyones”, negros mosquitos, zancudos de extraordinarias dimensiones, cuya picada es como un alfilerazo, y luego los “anófeles”, los terribles insectos conductores de la enfermedad que va despoblando los llanos, convirtiendo en desiertos lugares que antes fueran los más prósperos del país.

La entrada de aguas, presagio de dolor y muerte.

Alarma

Con la disminución en la intensidad y en la constancia de las lluvias, y con el sol que se asomaba de vez en vez tras una nube, llegó el rumor de que el guerrillero revolucionario, general Arévalo Cedeño, andaba por los llanos en actitud bélica, y los jefes del presidio, sospechando un

brusco ataque, hicieron traer doscientos hombres armados para reforzar la custodia del campamento. En los días subsiguientes la inquietud se manifestaba en el coronel Torres y en Ampico, quienes frecuentemente abandonaban sus ranchos para arrellanarse en un automóvil o trepar sobre un caballo con el fin de inspeccionar los alrededores. Y la nerviosidad hacía presa de los oficiales, cabizbajos al andar, taciturnos en sus palabras, parcos en sus ademanes. Se dieron órdenes de fabricar trincheras, de tender alambradas, de construir fosos. Varios grupos fueron destacados y colocados en sitios estratégicos, y se repartieron numerosos vigías hacia los cuatro puntos cardinales. Los presos con categoría de “embajadores”, que hacían servicios domésticos, fueron metidos en el calabozo. Cualquier vehículo que pasara cerca, era detenido, y sus ocupantes cuidadosamente interrogados. Rápidamente se levantaron nuevos caneyes, bajo los cuales se protegían de la lluvia o del sol, y esperaban dispuestos al combate, los hombres recién venidos, y cuya mayoría había sido reclutada, a la fuerza, en El Sombrero.

Y en medio de la situación anormal, llena de zozobra, se respiraba un extraño sosiego, una de esas calmas que parecen preparar el ambiente para que se sienta con mayor violencia el estallido de un hecho tormentoso. Sin embargo, nada extraordinario venía a perturbar la serenidad. Los vigías volvían y se turnaban, diciendo siempre que no habían logrado percibir el menor indicio de la presencia de los revolucionarios.

Los jefes comenzaron a impacientarse y redujeron sus visitas de inspección. Los oficiales apartaron su expresión adusta y continuaron con sus chanzas e ironías, pero proyectándolas hacia el valor de cada uno en la guerra. Los “embajadores” tornaron a su trabajo cotidiano, y los caporales, cuando la atmósfera lo permitía, formaron otra vez corrillos a la intemperie. La angustia llegó a desaparecer y la vigilancia fue abandonada en parte, mas el rumor había dejado en los espíritus un reflejo de inquietud.

La noche, tranquila, está llena del olor a tierra húmeda que levanta la llovizna. Nosotros la contemplamos y pensamos que dentro de ella se tiende una sabana larga y ancha, donde viven hombres libres, dueños de su destino; y se alzan poblaciones que tienen teatros y cines para divertirse, que tienen mujeres hermosas a quienes decir cosas lindas y en quienes dar satisfacción a las naturales ansias de nuestra juventud pujante. Y la contemplación, acompañada de las evocaciones, a veces sutiles, espirituales, líricas, sedativas; a veces burdas, lujuriosas, mortificantes, nos hunden en un silencio que solo rompemos para reconstruir alguna historia de amor o de alegría.

De cuando en cuando, ráfagas frías nos mojan la cara.

El centinela que se nos ha puesto desde que supo el capitán la cercanía de Arévalo, va y viene rápidamente frente a nuestro calabozo, como deseando vencer el sueño que parece agobiarlo.

Un perro distante despide un aullido lento, estirado, manso, que es respondido por otro perro más próximo con ladridos violentos.

El teniente Arbuja, alojado en el caney de la guardia de prevención, consume un cigarrillo, apoyado el codo izquierdo en un barril alto y sosteniendo con las piernas apretadas el sable brillante. Por momentos dirige una mirada a la sabana, oculta tras la llovizna, o inclina el busto para raspar el suelo con la punta del sable y formar montoncitos de arena, que luego patear fuertemente.

El centinela se detiene, en ocasiones, para calzar la alpargata vieja, que resbala de su talón. Arbuja lanza el cigarrillo con el pulgar y el índice, se sienta en el barril, se echa el sombrero de anchas alas sobre el rostro, y permanece inmóvil, abandonado al acomodo que su cuerpo, por sí mismo, ha encontrado. Y el centinela anda, anda sin descanso. Por sus pequeños movimientos bruscos, por el arbitrario vaivén de su cabeza, por su constante gruñir blasfemias mal articuladas, se adivina que el anhelo de dormir se

le ha convertido en una obsesión. Yo sigo con la vista sus pisadas que se acercan y se alejan, hacia la derecha, hacia la izquierda, y el ruido que ellas producen, establece una absurda armonía con los giros de mis ojos que las persiguen. Por ello siento como un choque de todo mi organismo contra algo insospechado, cuando advierto que se detienen, uno, dos, tres minutos, y luego desaparecen en una carrera vertiginosa. Desvío la vista al sentirme sacado tan violentamente de mi abstracción, y observo al centinela parado frente a Arbutas, con intenciones de despertarlo, a juzgar por la mueca que contrae su boca y por sus manos suspensas en el aire. Sin embargo, parece que no se atreve, porque en la misma actitud se queda un largo rato. Al fin, temeroso, le aprieta un hombro. Nada. Entonces, desesperado, le grita fuerte:

—¡Mi teniente!

Arbutas da un salto.

—¡Mi teniente!

—¿Qué pasa?, ¿qué pasa?

—Dos detonaciones, mi teniente.

—¿Hacia dónde?

—Hacia el Guamacho.

—¿Estás seguro?

—Seguro.

Arbutas se quita el sombrero, mira al suelo, adelanta un pie, y frunciendo las cejas, inquiere:

—¡Revólver o máuser?

—Máuser. Quédase pensativo. Luego, cubriéndose, se dirige al rancho del capitán. Extrañado de las palabras del centinela, pues a mis oídos no ha llegado otro ruido que el de sus pisadas, interrogo a mis compañeros:

—¿Ustedes han escuchado algo?

—Nada —me contestan.

Pero García Maldonado dice:

—Si no hemos escuchado nada, no quiere decir que no hayan sonado los disparos. Nosotros estábamos distraídos, pensando en cosas muy distintas, y, en cambio, el centinela estaba atento.

—Es verdad.

—¿Y qué crees tú que pueda ser?

—No sé. Esperemos a ver.

Arbujas abandona el rancho del capitán, gritando:

—¡Recorrida! ¡Recorrida! ¡Llame al sargento primero!

Brotan soldados de diferentes sitios. Zumban los murmullos. Brillan las pupilas ávidas. El sargento salta de un lugar a otro, dando gritos que se pierden en el barullo total. Los soldados se apresuran a disponer sus fusiles y a ceñirse las cananas colmadas de cartuchos, mientras en grupos van llegando frente al sargento, quien da las voces de mando, parado en el centro de la planicie arenosa. Arrastrando los pies y mirando siempre hacia la derecha, los soldados se alinean. Arbujas llega con el sable desnudo y toma la dirección de la tropa. A los pocos minutos aparece el coronel Torres y le ordena:

—Sosténgame a la gente en pie mientras yo voy a ver qué sucede. Mande apagar las luces y que no se oiga el menor ruido. Luego, volviéndose hacia un cabo, dice en el mismo tono:

—Que me traigan el automóvil.

El capitán examina las cananas de los soldados. Después se aleja mirando al suelo y pasándose una mano por el mentón.

Los faros del automóvil iluminan a la tropa rígida, y van a colocarse muy cerca del coronel, quien dice al chofer con voz pastosa:

—Ponga las luces pequeñas. Y después grita, llamando a su secretario:

—¡García! ¡García!

Un cabo se cuadra frente al coronel y balbucea, temeroso:

—García dice que no puede venir porque tiene mucha fiebre.
¡Pero si no hace una hora que estaba conmigo y no tenía nada!

—Pues ahora está acostado temblando de fiebre.

—En la cara ancha del coronel se extiende una sonrisa. Aclarándose el pecho, inquiera:

—¡Temblando! ¿Sabe lo de los tiros?

—Sí, mi coronel.

—¡Ah García! ¡Temblando!.. Eso como que no es paludismo! Y dejando caer su risa tumultuosa, desenfunda el revólver, salta al automóvil y grita enérgico:

—¡Viejo Palau! ¡Cógete un máuser y acompáñame!

¡Vamos a ver lo que pasa! Del grupo se destaca un hombre vestido de dril blanco, un tanto deshilachado, con el sombrero de campaña tirado hacia atrás, dejando asomar unos mechones de pelo cano.

—¡Eso es conmigo! ¡Nosotros dos pa los que salgan! Y dirigiéndose a un soldado, le quita el fusil y se acomoda al lado del coronel.

—Vámonos, compadre, y lo que sea sonará. Nosotros dos pa los que salgan. Vamos a ver si nos acordamos de nuestros buenos tiempos.

El automóvil se desliza en silencio y el campamento se queda en expectativa.

Hemos podido seguir, sin perder el menor detalle, el curso de las veloces escenas. Nunca habíamos visto desplegar semejante actividad en tan corto espacio de tiempo. Y la emoción que vive, y se acrecienta, al transcurrir los minutos. en los gestos, las palabras y los ademanes de los hombres, nos va alcanzando también a nosotros, que aguardamos tendidos en los chinchorros, con los sentidos alertas, el resultado de los acontecimientos.

La única persona que parece no interesarse por lo que sucede, es el centinela de nuestro calabozo, quien continúa caminando, pero ahora con

mayor lentitud, quizás porque se halla a punto de ser vencido por el sueño y el cansancio.

Muchas hipótesis saltan, en voz baja, de boca en boca. ¿Será que los revolucionarios están cerca y han hecho esos disparos para atraer a una emboscada a las tropas gubernamentales?; ¿será un soldado borracho que ha lanzado unos tiros al aire?; ¿será un viajero defendiéndose de algún animal?; ¿será una venganza realizada con la complicidad de la noche lluviosa y de la sabana desierta?; ¿será..?

Mas nosotros, en quienes la idea de la libertad es una obsesión, solo concebimos que se trata de uno de los tantos ardides de Arévalo para iniciar el ataque al campamento. Las sombras compensarían su inferioridad numérica, permitiéndole hechos cuya realización en plena claridad sería imposible. Y atentos, inmóviles, esperamos el golpe audaz que ha de librar a nuestro cuerpo del calabozo y a nuestra pierna del grillete. Nos hallamos dispuestos a incorporarnos a la revolución. No meditamos en que somos malos jinetes, en que no estamos acostumbrados a permanecer sobre un caballo día y noche, ni a manejar con soltura un machete, una lanza o un fusil. El pensar que hemos de irnos extinguiendo lentamente de enfermedades y de privaciones, nos hace acariciar la idea de que es preferible morir luchando.

La tropa, de pies en medio de la planicie arenosa, espera a discreción, mientras Arujas, nervioso, se pasea frente a ella. Las lámparas de los ranchos y de los calabozos han sido apagadas. Perforando las sombras, se mueven las brasitas rojas de los cigarrillos, como cocuyos de luz continua. La llovizna sigue cayendo. A veces pasa un remolino de viento, silbando y esparciendo hojas húmedas.

Al cabo de dos o tres horas, en que no se alteró la quietud, llega el automóvil. El capitán y los oficiales lo rodean. El coronel desciende. Acariciándose el mentón, da unos cuantos pasos, como si no hubiese

observado la presencia de sus subalternos. Luego se detiene y habla rompiendo la expectación de los demás:

—Por el Guamacho no encontramos nada. Ni más allá ni más acá. Por el Palmar tampoco. Todo está tranquilo.

Calla. Vuelve a caminar sin responder a las preguntas varias que le dirigen, y nuevamente se para, diciendo con voz dura, disgustada:

—Manden a retirar la tropa. Pero que duerman con las cartucheras puestas y el fusil al lado.

Y se aleja, seguido del viejo Palau, que gruñe:

—Tampoco lo de los tiritas ha sido serio. Ni Arévalo se deja ver la brújula ni nada. Si continuamos así nos vamos a morir de fastidio.

El capitán ordena:

—¡A tendón. . . firrrr. . . Reeetiiiiii! El cúmulo de hombres se disgrega. En sus pechos se ha extinguido la inquietud. Al fin podrán reanudar el interrumpido sueño.

Arbujas vuelve al caney de la guardia de prevención, se sienta de nuevo en el barril y se echa el sombrero de anchas alas sobre el rostro.

Nosotros experimentamos una sensación grata por haber salido de la espera angustiada que apresuraba el latido de nuestro pulso y nos encendía las mejillas, pero al mismo tiempo nos penetra una honda decepción al considerar que han huido otra vez nuestras esperanzas de libertad. E invadidos por estos sentimientos, en apariencia contradictorios, y por la idea de que las detonaciones solo existieron en la mente entorpecida, soñolienta, del centinela, nos metemos en los chinchorros, silenciosamente.

Dirijo una última mirada al centinela, cuyas pisadas siguen sonando en la noche apacible, y pienso que sólo él no podrá dormir, cuando observe que va caminando con los ojos cerrados.

Tierra maldita

El día ha amanecido hermoso, todo claridad. El sol, voluptuosamente, se aleja caer sobre la hierba, sobre los ranchos, sobre las hojas. El cielo, de un azul soberbio con ligeras molas blancas, tiene brillo de porcelana. Apetece hundirse, hasta lo profundo de los pulmones, la brisa transeúnte, olorosa a guayaba sabanera.

Gran actividad se despliega en el campamento. Corren soldados fusil en mano, trajinan los “embajadores” portando bullas, conversan los caporales apresuradamente mientras con ropas diversas forman líos que se cuelgan de los hombros. Varios camiones se llenan de cajas, de huacales con gallos, de jaulas con loros, de rústicas mesas.

El coronel ha ordenado el traslado a El Sombrero ante la noticia de que Arévalo había aumentado el número de sus guerrilleros y marchaba hacia el campamento.

Aparece Ampico frente a nosotros, y nos dice:

—Prepárense, que nos vamos.

—Ya estamos preparados, coronel —respondemos—.

Desde temprano arreglamos nuestros corotos, aunque, como ve, no es muy grande nuestro equipaje: una cobija y un chinchorro. Así es que cuando quiera estamos dispuestos.

Ampico nos mira extrañado de nuestra verbosidad para con él, pues, desde los días del complot, cada vez que se nos acercaba y nos dirigía la palabra, le contestábamos con monosílabos.

—Sí, ya sé que ustedes son hombres de cobija y colcha, como mientan por ahí —nos dice, queriendo hacer a nuestra costa un chiste burlón. Al vernos inmutables, vuelve la cabeza, y a gritos manda traer un camión, que llega al cabo de pocos instantes. Luego nos abre la puerta del

calabozo. Salimos uno a uno, con nuestro bulto a cuestras.

—Suban. Cuando ya estamos acomodados en la trasera del camión, trepan los soldados que han de custodiarnos, seguidos del viejo Palau, quien nos saluda cariñosamente.

Ampico se coloca al lado del chofer.

Nos ponemos en marcha.

El sol nos quema la nuca y nos extrae un sudor pegajoso. Los charcos que cubren la carretera, hacen que el camión se balancee, patine y salpique fango. Al principio vamos sentados en el piso del vehículo, pero las brucas sacudidas nos obligan a continuar de pies, fuertemente agarrados para no caernos.

El viejo Palau fuma sin interrupción, y en ocasiones modula frases de doble sentido alusivas a las raterías de Ampico. Nosotros reímos y el viejo Palau ríe también, y llega un momento en que establecemos una original conversación con palabras sueltas, de raíz criolla, hiladas arbitrariamente, y cuyo significado solo es posible adivinar por los gestos que las acompañan. Es particular la simpatía que despidе este anciano de pelo blanco y rostro cruzado por mil arrugas, de expresión alegre y audaz a un tiempo, y cuyos movimientos ágiles denotan que conserva intactos los bríos juveniles. Sabíamos, por relatos incompletos de los presos, que era el hombre de confianza del coronel Torres, a pesar de su avanzada edad y de no ser uno de esos vulgares malones a quienes el lenguaje popular llama “espalderos”. Por esto no tuvimos inconveniente en brindarle una momentánea amistad que supo él apreciar al manifestarnos sus sentimientos adversos a la conducta de Ampico.

Seguimos el viaje entre largos silencios, frases simples lanzadas por decir algo, y enormes bostezos de cansancio y aburrimiento, mientras el bochorno del mediodía nos enciende la cara y el sudor nos arde en los ojos y se nos escurre por el cuerpo como un líquido espeso.

Atravesamos el río Orituco, dejando atrás a Palenque. Recuerdo que cuando por primera vez pasamos por este lugar, el estado en que se hallaban los presos nos produjo una honda impresión. Nunca habíamos visto hombres tan sucios y tan esclavizados. Mas ahora, viniendo de La China, comprendernos que su situación no es tan terrible. Los quehaceres del hato son pasatiempos comparados con el trabajo de la carretera.

Magullados por los golpes recibidos en los bruscos saltos y sacudidas del camión, salpicados de fango, malolientes a sudor, nos tumbamos en el piso, y pedimos a los soldados repetidas veces los bidones de agua para amenguar nuestra sed insaciable. Al fin, arrastrados por el sopor, reclinados unos en otros, amontonados como fardos, cerramos los ojos. Cuando los abrimos, el sol, declinante, dora la hierba y matiza con ligeros tonos rojizos las leves nubes suspendidas sobre el horizonte. La brisa, fresca, llena de aromas campestres, viene en ráfagas acariciantes. La sabana comienza a ser menos desolada y en alguna que otra “mata” reverdecida por las lluvias, cantan las paraulatas y los turpiales. Bandadas de toro-toros, alineados, en vuelo perfecto, cruzan el cielo claro, dejando caer fuertes graznidos.

Me he quedado mirando fijamente la carretera, blanca y limpia entre el herbazal de la sabana, y pienso que es tan blanca porque se halla cubierta de los huesos de los millares de hombres que en ella han perecido, y que es tan limpia porque en su tierra maldita no pueden tener raigambre las plantas, porque su tierra no es tierra, es una mezcla de quejidos, de sudor, de sangre, de jirones de carne arrancados a vergajazos... Y me parece que aquí y allá, mientras avanzamos, se van levantando espectros que gritan dolorosamente y nos insultan, porque vamos pasando por encima de ellos, porque tomamos como camino lo que es un cementerio estrecho y largo.

Vida interior

Horas vacías

Llevamos algunas semanas en El Sombrero.

Vivimos en una ancha casa habilitada para cuartel, cuya planta baja está constituida por varios aposentos con ventanas a la calle, que fueron utilizados para alojamiento de los oficiales, y por un solar donde se construyó el caney-calabozo de los presos. Nosotros hemos sido colocados en el piso superior, formado por una sala extensa y dos piezas, una amplia y otra estrecha. A esta última la llamamos “el infiernito”, por el sofocante calor que allí se experimenta. En “el infiernito” se acomodaron Inocente Palacios, Anzola y Marturet; en la pieza amplia Yanes y Celis; el resto en la sala. Desde la puerta, límite asignado a nuestros pasos, podemos ver parte del solar.

Muchas alimañas invaden las habitaciones. Durante el día apenas se nota la actuación de las arañas, que tejen sus telas en los rincones y en cada uno de los ángulos del techo, pero al entrar la noche empiezan los murciélagos a realizar vuelos que no pocas veces concluyen en choques contra la pared o contra alguno de nosotros. Sin embargo, los murciélagos no nos inquietan, y, en consecuencia, no hemos hecho

nada por aminorar sus expansiones. A las ratas si hemos tenido que combatir las, no solo porque sus chillidos nos interrumpen el sueño, sino porque, haciendo gala de una acrobacia admirable, saltan del techo, o de los travesaños, a las cabuyeras de los chinchorros, y se deslizan luego para realizar audaces correrías sobre nuestros cuerpos dormidos. Estas excursiones se las hemos impedido colocando discos de hojalata en lo alto de las cabuyeras, de modo que, cuando intenten deslizarse, tropiecen contra ellos. Y el exterminio lo hemos iniciado fabricando trampas con los cajones y peroles que llegan a nuestro poder. Chinchas hay muy pocas, pero las pulgas suplen su ausencia, burlando todos nuestros métodos de destrucción. Ni el continuo espolvoreo de gasolina sobre los chinchorros, ni el olor de unas hojas que nos traen en algunas ocasiones los soldados de custodia y que estratégicamente repartimos por el suelo, ni la acción directa que realizamos con las uñas de los pulgares, son suficientes para impedir que estos tenaces animalitos se nutran de nuestra sangre.

Aquí es más aburrido el transcurso de las horas. No vamos al trabajo; no tenemos que preocuparnos de que la lluvia caiga con mayor o menor fuerza, ni de que la brisa venga del este o del oeste; no aparece ante nosotros la sabana que tantas evocaciones nos traía, ni está cerca el calabozo general, donde ocurrían a menudo incidentes que distraían nuestra atención; no vemos las evoluciones de práctica de la tropa ni los cambios de guardia; no llegan a nuestros oídos las risibles indicaciones con que el teniente Ramos pretendía instruir a los soldados en el aseo personal. Todas las cosas que antes llenaban el tiempo, han desaparecido. Las horas, vacías, muestran un hueco profundo que inútilmente tratamos de llenar narrando hechos singulares en nuestra vida y comunicándonos impresiones del pasado, proyectos para el futuro.

La idea de permanecer presos indefinidamente, hasta que muera Gómez, no nos produce desesperación, como al principio, ni inquietud como

después; la aceptamos con resignación; estamos acostumbrados a ella y nadie malgasta unas palabras comentándola. El pensamiento de morir de un momento a otro entre los calofríos del paludismo o los terribles dolores de la disentería, apenas nos trae una sonrisa amarga: algún día y de algo tenemos que morir. Impasibles ante el porvenir, fisiológicamente preparados para afrontar las más rudas contingencias, nos vamos deslizando por el presente con gesto imperturbable, seco, despreocupado. Recuerdos que antes hubiésemos sido incapaces de referir, por considerarlos íntimos, sagrados, de una gran importancia sentimental, ahora salen de nuestros labios con espontaneidad, para caer bajo un análisis estricto, frío. Situaciones que juntos vivimos y que entonces nos produjeron lástima o cólera, ahora las recordamos con indiferencia o nos producen risa. Nuestro espíritu, gravemente herido al comienzo de la prisión por el espectáculo de los primeros acontecimientos de horror, vive en la actualidad bajo una cicatriz áspera, dura, que hace las horas más vacías.

Una protesta extemporánea

Fuertes quejidos llegan hasta nosotros. Salen del solar.

—Hacía tiempo que no oíamos eso —musita Chirinos

—Sí, hacía tiempo.

—Alguno que se niega a ir al trabajo.

—O que le ha contestado al cabo de mala manera.

—¿Para qué buscar motivos? Le pegarán porque les da la gana. No es la primera vez.

Hacemos los comentarios sin movernos de los chinchorros, con voz indiferente.

Los quejidos continúan.

—Le dan de firme.

—Ese como que no aguantará.

—Mañana amanece reventado, muerto.

De repente, Celis se yergue, con gesto colérico. Los ojos le fulguran. En su rostro amarilloso los músculos se contraen.

¡Es inicuo! ¡Es inicuo! —dice, con los dientes apretados.

Y abalanzándose hacia la puerta, ruga:

—¡Asesinos, asesinos!.. ¡Cobardes!

Algunos nos arrojamos sobre él para obligarlo a callar. Pero ya es tarde. Desde la puerta, donde nos agrupamos, vemos que sale del caney-calabozo de los presos un oficial, portando en la diestra un vergajo ensangrentado. Elevando la mirada hacia nosotros, vocifera:

—¡Soy yo quien le está pegando!

—¡Asesino!... ¡Asesino! —le responde Celis, enardecido, sin hacer caso a nuestras insinuaciones de silencio.

—¡Asesino fuera si los hubiera matado a ustedes! —grita el oficial.

Y se dirige a la escalera que conduce a nuestras habitaciones.

Turbados, llenos de angustia, volvemos a los chinchorros.

Transcurren algunos segundos, en que nuestros pechos se hinchan y deshinchán, emocionados.

Aparece el oficial y se detiene junto a la puerta. En la mano derecha trae el sable desnudo, en la izquierda el revólver montado. Una expresión de odio empalidece su rostro.

—¡Asesino fuera si los hubiera matado a ustedes! —repite, salpicando saliva y mirándonos con insistencia agresiva.

Por unos momentos creo que va a acribillarnos a balazos, a desahogar su furia disparando sobre nuestros cuerpos impasibles, que no tienen

una voz para pedir excusas, que no tienen un gesto de súplica. Mas el revólver no se mueve. Está horizontal en su mano nervuda.

—¡Asesino no! —grita. Y sus ojos, llenos de furor, nos recorren una y otra vez.

Espera, sin duda, observar un signo de miedo, para continuar gritando o tal vez para insultarnos.

—Traigo órdenes de requisarlo todo. No les quedarán dentro sino los chinchorros y las cobijas. También se les cerrará la puerta.

Hace un intervalo. Lee en nuestro aspecto la impresión producida por sus palabras, y sigue:

—Sobre el régimen del campamento nadie tiene derecho a decir nada, y menos aún los presos. Preso es preso y tiene que callar.

Nos abarca con un vistazo amplio y se marcha.

Al momento llegan varios soldados y se llevan las pequeñas cosas que habíamos ido acumulando desde nuestra llegada a La China.

Silenciosos, pero consternados, observamos la operación. Cuando cierran la puerta, no podemos contener una exclamación de rabia. Quedamos totalmente a oscuras. Una masa negra, densa, nos rodea. Tenemos que andar a tientas para no caer. En un medio así, nuestros ojos son inútiles. Todo es sombras, sombras, sombras.

—¡Ahora no podremos ni caminar!

—¡Ojalá fuera eso todo. Pero, fíjate. Pronto el aire se viciará. Treinta y dos pulmones respirando se chuparán casi todo el oxígeno. Desde mañana tendremos que conformarnos con un aire malsano, que todos los días se hará más impuro.

—Y es necesario dejar de fumar.

Dando tumbos nos movemos de aquí para allá. A cada instante los rostros o las gargantas tropiezan con las cabuyeras de los chinchorros y nacen sonoras explosiones de descontento.

Permanece en tal actitud hasta que nuestro aspecto sereno, impenetrable, lo desconcierta. Envaina el sable y se guarda el revólver. Luego dice, retirándose:

—Pondré en cuenta al capitán del asunto. Esto me lo pagarán caro.

Callados, aguardamos las consecuencias.

Celis, quizás arrepentido por la situación difícil en que sus inoportunas exclamaciones nos han colocado, se aleja hacia “el infiernito”, recibiendo con la cabeza gacha las silenciosas expresiones de reproche que le dirigimos al pasar.

—Ha sido descabellado su proceder. Si fuera la primera vez que oyese los quejidos de un hombre golpeado, podría disculparse. Pero después de haber visto tantas cosas horribles sin protestar, venir ahora a exacerbar el instinto bárbaro de esta gente con gritos inútiles, es imperdonable.

—Lo que ha hecho es una niñada.

—Una niñada que quién sabe cuántas cosas malas nos traerá.

—Si con eso hubiera podido mejorar la situación de ese pobre preso...

—¿Mejorar? Ahora le darán más vergajazos, por haber causado un disgusto a un oficial.

Interrumpe el diálogo la presencia del capitán. Su cara, curtida de sol, se encuentra en un gesto grave. Un mechón de pelo cano le cae sobre la frente. Sus ojos se ocultan tras unas gafas de cristales ahumados. Pausadamente habla:

—Las ratas, creyendo tal vez llegada la noche, comienzan a chillar, y un murciélago se desprende del techo y cae sobre la migaja de luz que entra por una diminuta rendija.

Nos han abierto la puerta después de pasar quince días encerrados.

Al principio nuestros ojos chocaban contra las sombras, pero luego se fueron habituando y al tercer día ya veían hasta las ranuras del piso.

Renovábamos el aire cada vez que nos traían la comida. Dos de nosotros se agarraban a las hojas de la puerta y las hacían ir y venir con rapidez. Sin embargo, siempre quedaba una atmósfera pesada, pestilente. Por fortuna, también los pulmones se acostumbraron al ambiente, y de tal manera, que últimamente los enviados fumábamos sin que protestase el resto.

Cuando el capitán apareció para participarnos que se nos suspendía el castigo, pero que de nuevo se nos impondría si volvíamos a intervenir de hecho o de palabra en el régimen del presidio, se sorprendió muchísimo al ver nuestros rostros amarillos, desencajados, que se aglomeraban hacia la puerta abierta, ansiosos de luz.

El postigo

Al comienzo de nuestra permanencia en este alojamiento, muchas horas pasábamos junto a la puerta mirando el reducido paisaje que podíamos abarcar: el solar de la casa, de tierra roja y gredosa, con el caney-calabozo de los presos a un lado; y más allá unos cuantos techos de tejas, cubiertos, la mayoría, de parásitas, y alguna que otra copa de árbol, negruzca y de aspecto húmedo, bajo el cielo claro poblado a veces de zamuros. Mas al fin nos aburrió la contemplación de las mismas cosas, que no tenían, como la sabana, la virtud de inducirnos a evocar, y dejamos de detenernos en la puerta. Volvimos a tener frente a nuestros ojos, en todo momento, las paredes encaladas, los rincones oscuros, los chinchorros, el piso de madera carcomida, las telarañas prendidas en los travesaños.

Y días después de haber concluido el encierro, García Maldonado, afanado en terminar de construir una trampa para ratas, desprendió

una de las tablas con que habían sido condenadas las ventanas que dan a la calle, e inmediatamente giró la hoja de un postigo, dando entrada a una porción de luz. Temerosos de que viese aquello alguna persona de la guarnición y lo pusiese en conocimiento de los jefes, lo que nos traería el consiguiente castigo, y al mismo tiempo regocijados por las visiones nuevas que obtendríamos, nos agrupamos junto al postigo, mientras García Maldonado, aparte, balanceando la cabeza y apoyándose las manos en la cintura, decía en tono airado:

—¡Qué tontos somos nosotros! ¡O mejor, qué imbéciles somos! ¡No habérsenos ocurrido abrir este postigo cuando estábamos encerrados! ¡Es imperdonable!

—Lo que debemos procurar ahora —arguyó otro— es que nadie se entere de este asunto. Cuando vayamos a abrir el postigo hay que hacerlo poco a poco, de manera de ir viendo si hay alguien en la calle que nos pueda delatar.

—Y hay que organizar un servicio de vigilancia —intervino un tercero—. Cuando el postigo esté abierto, uno se debe quedar en la puerta para avisar si se acerca alguien de la custodia.

Hechas estas y muchas otras observaciones orientadas a evitar que nos descubriesen, por turnos fuimos ocupando aquel ojo abierto sobre el pueblo.

Y pudimos ver la calle, empedrada, de aceras estrechas, por donde solo pasaban, y muy de vez en vez, soldados, carreteros, y mujeres con líos de ropa sobre la cabeza; y la plaza, con varios árboles y algunos bancos, cuya soledad era interrumpida todas las mañanas por una vaca manchada, que conducía un muchacho harapiento, y todas las tardes por una niña de andar menudito. Una niña cuyo paso esperábamos siempre para abalanzarnos en grupo sobre el postigo y mirarla dirigirse hacia la iglesia de enfrente. Dos o tres minutos duraba su presencia,

y en ese intervalo nuestros ojos la seguían, emocionados. Su traje ciudadano, el fino ritmo de sus movimientos, su rostro moreno que adivinábamos lindo, nos transportaba a Caracas y nos hacía pensar en la novia lejana.

De noche pasábamos largos ratos mirando la calle oscura, cruzada en ocasiones por el traqueteo de una carreta o por un camión cuyas potentes luces nos encandilaban, y la plaza, apenas iluminada por unos cuantos faroles de kerosene, que sacaban de los árboles gigantescas sombras. Cuando nos retirábamos a dormir, dejábamos entornado el postigo para que entrase la música de pianola de un botiquín próximo.

Una mañana aparecieron sentadas en un banco de la plaza dos damas de edad madura, que miraban con insistencia las ventanas de nuestro aposento. Los que nos hallábamos situados junto al postigo, al ver que nos eran desconocidas, cedimos el puesto a otros, quienes, a su vez, se apartaron para llamar a dos compañeros y decirles:

—Esas son las madres de ustedes.

Los compañeros abrieron el postigo de par en par y se quedaron mirando con ojos anhelantes, mientras la palidez les hundía las mejillas. Luego, agitando pañuelos, lograron que las damas se fijasen en el postigo e hiciesen una seña indicadora de que los habían identificado. Los demás nos apartamos para dejar que continuase con entera libertad el tierno diálogo de miradas ya iniciado.

Imaginé cuánta emoción experimentarían esas madres viendo confusamente el rostro del hijo apenas asomado; cuántas ansias de abrazos y besos llevarían las miradas que, en apariencia indiferentes para no despertar sospechas en los transeúntes, querían acortar la distancia y caer sobre todos y cada uno de los rasgos del hijo; y cuánto dolor mezclado de alegría habría en los compañeros que, firmes, mordisqueándose el uno las uñas y el otro mesándose el cabello, veían cerca a la madre sin

poder llegar hasta ella para desahogar el pecho colmado de ternura. Y sin embargo, contemplé la escena con gesto despectivo.

Seguramente supieron estas damas por algún viajero, o quizás por cartas de la niña que en las tardes va a la iglesia, que desde un postigo de nuestra prisión podíamos mirar al exterior, y sin tomar en cuenta el largo trecho que de nosotros las separaba, partieron de Caracas con la esperanza de poder mirar al ser querido.

Pasó el tiempo y otros familiares aparecieron en la plaza, llevando emoción y alegría a otros compañeros. Otros familiares entre quienes no había ninguno que lo fuese mío. Lo mismo que cuando vinimos de Las Colonias. Pero si entonces me conmovió el espectáculo de los demás, ahora miraba con indiferencia a los que palidecían, y oía con frialdad sus frases agitadas. Ya me parecía que estaba destinado a sufrir la larga prisión, y quizás a morir, sin ver nunca más a nadie de mi familia, cuando una mañana atisé a mi hermano reclinado a la baranda de la plaza, hablando con el capitán. Su presencia me sorprendió, mas permanecí impassible. Al marcharse el capitán, dejándole solo, abrí más el postigo para cambiar con él algunas señas que me dijese de la situación de mis padres, y observé, cuando hasta mí levantó la vista, que tenía los ojos enrojecidos e hinchados. Bruscamente despertaron mis sentimientos, y mi impassibilidad desapareció con rapidez inusitada. ¡Cuál había de ser mi estado para que mi hermano llorase al contemplarme! Sentí una lástima enorme de mí mismo, de él, de mis padres, de mis compañeros, y me retiré a mi chinchorro, hundiendo la cara en el tejido de moriche. Varios de mis compañeros se me acercaron, condolidos, y uno me dijo, en tono severo:

—A ti también te tenía que llegar tu turno. Ahora comprenderás que no es sensiblería conmoverse cuando, después de tanto tiempo, se ve a uno de la familia.

Callado, soporté el reproche con que se castigaba la actitud despectiva que había mantenido frente a los sentimientos de los demás.

Horas después se presentó el capitán, me llamó y me dijo:

—Su hermano está en el pueblo. Le traje algunas cosas que pronto le mandaré entregar. Luego añadió:

—Hablé con él. Por cierto que está muy incomodado porque por el camino se le metió un poquito de arena en los ojos y los tiene abultados y ardorosos.

Cuando el capitán se marchó, mis compañeros empezaron a señalarme burlescamente y a decir, entre risotadas :

—¡Ahí está el hombre que se conmovió porque su hermano lo lloraba!
¡Mírenlo!

—¡Unas lágrimas de arena conmovieron al hombre de piedra!

Recibía las bromas sin responder. Me sentía anonadado. Cuando por primera vez, desde que llegamos a La China, me portaba como un hombre sensible, el destino me hacía un guiño sarcástico. La realidad se vengaba de mi sentimentalismo con la ironía más cruel que me había alcanzado hasta el presente.

—¡Se cayó de un coco!

—¿Guardaste algunas de las lagrimitas que echaste al ver que te lloraban? ¡Pues bótalas, porque ya no sirven.

¿Por qué no se me ocurrió que mi hermano no lloraba por mí sino porque le había caído arena en los ojos? Lo debía haber pensado todo antes de entermecerme.

—¡Se creía un hombre tan importante que habían de llorarlo!

Por momentos la impresión de tragedia que me invadía fue desapareciendo. Y al analizar con frialdad lo que me había sucedido, al comprender lo gracioso del chasco, indeliberadamente me salió una carcajada y por algún tiempo continué riéndome de mí mismo.

Días después, hacia el atardecer, notamos en la plaza extrañas actividades. Varios hombres la limpiaban con esmero y colocaban en el centro atriles

y sillas. Los dirigía otro, vestido de dril blanco, con un látigo en la diestra, que supusimos fuese el jefe civil. Todo hacía pensar que se tomaban las medidas necesarias para celebrar una retreta, cosa que nos produjo asombro, pues no era día de fiesta. La noticia de lo que se preparaba se propagó rápidamente por la población y por los plantíos cercanos, pues al entrar la noche la gente comenzó a invadir la plaza. Eran llaneros de tránsito en cuya indumentaria se adivinaba que hacía poco dejaron el caballo; eran campesinos con pañuelos de colores enlazados al cuello; eran venteros de los caminos cercanos; eran todos pobres hombres del pueblo que habían abandonado sus ocupaciones con el objeto de presenciar el acontecimiento insólito para ellos de una retreta. Llegaron los músicos, acomodaron los papeles en los atriles, afinaron los instrumentos y empezaron a tocar un vals antiguo, de esos que no escuchábamos desde la niñez. Al principio sonreímos y luego nos dejamos arrastrar por las evocaciones. En tanto, los pobres hombres del pueblo, inmóviles, cabizbajos, oían extasiados aquella melodía que contrastaba con la música de “cuatro” y maracas a que estaban acostumbrados. Y vino otro vals, y otro... De repente brotó un murmullo y un hombre se dio a correr, atropellando a los demás. Y el murmullo se convirtió en vocerío y todos los hombres corrieron en tropel hacia las salidas de la plaza, donde tuvieron que detenerse porque varios soldados les interceptaban el paso y les amenazaban con el fusil. Siempre corriendo, se revolvieron y se agruparon de nuevo en el centro, lanzando gritos, agitándose, discutiendo. Los soldados avanzaron y los cercaron. Después se los llevaron, mientras los músicos recogían del suelo los atriles y los papeles esparcidos, y el jefe civil, dándose leves foetazos en la pierna, miraba la operación, sonriente, satisfecho. Había sido una recluta perfecta.

Al día siguiente nos dijo uno de los soldados de la custodia, que se había hecho aquella recluta con el fin de engrosar la tropa que dentro de poco saldría hacia Calabozo para combatir a Arévalo, quien aún andaba guerrilleando por los llanos.

Un caso sensacional

Después del almuerzo nos quedamos alrededor de los platos vacíos, haciendo los comentarios de siempre, cuando sentimos que se acercan unos pasos de ritmo conocido. Enmudecemos.

La alta figura de Ampico tapa de pronto el rectángulo de la puerta. Viene descubierto, el cabello en desorden. Las puntas de su bigotazo se inclinan descuidadamente. La expresión de altanería ha huido de su rostro. Su mano izquierda no maneja el inseparable látigo.

—Muchachos —nos dice— vengo a pedirles un favor. Esta mañana he amanecido enfermo. Busqué al médico del pueblo y no estaba. Había salido para Calabozo. Y me siento tan mal que decidí que me examinaran los estudiantes de medicina que hay entre ustedes. Un favor se le hace a cualquiera.

—A sus órdenes, coronel —dicen Anzola y Yanes, adelantándose—. Haremos lo que se pueda. ¿Qué siente usted?

—Es algo raro. Me cuesta trabajo tragar. Me duelen las mandíbulas y la garganta cuando trago. Además, siento un malestar en todo el cuerpo, como si me hubieran encerrado en un saco y luego me hubieran caído a palos. Es algo raro; pero lo que más me molesta es la garganta, las mandíbulas. Es una vaina muy desagradable.

Habla despacio, en tono compungido, como lamentándose.

Anzola agarra un cajón, se lo pone enfrente, y le dice:

—Siéntese, coronel.

Ampico obedece en silencio. Nosotros lo rodeamos.

—Abra la boca y saque la lengua. ¡Así!

Anzola le baja la lengua con el mango de una cuchara y mira hacia el interior de la garganta. En tanto, Yanes le toma el pulso. Los demás hacemos comentarios en voz baja.

—Debe tener algo grave para entregárenos de esta manera, cuando desde el complot ni siquiera se nos acercaba, y, si lo hacía, ponía inmediatamente la mano en el revólver.

Nunca creí que llegara a tal extremo su humildad.

—Ojalá sea fiebre amarilla lo que tenga.

—O peste bubónica.

—Pulso normal. Ochenta —dice alto Yanes, sonriendo al ver el disgusto que nos produce su afirmación. Anzola retira la cuchara y manda traer un vaso de agua. Luego le dice a Ampico:

—Tome un trago, despacio, y dígame todo lo que sienta.

Observa con atención el movimiento de la garganta al pasar el agua.

Ampico sigue las instrucciones cuidadosamente, como si del cumplimiento de ellas dependiera su vida, tal es la expresión de susto que se posa en su rostro.

Anzola se retira unos pasos y consulta con Yanes. Están de acuerdo. Se trata solo de un simple dolor de garganta. El malestar obedece al estado nervioso del enfermo, poco acostumbrado a sufrir dolores.

Cuando le comunican el diagnóstico, Ampico sonrío:

—Caray, gracias a Dios. Yo creía que era algo más serio. Y ahora que me acuerdo, tal vez me haya pasado por la luna. Anoche me senté en la plaza con el coronel Torres, y como yo estaba recostado a una mata y tenía la cabeza levantada la luna me pegaba en la garganta. Si, eso es; estoy casi seguro. La maldita luna tiene la culpa. ¿Y qué lomo para quitarme esto?

—Gárgaras calientes de bicarbonato.

—Bueno, gracias muchachos. Y se aleja, andando despacio. Cuando ya no se oye el ruido de sus pisadas, Juliac murmura:

—Gárgaras de tachuelas le mandarí yo a ese perro. Y Marturet, respectivamente:

—¡Dígame, tanto misterio para resultar un vulgar catarro! Celis se acerca a Anzola y a Yanes. Con voz grave, y como disculpándose, dice:

—Yo voy a dar mi opinión en este asunto, a pesar de que no soy sino estudiante de tercer año. A mí me parece que no es un simple dolor de garganta, que se trata de algo más serio, de un tétano.

Y concluye, con una sonrisa un tanto siniestra:

—Tiene todos los síntomas. Todos nos cruzamos miradas, y permanecemos un rato pensativos, murmurando de vez en cuando:

—Puede ser, puede ser.

—Sí, es posible.

—Claro que es posible.

Súbitamente, Yanes dice:

—Celis, yo creo que tú tienes razón. Eso es un tétano.

Anzola, después de cavilar unos instantes, interviene, con energía:

—Pues bien, Yanes, si te parece que es un tétano, mandemos avisar a Ampico que queremos examinarlo otra vez.

—Eso es.

A la llamada responde un cabo.

—¡Cabo! —grita Anzola—. Dígale al coronel de parte de los estudiantes de medicina que queremos examinarlo de nuevo.

—Está bien.

Al poco rato vuelve el cabo.

—Que me sigan, ordena el coronel.

Anzola y Yanes se marchan. Nosotros nos quedamos comentando. El asunto se ha puesto interesante. Ya era tiempo de que algún acontecimiento notable viniese a apartar el creciente aburrimiento.

De repente Juliac se arrodilla, y alzando espectacularmente los brazos hacia el techo, dice con voz orante:

—¡Señor, que sea tétano! ¡Que sea tétano, Señor! Paquito murmura:

—¡Qué bien llegarías, tétano! Y García Maldonado.

—¡Nunca creí esperarte con tanto agrado, tétano!

E Inocente Palacios:

—¡Tétano, bienvenido seas!

Y la palabra “tétano” salta de boca en boca, apagada unas veces, silbante otras, pero siempre formando parte de una frase en que se desea su conversión a la realidad.

Al cabo de una hora, poco más o menos, llegan Anzola y Yanes.

—¿Qué hubo? ¿Tétano? —preguntamos a coro, emocionados.

—Sí —nos responde Anzola.

—Le pusimos unas inyecciones antitetánicas y dijimos que mandarían a Calabozo por un médico. Pero todo será inútil. Ese hombre morirá. Un tétano se puede prevenir, pero es muy difícil curarlo una vez que ha presentado los primeros síntomas. El noventa por ciento de los casos tienen un desenlace fatal. El júbilo nos invade.

—¡Maravilloso, maravilloso, casi todos se mueren! ¡Maravilloso! —dice Luis Felipe Vegas, paseándose con afectación. Clemente Parpacén musita:

—Hay tétanos oportunos —y ríe francamente. En medio de la sorda algarabía que producimos, suena la voz ronca de Lucho Villalba, quien, de pies, acariciándose la rubia barba puntiaguda, nos mira gravemente:

—No se hagan muchas ilusiones. Anzola dijo que de cien tetánicos diez se curan. Pues bien, dentro de esos diez estará Ampico. No somos tan sortarios para que se vaya a morir teniendo tantas probabilidades de salvarse. Juliac lo interrumpe, gritando sin descanso:

—¡Cállate, pavita..! ¡Cállate, pavita..! ¡Cállate, pavita..! —Y el alborozo continúa.

Pasados tres días nos dieron la noticia: Ampico había muerto en medio de terribles convulsiones. Era un bandido menos.

Calofríos y dolores

Las risas y las frases de humor han desaparecido. La tristeza se adueña de los ánimos. Sombras cavilosas se pasean por los rostros.

Los calofríos de la fiebre hacen castañetear los dientes y los dolores abdominales producidos por la disentería se manifiestan en ayes lentos, que a veces, cuando alguien los pretende contener, suenan como mugidos.

Sánchez Pacheco, extenuado, respira demasiado fuerte, y el ruido de sus respiraciones vuela en todo momento por la habitación, acompañando, en las medias noches, al chillido de las ratas y al aletear de los murciélagos. Marturet tiritita, y, en ocasiones, se estremece violentamente, asaltado por una temperatura altísima. Guillermo López, siempre sumergido en un hosco silencio, muestra un rostro exangüe, que ni siquiera tiene una contracción de dolor cuando la aguja de la inyectora le penetra en la carne trasmitiéndole quinoformo. García Maldonado hace tiempo que no canta. Metido en un rincón espera, callado, que la fiebre lo abandone.

Yo, anoche, creí morir. No eran solo los latidos que me llenaban el cráneo y me impedían cambiar de posición, pues aumentaban a cada movimiento que hacía, sino también los golpes que el corazón me daba contra el tórax siempre que intentaba atrapar el sueño. Varias veces sentí que la vida se me iba y otras tantas llamé a Paquito, quien dormía a mi lado, para comunicarle mis temores y para que me acompañara en el último momento. Un sentimiento particular me invadía. No era miedo a la muerte. Ya de verla tan cerca, en no sé cuántas ocasiones, me había

acostumbrado a admitirla sin experimentar desasosiego. Era miedo de morir solo, a morir sin que nadie estuviera presente cuando diese las postreras boqueadas, y, sobre todo, a morir lejos de mis más allegados.

Era tal mi estado de ánimo, que llegué a considerar felices, plenamente felices, a quienes morían con sus padres o con su mujer al lado. Paquito me miraba y no sabía qué decir. Me velaba durante algún tiempo, y cuando yo de nuevo bajaba los párpados y comenzaba a respirar con regularidad, tornaba a su chinchorro y se dormía. Pero yo, al abrir los ojos momentos después, desesperado por no conseguir el sueño, y hallarme solo, volvía a llamarlo, rogándole que no se apartase de mi cabecera, pues quería tener junto a mí a un compañero. que mirase el segundo en que me hundiría en la nada para siempre. Le explicaba la tortura de verse uno morir abandonado y asentía él con la cabeza. Mas yo me daba cuenta de que no comprendía el verdadero sentido de mis palabras. Respondía con movimientos afirmativos, procurando que me callase. El sueño lo agobiaba y quería dormir.

Así transcurrió la noche. Solo tuve algunos instantes de descanso producidos por la extenuación en que quedaba después de hablar, extenuación que era casi un desmayo. Cuando la claridad opaca de la madrugada penetró en la sala, mis temores comenzaron a disiparse: quizás no moriría tan pronto ni tan abandonado. Y cuando llegó hasta mí el reflejo del sol, una alegría infantil me invadió, y sonreí, esperanzado.

Al borde de la locura

Desde hace algunos días solo encuentro una relativa calma en el aislamiento. Me paso las horas echado en mi chinchorro, mirando hacia el techo, y una extraña zozobra me domina. No es tristeza; la tristeza es blanda y tranquila; además, estoy acostumbrado a sentirla.

No es un nuevo brote de odio a Gómez y a los suyos, porque esos nuevos brotes se manifiestan en mi con frases incisivas o con injurias. Es un peculiar estado de inquietud que me acartona los labios, me enciende las pupilas y me pone trémulo. En varias ocasiones he creído adivinar la causa, y me he arrepentido de mi pensamiento, por considerarlo ingrato y vil. Sin embargo, cada vez que escucho las voces de mis compañeros, mi inquietud aumenta. Y cuando esas voces vienen mezcladas de risas, tengo que taparme los oídos.

Porque yo no puedo tolerar más —¡es doloroso decirlo!— ya no puedo tolerar más la presencia de mis compañeros! Quisiera quedarme solo, solo, deliciosamente solo! Ya estoy aburrido de ver, desde la mañana hasta la noche, los mismos cuerpos, los mismos rostros, los mismos gestos, los mismos ademanes; ya estoy aburrido de oír, desde la mañana hasta la noche, las mismas risas, las mismas blasfemias, la misma entonación de voz, la misma medida al caminar, el mismo ritmo al arrastrar las cadenas. No hago sino volver los ojos y toparme con una cara conocida, demasiado conocida, atrocemente familiar...

Hoy la inquietud me tortura como nunca. El rencor que me bulle en el pecho se exterioriza en jadeos cortos y rápidos. La fiebre me prende manchas rojas en las mejillas. Los ojos me arden. Un ligero temblor me recorre el cuerpo.

De pronto, asaltado por un incontenible acceso nervioso, abandono el chinchorro, y de pies, accionando bruscamente, grito con toda la estridencia que me da la desesperación:

—¡Quiero quedarme solo! ¡Quiero quedarme solo! ¡Ustedes me estorban!
... ¡Si yo estuviera solo sería feliz! ... ¡Quiero quedarme solo! ...

Los enfermos, sorprendidos, se vuelven hacia mí y me miran extrañados, sin comprender. Los demás se agrupan junto a la puerta como para impedirme una escapada repentina. Desearía que alguno me respondiese, que alguno, contrariado por la ruindad de mis gritos, protestase, para tirármele encima

y desahogar mi furia a puñetazos. Pero nada. Mis compañeros se limitan a mirarme fijamente, callados. Tal actitud me desconcierta, me sumerge en un caos. Y agotado por el esfuerzo hecho, deprimido por la situación violenta en que se colocó mi organismo, me paso una mano por la frente sudorosa y me desplomo en el chinchorro, hundiendo el rostro entre los brazos cruzados.

Al cabo de varios minutos siento una mano que acaricia mi cabeza y una voz llena de ternura que musita:

—Eso te pasará... Eso te pasará...

Y me invaden una ganas inmensas de llorar...

Yo y el chichero de mi barrio

Para medir el bienestar de nuestra vida siempre la comparamos con la vida de los otros. Obtenemos, en ocasiones, un resultado favorable, y pensamos: somos más felices que tales o cuales hombres. Pero a veces en ese resultado se oculta una brizna de lástima, un sentimiento de condolencia para quienes viven peor que nosotros. Y si particularizamos, si tomamos como punto comparativo a una persona determinada, el sentimiento adquiere mayor fuerza, se muestra con más espontaneidad.

Recuerdo que cuando estaba en Caracas y veía al chichero de mi barrio conducir penosamente su carrito bajo un sol que le arrancaba de la nuca y de la frente copiosos goterones de sudor, sentía dentro del pecho una singular opresión, al compararlo a mí que, con un libro en las manos y un cigarrillo en los labios, me dirigía, sonriente, satisfecho, a tomar el tranvía para ir a la universidad. Y pensaba: “¡Pobre chichero!”. En aquella época conocía muy poco de la miseria humana. No me detenía a meditar que había muchísimos hombres que vivían peor que el chichero. Imaginaba que el verse obligado a trabajar todo

el día para ganarse el sustento era la mayor desgracia. Las comodidades que me rodeaban formaban un reducido círculo que impedía el libre despliegue de mi imaginación. Pero ahora, después de contemplar a tantos hombres que trabajan todo el día hostigados por el vergajo, para luego tener que batallar por la adquisición de un ruin pedazo de carne con qué amenguar el hambre; después de contemplar cómo las enfermedades destruían los cuerpos sin que una mano caritativa tendiese una medicina para combatirlas, después de haber mirado de cerca el verdadero límite del sufrimiento, me doy cuenta de que el chichero era un hombre feliz. Y si antes, al compararlo conmigo, tuve una frase de condolencia para él, ahora, al repetir la comparación, estoy seguro de que él tendría una frase de condolencia para mí.

Tedio

Pasan los días y siempre idéntica vida. Después del incidente de Celis con el oficial y de la muerte de Ampico, ningún hecho nuevo ha variado el curso de las horas, que se arrastran sin dejar más huella que el tedio, tedio, tedio. Un compañero que cae enfermo; otro que vuelve a la salud; este que hace cabriolas al borde de la muerte; aquel que se niega a comer para irse suicidando lentamente; el de más allá que dice incoherencias... Siempre lo mismo.

La única escapada de este ambiente opresor la realizábamos mirando por el postigo, pero una imprudencia nuestra hizo que nos clausuraran. La supresión de aquel ojo abierto sobre el pueblo nos dio la impresión, hasta entonces nunca sentida, ni aun cuando nos cerraron la puerta, de algo así como si nos hallásemos bajo tierra, dentro de una urna descomunal.

Ya nadie cuenta nada; hemos consumido todas las narraciones. Ya nadie hace comentarios sobre las probabilidades de libertad; nos burlaríamos de quien tal cosa hiciera. Ya nadie canta; las canciones entristecen más y cargan más de tedio los minutos. Y el que habla lo hace como si hablara consigo mismo, o como si se dirigiese a todos, sin esperanzas de despertar un diálogo, temeroso de que sus palabras se pierdan, lo que sucede con mucha frecuencia.

Sin embargo, las risas han vuelto a aparecer. Casi todos, de vez en cuando, soltamos la risa por cualquier palabra burlona, por cualquier frase de doble sentido, por cualquier hecho que en otras circunstancias, hallándonos en condiciones psicológicas normales, hubiera pasado inadvertido. Y es que necesitamos llenar el tiempo con algo. El hueco negro y profundo de las horas vacías amenaza tragarnos.

¿Y después?

Quizás estemos como ahora, unos inmóviles en los chinchorros, otros paseándose, tiritando este, quejándose aquél de los dolores abdominales; quizás estemos como ahora, taciturnos y desesperanzados, mirando el parpadeo de la lámpara que con su luz mortecina hace más profunda la noche, cuando se presente el coronel a participamos que ha llegado la orden de ponernos en libertad. Porque algún día habremos de vernos libres. Y se cumplirán los anhelos que nos atormentan en las horas de insomnio. Pero... ¿después?

Nos unió un mismo sentimiento: repugnancia ante las iniquidades de Gómez, y vinimos al presidio por haber llevado a cabo un propósito simple: protestar contra la Dictadura. Mañana, ya en libertad, ¿qué haremos? Carentes de una ideología directora, nos dispersaremos:

unos prescindirán de la cuestión política para terminar sus estudios y dedicarse luego a las labores profesionales; otros, ya con el título o sin él, pero arrepentidos de haber asumido una actitud que solo perjuicios les acarreó, tal vez llegarían hasta el extremo de incorporarse a las filas del Tirano; y los demás, consecuentes con esa actitud que para ellos constituirá motivo de orgullo y complacencia de sí mismos, se mantendrán interesados en la suerte del país y continuarán combatiendo el despotismo. Pero aun estos también se dispersarán. No estando unidos por una directriz política determinada, el estudio de los problemas nacionales los llevará a formar tantos grupos como sistemas ideológicos existen. Y la fuerza que a la Dictadura podría oponer la juventud, quedará deshecha. Mas... ¿por qué pensar de esta manera? ¿No es muy pesimista suponer que al hallarnos en posesión de una sólida preparación política vayamos a destruir nuestra propia fuerza combatiéndonos unos a otros? ¿No será posible que todos, o al menos la mayoría, nos reunamos y luchemos alrededor de un mismo programa político que al trazar a la juventud el rumbo que no ha tenido hasta el presente establezca la continuidad en el esfuerzo?

Interrumpe mis reflexiones el sonido largo, lento, quejumbroso, del toque de silencio.

Barcelona, España, agosto de 1932.

FIN

Giros de mi hélice

Horizonte

Flotando aún en mis oídos brumas dispersas de la música rebelde que pasos atrás, en la sala clarísima, iluminaba los ojos juveniles y metía bloques de aire en los pechos románticos, brinqué al automóvil achatado, que oprimido en su víscera de arranque, deslizó una respiración lenta, como un balón enorme que prolongara sus últimos momentos de obesidad.

Mi mano fría trabajó en la palanca y la calle volteó la espalda. Una y otra y otra vez.

El foco, que tumbaba en la esquina su luz amarilla, fue chupando la sombra caída en su límite, trayéndola a sus pies y engulléndosela íntegra, para luego, girando el rostro, irla desarrollando velozmente, disminuyéndole intensidad, pero estirándola, estirándola, hasta extenuarla por completo cuando se la quitaba el otro foco.

Cimbrado sobre el volante robusto violé la carretera de tiza. La corneta tenía la garganta fresca, y sus gritos, untados de seriedad cosmopolita, eran, bajo el silencio negro, los kikirikí que anunciaban el amanecer de la velocidad.

El acelerador, pegado a la tabla, dormía. Metido en las entrañas del ámbito sin transparencias, avi ve los sentidos. Y los sentidos captaron, y fueron pródigos.

LA MONTAÑA. —Yo tengo un Bazar de Vientos. ¡Qué lindo es!

LA CARRETERA. —Los Adioses llevan siempre las alas húmedas.

YO.—Las estrellas tienen las mejillas rotas.

LA SOMBRA (encinta de sombras). —¡Acaríciame, acaríciame! ¡Mira cómo tiemblan mis senos de mujer!

YO. —Compuse mi hélice con lluvias marineras y minutos anochecidos.

LA MONTAÑA. —¡Oye..! Cómprame este viento norte para tu hélice. Está bañadito en el mar y empolvado de neblina. ¡Qué lindo es!

LA CARRETERA. —¡Cuándo regresará el primer Adiós!

YO. —Hélice mía!, ¡Gira! ¡Gira!

EL VELOCÍMETRO. —70... 80... 75... 60... 35...

El puerto asomó su dorso poderoso encorvado hacia el oriente.

El mar seguía en su deseo violento de salirse de su hueco y llegar a la ciudad, pero sus ímpetus arqueados y rugientes, transidos de fatiga, caían en la playa echando espuma por la boca.

La brisa intensa se bamboleaba en los trapecios de los cocoteros

Al frente se erguía una muralla de mástiles.

Oprimí los frenos. Salté al muelle.

Con andar tenue me fui acercando a un espacio libre de embarcaciones.

Acosté los ojos en la obscuridad. Largo rato. Muy largo. A lo lejos, la manzanita radiante del faro desnudaba su pulpa la comba inmóvil de la serenidad.

Me incliné a la orilla del muelle. Rabiosamente hice estremecer mis rodillas y mi boca se alargó en una sonrisa que no supo pasar de los labios.

Mi cuerpo formó un pequeño arco en el vacío. Al caer puse en fuga a una multitud de círculos temblorosos, haciendo que un ruido sordo rebotara aquí y allá, como una piedrecita plana. Ras... ras... ras...

Mis brazos se alargaban, se encogían; y con la cabeza de lado miraba la manzanita radiante que ofrecía su pulpa colorada de orientación.

El horizonte no estaba lejos. A pocos metros susurraba tendido en el lecho del mar.

Me le acercaría cauteloso, nadando con lentitud para que no me sintiera. Entonaría una canción caliente y ancha, una canción de pescador, de esas que huelen a sardina y hacen vibrar el aire como si tuvieran músculos. El horizonte, confiado y melancólico, se dejaría cerrar los párpados por los dedos de lana de la canción.

Ras... ras... ras...

Lo palparía con cuidado a ver si estaba completamente dormido, con mucho cuidado, porque si despertaba era capaz de quitarle al cielo dos nubes, chocarlas, y aplastarme el rayo en el pecho.

¡El horizonte era malo! Cuántas veces contestó con ironías a mis frases galantes! Cuántas veces negóse a venderme la punta de una ilusión! Y haberme estrujado el alma, con saña, con goce salvaje, solo por amar las distancias vírgenes! Por eso quería matarlo, hundirle en la garganta mis dedos de piedra, ver su desesperación cobarde al segundo final, y triturarle la boca para que no riese, porque el horizonte era tan perverso, que haría cualquier cosa, hasta ser valiente, con tal de gotearme escozor. Ras... ras... ras...

¡Sí, allí mismo estaba! No lo veía porque las sombras trotaban sobre su lomo largo. Pero tenía la seguridad de acercarme a cada golpe de brazo.

¡Agarrar al horizonte! ¡Prensarlo con fuerza hasta quitarle esa hipócrita curva, dejándolo derecho y afilado como un camino sin meta! Ponerlo de pie, hacerlo que abandonase esa eterna posición de mujer, y, frente a frente apoyarle la rodilla en el centro; luego, halando por los extremos, doblarlo, doblarlo, y oír su crujido al quebrarse. ¡Matar al horizonte! Ras... ras...

Mi voluntad chuparía fuerzas, muchas fuerzas, todas las que se ocultaban, impelidas por la inercia, en mi cuerpo flaco. Mi voluntad las pondría en filas compactas, o formaría un ángulo cuyo vértice fueran mis manos unidas en una sola crispación. ¡Estrangular al horizonte! Ras...

¡Así! ¡Así! No se salvaría el horizonte! Ya lo trituraba entre mis piernas rígidas! ¡Ya se retorcía bajo la tensión de mi cuerpo brutal! ¡Ya le desgarraba el pecho, adentro, adentro, le metía las manos, hasta sacarle el corazón..! Gluuuuuuu...

Me vistió una lápida de burbujas.

El corazón del horizonte, desangrándose, nadaba en el aluminio erizado del mar.

Alarma

El espacio está tibio. Hay una luna hermosa.

Duermen los soldados tendidos en sus carpetas duras. Uno ronca sonoramente. A veces su compañero más cercano le sacude la cobija en que se arrolla hasta la garganta, haciéndole dar un suspiro ancho, menear los brazos tiesos y volver el rostro al otro lado, para luego, al poco tiempo, reanudar sus ronquidos largos, ventrudos.

Frente al campo abierto, bordeando una tienda extensa de lona blanca, camina un centinela con paso es trecho. Ráfagas de aire liviano se arrastran por el campamento empañando de aspereza sus miradas hinchidas de sueño, que buscan la luz clarísima de las lámparas de acetileno fijas en los recodos, para endurecerse, tornarse rudas como músculos, y resistir, horizontales, el empuje violento de los minutos.

Pasó en vela la noche anterior. Necesitando dinero tuvo que vender su sueño, y ahora, cuando le tocaba el servicio, sentíase el cuerpo cansado, un lento golpetear en la cabeza y los párpados demasiado espesos. Tal vez andando con mayor velocidad se aviven sus nervios! Probemos.

Se desliza rápidamente. De aquí a allá. Rápidamente. ¡Así! Ya no arrastra el fusil. Sus piernas se fortalecen; estíranse con facilidad.

El viento arrecia.

Sentados en taburetes viejos, dos tenientes charlan a media voz, dirigiendo, en ocasiones, preguntas ingenuas al oficial de guardia que consume un cigarrillo apoyando el codo izquierdo en un barril alto, y sosteniendo con las piernas apretadas el sable brillante.

—¿Tú crees eso, Ramírez?

—Chico; con franqueza te diré que no. Esa pila de historias que corren por aquí como verídicas no pasan de ser invenciones de cazadores estúpidos que en su vida no han matado siquiera un conejo o de llaneros alucinados por el sol.

Y repite mentalmente: “alucinados por el sol”. Ha salido bien la frasecita; muy bien. ¿Cuándo aquellos pobrecitos hombres que nunca dejaron las sabanas podrían hablar así?, ¿con esa precisión, esa soltura, esas palabras tan lindas? “Alucinados por el sol”. ¡Qué bien! ¡Ni sabrían ellos el significado! Era natural, naturalísimo, que se hubiera impuesto soberanamente a los primeros días de su llegada. Nadie le aventajaba en expresiones sabias y elegantes. Todos ocurrían a su criterio en las discusiones más exaltadas, apaciguándose las cóleras al decir él su pensamiento elevado y certero. También es verdad que él venía de la capital, de Caracas grande, de Caracas fastuosa, llena de teatros y de ministros. ¿Por qué lo mandarían a estos arrabales del país? ¿A estos llanos incultos, palúdicos, que no producían sino vacas, caballos y loros? ¡A él, un hombre distinguido, ilustrado, buenmozo, en fin, *come il faut!* ¿No era así que decía su gramática de Otto? ¡Ah, el francés! ¿De qué modo se imaginarían ese dulce idioma aquellos rústicos Camaripano y Morales? ¡Oh! Camaripano, que ha dirigido la pregunta, insiste:

—¡Ya que tú lo dices..! Pero oye... Fue el coronel quien me lo dijo. Y tú sabes que él no miente nunca.

Ramírez, retirando el codo del barril e inclinando el busto hacia sus compañeros, susurra con lentitud:

—¿El coronel? Sí... ¿Y qué?

—Nada.

Calla. Raspando el suelo con la punta del sable va creando un montoncito de arena, que luego, nervioso, patea fuertemente. Después, volviendo a su antigua posición, y lanzando el cigarrillo con el pulgar y el índice, dice muy bajo, en tono casi suplicante:

—Por supuesto, ustedes no dirán al coronel que yo he puesto en duda su historia. No es por nada. Ustedes saben que quien tiene la razón puede mantenerla en cualquier parte. Pero...

Queda pensativo unos segundos.

—¡Como se trata del coronel! ¡Cuestión de disciplina!

Morales, alzando el rostro, musita áspero:

—También negarás que los venados tienen oídos en las patas.

—No sé... Varios me han dicho eso... Yo registré a Luisa, mi venadita, y no le encontré nada... Ahora, puede ser que los machos...

Un perro distante esgrime su aullido intenso, blando, sostenido, que se derrama por todas partes como la lluvia.

Gruñe el centinela una blasfemia larga y continúa su paseo veloz, inquieto, deteniéndose en ocasiones para calzar la alpargata vieja que resbala de su talón.—¡A recibir los primeros cuartos! —grita con voz penetrante el sargento de guardia. La arenilla cruje al paso de los soldados que, ale gres unos, abandonan sus sitios de vigilancia, y torvos los que se levantan, andan tardíos, soñolientos, renegando del servicio árido. Los dos tenientes se retiran.

El oficial de guardia siéntase en el barril, y al cabo rato, cabeceando, desgonzado, se mete de bruces en el sueño.

Y el centinela camina. Camina. Solo él tiene que soportar el peso de sus párpados, gruesos cada vez más inmensos.

¡A prisa! ¡A prisa! ¡Andemos veloces!

Los toro-toros, alineados, serios, intachables en su vuelo suave, atraviesan el cielo limpio dejando caer un reguero de gritos. Al rato se pierden en la lejanía húmeda. Es tenue la brisa. Apenas aporrea el ambiente. La serenidad, total, es otro cielo que se ha desplegado.

Y el centinela camina. Camina. Pero... ¿Qué es eso? ¿Habrá escuchado mal? ¿Será efecto del sueño grande, terrible, que le anestesia los músculos, vaciándole la cabeza?

¿Otra vez? ¡No... no... ¡Ahora sí ha oído bien!

Corre hacia Ramírez. Viéndole dormido hace un gesto de contrariedad. Inmóvil, erecto, espera un rato. Tal vez confíe en un despertar súbito. La zozobra le contrae las piernas, que se aflojan. Duda. Sin embargo, es necesario, urgente, enterarlo. Al fin, temeroso, le aprieta un hombro. Nada. Entonces, desesperado, le grita fuerte:

—Mi teniente!

Ramírez da un salto. El sable cae con ruido.

—¡Qué...! ¡Qué...! —dice inconsciente.

—¡Mi teniente!

—¿Qué pasa? Qué pasa? —repite asustado. Dos detonaciones, mi teniente.

—¿Hacia dónde?

—Hacia el Guamacho.

—¿Estás seguro? Seguro.

Ramírez se quita la cachucha, mira al suelo, adelanta un pie, y encapotando los ojos inquiere:

—¿Revólver o Máuser?

Quédase pensativo. Luego, cubriéndose, se dirige a la tienda del capitán. Sale a los pocos minutos y ruga:

—¡Recorrida! Recorrida! ¡Llame al sargento primero! ¡Corra!

Otra detonación se desmaya sobre el campamento. Brota gente de todas partes. Zumban los murmullos entrelazados. Brillan las pupilas ávidas.

—¡Sargento; a formar la compañía!

El sargento, alto, flaco, ligeramente curvado, de rostro huesudo, salta de un sitio a otro, dando gritos que se pierden en el barullo total.

Los soldados se apresuran a disponer sus fusiles y a apretarse los cinturones donde se fijan las cananas colmadas de cápsulas.

En grupos, golpeándose las culatas, atropellándose casi, van llegando frente sargento que da sus voces de mando parado en el centro de la planicie arenosa:

—¡En dos filas!

Arrastrando los pies y mirando siempre hacia la derecha, los soldados se alinean.

—¡Atenciónnnn... firrr... A discreciónnnn..!

Ramírez aparece con el sable desnudo. Mientras se arregla el correaje toma la dirección de la tropa, ordenando:

—¡Numerarse!

El choque de las piernas al crear la posición de firme aconsonanta los números gritados:

—¡Un!

—¡Dos!

—¡Tres!

La voz va brincando a lo largo de las filas has ta que desaparece al sonar con mayor potencia:

—¡Novennnnta y siete!

Por entre algunos oficiales que zigzaguean con rapidez inquiriendo hechos o acondicionando las armas se abre paso el coronel: pequeño, regordete, de piernas muy cortas que a duras penas logran sostener el vientre inflado.

Ya frente a la compañía da órdenes a Ramírez:

—Sosténgame a la gente en pie mientras yo voy a ver qué sucede. Mande apagar las luces y que no se oiga el menor ruido.

Luego, volteando hacia el ayudante, un oficialillo enteco, dice en el mismo tono:

—Que me traigan el automóvil. El capitán examina con sus ojos diminutos, nutridos de astucia, las cananas de los soldados. Después se aleja mirando al suelo y pasándose una mano por el mentón.

Los faros del automóvil iluminan a la tropa rígida, yendo colocarse muy cerca del coronel, quien dice primero con voz pastosa:

—Ponga las luces pequeñas. Y después grita:

—García! García !

García es su secretario.

—¡García! ¿Qué se ha hecho García? Un cabo se cuadra frente al coronel, balbuciendo temeroso:

—García dice que no puede venir porque tiene mucha fiebre.

—¡Pero si no hace una hora estaba conmigo! Y no tenía nada!

—Pues ahora está acostado temblando de fiebre.

En la cara ancha del coronel se desparrama una sonrisa. Aclarándose el pecho y haciendo crujir las coyunturas de sus manos chiquitas y gordezuelas, inquiere:

—¡Temblando..! ¿Sabe lo de los tiros?

—Sí, mi coronel.

—¡Ah García! Temblando... Eso como que no es paludismo.

Y dejando caer su risa tumultuosa desenfunda el revólver, brinca al automóvil y grita enérgico:

—¡Viejo Manuel! Cógete un máuser y acompáñame. Vamos a ver lo que pasa.

Del grupo se destaca un hombre vestido de dril blanco un tanto deshilachado, con el sombrero de campaña tirado hacia atrás, dejando asomar unos mechones de pelo cano.

—Eso es conmigo! Nosotros dos pa los que salgan.

Y echándose sobre un soldado le quita el fusil y se acomoda al lado del coronel.

—¡Vámonos compadre! ¡Y lo que sea sonará! Nosotros dos pa' los que salgan. Vamos a ver si nos acordamos de nuestros buenos tiempos.

Mientras el automóvil se desliza en silencio una bandada de recuerdos brillanta las pupilas grises del viejo Manuel. Con aquel muchacho que lleva a su diestra, un muchacho a pesar de sus cuarenta años y sus presillas luminosas, pasó muchos mediodías tendido a pleno sol en el campo largo respondiendo profusamente al plomo cerrado que les enviaba el enemigo. También pasó muchas noches en los calabozos de las cárceles provincianas contándole cuentos llaneros donde figuraban tigres, caimanes y almas en pena...

—Viejo, ¿cuántas cápsulas te trajiste?

—Tú sabes que aunque no me has querido dar un máuser para mí solo yo cargo siempre el cinturón repleto.

—Te regalé un revólver y lo vendiste.

—Porque estaba necesitado.

El automóvil asaltaba la raya pálida que se tiende sobre la sabana clara.

—Apaga las luces.

El chofer, un mestizo delgado, de hombros enjutos, con el sombrero ancho metido hasta las orejas, vuelve sus ojillos turbios, y apretando el volante nerviosamente, contesta disgustado:

—Es peligroso, coronel, por los baches.

—Apaga las luces, he dicho.

La brisa, tupida de arenilla, se apoya en el radiador.

Los parafangos levantan un crujido de hierba seca. Y la luna cae.

El coronel inclina el busto apuntando la mirada hacia el horizonte impreciso, y sosteniendo en la diestra, con flojedad, el revólver de cañón largo. La cara arrugada del viejo Manuel se cubre con un débil matiz de satisfacción.

Una sombra pequeñísima comienza a destacarse en la lejanía, avanzando cada vez más, hasta presentarse primero como una bruma negra que resbala, y luego como un hombre que corre, con violencia, atropellando la distancia.

—Detén el perol este, compadre, y déjame apeaar aquí para esperar al tercio ese tendido en la sabana, mientras tú te quedas cazándolo acurrucado; por si acaso —musita levemente el viejo Manuel echándose al suelo con el fusil tendido.

El hombre continúa acercándose. Su carrera es desigual, ondulada, interrumpida por bamboleos que lo incitan a caer. A unos cien pasos del automóvil da en tierra, pecho al cielo blanco, estremecido por respiraciones rápidas e inconclusas.

El coronel, con violencia, abandona el puesto, y apresurado le va encima. El viejo Manuel se para y lo sigue cauteloso. El hombre se araña la franela curtida. Quiere hablar pero se traga las palabras antes de que lleguen a los labios. Poco a poco se va calmando. Y al fin grita, con los ojos enormes, enderezando el tórax:

—¡Laya, coronel, Laya!

Encoge las piernas y afianzando las manos callosas en los pantalones del viejo Manuel se pone en pie.

El coronel lo mira y suelta con rudeza:

—¿Qué hace usted por aquí?

—¡Yo soy Marcelo, el carretero, y venía del pueblo con unas provisiones para el campamento cuando Laya me echó la broma!

—Laya... ¿El cabo Laya?

—El mismo, coronel.

—Vamos, cuéntelo todo, sin mentiras, porque la puede pasar mal.

El carretero mira con desconfianza el revólver cuajado de reflejos y más allá el fusil a discreción. Rascándose la cabeza y ayudándose con gestos expresivos, comienza:

—Guá, como le decía, yo venía del pueblo. Traía en la carreta cuatro sacos de caraotas, dos sacos de papas, sal, papelón, varios racimos de cambures y una caja de leche condensada que le mandó especialmente para usted la señora Carmen. Cuando iba pasando por Guamita salió de la pulpería de Pancho el cabo Laya. Estaba borrachísimo. Se me acercó y me preguntó si yo venía para el campamento. Yo le dije que sí, y entonces él me contestó que me acompañaría. Yo eché la carreta por delante y nos pusimos a hablar. Me preguntó qué llevaba y yo le dije toítico el cargamento. Al pasar junto a las Piedras se me quedó viendo mucho rato y me dijo: “Compadre, en esa carreta va nuestra felicidad”. Yo me eché a reír y le contesté: “¿Nuestra felicidad?; ¡por mal lado ha cogido la rasca, compadre”. El hizo como si no me hubiera oído porque se quedó mirando al cielo que estaba muy bonito y me dijo: “¡Qué palo de luna, compadre!” Continuamos andando en silencio. Al cabo ratico me repitió: “Si, compadre, ahí va nuestra felicidad”. Yo le pregunté riendo: “¿Y qué llevo yo en la bicha esta que ser nuestra felicidad?”. Él se puso muy serio y me respondió: “Guá, compadre, la leche condensada.

Paramos la carreta aquí, sacamos la caja y nos metemos en un rinconcito del Palmar a chuparnos los potes. Yo traigo entre el bolsillo un clavo que nos puede servir para abrirle los agujeritos”. Yo le dije: “No compadre, eso no es mío, eso es del coronel, y yo no quiero echarme una broma; déjese de eso”. Entonces él me agarró por las solapas del paltó y me dijo viéndome los ojos: “Marcelo, yo quiero que me des la caja, o aunque sean unos potecitos”. Yo me negué y seguí andando. Al ver que él se había quedado parado me adelanté y cogí las riendas de la mula apresurando el paso. No habían pasado ni tres minutos cuando sentí el primer candelazo que se estrelló contra la carreta. La mula se espantó y echó a correr. Yo hice lo mismo sin aflojarla. Sonó el otro candelazo. Voltié para atrás y vi que Laya venía también corriendo. La cosa se estaba poniendo fea y yo estaba muy cansado. En una vuelteca del camino aflojé las riendas y me tiré hacia la cuneta más honda. Allí me quedé agazapado, pegado a la tierra como un lagartijo. Vi que Laya pasó frente a mí persiguiendo la carreta. Afortunadamente no se fijó cuando me separé. Entonces, al verme en salvo, porque Laya iba lejos, abandoné el camino y me metí por la sabana. Vine a reventar muy adelante. Sin embargo, escuché otro tiro atrás, pero cerca, y temiendo malograrme me guindé a correr hasta que los encontré a ustedes.

El coronel enfunda el revólver con lentitud. El viejo Manuel inicia un gesto de malestar. El carretero escupe, torna a rascarse la cabeza, y dice —¡Caray! La cosa fue seria. Y no es nada, ahora tengo que buscar la carreta; sabe Dios dónde se ha metido esa maldita mula.

—Vengan conmigo —ordena el coronel.

Suben al automóvil que cambia de frente y se aleja crujiendo de velocidad.

El viento es enorme, potente, como para conducir exclamaciones. Y la luna se ha puesto más ancha. Un pequeño zorro atraviesa el camino y

se hunde en la hierba curvada. El frío comienza a desmoronarse. Todos van en silencio.

De pronto se desprende una risa, que va adelgazándose, palideciendo de inanición, hasta que muere. Tras de la risa brinca una palabra gruesa, que retumba un poco. Luego otra. Y nada más.

Cerca se abre el campamento como una mano. Llegan.

Desciende el coronel frente a la tropa todavía en pie. Habla con el capitán:

—El de los tiritos fue Laya. Es necesario cogerlo. Organice una comisión. Es preciso hacer un escarmiento serio.

El capitán recorre las filas señalando:

—Usted. Y usted. Quéquere. Núñez. Usted. Los cinco números se colocan a un lado.

—Usted, sargento, póngase a la cabeza. Ahora, en marcha. Busquen por los alrededores del Palmar y de Guamita. En fin, por todas partes. Que no se presenten sin Laya.

Después, dirigiéndose a la compañía:

—¡Atención... firrrr... Reeetiiiiii..!

El cúmulo de hombres se disgrega. En los pechos se ha extinguido la inquietud. Por eso, tirados de nuevo en las carpetas, los ojos se les cierran dulcemente.

Y el centinela camina. Camina. Solo él no podrá dormir.

Retazos de comedia

El hombre apacible mete su andar lento por la calle tranquila. Atrás queda su casa amplia, arrebujada en el sosiego, y su hembra buena y hermosa, y sus hijos pequeños y colorados.

En sus pasos siempre iguales y siempre rectos hay el reflejo de una vida que resbala sin tropiezos. Su actividad cuelga en las agujas del reloj. Cada hilacha de tiempo se le enrosca en un círculo que limita sus movimientos.

Y el hombre apacible es dichoso. Hoy le ha robado mazos de minutos una compañía de dramas y comedias. Por eso se ha vestido esta noche con mayor esmero. Quiere chupar el interés que apuntan los programas.

Y el hombre se desliza hacia el goce correcto pensando en la sonrisa trigueña de su mujer, en las palabras rotas de sus hijos, en los negocios que transcurren serenamente, y en el granado, erguido en el patio de su casa, mojado de sombras al atardecer.

Cuando llega a una esquina y la espuma de las conversaciones burbujea en sus oídos, se detiene, emproa la atención, y se lleva las pocas palabras atrapadas en el calor sonoro de alguien; luego les da caricias de labios repitiéndolas automáticamente.

Antes de cruzar una calle observa, elevando las cejas y curvando la cabeza, si los extremos están limpios de automóviles. El hombre apacible teme mucho a la muerte.

A los pocos metros de su cuerpo gordo reúne gente un gran bostezo de luz.

Ha llegado.

Alguien penetra por la masa como un puñetazo por un montón de piedras. “Qué bruto”, piensa. Él se abre camino pausadamente.

Se introduce en el vientre del teatro cuando amanecen los aplausos en la impaciencia del público. Cinco minutos mirando a todos lados.

Sube el telón.

La escena representa el interior de una casa lujosa. Todo resplandece al tanteo de las candilejas. Tirada en un diván rameado una mujer joven de traje liso y brillante pasa los ojos bellos por una revista de modas.

Hay silencio.

Un criado aborda la escena llevando una tarjeta en la diestra encogida.

CRIADO. —Señora...

La mujer tuerce el busto y congestiona el cuerpo en una expresión de fastidio. Después alza la cabeza y toma la tarjeta.

MUJER. —Que pase.

Arreglándose el peinado se levanta. Tiene el rostro severo. Por la puerta del fondo entra un hombre trajeado con pulcritud. Da sombrero y bastón al criado.

Luego, sonriendo, se acerca a la mujer y le tiende la mano.

HOMBRE. —Señora...

MUJER. —Nunca creí que tuviese el atrevimiento de pisar esta casa. Se necesita no tener vergüenza.

HOMBRE.—Por usted, señora, se pierde todo... ¡Es usted tan hermosa!

MUJER. —Dirá usted rápidamente el asunto que lo trae.

HOMBRE. —Señora, yo soy quien traigo al asunto.

MUJER. —Es lo mismo. Diga ligero lo que desea.

HOMBRE. —Ligero no puede decirse. Perdería el encanto.

MUJER. —Entonces, váyase...

Y extiende el brazo hacia la puerta. El hombre no se mueve.

Hasta el público llega un ruido sordo que sale de tras los decorados opacando el diálogo de los actores.

MUJER. —Me pondrá usted en el caso de llamar al criado para que lo eche. HOMBRE. —Sería una imprudencia. El criado lo haría saber en todo el vecindario. Y el vecindario...

El ruido se hace más intenso y amplio. Se perciben confusas las frases calientes de una discusión. Los actores han enmudecido y se miran extrañados.

El apuntador saca de la concha su cabeza calva y tiende un “shiiiiiiit” sostenido. El ruido crece más y más. Ahora tiemblan en el aire palabras peludas de indignación.

Se abre una puerta transversal en medio de un estremecimiento de paredes y cae en el escenario un hombre viejo de cabello blanco, apretándose el rostro con la mano esquelética.

—¡Canalla! —ruge, arrastrándose por la alfombra escarlata.

Un hombre joven brota de la misma puerta y le hunde su mirada astillosa, y su risa astillosa:

—Así es, perro viejo, arrástrate, síguete arrastrando, y babea el suelo, y babéate esa cara podrida, pero no babeas a los demás.

Los actores se retiran a un extremo. La mujer abarca al público con sus ojos grandes enchumbados de asombro y aprieta el brazo de su compañero. El escenario se llena de gente. El apuntador gritos inútiles.

En camisa, con el cabello húmedo y la garganta inflada de sonidos, atropellador, entra el jefe de la compañía:

—¡¡Señores, qué es esto!! ¡¡Señores, señores!! ¡¡Silencio, señores!!

Algunos callan. Otros, asustados, se van.

—¡¡Silencio, señores!!

El viejo se levanta ayudado por la mujer. De su boca fluyen hilos de sangre. En sus ojillos terrosos cuelgan las miradas como pájaros muertos.

—¡Silencio, señores!

Los gritos desaparecen dejando un rastro de murmullos. A los varios minutos lega la calma. El jefe de la compañía se adelanta hasta el proscenio. Con voz blanda y sonora dice:

—Respetable público.

Un hombre musculoso sale corriendo de entre bastidores y le arropa las frases nacientes con un alarido prolongado.

—¡¡¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaa!!!

Y sigue, y sigue, hasta que se hace dueño de la escena.

Luego, con una mano tendida hacia el viejo de cabello blanco y la otra golpeando el aire, habla reciamente:

—Respetable público.

Lo detiene el grito del jefe de la compañía: ¡Tramoyista, baje el telón!

El hombre musculoso da un salto hacia atrás y aprieta los puños:

—¡Tramoyista, si bajas el telón te mato! Su voz es amplia y potente. Abre las piernas para afianzarse más en el suelo y en los brazos las venas se le prensan como mecates.

—¡Al que baje el telón lo mato! Enmudece.

Después, dirigiéndose al público:

—Es necesario que todos se enteren de la a tragedia espantosa que pasa en esta maldita compañía! Señores, vivir aquí es algo tremendo, horrible. ¿Veis a ese hombre en camisa, de gesto despótico? Veis? Ese hombre es un infame, un canalla: nos maltrata el cuerpo, nos maltrata el alma; y sus palabras son tan pesadas que se nos van al y desalojan a nuestro pobre pensamiento; y sus miradas son tan agudas que se nos hunden en el pecho como clavos en un cartón. No nos deja hacer nada; siempre sus palabras y siempre sus miradas. Y lo que yo he visto! ¡Sí, yo lo he visto con estos mis ojos que se han mellado de tanto ver claro! Yo he visto en su escritorio muchos muñequitos de cera enlazados por el cuello por una cabuya que cuelga en la mano de otro muñeco más grande, de hierro... ¿Y sabéis de quién se vale para sujetarnos, para impedir que huyamos? De ese viejo de cabello que veis ahora con la cabeza hundida. ¿Y sabéis cómo nos amarra: prestándonos dinero, llenando de monedas nuestras manos buenas... Y trabajamos, y trabajamos, nunca podemos estar libres porque siempre nos llena de monedas las manos buenas. ¿Y sabéis por qué ese hombre joven que veis allí abofeteó al maldito viejo? ¿No? ¡Sí, es horrible, sucio, cochino! ¡Porque le propuso, podredumbre!, ¡señores!, le propuso cambiar por...

—¡Mentira! —grita el viejo lanzándose sobre el hombre musculoso y tapándole la boca

—¡Mentira! ¡Es mentira!

—¡Verdad, viejo maldito, verdad!

—Mentira! ¡Mentira!

Los gritos abomban la escena.

El apuntador, que había permanecido acurrucado en su concha brinca fuera, vociferando:

—Hay que amarrarlo! ¡Hay que amarrarlo! ¡Está loco!

—¡Sí, hay que amarrarlo! —responde uno. —¡Amarrarlo! ¡Amarrarlo!

Todos corren hacia el hombre musculoso y se lo llevan a empellones. El escenario queda solo. Se oyen rugidos distantes. Rugidos que lentamente se van destiñendo. Lentamente.

El público construye un follaje de murmullos. A los varios minutos sale el jefe de la compañía. Desde el proscenio, curvando el busto, inclina su voz blanda y sonora:

—Respetable público. Os pido mil perdones por el acontecimiento inesperado que ha venido a turbar el trabajo de los actores y a daros un rato hartamente desagradable. Mas nada se ha perdido. En cuanto se ordene la escena continuará la comedia.

El público aplaude.

El hombre apacible abandona su asiento y se aleja con paso tranquilo.

La gente, extrañada, le mira. Llegando a la puerta oye los dichos de los actores que de nuevo comienzan la función.

—¿Para qué seguir allí?

Saca un cigarrillo, lo prende con mucha calma, y se echa a caminar pensando en la sonrisa trigueña de su mujer, en las rotas de sus hijos, en sus negocios, que transcurren serenamente, y en el granado, erguido en el patio de su casa, mojado de sombras al atardecer.

Se aburre mucho el farero

Se aburre en las noches hondas de un solo plano negro ahuecado por la luz del faro y se aburre en los días cristalinos exuberantes de color.

Se aburre siempre. Y lo más terrible es que el aburrimiento se le aparece en todas las cosas: en la playa solitaria sombrea da a trechos por uveros nudosos y en los cerros torvos de vegetación quemada por el sol intenso, en la torre cita del faro erguida sobre una punta saliente y en el eterno doblarse de las olas.

El aburrimiento lo sigue como un perro cansado. Y así tiene que ser. A muchos kilómetros del pueblecito a donde solo va para suministrarse en cantidades grandes de comestibles que le duran hasta dos meses, se halla confinado al aislamiento perfecto, sin sentir otra voz que la monótona del mar, y acaso la suya propia, cuando en las horas de opresión interna desgrea canciones violentas aprendidas de marinos sin horizonte. En esas horas canta, canta. Porque en cada canción huye una brizna de pena, porque cada canción exprime un poco de angustia.

Bien podría ir al pueblecito y enredarse con los hombres en conversaciones interesantes, de buques perdidos en mares ignotos, de temporales que parten el palo mayor, de mocetones robustos que asesinan por muchachas morenas. Y tomarse unas tantas copas mientras

la aventura se deshilacha en altibajos de entusiasmo. Pero no; también los hombres le aburren. Los hombres son buenos para compararse a ellos y sentirse superior. Mas a él lo han aplastado los hombres, y el tiempo, y todo.

Es fatal. Su vida se diseca lentamente a los aires siempre iguales de una misma intemperie.

Se apea de la cama estrecha a la primera claridad del espacio. Apaga la luz del faro. Pegado a la ventana abierta a los aplausos de las olas, distiende los brazos y respira fuerte, muy fuerte, ampliándose el pecho flaco y siguiendo el vuelo geométrico de algún alcatraz ansioso de desayuno. Abandona la torrecita y se da a recortar distancias, una distancia cualquiera, deteniéndose Junto a un sumergido me dio cuerpo en el agua y oteando desde allí las rayas confusas del paisaje, o, más ingenuo, arrojando piedrecillas en la espuma. Vuelve cuando el sol comienza a subir. Luego, otra vez a la playa, o a trepar por los cerros escarpados viendo a los lagartijos correr a su paso y a las nubes moverse pesadamente, ya en el azul detonante del cielo o en las sombras anchas borrándose sobre las lomas irregulares. Y frente a la noche tornar a su morada, encender el faro y a contemplar. A contemplar el presente sin cambios, recto, donde la ausencia de impresiones prolongada más y más, va dejándole poco a poco ausente de sí mismo, y a contemplar el pasado, vulgar, en que ningún hecho ha puesto la rúbrica de un recuerdo preciso. Vagamente se ve chiquito, andrajoso, sentado en un rincón jugando con un muñeco de trapo mientras su madre trajina junto al anafe donde hace burbujas la fritura que ha de engullirse su padre, aquel hombre que a menudo le pega y le dice palabrotas cuando la pesca es muy reducida. Después, ya espigado, los músculos empezando a endurecerse, tirado en la playa recibiendo el sol de lleno, o peleando con otro muchacho por una sardina o por palabra. Y más grande, de grumete en un barco pequeño, tocando puertos y puertos

de los que apenas si conoce los muelles y una que otra taberna donde se emborracha y pide besos a una mujer de todos. Llegan las arrugas a su rostro y tiene que aceptar una colocación cualquiera en que gane la vida sin manejar su fuerza ya bastante cansada. Diez años tenía de farero, diez años que habían resbalado por su existencia sin alterar en nada la quietud lisa y monótona que cada día se engruesaba más, encerrándolo. Encerrándolo.

La última emoción se la dio un alcatraz. Una tarde, en que sentado sobre una piedra miraba las contorciones de las olas, vio al animal echado tranquilamente en el agua con el largo pico metido en la pechuga. Al poco rato le notó un visible esfuerzo que lo condujo a planear un vuelo corto clavándose en la arena y dando boqueadas lentas. Se le acercó, y asegurándose de un picotazo lo trajo afuera. Estaba en los huesos. El buche completamente vacío. Lo examinó con cuidado pudiendo observarle en la garganta una ranura por donde escapaban las sardinas que había logrado pescar. Se lo llevó a la torrecita y le hizo una costura larga, poniéndole en condiciones de tragar bien. Desde entonces lo tenía de compañero, con una extensa cabuya amarrada en una pata que le permitía alimentarse en las aguas cercanas pero que imposibilitaba su fuga.

¡Su compañero, un alcatraz! Con todo, era mejor que un hombre; al menos no podía hablar. No podía aburrirle más llenándole de palabras.

Hoy, la melancolía se le ha tendido dentro del pecho, haciéndole de vez en vez respirar con mayor fuerza. La curva de su espalda ha crecido un poco. Los ojos se le disminuyen, como deseando acortar mucho la visión de afuera y mirar solo el panorama interno. Tiene un decaimiento en los labios y su rostro se agudiza más. Si levanta los brazos se le erizan al correr de un temblor imperceptible.

Camina con paso angosto por la playa sin observar el pausado derrumbamiento del crepúsculo.

—¡Maldita sea! —piensa en voz alta. Y repite para sí:

—¡Maldita sea!

La melancolía le ocupa todos los sentidos, y tiene... ¡sí!... tiene ganas de llorar.

—¡Maldita sea!

Se pasa las manos por la cara apretándose las mejillas y sacudiendo la cabeza. ¡Es terrible!

De repente se endereza, abre los ojos casi hasta desorbitarlos, y erguido, dando el pecho al viento, canta:

Nosotros desafiamos las tormentas
de las noches negras... ¡aaaaaay!
y reímos, y reímos... ¡aaaaaay!

El trozo de canción ha salido ronco y áspero. El lo nota y se mesa los cabellos suspirando sonoramente.

—¡Maldiiiiiiiiita sea!

El temblor se le mete en todas las fibras del cuerpo. Tiene miedo, mucho miedo. Un nudo se le atraviesa en la garganta y el corazón le late con rapidez. Las piernas se niegan a sostenerlo. Se ha puesto helado.

—¡Dios míiiiio..!

La frase silba callada, mojándose en los labios. Respira corto y repetidas veces. Se tambalea con lentitud. ¡Quizás caiga!

Pero... ¡no! ... ¡no! ...

Ahora corre, corre...

Sube a saltos la carcomida escalera de la torre cita, penetra en su cuartucho, se detiene junto al alcastraz que parado en la ventana lo mira fijamente, y extrae de su baúl una botella que comienza a vaciar en grandes tragos.

Bebe seguido.

Sus ojos se brillantan. Es notable la rapidez con que huye la melancolía... Se siente vigoroso. Un pedazo de sonrisa le cuelga en la boca.

Da un empujón al alcatraz echándolo al suelo:

—¡Compañerito, compañerito, estoy triste! ¡Sí, compañerito, muy triste!

Pero este aguardiente me quita la tristeza; ¡ya verás compañerito!; él me quema la garganta, me quema el estómago, y sin embargo es bueno, muy bueno, ¡y cómo no va a serlo si me hace pensar en cosas bellas, en cosas grandes! El aguardiente, compañerito, ¡ójelo bien!, está hecho para los hombres como yo, huecos.

Se sienta en la cama bamboleándose. Ve a diversos puntos con expresión de igual indiferencia. Se queda largo rato pensativo.

Torna a beber, y dando una patada al suelo, rechinando los dientes, grita:

—¡Oye, maldito alcatraz! Oye esta historia que me aconteció hace tiempo. ¡Es embuste, lo sé! A mí nunca me acontece nada... Pero óyela, me da la gana de contártela, maldito alcatraz, porque me pasó... Era una noche terrible, negra, sin una estrella; el viento se crispaba en las velas de la goleta, bramando, como si lo ahorcaran; las olas enormes se estremecían dando saltos sobre cubierta; el timón giraba hacia donde lo el temporal; ¡espantoso!, ¡espantoso! ... Nos moríamos de terror.

Gesticula moviendo todo el cuerpo. A veces camina y se recuesta a la pared golpeándola con el puño.

Sus miradas rectas, clavadas velozmente en muchas partes, se cortan en la obscuridad. Las palabras le brincan salpicadas de saliva.

Permanece un rato abstraído. Saca otra botella y se la empina despacio, tragando una, dos, tres veces. Se va un poco hacia adelante.

—¡Sí... nossss... moríamoss... de terror! ...

Se queda silencioso, tambaleándose. Tiene el rostro desfigurado.

Súbito, alzando los brazos desesperadamente, ruga:

—¡Es que me aburro! ¡Me aburro demasiado! ... ¡Maldita sea!

Cae sobre la cama. Sus ojos están húmedos. Su pecho palpita con violencia. La boca se le contrae en rictus multiformes. Un sonido tenue y sordo le brota de la garganta.

—¡Eh! ... ¡alcatraz! ... Dime tú, maldito, ¿por qué yo nunca recibo ninguna emoción?, ¿por qué me aburro tanto? Es necesario, ¿lo oyes?, que yo me divierta con algo... Calla. Se levanta.

—Pero... ¡Sí! ... ¡Maldita sea! ¡Si en mis manos está! No, no lo enciendo; yo tengo que divertirme. Esta noche, ¿lo oyes, maldito animal?, en el faro no habrá luz. No lo quiero... Y entonces, cuando un barco se quiebre en las escolleras, cuando los gritos de los hombres taladren los llantos de las mujeres en el aire, entonces tendré una emoción, una gran emoción.

Recorre a pasos largos el cuartucho. Vacía la botella y la rompe contra la pared. Está envuelto en un resplandor de júbilo.

—¿No has oído? Algo así como un golpe lejano... ¿Será? ¡Fíjate bien! ... ¡Sí, sí! ... ¡Lamentos! ... ¡Gritos!

Cae al suelo pesadamente.

El sol ha iluminado el paisaje sereno. La tranquilidad es dueña absoluta del ambiente. Hay ritmo hasta en el viento.

Por la ventana del faro huye una canción:

Nosotros desafiamos las tormentas
de las noches negras. ¡aaaaaay..!
y reímos, y reímos... ¡aaaaaay..!

Momento opaco

La tarde introduce en el cuarto una astilla de sol. Minutos antes se marchó el médico llevando el rostro satisfecho desnivelado por una sonrisa ligera. El enfermo sitúa su mirada tensa en la puerta entrejunta que permite el paso a un ángulo de luz desteñida. La cama sencilla se hunde al peso de su cuerpo robusto cubierto hasta la mitad del tórax por una manta veteada de azul. Apoya la cabeza redonda de líneas enérgicas en el hueco de las manos entretejidas sobre la almohada. El cabello en desorden se parte en dos gajos irregulares.

Sentado a su diestra, un hombre flaco de gesto aburrido desmigaja con los dedos la impaciencia de atrapar un pensamiento sólido.

Hace rato que las palabras no ensanchan la grieta de los labios. Tienen miedo de aporrear el silencio. Los tic-tac apresurados del reloj despertador son el pulso del ambiente. Inmovilidad total.

¡Si un poquito de viento se colara por la puerta y menease siquiera ese papel fugitivo en el suelo! Pero nada.

Sueño de las cosas. Sopor de las actitudes. Quietud infectada de tedio. El enfermo voltea el rostro. Sus ojos acumulan brillantez. ¡Al fin!:

—Ya ves, el médico ha dicho que no hay peligro. Reposo. Dieta. Dos o tres días en cama.

El otro afirma:

—Dos o tres días en cama. Eso es todo. Gracias a Dios.

—Todo. Y sin embargo...

—¿Sin embargo?

—Es terrible.

—¿Terrible? ja, ja, ja... ¿Dos o tres días en cama? Ja, ja, ja... ¿Es un chiste?

La risa extiende un blando lienzo para que salten las ideas.

—No; es verdad —habla el enfermo—;pero no comprendes? En la función de esta noche, la que tendrá el lleno más completo por ser la segunda de la temporada, no podré trabajar. Mientras tú das vueltas y saltos en el trapecio; Henrick latiguea sus leones; Kity sube a su caballo blanco y parada en su lomo gordo lo deja correr cuanto quiera; mientras todos llevan el entusiasmo al público y lo mantienen en esa tensión maravillosa que hace olvidar lo que no se relacione con el circo, yo estaré acostado destrozándome las uñas y mordiendo la almohada por la imposibilidad de saborear la exaltación de la multitud, de aspirar plenamente ese fluido vigoroso que vuela de las manos rojas de aplausos y de los gestos emocionados.

Las frases brotan con rapidez, sin una pausa, serenamente

—Tú no sabes, Manuel, lo que yo gozo, Cuando todas las miradas, fuertes, ansiosas, persiguen tus pasos lentos y tus onduleos rápidos en la cuerda floja; y llenas de cariño, temerosas de que te resbales y caigas, quisieran servirte de apoyo en las situaciones difíciles. Cuando la gente, abstraída en tus balanceos peligrosos, llega a compenetrarse contigo de tal manera que le parece ser ella misma la que anda por la cuerda...

Al compás de las palabras su busto se va curvando. Afianza las manos en los bordes de la cama y sus pendiendo el cuerpo recoge las piernas

quedando sentado. Mira fijamente a la pared con las cejas con traídas. Luego continúa:

—Sí, nada tan interesante. Cuando salgo a la pista del circo ensancho mis narices para aspirar mejor ese entusiasmo, y lo aspiro con avidez, como a un humo tibio y espeso que, al penetrar en el interior de mi ser, infla todas mis venas, regenera mi sangre y trae a mi alma una enorme sensación de energía. Para mí es el entusiasmo de la multitud como la morfina para el morfinómano. Comprendes ahora? Dos o tres días en cama representan dos o tres dosis de entusiasmo que me quitan.

Manuel, tranquilamente, cruza las piernas, enciende un cigarrillo y se pone a soplar, con el humo absorbido, la brasita roja. No le extraña el discurso de su amigo. Tiene más de siete años recorriendo el mundo a su lado con aquel viejo circo de fieras y volatines. Tal vez el hábito de hacer razonamientos para que el público ría se ha metido con el tiempo en su vida privada, complicando su pensamiento normal.

Recuerda el momento en que lo conoció. Fue en una metrópoli europea, cuando el director del circo, deseoso de mejorar el elenco, contrató a varios artistas nuevos. Se lo presentaron como un payaso ruso muy original, Iván Victorovich. Al poco tiempo era el alma de la compañía. Todos admiraban su facilidad de hacer reír al público por medio de gestos ridículos y chistes raros. Y todos lo querían, porque ninguno que le exigió un servicio vio frustrados sus deseos y porque su carácter siempre alegre y retozón les transmitía un poderoso optimismo. Una noche en que se hallaba un poco borracho, le confesó que él no se llamaba Iván Victorovich y que tampoco era ruso. “Soy mexicano, le dijo, pero me hago pasar por ruso para darme ambiente”, y ríe con su risa quebrada. Tenía un hijo de diez a doce años que llevaba siempre consigo, un hijo muy diferente a su padre, severo, torvo, a menudo con el rostro fruncido en una expresión de disgusto, amante del silencio y

la tranquilidad. Cuando alguien preguntaba a Iván la edad de su hijo, respondía muy serio: “Va para los cuarenta”.

—¿Lo has comprendido?pregunta el enfermo con voz lenta.

—¿Qué?

—¡Hombre, lo terrible de no poder aspirar el entusiasmo que se desbordará esta noche en el circo!

—¿El entusiasmo? Sí, sí; tienes razón; es terrible —contesta por decir algo, viendo una tenue capa de melancolía tendida sobre el gesto del enfermo. Y sigue pensando. Iván no sirve para estar triste. Su tristeza es ridícula, áspera; no cuadra con los rasgos risueños de su cara musculosa ni con sus grandes ojos cruzados siempre por reflejos de satisfacción. Hay mucho de grotesco en sus labios encogidos hacia un lado con amargura. Afortunadamente casi nunca se pone de aquel modo.

La tarde ha ido halando su astilla de sol. La vivacidad que aleteó en los rostros se muere desangrada por las últimas palabras. Los labios tornan a soldarse.

¡Si un poquito de viento se colara por la puerta y menease siquiera ese papel fugitivo en el suelo! Pero nada. Sueño de las cosas. Iván piensa.

Manuel tiene ganas de irse. Se encuentra embarazado por el silencio, un silencio tan comprimido, tan lleno de razón, que da miedo ahuecarlo con una frase trivial.

—Bueno, Iván, te dejo —dice rápidamente, deseoso de abandonar el cuarto lo antes posible.

Iván reclina de nuevo la cabeza en la almohada y se arropa hasta el cuello.

Le ha dicho a Manuel el gozo intenso que experimenta sorbiendo el entusiasmo de la multitud, el entusiasmo provocado por los demás, pero no le ha dicho lo que ocurre a todo su ser cuando ese entusiasmo lo

provoca él mismo. ¡Ah! Entonces siente como si una corriente eléctrica de alta tensión le culebrease por el cuerpo iluminándole la piel. Sus compañeros del circo no comprenden aquello. Trabajan por necesidad, porque el trabajo les produce dinero. Los aplausos halagan sus muchas vanidades; por eso se alegran; y nada más. En cambio él, ¡cómo bebe ese líquido espumoso de la risa!

Ha desaparecido la astilla de sol.

Ahora las sombras a reunirse en los rincones y a trepar por las paredes chupándose la poca claridad. Es más ruidoso el pulso del ambiente.

Un brazo estirado hacia el switch raya de blanco el aire negro.

Todo se viste con luz amarilla. El enfermo hunde la cara entre las manos y las manos en la almohada. Se imagina estar con sus compañeros comentando el espectáculo de la noche. Alguno apunta una frase pesimista y él le da rodeos has ta convertirla en promesa de felicidad. Otro lamenta una falta y él le demuestra con razones poderosas lo correcto de su proceder. Luego, en la mesa, entre bocado y bocado, Henrick habla de la fiereza de sus leones intercalando exclamaciones extranjeras; y Kity dice que su caballo blanco es de pura raza árabe y que un mono se atrevió a robarle el creyón de los ojos; y Manuel calla porque siempre está con la boca llena. Después, caminando despacio para no interrumpir la digestión y balanceando su maletín de pintura, se va al circo, donde los porteros le dan paso sonriendo ligeramente. Ya en el camerino saca varios trajes de payaso, examinándolos con mucho interés y calculando cuál de ellos estará más de acuerdo con el numero preparado. Desde allí escucha los primeros aplausos...

—¡Padre!

Iván voltea con rapidez dando un pequeño salto en la cama.

—¡Ah, eres tú! —dice, tranquilizando su expresión sorprendida por la palabra brusca;— no vi cuando entraste.

—Es natural. Mirabas hacia el techo.

—Sin embargo, no lo veía...

Callan.

—¿Cómo sigues, padre?

—El médico ha dicho que no hay peligro. Reposo. Dieta. Dos o tres días cama —repite maquinalmente.

Y ve a su hijo con fijeza. Es extraño. Viene risueño, haciendo a cada rato gestos de contento. Le choca tan sereno regocijo. Busca en sus recuerdos las veces que así lo vio. Son pocas, muy pocas. Y balbuce pasándose la mano por el mentón:

—Hace calor.

Sí. Indudablemente. Su hijo no sirve para estar alegre. Las líneas débiles de su rostro delgado no se amoldan a la alegría.

¿Por qué se encuentra metido este muchacho torvo en una careta que le queda tan mal? ¿Cuál es el motivo de que presente semejante aspecto de imbecilidad? Se lo preguntará. Es necesario enterarse...

—Oye... Tú estás alegre...

—Mucho, padre.

—¿Y por qué?

Se lo queda mirando con desconfianza.

—¿No lo adivina?

—No.

—Sin embargo, debía adivinarlo.

Las palabras son largas, lentas. Iván insiste más inquieto:

—No te comprendo.

La tristeza llega al rostro del hijo y después se va extendiendo por todo el cuerpo aprisionándole el gesto. Y habla con ligereza, suavemente, como desenrollando una cinta:

—Padre, estoy alegre porque usted no trabaja esta noche, porque nadie se reirá de usted. Varias veces me ha preguntado por qué me la paso triste y por qué le huyo a la gente. Yo no quería decírselo. Ahora no me importa... Desde que me di cuenta de que usted era un payaso no he tenido un momento de alegría. Y le huyo a la gente porque me da pena ser...

—Termina—susurra Iván con voz pausada—. Te da pena ser el hijo de un payaso.

Y cierra los ojos. Su frente se peina de arrugas lentas. Le parece que una mano gruesa y velluda se le ha introducido por la garganta triturándole el corazón. Su pensamiento ancho y macizo se encoge entumecido, miedoso de distenderse, acorralado por una lluvia tan fría...

El muchacho inclina la cabeza sobre el pecho hundido y palpitante:

—Si usted necesitase hacerlo para vivir... estaría bien.

Iván no escucha nada. Da calor a su pensamiento acunándolo en el pasado. Mira los relieves de sus re cuerdos y los encuentra lindos, muy lindos y muy sabrosos, para impedir, con una vida nueva, que continúen acumulándose. Abre los ojos, y están empañados de de rebeldía.

Angustia.

Inquietud.

Sienten como si la luz fuera de oro y los aplastara. Dando una vuelta al switch la sombra sería de plomo.

El muchacho se para y mete la vista por el postigo. Después, con calma, vuelve a su puesto.

—Es de noche, padre.

—Sí, es de noche.

El aire pesa demasiado. Hay que respirarlo con fuerza.

—Hijo, ¿la noche está oscura?

—No, padre, la noche está bonita.

¡Si alguien entrara! ¡Si un cuadro se desprendiese de la pared haciendo mucho ruido al quebrarse! ¡Si el viento apuñetease las ventanas! ¡Si los hombres fueran de vidrio! noche es más bonita en el campo.

Angustia.

Silencio.

Astilla

Se habían refugiado en un bosquecillo donde la noche se hacía más intensa, guardándolos en un aislamiento absoluto; tanto, que la poca claridad caída sobre el llano solo alcanzaba a palpar las ramas empujadas hacia el espacio abierto, y la brisa tibia, detenida en su curiosidad horizontal, tendía en sus orillas la tierra menudita y las briznas de hierba con que llenó su cuerpo al arrastrarse.

Estaban cansados. Sus fuerzas dieron cuanto se les exigió; tal vez más. Estaban cansados y estaban tristes. La refriega les fue desfavorable. De nada valió atravesar el río con el fusil en la boca, rayándose los dientes y oxidándose la lengua; ni aquella carga compacta en que los ojos se alían por el cañón negro en un ímpetu colorado de exterminio.

Ahora, echados sobre las hojas secas, húmedas las vestiduras en jirones, ocultos en aquel regazo tupido, se entregaban al reposo esperado hacía mucho tiempo, a la inmovilidad total que es lecho blando para los músculos inertes por las tensiones pasadas, al silencio veteado de respiraciones amplias y tenue ruido de lagartijo al cambiar de sitio, a ese silencio que para los nervios chamuscados en las detonaciones es una esponja empapada en agua fría.

Había logrado escapar la mayor parte. Algunos prisioneros, bastantes muertos; eso era todo. ¡No, todo no! Si hubieran ganado aquella

escaramuza estarían muy cerca del pueblo donde se alojaba Él con su estado mayor. La noticia del triunfo sobre un ejército completo le habría impresionado agradablemente, poniéndole orgulloso de ellos. Quizás les hubiera regalado ropa buena, y les hubiera hablado con aquella voz tan delgada y tan ancha que estallaba en los corazones. Las ideas amargas fueron brutalmente pisoteadas por el sueño que les pegaba los párpados en una cópula engendradora mañana de una mente sin sombras y un pensamiento ágil.

Unos con el sombrero de cogollo tirado en la cara y las piernas juntas y encogidas; otros acostados como cayeron, en posiciones absurdas para quienes no sintiesen aquel fardo nudoso del cansancio que se les recostaba en las espaldas, en el tórax, en el alma. Y todos dormían. Hasta el centinela, apoyado en un tronco carcomido.

Mas en uno el sueño de hierro cedía al peso de un recuerdo tenaz.

En la mañana de ese día, cuando la pelea se engarzó en lo bestial, cuando los cartuchos agotados hicieron cabalgar a la muerte en el lomo de las bayonetas y los hombres botaban a chorros crepúsculos, él se había rezagado para quitarle el sable a un oficial caído. El coronel, su coronel, a quien admiraba por ser tan macho a pesar de su flacura rayana en línea, le propinó cuatro cintarazos y lo llamó COBARDE; a él, que siempre iba adelante y cuyas cicatrices eran costurones en el lienzo extendido de su agresividad; COBARDE, a él que hombre a hombre se fajaba con cualquiera sin mirarle el tamaño, ni siquiera las manos que a menudo quebraban reflejos ásperos. COBARDE; y la palabra cortante, piloteando su imaginación, lo amarraba con sus siete letras al retazo de suelo que también la oyó.

Con la nuca apoyada en la culata del fusil miraba hacia arriba, donde, por en medio de las hojas negras e inmóviles, estampada en un triángulo irregular de cielo, se asomaba una estrella. Se puso a verla y

le contó siete puntas. Le pareció que la palabra era una estrella que le había caído en el pecho, perforándose con sus siete puntas como siete puñaladas, y que adentro le daba vueltas. iluminándole con luz de odio y desgarrándole las entrañas.

Lo mataría. ¡Vaya si lo mataría! A él nadie había logrado pisarle siquiera la alpargata sin haberse ido con una marca en cualquier parte. Por cosas menores dio saltos su machete conuquero.

¡Y todo por meterse a aquello! Él se hubiera escondido como tantos otros al pasar la recluta. Pero tuvo pena de que lo llamaran cobarde, de que le dijeran esa palabra tan carrasposa que ahora daba empujones a los latidos de su sangre. Además, la frases del generalito catire, aquellas frases que no entendió, pero que venían envueltas en algo duro y suave, y que se le metieron muy hondo, una piedra en un charco, levantándole en el rostro arrugas de emoción. Si no hubiera sido por el generalito él se hubiera escapado y luego escondido donde nadie lo viera. “La Patria está oprimida, luchemos por la Patria”, gritaba el generalito, rojo de entusiasmo. ¿Y qué era la Patria? “Venezuela”, le decían. Y él gritaba mentalmente: Venezuela, Venezuela, ¿y qué es Venezuela? Una inmensa cantidad de terreno. ¿Y por qué he de sacrificarme por eso? “Porque en ESO naciste”, le soplaban alguien dentro. ¿Y si uno nace en un pajonal debe quererlo hasta ofrecerle la vida? “No... sí...”, y la voz interna no encontraba qué responder. ¡No, no era por ser venezolano de nacimiento que quería a Venezuela! ¡No! Era por ser venezolano de otra manera. Había otra cosa, otra cosa muy bella y muy enorme que no estaba al alcance de su cabeza. Y, ¿quién oprimía a la Patria? “Los españoles, le dijeron una vez que lo preguntó. Pero, ¿si había españoles luchando a favor de la Patria y venezolanos contra la Patria?”

Él no comprendía nada, él era muy bruto para comprender eso, aunque sí se daba cuenta de que debía ser algo muy grande, pues lograba

zumbar a la guerra al generalito aquel que hablaba tan sabroso y a otros también inteligentes.

¡Sí, la Patria tenía la culpa de que lo hubiesen llamado cobarde! Exponía su vida por ella y sin embargo el maldito coronel que los mandaba le había triturado su orgullo...

Pero se vengaría, ¡claro que se vengaría! ¿Mañana? No, ahora mismo, ahora, cuando todos estaban más allá de Venezuela, más allá del mundo, que debía ser más grande que Venezuela pues cabía otra tierra llamada España.

El coronel dormía acurrucado bajo un bejucal que formaba una cueva.

El soldado, lentamente, haciendo lo posible para que no crujiessen las hojas a su paso, se fue acercando. Acercando.

Apretó con su mano ruda el puño encabullado del cuchillo y lo desprendió de la vaina, despacito, hasta percibir con claridad el chirriar mudo y arenoso como de un clavo rayando una piedra. Ya estaba afuera. Solo tenía que levantarlo más atrás de sus hombros y dejarlo caer junto con su brazo y con su odio.

¡Pobrecito el coronel! Ahora no se le inflarían las venas de la garganta por sus gritos afilados, ahora se le inflarían con la sangre que le iba a vaciar adentro aquella hoja potente y mohosa. ¡Pobrecito el coronel! Ahora no podría darse el gusto de llamarlo cobarde, ni de cogerse caballos blancos del enemigo, ni de bailar joropos con muchachas bonitas olorosas a guayaba sabanera, ni de sacar del hueco de la guitarra aquellos tonos tan estirados, ni de azuzarlos como perros rabiosos a que pelearan... ¡ni de azuzarlos como perros rabiosos! ¡Caramba! El coronel logró impedir la desbandada salvándolos de caer prisioneros. Cuando desfallecían en la pelea el coronel les daba nuevos bríos con sus exclamaciones alegres y robustas. El coronel, siendo tan flaquito, infundía miedo y respeto al tirar sablazos y al tirar órdenes. Sin el

coronel, aquel puño de hombres curtidos de guerra no hubiera ganado en el caño, ni a la orilla del cerro, ni allá, junto al rancho de ña Tomasa. ¡Y al día siguiente tendrían que verse con el enemigo acampado en el extremo de la sabana! Sin el coronel la perderían; de eso estaba seguro. Ellos eran guapos, muy guapos, pero necesitaban alguien que fuera adelante, alguien que los mandara a hacer; ¡y ellos harían! Pero bien, ¿y qué le importaba a él lo del día siguiente? El coronel lo había humillado hoy su deber era matarlo.

Sí, su deber era matarlo! Mas, si cumplía ese deber faltaba a otro, faltaba a la Patria, pues matar al coronel era lo mismo que perder la batalla próxima. ¡Otra vez la Patria! ¡Maldita sea la Patria! Y para eso se había llegado hasta allí, escurriéndose entre los árboles y temiéndole al centinela como si fuera un español?

¿Y su orgullo no protestaría?

¡No, no protestaba! Porque su orgullo se había diluido el orgullo de la Patria. Él ya no era un hombre, era un soldado, una fracción que antes de sí tenía que defender al TODO, una astilla vertical de la honra destrozada de la Patria.

Sus músculos redondos se aflojaron. El cuchillo tornó a la vaina.

¡Por hoy se salvaba el coronel! ¡Porque era necesario a la Patria! ¡A la maldita Patria. Pero después de la batalla sería distinto. Después de la batalla lo mataría como a un español, ¡con más rabia que a un español! ¡Vaya si lo mataría!

El círculo

(Cosa humana vista desde ángulos hipersensibles)

La sobriedad pomposa de la oficina hizo anillos del tedio y se los metió al hombre en todo el cuerpo. Los anillos fueron apretando y el hombre tuvo que quitárselos saliendo a la calle surtida de gente y vetada de ruidos que a veces se acuestan patinando sobre el macadam y otras rebotan en las paredes acuchillándose en la página de alambres tensos.

Por entre el rollo compacto de actividad el hombre camina en una lentitud picoteada de movimientos inacordes. Es que busca en el diccionario de su PRESENTE la frase HOY DEBO HACER y un ventarrón áspero de cosas concluidas contorsiona y voltea las hojas iluminando la frase AYER HICE.

Camina con paso angosto y cansado. Cansado. Es el alma, que al desnudarse, le tiende las ropas en las piernas.

A cada momento el roce de sus brazos con otros brazos engendra la chispa d un segundo de rencor. Los automóviles gritan su potencia y los gritos forman ecos en las curvas. Los timbrazos musicalizan los gritos.

Las sonrisas se hinchan al saludar y luego se destiñen aburridas de cortesía.

¡Pobrecito el perro que mira a todos lados sin encontrar el amo!

Dos muchachas entablan un duelo de colores. Vencen los labios más chiquitos que son los más grandes. Una vieja tiene los ojos amarrados al suelo. Hay en la esquina una evaporación de voces:

—¡Perdón!

—¡Hola tal!

—¡Qué hubo!

—Mañana nos veremos.

—¡Preciosa!

—Al cinco por ciento no me conviene.

—¡Que va, oh!

—¡No, chico, eso es mentira!

—¡Que rodillas tan lindas!

—El león de la Metro-Goldwin.

Las palabras se ensartan en la gasa de la inatención tropezándole las ideas. El pensamiento afilado y único, y la canícula recostándole en el cerebro su dorso de algodón, le hacen odiar la multitud.

Y la brújula de sus pasos busca el NORTE hacia el sur.

Poco a poco sus brazos dejan de rozar.

Poco a poco.

La acera se extiende como una inmensa ceja invertida.

El hombre se agarra de la distancia y da un fuer te empujón a sus piernas.

Ahora la acera se extiende recta como una interjección.

La canícula se apodera del ambiente. Porque la tarde no respira. Sus pulmones de tras los cerros —que dibujan ondas como un lazo ágilmente desenvuelto— se han aburrido de tanto menear árboles.

Y el hombre, persiguiendo el espacio de la quietud, pronto se hace mástil de la fragata del puente, es tirado y blanco. Blanco.

A ratos el silencio se fragmenta al puntazo de un gorjeo veloz. Es cuando en la epidermis tibia de la soledad pone un pájaro su inyección de color.

El puente ha quedado lejos. Todo es Naturaleza. Cincuenta años y ya completé mi círculo. Las palabras se bañan en el paisaje verde.

El hombre chupa hechos del pasado. Diez años, el primer deseo imperativo: una bicicleta; quince años: una mujer; treinta: un hijo; cuarenta: un millón.

UNA BICICLETA, UNA MUJER, UN HIJO y UN MILLÓN: los cuatro arcos azules del círculo de su vida.

—Completé mi círculo. He vivido mi círculo. El fin del hombre es alargar el pequeño arco formado en la inconsciencia de la niñez hasta hacerlo círculo. Casi todos se quedan en arco: unos, a su pesar; otros, porque queriendo hacer un círculo más grande, ensanchan el arco alejando los extremos. Y los que llegan al círculo y desean seguir viviendo, los repelidos por el mundo, tienen que resignarse a la tangente, a la recta aislada, a la recta que se extiende más y más, Sin meta, a la recta infinita, estúpida, cobarde.

La mirada del hombre salta a la derecha, donde el mugido de un buey, doblado de tarea, perfuma el arado. Luego se desliza por la talanquera de arbustos entretejidos y se moja en la hierba fresca.

—Si ya hice mi círculo, ¿qué objeto tiene mi vida? Yo no puedo consolarme a resbalar sobre la recta trazada por el miedo a la muerte. ¡Morir! ¡Morir! El buril de mi actividad grabó mi círculo. Ahora quiere hacer constar el nombre de su autor en la plancha de una tumba. ¡Sí, debo morir, es la rúbrica de mi obra!

Las palabras se peinan en sus labios.

—¡Pero..!

Y una idea se lava en el agua oscura del miedo a la muerte, y, hermosa y brillante, se frota en pantorrillas del cerebro esperando acurrucada el

regazo tibio. El cerebro se deja seducir por la idea mimosa y con manos de madre la toma y la acaricia:

—¿Acaso puedo empezar otro círculo? ¡Soy joven todavía!

La esperanza gira vertiginosamente; desgasta en la velocidad sus alas grandes, blancas y pesadas, y, convertida en ilusión, ágil, liviana, distiende sus músculos libres:

—Mañana empezaré otro círculo. Mañana...

Y la palabra, como un horizonte accesible, saca una instantánea de recuerdos:

Tenía nueve años. Una tarde, como si trabajara en su destino, trabajó en un papagayo, poniéndole veradas fuertes y papel de tintes firmes. Y frente a su casa, mientras se desarrollaba la cabuya y los colores ascendiendo humillaban el aire pálido, la alegría no cesaba de propinarle recios abanicazos. Luego, cuando hastiado de jugar bajaba el papagayo, se le enredó en los alambres de la luz; rompió la cabuya y se fue; no valía la pena molestarse por el instrumento que, si bien le había formado un círculo de placer, ahora le era del todo inútil. A las pocas semanas tuvo otra vez deseos de montar un papagayo. Salió a la calle, subió por el poste y desprendió la armadura, resto de la intemperie que cepilla, destruye y agrieta. De nuevo la arropó con papeles vistosos y también de nuevo se sintió encandilado ante un papagayo juvenil y robusto. Y cuando ya en el aire quiso darle los primeros giros y volteretas, un sonido seco corrió por la cabuya, se le escondió en el hueco de la mano y le rastreó por la cara: la lluvia y el sol habían podrido las veradas y los golpes del viento las habían quebrado.

—¡Vida, intemperie...!

El hombre ya no camina. Quiere pensar y su pensamiento es un ave de humo que desintegra la emoción. Siente que en todo el cuerpo se le clavan astillitas de hielo. Sonríe para demostrarse que no tiene miedo y

la sonrisa es un puñado de avispas que se echa encima.

Haciendo un esfuerzo desesperado destrenza el nudo que paraliza sus piernas y camina.

Camina... CON LA IDEA DE FRACASO DESNIVELANDO SU TOTALIDAD. —CON LA IDEA DE TRIUNFO DESCOLGÁNDOSE HASTA SUS PIERNAS.

Sus huellas crean círculos, y círculos, y círculos, en la tierra húmeda. Es que los recuerdos se guindan en su alma como una armadura de papagayo en los alambres de la luz.

Hombre y mar

Viene de un país cualquiera, y en sus ojos pequeñitos se acunan las auroras que murieron de frío, la lluvia que mató a las auroras encarcelando al sol; la risa que lloró a las auroras y al sol, y los gritos del mar cuando la proa del buque le partía el pecho.

Llega al pueblecito con su pipa negra y su piel tostada. Trae un cargamento escondido más allá del tórax o del cráneo.

Baja a tierra en una mañana de cielo limpio.

Mira los contornos áridos.

El sol se hace trozos en los filos de las casuchas. Muchos hombres remiendan sus viejas redes y muchos otros extraen del agua inquieta sus cayucos plateados de sardinas. El suelo reverbera. El viento rápido y constante adhiere las faldas sucias a las pantorrillas gruesas de las mujeres.

En aquel pueblecito sereno repondrá sus fuerzas. Los ahorros que cuidadosamente guarda en su bolsa de cuero le suministrarán lo necesario para vivir unos meses sin magullarse las manos con los mecates rudos, sin magullarse el amor propio con la voz cáustica y despótica del Capitán. ¡El Capitán! Se creía el Dios la balandra. Nadie tenía derecho a hablar cuando él hablaba. Con su cuerpo bestialmente robusto y su alma rayada de inclemencia nadie era capaz de atravesar una objeción a sus palabras. Sus

órdenes se ejecutaban con perfecta exactitud para no despeñar su cólera. Temblaban cuando en su rostro peludo —un hueso ovalado cubierto de hormigas— las mandíbulas, apretándose, hacían brotar los músculos. Y cuando reía, el miedo se transformaba en terror, tal eran los sonidos agudos y nasales que se le escurrían por los dientes separados y negruzcos. Mas el supremo ascendiente sobre ellos lo obtuvo en su lucha formidable con aquel marinero inglés de pelo amarillo y contextura de ballenato que desde años atrás pulsaba el timón de la “Santa Clara”. Bien se retrataba en su memoria: la noche cerrada y negra; el inglés se había dormido en el timón y la balandra extraviaba su ruta; el capitán le sacudió un manotazo en la espalda; el inglés, confiado en el poder de sus brazos y latigueado por la furia, escupió una palabra insultante, mientras su puño trazaba una recta veloz; se enredaron en el suelo jadeando y emitiendo gritos rugosos; ellos no se atrevían a interceder y se arremolinaban en las bordas; sintiendo como si un hilillo de agua helada fuese adelgazando el terrón compacto de sus corazones; después oyeron el rugido afilado del capitán viéndole alzar un pedazo de hierro que dejó caer junto con su cuerpo. Bien se retrataba en su memoria: el mar clarineó el eco rumiando espuma... ¡El Capitán! Creería seguirle dominando, sin pensar en los nueve años salpicándole palabra asquerosas, en los nueve años traído y llevado por brisa de su voluntad vertical. Y al tuvo el valor de abandonarle. ¡Al fin! Nunca volvería al mar.

—Nunca! ¡Nunca!

Y su voz hecha sonidos que se alargan y se esponjan en la callejuela estrecha, le abre un surco por donde ha de caminar en adelante: nunca volver al mar.

* * *

El horizonte de metal sostiene un crepúsculo enérgico.

—Mujer, miras demasiado el mar...

La mujer se vuelve hacia el sacerdote rajando la tristeza de su rostro con una sonrisa corta, aislada, que no puede extenderse a las mejillas morenas curtidas de sol ni a los ojos castaños pintados de resignación.

—¿Qué quiere usted, padre?

—Que te avispes, mujer. No es cosa de llorar la partida de un hijo a su trabajo. Volverá, volverá, y te llenará de besos esa cara triste. No tienes por qué llorarlo. Ya es un hombre.

—Un muchacho, padre. Solo quince años. El sacerdote la mira con ternura. Tiempo hace que vegeta en aquel pueblucho anónimo y todas las tribulaciones de sus feligreses le son familiares. Siempre alguien lamenta una partida y siempre él deja rodar su consuelo sobre la melancolía húmeda. ¡Pobre gente! Los hombres en una eterna lucha con el mar, equilibrándose en los cayucos cuando un halón prensa el cordel, y aguantando, indiferentes, las veleidades de la intemperie; o, más felices, amarrados a la suerte de alguna goleta embreada de rudeza, perforando las tormentas con la quilla del barco y con la quilla de sus espíritus endurecidos por el frote con la realidad desnuda. La mujeres: cimbradas en la batea de lavado. en el fogón. Bien lo comprendía; en gente así la idea de un Dios omnipotente y bueno era imposible que se adentrase lo necesario para convertirse en fe. Sin embargo, casi todos iban a misa y contribuían al sostenimiento de la iglesia, no empujados por la religiosidad, sino considerándolo algo indispensable en sus vidas, como el ponerse los domingos ropa limpia.

—Si te duele tanto su partida, ¿por qué no la impediste?

La mujer ve al sacerdote con extrañeza:

—¿Y lo pregunta usted, padre? ¿No sabe que aquí los muchachos al sentirse hombres ven el empleo en un barco como la mayor felicidad? No ve que con ello se libran de la pesca? Y a mi muchacho se le presentó una ocasión inmejorable. La “Santa Clara” necesitaba un marinero para

sustituir al que ayer se quedó en tierra. Muchos se pelearon el puesto, pero mi muchacho, más fuerte y más ligero, gustó más al capitán. Yo me opuse a que se fuera, pues según he oído el capitán es un hombre malo.

—¿Te lo dijo el marinero?

—No, padre, no. Ese hombre parece que no tuviera boca. A todas mis preguntas contestó extendiendo la mano derecha y ladeándola con lentitud, como teniendo miedo de aflojar una palabra.

—El tiempo dirá. Hasta mañana, hija mía.

—Hasta mañana, padre.

La figura rechoncha del sacerdote se va alejando pausadamente poniendo un borrón en el paisajito gris. La tarde se echa en el mar derramando sombras. Un pájaro ensarta un sonido en el espacio rígido y temeroso de su audacia va a clavarse en la serenidad tortuosa del occidente. Brotan chispas luminosas de las casuchas turbias.

* * *

Las campanas de la iglesia cubren de júbilo sonoro al pueblecito endomingado. La mañana se pone un sombrero azul con una que otra manchita blanca. Todos se dirigen a la iglesia donde el señor cura tiene preparado un mazo de bendiciones que repartirá equitativamente. Solo un hombre contraría el camino de todos, y con su pipa negra y su piel tostada desciende a la playa tranquila.

La alegría menea sus ojos pequeñitos que han expulsado el decaimiento con que hace seis meses bajaron a tierra. Quiere robarse toda la brisa marina con sus narices anchas, y su pecho robusto se infla y desinfla a medida que anda con paso lento orilleando las piedras diminutas.

Ahora sí es un hombre feliz, completamente feliz. Aquel regazo de tierra caliente apelmazado de hombres fuertes recogió su espíritu lleno

de cicatrices y lo cepilló suavemente con la paz de su montaña empinada, de sus ranchos recostados los unos sobre los otros, y de su mar punteado de cayucos, dejándolo tierno y sano como un sexo nuevo. Al principio la hostilidad hacia el forastero asomó su hocico baboso, viéndose tirado en el aislamiento, pero su carácter de fronteras abordables y su buena intención para con todos cavaron un hueco en sus almas, donde pudo meterse sin mayores empujes.

Se le exigió la trayectoria de su vida y él la dibujó complacido marcando los puntos en relieve. Se le pidieron historias henchidas de noche y tristeza, y él habló de los puertos del trópico inquietos de cosmopolitismo, y relató algunas cosas románticas de los novios con sangre de sol y de los novios con sangre de luna cuando los adioses se destiñen en los ojos planos de las novias. Sus palabras desgastaron la capa de desconfianza tendida en su camino y así pudo andar sin hincarse los pies hacia una meta que no veía muy clara, que se arrebujaba en la bruma espesa de lo desconocido, pero que debía ser la meta de la calma. Sus pocas monedas le bastaron para montar una pulpería pequeña, donde nunca faltaban diez o doce botellas de ron, dientes fatales en las bocas roídas de tiempo de las armaduras. Si no extraía grandes al menos sacaba lo suficiente para vivir. Un día notó que sus ganancias podrían mantener a dos y que necesitaba una mujer que cuidase de su ropa y su comida, y a quien pudiese transmitir sus quejas o sus esperanzas. No era tarea difícil encontrarla. Su posición muy superior a la de aquellos simples pescadores trenzados al destino de un anzuelo le permitía el lujo de escoger. No se creía joven, mas tampoco sentíase viejo. Así fue que una tarde recibió las palabras solemnes del sacerdote mientras sus manos gordas apretaban otras manos chiquitas y su pecho duro permanecía levantado sobre una bola de emoción, Al fin había logrado ligarse definitivamente al pueblecito sereno. Los nudos del negocio y la mujer lo pegaban a la tierra. Se cumplían sus enormes ansias de

abandonar el eterno flotamiento, de pisar en adelante un sitio firme, independiente de la brisa siempre caprichosa y del temporal siempre inoportuno... La tierra es franca. La tierra es buena. La tierra es valiente. A quien le raja el extenso pecho horizontal con la cuchilla de una yunta y se lo clavetea de granos, le devuelve frutos cotizables. A quienes se confían en su estatismo y plantan ranchos, les brinda la serenidad de lo inamovible. La tierra no tiembla cuando el cielo se le zumba encima con los estiletes de su lluvia, ni cuando el mar se encabrita pateándole furiosamente la playa. Se quedaría en la tierra buena, en la tierra valiente, en la tierra franca. Sus hijos crecerían casados con la tierra y morirían en ella. Desde pequeños les haría odiar el océano, contándoles tragedias espantosas de capitanes bestialmente robustos que asesinan a los timoneles echándoles al agua y trituran los corazones de los marinos con palabras como puñetazos. “Nunca volver al mar”, dijo la mañana en que desembarcó. Y ahora repetía: nunca volver al mar.

El sol se aplasta en la pausa tibia del pueblucho.

* * *

—¡La “Santa Clara”, la “Santa Clara”!

—¡No, esa es la “San Antonio”!

—No, mujer, la “Santa Clara”. Fíjate cómo pasa cerca del morro sin miedo a las escolleras. Es la única balandra que por llegar más ligero no da el rodeo de las otras.

—Y viene a toda vela. Como siempre.

La “Santa Clara” crece con rapidez inflada por la distancia muerta, deteniendo su bamboleo cansino a unos cien metros de la playa.

—¡La “Santa Clara”, la “Santa Clara”!

El grito, desflorando los labios de las mujeres, corre por las callejuelas

deformes, penetra en las casitas chatas y va a guindarse en los rostros, pintando alegría en todos y dolor en uno; ese feto de dolor, raro, tenue, sin consistencia, diluido en el brochazo de un presentimiento.

La gente acude presurosa.

—Mira, ya bajan al bote. Ahorita los tenemos aquí.

Y es el bote un animalito de muchos pies andando cansadamente por una página gris.

—Ese, ese es el capitán. Viene sentado en la proa.

—¿Y aquel no es tu muchacho? El de sombrero caído?

—No.

—Pero, ¿qué te pasa, mujer ?

Los marineros brincan a tierra con los pantalones remangados, y extraños al capitán que conversa con gestos detonantes a un grupo numeroso, se envuelven en el humo acre de una pipa negra, musitando levemente:

—Uno más.

—¿Quién?

—El que te reemplazó.

—¿Cómo?

La voz del capitán hace cabriolas, tornándose redonda, amplia, negra, rebotando en el aire; a veces afilada, áspera, clavándose aquí y allá como una punta de alfiler.

—¿Y de quién es la culpa? Del mar, nada más que del mar. Tenía hambre, enfermó a uno, lo mató, lo tragó. Eso es todo. Así como el muchacho ha podido ser otro cualquiera. Cuestión de suerte.

Sus manos callosas, agitándose con lentitud, cubren las frases de indiferencia. Alza la cabeza y mira a su alrededor, echando las cejas tupidas sobre sus ojos agudos.

—¿No habrá alguien que desee ocupar el puesto vacante?

Silencio.

—Buen sueldo. Excelente oportunidad para abandonar la pesca... ¿Qué? ¿Tienen miedo por lo del muchacho? De cualquier manera han de morir. La escarlatina pega tanto en la tierra como en el mar...

Y ríe largo.

Luego, volteándose hacia sus compañeros, grita fuerte:

—¡Eh!... ¡Tú!... ¡Sí, tú, el de la pipa! ... Acércate.

Viéndole de arriba a abajo, ríe de nuevo.

—¿Ni siguiera saludas a tu capitán? Ingrato...

Dame acá esa mano. Eso es... Así... Como dos viejos amigos... ¡Aprieta duro, hombre..! Murió... Eso es... Eso es... Sabes lo del muchacho..? Pobrecito. La escarlatina que no perdona... ¿Eh..? ¿Y tú..? ¿Qué tal..? Te veo fornido, saludable. Supongo que hayas descansado lo bastante para que vuelvas a tu puesto. ¿Eh? ¿Arrugas la cara? ¡Es posible! ¿Quiere decir que no me acompañarás? ¿Eh..? ¡Vaya, hombre, vaya..! ¿También tú le temes a la escarlatina? ¡No lo creo! ¡Vamos, hombre, decídetete..! ¿No? ¡Que se va a hacer! Sin embargo, por si acaso cambias de opinión, zarpamos esta noche a las nueve. Eso es... Tú verás... ¡Muchachos..! ¡¡Eeh!! ¡Vengan! Hacia el botiquín de don Pancho... Dejemos a este hombre solo, que tiene que pensar mucho... Eso es... Por aquí. Eso es...

Se alejan uniendo a las voces altas risas prolongadas. ¡Volver al mar... jamás! ¡Qué se pensaría el capitán! Seguramente que iba a dominarlo de nuevo con su presencia brutal. ¡A él! Qué estúpido! Es verdad que antes le tenía más miedo cuando hablaba así, al parecer sin mandar, como si rogase, porque después venía lo terrible. ¡Más ahora no! Ahora encontrábase dispuesto a desafiar la ira de veinte capitanes. Sentíase altanero, soberbiamente altanero, sin temor a nadie, ¡a nadie! ¡Dios librara a quien quisiera sacarlo del pueblecito que le había dado la

tranquilidad tanto tiempo soñada! Denunciaría los crímenes cometidos en la “Santa Clara” si no fuera por su negocio y su mujer. Era bueno ser prudente. ¡Pobrecitos sus antiguos compañeros! En la noche volverían a la balandra con los corazones oprimidos, esperando la muerte a cada paso. Pero había que ser egoísta.

¡Ellos que se las arreglaran como pudieran, que él permanecería en tierra! ¡Qué se pensaría el capitán!

En la noche tibia, el mar rasguea la playa con rudeza, extrayendo una música jadeante, que es un barullo tenue, sordo, rematado por golpes amplios y elásticos como si puños de arena fuesen tirados al suelo; seguidos de una copla seca, de tamborileo rápido, monótona, que rueda sobre sí misma.

Esa canción extraña y eterna se ve acompasada por el chapoteo de unos remos, piernas de los marinos en las aguas hondas.

Un poco lejos, taladrando la obscuridad, un hombre adhiere sus ojos pequeñitos a la proa tambaleante de una balandra estancada, veteando el reducido cielo de su ambiente con breves nubecitas de humo, y traduciendo el lenguaje de los remos. Así, mientras caminan, siente que algo muy suyo camina tras ellos. Y cuando se detienen, siente que ese algo muy suyo ha echado a correr.

La balandra se menea con más fuerza y las velas son crucificadas en los mástiles. La balandra se mete en el buche del viento. Y él se queda en la tierra buena, en la tierra valiente, en la tierra franca. ¡Por qué se quedaría en la tierra!

El silencio lo rodea, lo envuelve, lo aprieta, y da gritos, gritos que lo aturden, lo enloquecen... Y él también se pone a gritar, a gritar duro... para enmudecer al silencio.

Darari

Era un país de grandes llanuras. Era un país de altivas montañas. Era un país que hubiese servido de hebilla irregular al cinturón del mundo. Era un país de hombres color de cacao; de hombres erguidos a pesar del sol que los doblaba. Era un ingenuo país.

Sus ríos parecían al cielo, que a su gusto los engordaba o enflaquecía, hilillos de lluvia acostados; y a los pájaros de enormes alas, creadores de regazos en las cimas, grietas profundas usurpadoras de niebla.

Era un país donde se cosían en el espacio con largas agujas de madera, las rencillas siempre nobles que arrojaban al orgullo del cacique y al hambre de la tribu. Era un país añorante de una mano experta que sacase de sus entrañas aquellos robustos morochos, uno negro y otro dorado, con que lo preñó Naturaleza.

Era un ingenuo país.

Mas Tiempo es hábil enemigo de la ingenuidad. Por eso trajo de otros países multitud de hombres color de nube; de hombres erguidos a pesar de la conciencia que los doblaba.

Y las rencillas nobles se trocaron en ansias de fortuna, envueltas en la Cruz omnipotente y en el Clarín de la civilización.

Cruz y Clarín empezaron a morder la ingenuidad con sus dientes de acero y fuego.

Y en los árboles se iban extinguiendo las ramas delgadas, prestas a transformarse en agujas de madera. Los carcajs conocieron los olores de toda la flora tropical. Y los hombres color de cacao se iban extinguiendo con las ramas.

Los hombres color de nube percibieron abultado el vientre del país. ¡El niño debe ser hermoso!, fue el grito unánime.

El grito atravesó el océano. El grito engarzó con sus dedos luminosos la codicia del otro lado. La codicia vio un nuevo y virgen horizonte. Y el grito re tornó con hombres también color de nube, pero luciendo en los ojos cuantos matices podría crear un muchacho jugando con creyones.

¡Y el niño era hermoso! Bien lo demostraron sus paticas gordezuelas que devolvieron con reflejos la galantería de la luz. Porque los hombres, malos parteros, sacaban al niño por los pies.

¡Afortunadamente no sabían que el parto era morocho..!

En el llano la raza color de nube se fue juntando a la raza color de cacao. Y surgió otra raza: color de tierra.

En las cumbres la raza color de nube permaneció intacta. En las cumbres era indigna la raza color de cacao: sus hombres eran vistos como animales extrañamente dotados de razón.

Y la raza color de cacao tuvo que descender al llano. Pero en las cumbres dejaron dos representantes: un viejo cacique y su nieto Dararí.

Muchas lunas habían azogado los ojos de Dararí, cuando el viejo cacique consumió su última respiración. Dararí siguió viviendo en las cumbres, aislado como antes, pero ya sin las palabras marciales del abuelo, agua fresca para la rama nudosa de su alma. Los hombres color de nube despreciaban a Dararí.

Y Dararí sentíase hoja en medio de un lago. Una sola vez le latió en la cara una sonrisa, desdoblada por los labios gruesos de la hija del alcalde.

En el pecho de Dararí hizo cabriolas una esperanza que luego se acurrucó muerta de frío a las frases que le trajo el viento del comadreo: la hija del alcalde gustaba de Dararí, escondía admiración por su tórax potente y por sus miradas que penetraban como dientes de mujer en fruta madura, pero... Dararí pertenecía a una raza inferior, a una raza salvaje, a una raza arrodillada.

Y el viento del comadreo estremeció el corazón de Dararí, con ese estremecimiento casi imperceptible que escurre la ostra grande cuando recibe el chorro de limón.

Y Dararí pensó en lo que siempre le decía su abuelo, el viejo cacique: “Tú eres el más noble de este país, tu sangre es pura como brisa del norte”.

Y Dararí llenó su pecho de aire, pero lentamente, muy lentamente.

* * *

Para los hombres color de nube el robo y el asesinato eran una consecuencia de la vida de conquista. El matar al enemigo era una obligación y el robarlo un deber. Lo que no se perdonaba era la traición. Por eso, cuando la noticia resbaló por las cumbres todos los hombres se untaron de inquietud. ¡Un traidor a su Rey, un traidor a su Patria, se encontraba entre ellos! ¿Quién podría ser? ¿Acaso no se jactaban todos de una recia honorabilidad?

Las suposiciones intervinieron en las charlas. La desconfianza empezó a desatar nudos. Y primero las familias se aislaron; luego los hombres se huyeron; y por último: las esposas sospecharon de los maridos, las hermanas de los hermanos y los hijos de los padres.

Solo Dararí permaneció tranquilo. El ronquido hueco no espantaba su sueño. El traidor era color de nube. La risa blasfemó de las cumbres. La alegría fue estrangulada por las manos velludas del asco.

Y en aquel escenario donde los actores se repelían, obedeciendo la orden enérgica del índice horizontal, convirtiéndose en astro uno, antes pateado por todos: Dararí.

Y Dararí sintió estallar en sus oídos con gran violencia la voz amplia del abuelo: “tú eres el más noble de este país, tu sangre es pura como brisa del norte”. Y el orgullo le dio un abrazo fraternal erizándole los poros.

Ahora Dararí no está solo.

El orgullo camina a su lado lamiéndole las ideas y empañando sus miradas con el polvo finísimo de la vanidad.

En Dararí se ha hecho la síntesis de sus ascendientes ultrajados. Dararí es la resultante de su raza. En las cumbres se envidia a Dararí. Los hombres que antes le desparramaban el escupitajo de su precio, ahora le buscan, le llaman, pero Dararí no atiende. Y si acaso alguien le sorprende en su retiro, Dararí le grita:

—¡No quiero tu amistad! ¡Tu padre, tu hermano o tú mismo pueden ser el traidor!

Y mientras el hombre se aleja maldiciendo de su estirpe que le obliga a soportar horrible soledad por temor a ensuciarse amistando con el traidor, Dararí se baña en su sonrisa aguda, en su sonrisa que es la carcajada de su venganza.

A veces recuerda cómo se movieron aquellos labios gruesos de la hija del alcalde... Y su nueva posición en las cumbres, sobre todos, hace insistente el recuerdo.

Un día sintió que pecho adentro le daba aletazos una mariposa, oprimiéndole la garganta.

* * *

Rota la cuerda que la amarraba al tronco soberbio de su familia y fundido el plomo que se tendía sobre Dararí, la hija del alcalde dejó correr su pensamiento.

Entonces pudo enterarse que su admiración por el hombre fuerte habíase cambiado en amor, en amor de hembra y en amor de alma.

Y una noche se dio a caminar hacia una vivienda apartada y silenciosa.

Silenciosa siempre.

Faltábale poco para llegar, cuando observó en una orilla del camino huérfana de árboles, a un hombre que, apoyado el dorso en una piedra inmensa, con templaba la inaudita claridad de las estrellas.

Se le acercó. El hombre apenas pudo amordazar una exclamación de júbilo.

—¡Dararí!

—¡La hija del alcalde!

La emoción trepó a los ojos de ambos. Y se miraron... Largo rato.. El tiempo necesario para que dos exhalaciones agrietasen el rastro de una nube en su fuga hacia el poniente.

Dararí esperaba firme no sabía qué.

—¡Dararí, te quiero, soy tuya!

Dararí permaneció firme. Sin embargo...

—¡Te quiero, Dararí!

Ya Dararí iba a responder con un beso, cuando en su cerebro rebotaron las frases que un día le trajo el viento del comadreo, las frases de ella: Él pertenecía a una raza interior, a una raza salvaje, a una raza arrodillada...

Por eso dijo:

—¡Y yo te desprecio! ¡Eres de la raza color de nube! Por tus venas corre sangre de traición!

* * *

Dararí bajó a los llanos y se unió a una mujer color de tierra. Dararí era la síntesis de sus ascendientes ultrajados.

Dararí era la resultante de su raza.

Yaguazo

Un cornetazo ágil rasgó el zumbar tenue de las conversaciones transeúntes.

—¡Cuidado, Yaguazo, que te mata! Y el muchacho macilento juntó a sus palabras agudas un halón poderoso que tumbó a Yaguazo en la acera haciéndole caer la caja de limpiar zapatos.

—¡Caray, chico, un día de estos te van a recoger hecho papelillo!

Yaguazo permanecía con los labios entreabiertos mirando a todos lados en un gesto de espanto.

Los otros limpiabotas echados a lo largo de la baranda se acercaron curiosos formando un grupo compacto alrededor del compañero.

—Bueno, pues, párate —dijo uno de piernas altas y tórax flaco— y vamos a disolvernó que interrumpimos el paso y ahorita viene el policía a formarnos un zaperoco. Acuérdense que trabajan en la plaza Bolívar y que aquí hay que estar ojo-e-garza, sin periqueras. Figúrense si lo sabré yo. Tengo doce años pegado al corte. Doce años...

Escupió a un lado. Con las cejas fruncidas y la cara falsamente seria fue resbalando por el corrillo una mirada de superioridad:

—Yaguazo les puede contar. Mucho era el zapato que había pasado por mis manos cuando él llegó, ¡y de qué manera llegó, leva! Todo sucio,

sin alpargatas, colgándole la ropa llena de serote, el pelo sobre las orejas. Yo le tuve que regalar un vestido.

—Regalarme no. Yo te lo pagué. Nueve reales muy completos.

—Claro. Si no me lo hubieras pagado te quito la caja. Guá, figúrense que el tercer día ya limpiaba más que nosotros, y a la semana dijo que eso de fumar colas es para los muertos de hambre, y al mes hacía hasta versos.

—Hago. Lo que pasa es que yo no se los enseñé a ustedes porque no los van a a comprender. Y no te creas, ¡yo soy un palo de poeta!

—¡Adiós, este poeta! ¡Qué va negro!

Yaguazo se quedó un instante mudo, mordiendo la contestación agresiva en los labios apretados, y escudriñando el suelo.

—¿Qué fue, chico?

—Caray el frasco de bencina; ve a ver si está por ahí.

—¿El frasco de bencina? Guá, chico, ese bicho se espaturró.

—Qué broma...

—Sí, se espaturró —dijo colérico el de piernas, flacas—. ¡Parece mentira que tú lamentes tanto un frasco de bencina! ¡Medio podrido!

—Sí, lo lamento —gritó Yaguazo irguiéndose altanero—, pero no es por el medio podrido. Tú bien sabes que yo gastaba hasta cinco bolos en la ruleta de animalitos. Y bastantes veces te presté tres y cuatro reales para que jugaras al tigre, que te tenía como loco, y después me decías que deudas de juego es una cochinidad cobrarlas. Y ahora mismo, cuántas veces te he brindado el Metropolitano y las tostadas. Lo que lamento es que en el papel del frasco estaban unos versos que escribí esta mañana.

—Guá, ¿y por qué no coges el papel, que está enterito?

—No, déjalo ahí; ya no me interesa. Escribo unos nuevos. Para eso soy poeta...

Y con una sonrisa lenta y maciza, tomó la caja, echándosela al hombro. Dio un viraje a la cachucha listada que le desnudó la frente partida por un mechón de pelo. Extrajo un cigarro del bolsillo del pecho y se lo llevó a la boca con calma después de haberle da do vueltas entre sus dedos magros. Aspiró un poco de humo y lo fue soltando en pequeñas nubecitas mientras caminaba meneando el cuerpo con petulancia. Más allá se detuvo, y volteando hacia sus compañeros, que lo miraban en actitud despreciativa, gruñó, acentuando las palabras:

—¡Pa que se enteren!

El de piernas flacas respiró con fuerza y sus ojos se clavetearon de luz.

—¡Cállate, desgraciado! —gritó.

Y ya se desprendía de la caja para irse sobre Yaguazo, cuando el muchacho macilento lo detuvo agarrándolo por los hombros:

—No, leva, no le hagas nada. Ese no te aguanta un estornudo.

—Y entonces, ¿para qué busca pleito?

—Eso es, para qué busca pleito —afirmaron los otros.

—¿Pero ustedes no se han fijado? Está malo de la cabeza. Atontado, loco, qué se yo. Ustedes saben que nosotros vivimos en la pulpería de mi padrino y que tenemos un colchón para los dos. Bueno, cuando llegamos del Circo, en vez de acostarse, se pone a escribir, ¡y que versos! Así se la pasa hasta la una o una y media en que los ojos se le cierran de sueño. Mete los papeles en un cajón debajo del mostrador. El otro día a me puse a leerlos (Ustedes saben que yo sé leer). Aquello no se entiende; son unos garabatos. Otra cosa; yo me he fijado que a cada rato se está quejando de dolores: que si la garganta, que si la cabeza, que si las piernas...

Calló.

Silencio total.

Luego, alzando la vista:

—Y tiene varias llagas...

La frase brotó muy lenta. Demasiado lenta.

—Pobrecito —dijo uno.

—Pobrecito —repitió el de más allá.

—Pobrecito.

Había que separarse calladamente.

* * *

Bajo el alero de un botiquín, Yaguazo, sentado en su caja, miraba el recorte de paisaje empañado de lluvia, y sus ojos pardos recogían todo el frío de la mañana. Mas no o estaba triste...

Él era un muchacho que se ganaba la vida con su trabajo; que en los días malos fumaba un cigarrillo en vez de almorzar, y en los días buenos, entrada la noche, daba muchas vueltas en cualquier autobús. Eso también lo hacían sus compañeros. Sin embargo, él era muy distinto a sus compañeros. Siempre renegaban de su destino, sobre todo cuando un auto móvil lujoso les avisaba con un cornetazo que la vida podía ser más bella, menos dura. Ellos miraban desconfiados a los ricos, y aun cuando se les favorecía dudaban si tras la mano que otorgaba el bien había una intención dañina; odiaban a los poderosos; y los envidiaban; y discurrían a menudo sobre la dicha de poseer riquezas enormes. En cambio, a él todos le eran indiferentes, porque estaba conforme con su existencia. Dormía cuanto le pidiese el cuerpo; comía lo necesario, unas veces más que otras, pero comía; fumaba bastante y hacía versos.

Lo detuvo en sus reflexiones una voz clara:

—¡Eh, muchacho!

Volvió el rostro sereno y su pecho se amplió de alegría. Le era muy conocido aquel señor. En muchas ocasiones se le acercó cautelosamente, sentándose cerca sus pies, para escucharle.

Había cesado de llover. El sol se derramaba.

—Ten cuidado, no vayas a mancharme la media.

—Despreocúpese, doctor.

Frotaba el zapato con los dedos, lentamente, aguantando al tiempo.

—Mira que me estás dejando sucio el talón.

—Despreocúpese, doctor.

Mientras sacaba lustre buscó en el número de sus producciones la de mayor efecto. “Dios”, “El automóvil”, “La araña”.

—No te afiances mucho con el cepillo.

—Despreocúpese, doctor.

—Caramba, chico, ¿no sabes decir otra cosa que “despreocúpese”?

¡Ya está!, pensó Yaguazo. Y torciendo la visera de la cachucha levantó el rostro tranquilo:

—Sé algo más, doctor.

—¿Qué dices? —interrogó el médico, viendo una contestación altanera en las palabras serenas del muchacho.

—Nada, doctor, que sé unos versos. La expresión severa del médico se cambió en extrañeza.

—Unos versos. Bueno, ¿y qué?

—Que los versos son míos —contestó Yaguazo, golpeándose repetidas veces el pecho con la palma de la mano—, y quiero que usted los oiga.

—Bien, dílos —aprobó el médico con voz risueña donde temblaba una brizna de lástima.

—¿Cómo se llaman?

—“La araña”.

Y comenzó a recitar un conjunto de frases sin ilación en que a menudo resonaban palabras exóticas al lenguaje habitual empleadas arbitrariamente. El entusiasmo le invadía el rostro dando a su voz una sonoridad hueca.

El médico lo miraba fijamente, escudriñando en su gesto de emoción algún indicio de locura. Aquello no podía ser el producto de un cerebro sano. Le notó en la cara ciertas vetas blanquecinas. Las orejas intensas que metían los ojos adentro y varias arrugas apenas dibujadas le daban un singular aspecto de vejez. Presentíase, por sobre la ropa un tanto raída, la clavícula prominente rodeada solo de la piel. Una sensación de debilidad fluía del cuerpo encogido sobre las piernas, que a veces se alzaban un poco para afirmar lo rotundo de alguna frase.

—¿Qué le parece, doctor? —abordó, terminando.

—¡Admirable, chico, admirable! —repuso con un entusiasmo falso que servía a un sentimiento de lástima profunda.

—Están buenos, ¿verdad?

—¡Maravillosos, maravillosos! Quién iba a creer que tú eras poeta! Y luego, débilmente:

—Oye...

Se detuvo, cohibido, temeroso de que sus palabras extrajesen al muchacho de aquella ilusión inmensa y lo tirasen brutalmente en la realidad terrible.

—Sí, doctor, ya vamos a terminar —balbuceó, creyendo que la intención del médico fue instarlo a continuar su trabajo.

Con alegría manejó de nuevo el cepillo y la crema. Sus manos delgadas se movían hábilmente dejando por donde pasaban un rastro brillante.

—Doctor, el otro pie.

El médico obedeció. Seguía mirándolo interesado. Aquel caso era curable.

Yaguazo trabajaba con esmero.

—Ya está —dijo, dando los últimos toques.

—Bien, toma —y le dio un bolívar.

—Oye, quisiera que mañana te llegases por casa. ¿Sabes la dirección?

—Sí, doctor.

Y mientras se perdía el médico trazando curvas para sortear los automóviles que le rozaban, Yaguazo, en el umbral del botiquín, la mirada gruesa re corriendo la fila de limpiabotas recostados a la baranda de la plaza, saboreaba todavía las palabras que ratificaron la calidad de sus versos, “maravillosos, maravillosos”, y una ráfaga de orgullo se le escondía en la actitud. Ya no podía dudarse, ¡él era un gran poeta!...

Fue a la clínica. Muchos hombres de vestir correcto esperaban en el corredor. Su llegada produjo un ambiente de extrañeza. A los ojos inquisidores del portero repuso que venía llamado por el doctor. Lo mandaron a sentarse y se colocó en un rincón, apenado, su cachucha oprimida entre las manos, y su vestido de dril un poco sucio, y de sus alpargatas tan pobres. Mas a los varios minutos le alzó el espíritu la convicción del que es buscado por su capacidad intelectual sobre aquellos otros que venían persiguiendo la curación de una dolencia física. Se irguió en la silla y no tuvo reparos en encender un cigarrillo.

Pronto salió el doctor precedido de un cliente.

—Usted, tenga la bondad —requirió, dirigiéndosele.

Le siguió con la cabeza alta, orgulloso de haber sido tratado de “usted” por primera vez en su vida. Los otros cambiaron miradas tenaces.

Se le hizo pasar a la sala, esmaltada en blanco, llena de aparatos brillantes.

El médico lo miró sonreído.

—A sus órdenes, doctor.

Y esperó que le hablasen de sus versos.

—Quítate el paltó.

Tuvo que sufrir un examen general. Luego, cuando creía llegado el momento de que alabasen su “Araña” y exaltasen su talento, sintió que le ligaban el brazo y que una aguja le partía las carnes. Un poco de sangre fue trasladada a la inyectora.

—Bueno, vente mañana.

¡Y ni una frase de admiración para sus versos! Volvió temprano. Le inquietaba la actitud misteriosa del médico. Muchas interrogaciones pugnaban por sacudirle la lengua parálitica de recelo. El pinchazo de la aguja le trasmitió al cuerpo una substancia nueva. Nada más. Era terrible.

Los días pasaban. La aguja se hundía periódicamente.

Ya no sentía ganas de escribir versos. Sus movimientos bruscos se domesticaban.

En su pecho dejaron de hacer gárgaras las canciones simples.

De sus ojos huía el relámpago opaco de la satisfacción. Sus palabras eran más reducidas y más lentas, y salían de su boca como hombres nocturnos de una casa sorda.

En su mente se abrían huecos de comprensión. Y al fin,

* * *

Yaguazo, la caja al hombro y la mirada triste, camina despacio.

No le importan los ruidos de los automóviles ni los tropezones que a menudo le tambalean porque no los siente.

Se detiene frente a una casa de aspecto lujoso y lee la plancha clavada en la pared. Piensa sonriendo con amargura:

—Médico; médico; para esto sirven los médicos. Da varios pasos y se para en la puerta:

—“Dentro de un mes estamos listos”, me dijo ayer.

Dentro de un mes estaré curado. Para siempre. Curado. No haré más nunca versos estúpidos y tendrá compasión. Mucho tengo que agradecerle a este hombre

Entra al zaguán. Inclina la mano sobre el timbre.

La sostiene en el aire:

—Ahora veo las cosas tal como son y las seguiré viendo así toda la vida si continúo viniendo a la clínica por un mes. Ver las cosas tal como son. Así debe ser.

Retira la mano con un gesto de inquietud:

—¿Y por qué?

Guarda la mano en el bolsillo temerosa de que no le obedezca y toque el timbre.

—Ver las cosas tal como son por toda la vida. Siempre. Sí. Siempre. Nunca de otra manera. ¿Y por qué?

Permanece un rato abstraído.

—Si no vengo más la enfermedad recobrará el terreno perdido y volveré a ser un sifilítico, un loco. Empieza a respirar con amplitud. Sus ojos miran a todos lados. Se muerde las uñas nerviosamente.

¡Hay en su rostro una expresión de espanto! De repente da un salto y echa a correr. A correr.

La mañana está linda.



COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

PREPrensa e impresión

Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN

978-980-440-218-0

Depósito legal

DC2023001341

Caracas, Venezuela, diciembre de 2023

La presente edición de
LA CARRETERA. GIROS DE MI HÉLICE
fue realizada durante el mes
de diciembre de 2023,
ciclo bicentenario
de la Batalla de Carabobo
y de la Independencia
de Venezuela

EN CARABOBO NACIMOS “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y les anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas y esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuanista para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



La carretera / Giros de mi hélice El presente volumen recoge la novela *La carretera* (1937), escrita entre finales de 1929 y mediados de 1932, una narración de estilo testimonial, donde se plasma la cruda vivencia de jóvenes estudiantes apresados tras las protestas acaecidas en 1928 contra la dictadura de Juan Vicente Gómez. Himiob muestra cómo el confinamiento, la precariedad material y los intentos por doblegar la voluntad de los jóvenes van haciendo mella en sus espíritus impulsados por la rebeldía. En la compilación de relatos *Giros de mi hélice* (1930), explora con ironía y fino humor situaciones como la muerte, la supervivencia de un grupo de soldados, las barreras entre realidad y representación, entre otros tópicos. Una serie de narraciones donde el autor plantea de manera memorable imágenes que elevan situaciones y vivencias anodinas, de personajes baladíes para indagar en temas como el destino, los miedos y las expectativas sociales del individuo en la modernidad. La gran capacidad imaginativa y versatilidad estilística de Himiob lo ubican como parte de una generación destacada de escritores como Pío Tamayo, Miguel Otero Silva, Antonia Palacios, José Antonio Ramos Sucre y Arturo Uslar Pietri.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

